LA NUEVA NOVELA DEL AUTOR DE
EL CORREDOR DEL LABERINTO
JAMES DASHNER
LA CASA DE LAS LENGUAS
Traducción de
Ana Isabel Sánchez

Asesinatos, una maldición… *La Casa de Las Lenguas* es la nueva novela del autor de *El corredor del laberinto*, un sangriento *thriller* de terror.

David Player ha hecho todo lo posible por olvidar parte de su infancia. Los asesinatos, las amenazas, el incomprensible odio que algunos sentían por su familia… Y, sobre todo, el miedo que se respiraba en la pequeña población de Carolina del Sur donde su amiga Andrea y él encontraron el primer cadáver. Será ahora, al regresar al viejo caserón familiar, cuando David se vea obligado a enfrentarse a sus fantasmas y a retornar a un lugar que se juró no volver a pisar jamás: la Casa de las Lenguas.

La Casa de las Lenguas es la nueva novela independiente del autor superventas de *El corredor del laberinto*, una desasosegante y oscura historia de crímenes y de dos jóvenes que, por estar en el lugar equivocado, se ven envueltos en ellos.

James Dashner

La casa de las lenguas

ePub r1.0
Titivillus 24-02-2023

Título original: *The House of Tongues*
James Dashner, 2021
Traducción: Ana Isabel Sánchez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Me despierto para dormir y retraso mi despertar.
Yendo aprendo adónde debo ir.

THEODORE ROETHKE
La boca del justo profiere sabiduría,
pero la lengua perversa será cercenada.

PROVERBIOS 10:31

PRÓLOGO

Soy viejo.

Al menos eso me dicen mis hijos. Si soy sincero conmigo mismo, y contigo —algo que me he prometido de corazón hacer al contarte esta historia—, no es solo lo que me dicen, es lo que piensan de verdad. Están convencidísimos de que soy viejo. De que estoy a una hamburguesa doble con queso del ataque al corazón que enviará a su anciano padre a una tumba acuosa y embarrada. Pero, bueno, los niños son tontos. No soy viejo. Tengo cuarenta y cuatro años. La gente vuela en aviones que tienen más años que yo; déjame cumplir al menos cincuenta antes de obligar al forense a levantarse del sofá de su frío despacho. Puede que incluso setenta u ochenta. (Aunque no tengo ningún interés en llegar a ver los noventa, así que tampoco forcemos las cosas).

Pero. Pero…

¿Me siento viejo? Esa pregunta es totalmente distinta.

Sí. Me siento tan viejo como las pacanas destruidas por el huracán Hugo, arrancadas de la hermosa tierra del patio salpicado de hierba de mis padres, una hazaña que habría considerado imposible si no la hubiera presenciado en vivo y en directo. Experimenté una melancolía increíble al contemplar esos cúmulos de raíces, esos dedos largos y blancos cubiertos de barro, extirpados de su cálido hogar subterráneo para no volver jamás, destinados a arder junto con el resto del árbol en algún campo que ya no era lo bastante fértil para generar cosechas. Podría regodearme en eso, y quizá fuese apropiado que lo hiciera, pero debo avanzar con el relato.

Sí, el relato. Siempre hay una historia que contar por estos lares.

Y la que sigue es la mía.

No habrá trampa alguna en lo que estoy a punto de compartir, ni un solo engaño. Así que voy a dejártelo claro desde el principio:

mucha gente cree que soy un asesino. Peor que un asesino. Un monstruo. Un monstruo tan monstruoso como pueda uno imaginarse. Un poco melodramático, sin duda, pero es como percibo estas cosas. Te lo imaginas, ¿no? Si supieras que van diciendo eso de ti, ¿cómo te sentirías?

¿Qué puedo hacer, sino contarte la verdad? Es lo único que tiene sentido.

Una cosa te advierto: esta es una historia oscura. Se dirán cosas que no te creerás; tu corazón te engañará para que pienses que no puede existir tal oscuridad en el mundo. No te lo reprocharía. Qué leches, si no hubiera vivido lo que voy a compartir, si no lo hubiera visto con mis propios ojos, yo tampoco me lo creería mucho, más o menos como lo del árbol arrancado y sus raíces desoladas. No pasa un solo momento sin que desee que mi historia no sea cierta, que sea el hechizo de un sueño con el que un brujo me asedia para que lo reviva un día tras otro, una noche tras otra, en el sótano de mi mente.

Pero, por desgracia, es la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, como suelen decir los abogados. Me da paz iniciar el relato con tanta sinceridad, exponiéndote lo que más me duele: que mucha gente me considera un monstruo. Lo único que puedo replicar es esto: en el fondo de mi corazón, como acostumbraba a decir Dickens, sé a ciencia cierta que no soy un asesino y mucho menos un monstruo.

Así las cosas, que comience el relato. Debe presentarse en dos partes, ninguna más importante que la otra. Porque una vez fui niño, cuando empezaron los horrores; y, cuando los horrores volvieron, el niño se había convertido en padre. No te ocultaré nada; eso lo prometo.

Y tú, extraño invisible, serás mi último juez.

CAPÍTULO 1

Sumter, Carolina del Sur
17 de diciembre de 1979
Siete años

Olía la Navidad en el aire.

Una brisa fría bailaba con el polvo y lo hacía dar cabriolas en las cunetas de cemento de la calle Mayor, y yo casi alcanzaba a tocar la emoción que lo invadía. Cuando ese mismo viento me atravesó la piel y los escalofríos me calaron hasta los huesos, no me pareció distinto a la anticipación temblorosa que había experimentado unos minutos antes, encaramado en el regazo del mismísimo Papá Noel. (Si Papá Noel también trabajaba a media jornada en el taller de coches Brogdon y olía ligeramente a ginebra).

Había pedido una cosa, una sola cosa, porque creía que mis posibilidades aumentaban con cada petición no esencial que eliminaba. Mi único objeto de deseo era el nuevo camión Tonka que acababa de salir al mercado: un pedazo de buldócer que venía con su propio volquete. Por supuesto, era más que consciente de que en realidad eran dos camiones Tonka, pero esperaba que el viejo Papá Noel lo contara como uno, ya que formaban pareja. Que estuviese demasiado cansado para que le importara un bledo la distinción.

—Un Tonka, ¿eh? —me había contestado con alegría la voz añeja mientras la pierna rolliza daba botecitos bajo mi trasero—. Es un muy buen regalo para un joven de tu edad. ¿Crees que esos dichosos elfos del Polo Norte serán capaces de sacarse algo así de la manga?

Sonrió; tenía los dientes de un intenso color amarillo, sobre todo al atisbarse entre la falsa barba blanca.

—Sí, señor, creo que sí —le había respondido, intentando

mostrar toda la confianza que puede mostrarse en una situación de tanto nerviosismo.

—Pues, entonces —había dicho Papá Noel—, supongo que tendremos que esperar a ver qué pasa. Más vale que te vayas ya y que te portes bien con tus padres en la granja. Son buena gente, de las mejores personas que he conocido en mi vida. Dales recuerdos de parte del viejo Jeffrey.

Entonces me había echado a reír, pues me resultaba hilarante que el Viejo Brogdon ni siquiera se molestara en fingir que era El Verdadero. Pero todos los niños saben de sobra que Papá Noel tiene un montón de ayudantes repartidos por todo el mundo. No me preocupó en lo más mínimo ni puso a prueba mi férrea fe. En esa época mi alegría era ilimitada, sin restricciones. Ojalá hubiera podido paralizar el universo, el tiempo mismo, detener mi crecimiento inevitable. Un insecto conservado en ámbar.

Unos minutos más tarde, mientras estaba de pie en la acera bajo el cartel de la TIENDA DE REXALL, me froté las manos y luego me rodeé el torso con los brazos para intentar invocar algo de calor en el ralo y frío aire. Había quedado con mi padre, que debía de estar a punto de llegar; se había ido al mercado a vender unos fardos de tabaco seco que habían guardado de la cosecha de otoño. Por lo general, le rogaba que me dejara acompañarlo para escuchar a los subastadores hablar más rápido que un disco con las revoluciones por minuto demasiado altas… Pero no podía dejar pasar la oportunidad de hablar con Papá Noel, ¿verdad? (Bueno, o con el ayudante de Papá Noel, por lo menos).

Un vehículo giró hacia la calle Mayor un poco más arriba. Casi di un paso adelante antes de darme cuenta de que no era la camioneta de mi padre, a pesar de que también era enorme y negra, de que estaba llena de polvo y hecha un cacharro. En realidad, ni siquiera era una camioneta. Era un coche fúnebre —esas cosas grandes y aterradoras que transportan cosas más pequeñas y más aterradoras— con el sello de la FUNERARIA WHITTACKER en las portezuelas laterales. Aunque tampoco es que las palabras se leyeran bien tras una o dos décadas de desgaste y tirones. Solo habían sobrevivido unas cuantas letras del logotipo, junto con una representación del campanario de una iglesia vieja que sobresalía de la letra «U» de FUNERARIA. Pero, legible o no, en el pueblo solo

había un sitio que recogiera muertos, y solo un hombre que condujese el desvencijado coche fúnebre.

El motor eructaba y escupía gases tóxicos mientras avanzaba por la calle de doble sentido, con las ventanillas tan sucias que no lograba distinguir a la persona diminuta que sabía que iba sentada al volante: Tapón Gaskins, un hombre orquesta en lo que a los recién fallecidos se refería. Necesitara lo que necesitase Whittacker, Tapón se lo proporcionaba: recoger al difunto, limpiarlo, embalsamarlo, vestirlo, enterrarlo. La gente del pueblo decía que el viejo Tapón Gaskins era capaz de cavar una tumba más rápido que Parson Fincher de rezar una oración funeraria. Yo no lo tenía tan claro, pero imaginaba que, como mínimo, sería una competición reñida.

El coche fúnebre se detuvo con brusquedad a apenas cinco metros de mí. Mientras su motor gruñía y traqueteaba hasta terminar apagándose con una serie de chasquidos y silbidos, me imaginé a un enorme dragón que se acomodaba para echarse a dormir tras un largo día cazando ovejas y princesas. No me avergüenza lo más mínimo reconocer que un escalofrío me recorrió la columna vertebral en ese momento, algo más que lógico en un día tan invernal. La portezuela se abrió de golpe y, durante una milésima de segundo, tuve la certeza de que de allí saldría un demonio con la piel roja reluciente, la boca abierta y llena de dientes afilados, los ojos amarillos y con la pupila vertical. Los hombros se me hundieron de alivio cuando el pequeño Tapón Gaskins bajó de un salto y aterrizó sobre los dos pies, como si acabara de apearse de un enorme camión articulado. Mi padre siempre decía lo siguiente acerca de la escasa estatura de Tapón: ese hombre podría perderse en un campo de trigo estando de puntillas, y en el pueblo nadie tenía ni idea de cómo narices manipulaba todos esos cadáveres.

—¿Qué tal andas, mocoso? —me gritó Tapón cuando me vio encogido bajo el cartel de Rexall.

Gaskins estaba esquelético y apenas medía metro y medio; tenía la cabeza medio calva y una parte del pelo que le quedaba, fino y revuelto, le llegaba casi a los hombros. Llevaba la cara bien afeitada, como si quisiera presumir de las cicatrices que le había dejado el acné juvenil. Como una insignia de honor. Tenía unos ojos

bastante amables, lo único que lo salvaba, pero daban la sensación de estar tan fuera de lugar como si los hubiera tenido en los codos, uno en cada uno.

—Muy bien, señor —respondí, todavía temblando a causa del frío antinatural que Tapón había llevado hasta allí junto con el coche fúnebre.

Estiré el cuello para mirar por encima del maltrecho vehículo, con la esperanza de que la camioneta de mi padre apareciera por arte de magia.

—¿Está tu madre en la tienda o algo así? No pareces muy contento ahí plantado; vas a pillarte un resfriado de muerte, chaval.

Se me podría haber perdonado que pensara que al hombre le habían brillado los ojos al decirme esa última frase. A lo mejor había poco trabajo esa semana y el viejo Tapón necesitaba algo de acción para atajar el aburrimiento.

—Estoy esperando a mi padre, nada más —respondí. Y luego añadí enseguida—: Llegará en cualquier momento. En cualquier momento.

Eché otro vistazo a la calle.

—En cualquier momento, ¿eh? Bueno, es el mejor padre que conozco. —Escupió en la acera—. Pórtate bien. Tengo que hacer unos recados.

Tapón me hizo un gesto con la cabeza y se encaminó hacia la parte trasera del coche fúnebre. Giró la manilla de la cerradura hasta que se oyó un clic y luego levantó el enorme portón. Mientas lo abría, las bisagras chirriaron una melodía infeliz y yo esbocé una mueca de dolor, convencido de que había despertado a quienquiera que fuese el muerto que yacía en la parte trasera. Gaskins metió la mano en el coche fúnebre, sacó algo y luego cerró el portón de golpe. El estruendo resonó en la calle Mayor, perseguido por el viento gélido.

No me sorprendió nada ver que Tapón llevaba agarrada su fiel pala y que sujetaba el astillado mango de madera con ambas manos. En el pueblo era bien sabido que le gustaba llevar consigo la pala de su abuelo, casi como si fuera un objeto de apego, y que a menudo la utilizaba a modo de bastón improvisado. Estábamos a por lo menos doce kilómetros del cementerio, pero eso nunca impedía que Tapón Gaskins fuera por ahí cargando con la pala. Juro por las tumbas de

mis antepasados que una vez lo vi sostenerla sobre el regazo en la iglesia.

Se echó la pala al hombro de tal manera que el extremo de la cuchara quedó suspendido a su espalda. El metal se había oxidado, tenía los bordes dentados y cubiertos de terrones de tierra que quizá dataran del siglo pasado. Algunos hasta decían que esa misma pala se había utilizado para enterrar a soldados de la Guerra Civil. (Con un poco de suerte, muertos).

La camioneta de mi padre por fin —¡por fin!— dobló una esquina de la calle y se dirigió hacia nosotros. Eso me provocó un repentino e inexplicable arrebato de valor y le hice la pregunta que terminaría persiguiéndome durante el resto de mi vida. Pensaría en ella hasta bien entrada la noche incluso décadas después de que las autoridades hubieran desenterrado los cadáveres hundidos en las profundidades de Pudding Swamp, algunos con la cabeza todavía unida al cuerpo, otros sin ella.

—Oye, Tapón —lo llamé cuando pasó a metro y medio de mí, de camino a algún desconocido destino situado calle abajo para hacer «recados».

—¿Sí, chico? —respondió; se detuvo un segundo y agarró con ambas manos la pala que ahora tenía apoyada sobre la parte posterior de los hombros.

—¿Por qué llevas siempre esa cosa —le pregunté—, incluso cuando no estás trabajando?

El viejo Tapón Gaskins asintió un par de veces, como si estuviera buscando la respuesta perfecta. Cuando por fin contestó, dejó escapar una sonrisa que alcanzó cerca de un nueve coma seis en la escala de lo espeluznante.

—Verás, hijo —dijo el hombre—: nunca se sabe cuándo vas a encontrarte un cuerpo que haya que enterrar. Nunca se sabe.

Y luego se marchó, con la vieja pala rebotando a cada paso.

CAPÍTULO 2

Lynchburg, Carolina del Sur
Marzo de 1989
Dieciséis años

El tiempo pasó como pasa el tiempo: un río que fluye, mi vida una mera hoja sobre el agua; siempre supe la dirección aproximada que se dibujaba ante mí, pero nunca supe muy bien adónde iría a desembocar. En el breve lapso de mis dieciséis años en la Tierra, la vida en la granja había cambiado de manera drástica. Mientras que mis hermanos mayores habían dedicado su tierna infancia a recoger tabaco y a secar tabaco y a liar tabaco, con los brazos siempre cubiertos de alquitrán negro y pegajoso —una némesis que nunca se quitaba del todo, por muy creativo que se pusiera uno desde el punto de vista químico—, mi mundo era algo muy distinto.

En el crepúsculo de mi primera década, nuestro padre decidió que era demasiado viejo para seguir siendo agricultor, así que alquiló la vasta extensión de tierra que consideraba suya, satisfecho de ver a otros pobres idiotas hacer el trabajo duro. Esto, por supuesto, significaba tener menos dinero. Pero, si había un hombre que no necesitaba mucho para salir adelante, ese era mi padre. Mi pobre madre, sin embargo…

Pero tengo que parar.

Lo estoy haciendo todo mal.

Esta no es forma de dibujar mi camino.

Sí, la historia de mis años de adolescencia deber ser contada, y lo será, porque una historia sin un comienzo como es debido no tiene apenas valor cuando llega el final. Pero ¿cómo consigo que todo esto importe? ¿Cómo te imprimo la relevancia de estos sucesos sin presentar a los personajes clave a los que estos horrores

visitarían algún día? Ellos son lo importante.

Son lo único que importa en este mundo, así que mi diabólico relato es una cáscara vacía hasta que te los haya presentado.

Me refiero, claro está, a mis hijos.

CAPÍTULO 3

Autopista I-20
Julio de 2017
Cuarenta y cuatro años

1

—¡Papá! ¡Wesley ha vuelto a darme un codazo!

Mientras sujetaba el volante con las manos y la autopista se extendía ante mí como un gran río de piedra, observaba las líneas pintadas en la calzada, que morían una a una al desaparecer bajo mi coche. Con el zumbido grave de los neumáticos como una melodía de criaturas marinas alienígenas atascadas en una nota, cerré los ojos por un breve instante. Respiré hondo y luego solté el aire. Abrí los ojos. Vi que la carretera no había cambiado y que no estábamos mucho más cerca de casa de la abuela. De hecho, nos quedaban cuatro horas de camino, en el mejor de los casos.

—¡Papá!

Volví a inhalar, sentí el aire frío que pasaba directamente del conducto del aire acondicionado a mis pulmones y luego volvía a salir a regañadientes, casi como la neblina ardiente de una droga. Esta vez mantuve los ojos abiertos.

—¿Qué, Mason?

Su vocecita, a veces tan dulce que me dolía el corazón —por las punzadas de amor—, me parecía ahora el mismísimo alarido de los ángeles de Satanás.

—¡Wesley no deja de tocarme la pierna! ¡Y lo hace solo para fastidiarme!

En el mundo hay personas —puede que incluso tú, que estás

leyendo mi historia— que creen que todo ese rollo de que «Fulanito o Menganita me está tocando» es un tópico sin fundamento. Si no hay ningún otro hecho que consideres cierto en mi relato, este es tan fiable como la gravedad: si tienes una criatura y está sentada cerca de otra criatura, es tan seguro como que la Tierra gira y que la luz de la luna es blanca que una de las criaturas tocará a la otra, tras lo cual la criatura agraviada le dejará claro a cualquier adulto que pueda oírla que se ha sentido muy ofendida por dicho contacto. Creo que ya he comentado antes que los niños son tontos, ¿no?

—Wesley —dije mirando hacia atrás por encima del hombro e intentando mantener a raya el cabreo—, por favor, deja de tocar a tu hermano pequeño.

Le eché un vistazo por el espejo retrovisor: dieciséis años, pelo rubio que se le metía un poco en unos ojos que mostraban una sabiduría profunda, propia de un hombre de sesenta años. Me dedicó una sonrisa que decía muchas cosas. Que solo estaba chinchando a Mason, que lo sentía, que estaba aburrido, que me quería. Todo lo bueno del mundo brilló en esa sonrisa.

—Sí, padre —respondió con un sarcasmo que pesaba tanto como el coche en el que viajábamos—. Obedeceré tu razonable exigencia si le pides a Mason que tenga la amabilidad de dejar de eructar después de cada patata frita que se come. Me están dando náuseas.

—Me gustaría insertar un comentario aquí. —Esas palabras procedían de Hazel, que tenía la desgracia de ir sentada al otro lado del flatulento Mason.

—Adelante, por favor —dije con verdadero interés.

Hazel tenía tendencia a hablar como una catedrática a pesar de tener diez años, así que siempre esperaba con ganas la siguiente ocurrencia que pudiera salir de su boca. Desvié la vista hacia ella en el espejo —tal vez te preocupe que no estuviera prestando demasiada atención a la carretera y que estuviese a punto de matar a mis hijos en un violento accidente, pero te aseguro que no fue el caso— y sonreí ante su belleza. Piel oscura, la cabeza engalanada por el pelo negro y ensortijado. Carita de ángel, por ponerte un tópico del que sí merezca la pena quejarse. (Y sí, es adoptada, para quitarnos el asunto ya de encima. Todos mis hijos lo son a partir de Wesley. Hay uno, sentado al fondo del todo, profundamente dormido, al que aún no he mencionado. Se llama Logan, como

Lobezno).

Después de pontificar un poco, incluso con el dedo índice presionado contra los labios durante unos segundos, al fin Hazel nos ofreció su respuesta reflexiva:

—Los eructos de Mason apestan, eso es verdad. Creo que tiene un problema gastrointestinal. Tenemos que llevarlo a que lo diagnostique un facultativo como es debido.

Dos cosas que le encantaban a Hazel: el uso de la expresión «como es debido» y llamar a un médico «facultativo». Diez años, recuerda.

—Coincido con la bienhablada señora de Atlanta —añadió Wesley—. Su observación de que Mason hiede es, en efecto, de lo más certera. Puede que incluso por ambos extremos, si mi apreciación no es del todo errónea. —Solo hablaba así para burlarse de Hazel, pero lo hacía con tanta gracia y cariño que me llegó al corazón—. Esperemos que el facultativo decida no extirparle las entrañas.

Como es lógico, Mason optó por llorar ante esa morbosa afirmación y prorrumpió en un grito que me perforó los oídos. Tiene siete años, así que podemos perdonarlo. Logan, a quien no debemos olvidar ahí atrás, tiene cuatro y todavía va atado a una sillita de coche, aunque considera absurdo que haya que aprisionar a un niño tan grande. Como ya habrás deducido, mi esposa y yo pudimos concebir un hijo por medios naturales, Wesley, antes de pasar por una época de varios años sin suerte (a pesar de nuestros enormes esfuerzos, debo añadir). Y si había algo que mi dulce esposa y yo quisiéramos tener en la vida, era una familia numerosa, como aquellas de las que procedíamos. Así que seguimos la vía de la adopción y buscamos niños por todo el mundo: África, China, Detroit. En ese orden.

Mi mujer no iba en el coche en el momento de todos estos eructos, quejas y pontificaciones, y me entristece decir que la razón es muy melancólica. Murió dos años antes del viaje por carretera sobre el que estás leyendo. Había viajado por trabajo a la lejana Singapur y pereció de forma muy sospechosa, pero esa historia deberá contarse en otra ocasión. Te contaría más, pero es ese tipo de amor que suena demasiado bonito para ser verdad. Tal vez algún día. Pero la echo de menos tanto y con tanto dolor como te

imaginas.

—¿Sabéis qué? —dije tras la propuesta de Hazel de que hiciéramos intervenir a una autoridad médica (con la conformidad de Wesley). Mason se había calmado hasta emitir solo un ligero sollozo que era gloria para mis oídos—. Hagamos un trato. Mason, solo puedes eructar una vez, cuando te hayas terminado toda la bolsa de patatas fritas. Hazel, te prometo que le preguntaré al méd…, al facultativo por los problemas gastrointestinales de Mason en su próxima revisión. Wesley, si paras de tocar a Mason, te dejaré conducir después de la próxima parada. ¿Trato hecho?

Los miré a los ojos a través del espejo, uno por uno —vuelvo a asegurarte aquí que mis sentidos percibían la carretera a la perfección mientras llevaba a cabo este necesario ejercicio—, y los vi asentir a todos. De los tres, Wesley parecía el más satisfecho.

Unos siete segundos después, Logan —no lo olvidemos, cuatro años, al fondo, atado a una sillita de coche contra su voluntad— se despertó y anunció con una voz extraordinaria aunque inexplicablemente feliz que se había hecho pis encima.

Inhalé; exhalé.

Y miré la carretera.

2

Dos gasolineras, una muda de ropa limpia, un trayecto por el autoservicio de una hamburguesería de mala muerte, al menos una decena de discusiones inútiles aunque a veces entretenidas y un debate profundamente filosófico con Wesley acerca de la inclusión de la religión y la raza en el análisis del fanatismo más tarde, llegamos a casa de la abuela. No tengo claro por qué al abuelo se le hacía ese feo de forma universal, pero siempre nos referíamos al hogar en el que crecí como la morada de la abuela y solo de la abuela. Primero conocí a mis padres como papi y mami, palabras que poco a poco fueron transformándose en papá y mamá antes de llegar a la adolescencia. Cuántos nombres para unas personas tan sencillas y amables.

Vivían justo en medio de la nada, junto a una carretera polvorienta y estrecha —por algo se llamaba Narrow Paved Road— que se extendía como la flecha más larga y recta del mundo entre

las tierras de cultivo de Lynchburg, Carolina del Sur. Como estábamos en pleno verano, el pavimento negro de la calzada infinita centelleaba bajo el calor y el aire que flotaba sobre ella casi hervía al atravesarlo. Las hermosas hileras de los cultivos quedaban atrás, las líneas de tierra blanca destellaban como una extraña especie de luz estroboscópica cuando las pasábamos a toda velocidad. Nunca me cansaba de contemplar esos preciosos cultivos cuando volvíamos a casa: las anchas hojas de tabaco; las hinchadas bolas blancas de algodón llenas de semillas espinosas; las plantas de soja, humildes y de aspecto más bien ordinario. Bajaba un poco la ventanilla para captar los acogedores olores de la tierra, la vegetación y el estiércol, que se mezclaban para honrar mis sentidos con la certeza de que había vuelto a la tierra que me vio nacer.

Las casas eran pocas y estaban separadas, pero el porche, la chimenea de ladrillo y el enlucido blanco de la estructura centenaria de mis padres no tardaron en aparecer a lo lejos, arriba a la derecha, y todos nos quedamos callados por el asombro. Mis hijos veneraban ese lugar —y a las personas que lo habitaban— tanto como yo. No éramos una familia corriente, de las que ahorran hasta el último dólar para ir a lugares mágicos y brutales como Disney World o Nueva York. Cuando teníamos vacaciones, cuando llegaba el verano, cuando se acercaba la Navidad, hacíamos lo que todos y cada uno de nosotros queríamos hacer: visitar a los abuelos. Visitar a mis tropecientos primos y tíos. Comer muchísimo y contar historias de los viejos tiempos en la granja.

«Este preciso lugar —pensé mientras enfilaba el camino de grava que rodeaba el patio delantero— era el lugar en el que todos queríamos estar». Al menos eso es lo que me decía. A lo mejor mis hijos querían ir a ver a Mickey Mouse y solo intentaban no herir mis sentimientos. O a lo mejor estaba equivocándome al no mostrarles más cosas del mundo. En cualquier caso, una sombra se cernía sobre mi hogar en mis recuerdos de aquel día. Una sombra que no oscureció mi alegría. Ni siquiera pensar en el fantasma del abuelo Fincher en el desván de la vieja casa —una aparición que había oído con mis propias orejas, lo juro por Dios, los ángeles y los testigos— pudo infiltrarse en mi euforia. Lo más seguro —«lo más seguro»— era que el fantasma no fuese real, pero nos encantaba fingir que sí.

Dejé de pensar en esas cosas cuando mis padres aparecieron en el porche de cemento y dejaron que la chirriante puerta mosquitera se cerrara tras ellos. Mi padre, todo pelo y bigotes grises, agitó una mano huesuda y arrugada, con la piel tan curtida por el sol que hasta se podría haber fabricado un buen guante de béisbol con ella. Mi madre esbozó su radiante sonrisa, demasiado ocupada secándose las manos en un delantal como para saludar. Estereotipo o no, lo único que esa mujer adoraba más que cocinar era cocinar cuando tenía invitados. Y nadie ha probado jamás nada más delicioso que los bienaventurados bocados que tenían la suerte de salir de su horno o de sus fogones.

—¿Qué tal, compadre? —dijo mi padre cuando abrí la portezuela, lo mismo que salía siempre de su boca en ese momento. Nunca llegué a saber si lo decía con ironía o no—. Me alegro de que hayáis llegado sanos y salvos, justo a tiempo. Se está cociendo una tormenta por el sur, y viene hacia aquí.

Mi padre, un hombre que preferiría consultar el parte meteorológico antes que respirar.

—Hola, hijo.

Mi madre me abrazó antes de que pudiera erguirme del todo, me estrechó con fuerza y me besó en ambas mejillas. Y entonces los niños salieron del coche y se desató el caos.

—¡Abuela!

—¡Abuelo!

—¡Mason!

—¡Hazel!

—¡Abuela, abuelo!

—¡Wesley!

—¡Abuelo!

—¡Abuela!

—¿Dónde está mi pequeño Lobezno?

—¡Que alguien me saque de esta birria de sillita de coche!

Hubo abrazos, alguien se cayó, mi padre sufrió un tirón en la espalda y creo que vi una o dos lágrimas enjugadas con vergüenza, pero, con tanto movimiento confuso, no me acuerdo de quién fue. El reencuentro fue todo alegría y alboroto, la emoción de las siguientes semanas invadía el aire casi como el entusiasmo nevado de la Navidad. Estábamos otra vez en casa de la abuela, qué leches,

así que todo iba bien en el mundo.

—A por las maletas, chicos —dije mientras los azuzaba con las manos hacia ningún sitio en concreto.

En ese momento miré a mi padre y vi algo que me hizo detenerme. Una oleada de tristeza, quizá. Desapareció tan pronto como había llegado, pero noté una leve grieta en mi paquete de bienvenida. Siempre había sido un poco misterioso, a veces sombrío.

Se abrió el maletero, se sacaron las bolsas, alguien pellizcó a alguien, alguien gritó.

—¿Qué tal el viaje? —quiso saber mi madre.

—No ha estado mal. —Ya empezaba a olvidar las partes olvidables de nuestro trayecto—. Aunque puede que Mason necesite unos antiácidos.

Mis cuatro hijos se echaron a reír, sobre todo Mason.

—¿Qué has hecho estos días, Wesley? —le preguntó la abuela a mi hijo mayor.

Todos soltaron gruñidos exagerados de esfuerzo mientras subíamos las maletas por los escalones del porche.

—Poca cosa, abuela. —Se encogió de hombros, un movimiento perfeccionado por los adolescentes prehistóricos y un arte nunca perdido desde entonces—. Echo un poco de menos a mis amigos desde que terminó el instituto, pero estaba deseando venirme aquí, claro. Tengo muchas ganas de ver a los primos. Y de que me embutas de comida hasta que explote.

Siempre hablaba con una… adultez que no dejaba de sorprenderme.

Vislumbré la misma sensación en la mirada de mi madre cuando le respondió:

—Espera a probar mi nuevo guiso. Tiene algo que hará que se te pongan los pelos de punta.

—¿Y eso es bueno? —preguntó Wesley—. Me gusta tener el pelo en su sitio.

La abuela se rio con ganas, un poco desproporcionadamente con relación a la calidad de la broma.

Bueno, ya habíamos llegado.

Con un suspiro que valió más que mil palabras, seguí a todos los demás hacia el interior de la casa.

3

La cena fue todo lo que mi madre había prometido. No supe si a alguien se le habían puesto los pelos de punta —a mí, desde luego, no—, pero fue una de las mejores comidas en las que había tenido la dicha de participar. No tengo claro si a la abuela le gustaba tener sobras en la nevera o si pensaba que nos habíamos convertido en elefantes, pero todavía quedaban montones de comida en la mesa mucho después de que nos reclináramos contra el respaldo de la silla, con las manos en la tripa y una expresión algo angustiada en la cara. Yo me había notado lleno al menos veinte minutos antes de dejar de comer.

Pero, antes de eso, en algún punto indeterminado de todo ese ejercicio de trasladar carnes y verduras y productos horneados desde fuentes y bandejas hasta platos y cubiertos, después hasta la boca y por fin hasta la garganta, Hazel se detuvo, dejó el tenedor cargado paralizado en el aire y habló con voz clara y fuerte:

—¿Te importaría contarnos una anécdota de los viejos tiempos, abuelo? —Sus palabras y su tono de voz podrían haber procedido tanto de cualquier mujer que haya conocido en mi vida como de una niña de diez años—. Una anécdota como es debido, por favor.

—Sí —intervino Wesley—. Cuéntanos la del cerdo muerto en la bañera.

Sonreí con la boca llena porque sabía muy bien a qué historia se refería. No es ni por asomo tan morbosa como parece.

—¿Te refieres a la de la barbacoa de otoño? —preguntó mi padre, siempre dispuesto a contarles una historia a sus nietos. Dejó el tenedor en la mesa y se echó hacia atrás, con una expresión melancólica asomándole entre los bigotes y la frente arrugada. El semblante sombrío de antes parecía haber desaparecido—. Fueron buenos tiempos. Teníamos más gente apretujada en este patio y en esta casa que hormigas hay en un hormiguero. Íbamos a la pocilga y cogíamos al bicho más grande que encontrábamos. Luego al pobrecito lo colgábamos, sacábamos un cuchillo de sierra gigantesco…

En ese momento de la narración, mi madre se acercó a él y le dio unos golpecitos en el brazo.

—Podrías saltarte los detalles más asquerosos, cariño.

—¡NO!

Nunca había oído a mis hijos hablar con tanta rotundidad y a un unísono tan perfecto.

—Está claro que tienes que contarnos las partes asquerosas —dijo Wesley, que le lanzó una mirada de «perdón» a su abuela—. Sangre, tripas, intestinos, todo.

—¡Sí! —exclamó Mason.

—¡Tripas con sangre! —gritó Logan.

Mi padre estaba más contento que un niño con zapatos nuevos, un dicho que me enseñó él.

—Bueno, digamos que nos ocupamos del asunto… Y yo siempre lo hacía muy rápido. Adoraba a esos cerdos y jamás le habría hecho daño a ninguno de ellos si no hubiéramos tenido que alimentar a nuestros hijos. Y ese día íbamos a alimentar a un pu… Uy, eh…, a un dichoso ejército de parientes. Pero, sí, como fuera, se montó un buen follón de sangre y vísceras y, para cuando tuvimos a esa pobre bestia a punto para meterla en la cocina, no me quedaba limpio ni un solo centímetro del cuerpo.

—¿Qué tiene que ver una bañera con todo eso? —preguntó Hazel con tanta inocencia en la cara como el día que la recogimos.

—Era una vieja bañera de hierro que usaba el padre de tu abuela —contestó papá. Se refería al abuelo Fincher, cuyo fantasma se había instalado en el desván. Eso no lo discutía nadie—. La guardábamos en el cobertizo de atrás, junto a la caja fuerte. Era perfecta para descuartizar un cerdo, tiene hasta desagüe propio. Aunque todo esto lo hacíamos en el porche, claro. —Cambió de postura en el asiento y señaló la puerta trasera que daba al campo de exterminio del que estaba hablando—. Sí, señor. Justo ahí fuera. Ay, mis niños, espero que nunca tengáis que oír el chillido de un puerco sacrificado.

—Bueno, vale ya —lo interrumpió mi madre—. Creo que hasta aquí llega la historia de la bañera. ¿Alguien quiere más guiso de cerdo?

Varias caras aturdidas negaron al unísono, acompañadas de unos cuantos «No, gracias» silenciosos, pero articulados. Yo me encogí de hombros y acepté de buen grado otra palada. Al final, todo el mundo sucumbió y se rellenó el plato, pero pronto llegamos a ese momento mencionado con anterioridad, reclinados contra el

respaldo de la silla, con las manos en la tripa, sin poder creernos que hubiéramos sentido hambre, ni siquiera una vez, en toda nuestra vida.

—Abuela —dijo Wesley—, tienes que hacer un programa en la tele. Estaba la hostia de bueno.

La frase se le había escapado del todo antes de que se diera cuenta de lo que acababa de hacer. Me miró y yo le devolví la mirada. Miró a la abuela, luego al abuelo y ellos le devolvieron la mirada. Hazel tenía la boca tan abierta que parecía algo antinatural, como la entrada de la madriguera de un oso. Una cucharada de puré de patatas empapado de salsa quedó a medio camino de la boca de Mason, pero volvió a caer en el plato y lo salpicó todo. Logan estaba distraído, sacándose o metiéndose algo en la nariz.

Mi madre soltó una especie de carcajada breve que intentó disimular. Mi padre intentó no sonreír mientras negaba con la cabeza. Wesley se sonrojó.

—Lo siento —murmuró—. Iba a decir «la leche de bueno», pero no me pareció que le hiciera justicia a tu comida.

Todos permanecimos callados unos segundos, reflexionando sobre esa afirmación tan confusa.

Mi padre volvió a negar con la cabeza, emitió un gruñido que, a saber cómo, resultó amable y se levantó para recoger los platos. Todos sabíamos que no tenía intención de hacerlo solo, así que nos pusimos a ayudarlo de inmediato. Un frenesí de tintineos y ruidos metálicos invadió la cálida habitación.

Me acerqué a Wesley mientras llevábamos unos cuantos platos a la cocina.

—¿Delante de mis padres? ¿En serio?

Creí que era el único reproche que podía hacerle sin parecer un viejo cascarrabias.

—Venga ya, papá —respondió—. El abuelo es granjero, ¿de verdad crees que no ha usado nunca esa palabra? ¿Cuando las…, lo que sea, las vacas le mordían?

—¿Las vacas? ¿Cuando lo mordían las vacas?

—Yo qué sé. ¿Cuando el tractor atropellaba una gallina o algo así?

Dejé escapar un suspiro muy exagerado.

—Error.

Wesley enjuagó bien nuestros platos en el fregadero y los metió en el lavavajillas.

—A lo mejor tendría que haber jugado más a ese juego de granjas que tengo en el móvil.

—Doble error —respondí.

—A lo mejor tendría que dejar el instituto y hacerme agricultor.

—Vale, deja de hablar.

Justo en ese instante sonó el timbre de la puerta. Todo el mundo levantó la vista a la vez, como si esperáramos que el mismísimo Dios se hubiera pasado por allí a hacernos una visita.

—Debe de ser la tía Evelyn —supuso mi madre.

Como queríamos a mi hermana casi tanto como a la comida de mi madre, volcamos al menos una silla al echar a correr hacia la puerta principal.

4

No era la tía Evelyn.

La puerta con retenedor emitió su chirrido corrupto cuando mi padre la empujó para abrirla. Yo estaba de pie justo detrás de él, mirando a través del cristal y la mosquitera a un hombre al que no había visto en mi vida. Este dio un paso a un lado para dejarse ver mejor cuando la puerta alcanzó el tope con un clic. Era un ser nervioso y alargado, todo tendones y piel bronceada, con la mirada clavada en el suelo como si hubiera ido a confesar sus horribles pecados.

—¿Qué quiere? —preguntó papá.

El desconocido se movió con nerviosismo, tocándose las yemas de los dedos como si fueran un instrumento musical. Siguió sin levantar la vista. Me pareció que tendría unos treinta y cinco años, quizá más bien cuarenta. Era difícil adivinarlo con la tupida barba que se le amontonaba en la cara y en el cuello. Se había peinado el pelo de color rubio sucio hacia un lado con gran empeño, engrasándoselo con algo de calibre industrial. Toda la cabeza le brillaba como el bronce pulido.

—¿Señor? —entonó mi padre con firmeza para dejar claro que más valía que se le explicara de inmediato la presencia de aquel hombre o empezaría a haber problemas.

Con eso, el desconocido levantó la vista al fin. Tenía los ojos más oscuros que había visto jamás, el blanco que se los rodeaba humedecido por las lágrimas recientes y la piel hinchada por el llanto.

—Perdón… Lo siento —murmuró—. No pretendo hacerle daño a nadie. No, señor.

—Entonces, ¿qué está haciendo aquí plantado, en mi porche, por el amor de Dios? —La voz de mi padre se correspondía con la inquietud que flotaba en el aire como unas cortinas mohosas—. ¿Tengo que llamar a las autoridades?

Me empujó con la mano, como si quisiera que hiciera eso o al menos que sacara el teléfono para fingirlo. Lo hice, y lo alcé para que se viera.

—¡No, señor, por favor! —suplicó el desconocido—. No he venido a hacerle daño a nadie, ¡es mí a quien le han hecho daño! —Habló con tanta seriedad que los tendones del cuello se le abultaron y removieron bajo la barba—. Por favor, solo tengo que… solucionar una cosa. No tengo ni armas ni nada, puede comprobarlo.

En ese momento, mi padre se volvió hacia mí con una expresión que entendería mejor al cabo de unos días. Era una cara de compasión, casi de súplica, pero también con un profundo dejo de falsedad, como si lo hubieran contratado para hacer un anuncio y fuera un actor malo con avaricia.

—Oye, papá —empecé a decir, pero hizo algo (un ligero temblor en los labios, un ceño algo fruncido, unos ojos que parecían pensar por sí solos, perdidos en palabras demasiado profundas como para pronunciarlas en voz alta) que me detuvo. Me confundió, la verdad. Con un suspiro cordial, centré mi atención en nuestro visitante—. ¿Qué ha pasado, tío? ¿Llamamos a una ambulancia? ¿A la policía? ¿Te has metido en algún tipo de lío?

El desconocido sacudió la cabeza para decir que no con tanta voracidad que solo me habría sorprendido un poco si se le hubiera caído entre los arbustos.

—No, no, estoy como una rosa, lo juro. Solo he venido a decir unas palabras, nada más. Me han dicho que estabas en el pueblo y pensé en venir hasta aquí antes de que el sol se pusiera del todo.

Clavó la mirada en mí de una manera tan repentina y absoluta

que di un paso atrás. Los ojos se le aclararon en cuanto lo hizo, y cualquier posible rastro del personaje inconexo, triste y tambaleante desapareció de golpe.

—¿Yo? —pregunté, y me sentí bastante estúpido, como si nuestros papeles en aquella extraña situación acabaran de invertirse —. ¿Te conozco?

—Tú… conociste a mi padre.

Me resulta imposible describir el cambio que se produjo en su rostro cuando dijo esas palabras y, cuando reconocí el parecido que vi en él, la transformación aún más exagerada que se produjo en mí. Perdió todo el color de la cara, como estoy seguro de que me ocurrió a mí, y dio la sensación de mutar como por arte de magia en las nubes de tormenta que se cernían sobre nosotros, lo que hizo que el mundo se volviera repentina y tenebrosamente oscuro.

Sé que abrí la boca, que tuve la intención de hablar, pero no recuerdo si llegué a pronunciar alguna palabra.

—No vayas a juzgarme —dijo el desconocido, con un muro de defensa casi visible titilando ante él—. No me parezco en nada a mi padre y no llevo en la sangre nada que vaya a hacer que me parezca nunca a él. Lo del palo y la astilla y todo eso… no son más que un montón de gilipolleces.

El hombre del porche, plantado delante de mí, frente a la casa donde mi abuela había dado a luz a mi madre, era Dicky Gaskins. Ya me has oído hablar de su padre en este relato, y de un encuentro fortuito que tuve con él cuando era un pequeño inocente, inmerso en la reciente alegría de haber conocido a un Papá Noel falso. Aquel no fue más que nuestro primer encuentro, y el último que resultó agradable.

—Eres el chico de Tapón Gaskins, ¿eh? —dijo mi padre en un susurro sin aliento.

Una vez más, había algo artificial en su tono. Tuve la sensación de que sabía muy bien quién era aquel tipo, pero que, por alguna razón, no quería que yo supiera que lo sabía.

Dicky asintió, haciendo todo lo posible por ofrecer una apariencia de humildad: la cabeza gacha y los hombros hundidos, las manos unidas ante él como un mojigato.

—Sí, señor, soy yo. Y he pasado hasta el último día de mi desgraciada vida intentando disculparme por ello. No soy mi padre.

Diría que yo no había movido un solo músculo durante esos largos y eternamente atormentados momentos. Un narrador mejor que yo habría organizado las cosas como es debido para que pudieras conocer el pavor infernal que se había apoderado de mí. Pero hay método en mi locura (que dijo el Bardo) y te pido paciencia mientras se desarrolla mi historia. Baste decir que no habría sentido más miedo y consternación si Satanás y todos sus demonios hubieran pisado el patio de mis padres.

—Lárgate de aquí —le espeté mientras combatía contra mi instinto de hacer llover puñetazos sobre el descendiente de mi tormento—. No digas ni una palabra más y sal de la propiedad de mi padre.

Si se dice que la sangre hierve de rabia, la mía se estaba cocinando como un guiso. Notaba el rubor acalorado en la piel de la cara.

—Vas a oír lo que he venido a decir —insistió Dicky Gaskins.

Entonces le grité algo, algo entreverado con todas las palabras que mi madre me enseñó a no decir nunca. Luego una compulsión se apoderó de mí, como si me hubieran secuestrado a nivel emocional, y me abalancé hacia delante, agarré a Dicky por la camisa y tiré de él hacia mí. Recurriendo a una fuerza que no sabía que tenía, lo levanté del suelo y lo tiré de espaldas contra el suelo de hormigón del porche. Oí la bocanada de aire que le abandonaba el cuerpo. Fuera cual fuese su ascendencia, la expresión de auténtico terror que lo invadió desencadenó una oleada de culpabilidad indeseada en lo más profundo de mi ser. Aun así, eché la mano hacia atrás, la cerré en el puño más potente que había blandido en mi vida y me preparé para darle un puñetazo en aquella cara vulnerable, débil y similar a la de Tapón Gaskins.

—¿Papá?

Era una voz suave, angelical. Procedía de mi derecha. Sin alterar la posición de mi puño, suspendido en algún punto indefinido entre Dicky y los cielos, miré hacia allá. Mis cuatro hijos estaban allí plantados, presenciando mi ataque de ira. Debían de haber salido por la puerta de atrás y dado la vuelta por el patio lateral. Hazel era la que había hablado, pero el tono desgarrador de su única palabra había transmitido a la perfección los sentimientos de todos ellos. Incluso Wesley, en quien a menudo pensaba como en alguien mayor

y más sabio que yo, me miraba con una confusión infantil. Aunque me lo hubiera esperado más de Mason, Logan gimió, con las lágrimas rodándole por las mejillas.

Salí de golpe del trance. Me aparté de Dicky dando tumbos y retrocedí hasta que golpear la pared frontal de la casa con los hombros. Mi padre seguía de pie junto a la puerta mosquitera abierta, inmóvil y callado.

—Perdón —susurré, aunque estoy seguro de que nadie lo oyó, y menos mis hijos, a quienes me dirigía en realidad.

—No pasa nada —dijo Dicky, que malinterpretó la situación. Se puso de pie y se sacudió el polvo—. Bueno, vamos a lo que…

—¡Lárgate de una vez! —grité, ahora más cabreado por lo que me había hecho hacer delante de mis hijos que por cualquier otra cosa—. ¡Lárgate de una vez y no vuelvas nunca!

Aunque no lo miraba a él. Miraba a Wesley, que, a su vez, me escudriñaba como el búho más sabio de todos los cuentos infantiles.

No sabía qué decir. No sabía qué hacer. No me preocupaba tanto que Wesley —de entre todos ellos— presenciara mi rabieta como verme obligado a explicar el motivo de la misma. En la cara de Dicky veía a su padre, y en su padre veía todo lo malo que me había ocurrido.

Ya me había enderezado, y respiraba como si acabara de hacer cien abdominales. Mis hijos tenían que saberlo por mí, debían entender mi reacción. Tenía pensado ahorrarles esos horrores, pero no me quedaba otra opción. Abrí la boca para hablar, sin saber lo que podría salir de allí.

—Chicos, una cosa…

Pero hasta ahí llegué. Dicky hizo un ruido como de arcadas, una exhalación brusca que resonó por todo el patio. Lo miré, desconcertado; pensándolo en retrospectiva, me avergüenza decir que no sentí la menor preocupación, solo una curiosidad morbosa. Había sido un ruido raro, uno de esos sonidos antinaturales que, cuando proceden de un cuerpo humano, hacen que uno comprenda enseguida que algo ha salido terriblemente mal, que la muerte está llamando a la puerta y solo un médico puede mantenerla al otro lado del umbral.

Dicky empezó a sufrir espasmos en el suelo y se agarró el cuello con ambas manos. Tenía los ojos desorbitados, la cara hinchada y

roja tirando a morada y los tendones tan tensos como las cuerdas de un piano bajo la piel. Aquel hombre se retorcía de dolor al límite del porche. Al final se cayó por el borde y se desplomó desde una altura de un metro que una vez me había parecido de cuatro. Aplastó un floreciente arbusto de azalea con su peso. Durante todo el proceso, los horribles ruidos que brotaban de su garganta no dejaron de espesar el aire.

—¡Me cago en la leche, haced algo! —gritó mi padre, dirigiéndose a todos nosotros y a nadie en particular.

Los niños, acurrucados los unos contra los otros para protegerse, una pequeña manada de lobos, se habían acercado a la parte delantera del porche; mantenían cierta distancia, pero eran incapaces de no mirar. El miedo que transmitían sus ojos era algo que hasta entonces había esperado que no los afligiera, y ese no fue más que el primero de mis muchos fracasos de ese verano.

—¡David!

Mi padre por fin abandonó su posición junto a la puerta mosquitera y se encaminó hacia el lugar donde había caído Dicky. No conseguí salir del trance hasta que oí mi nombre, pero entonces me moví deprisa y llegué primero hasta el hombre que se retorcía y sufría. Bajé de un salto hasta las azaleas, sentí el pinchazo de sus ramas, me arrodillé, noté más pinchazos y evalué la situación.

Nuestro visitante estaba en bastante mal estado: la cara entera parecía un hematoma terrible, tenía la piel tan hinchada que le habría reventado si se hubiese clavado un alfiler. Los ojos le sobresalían tanto de las órbitas que era un milagro que se le mantuvieran dentro de la cabeza. No era necesario facultativo para ese diagnóstico: Dicky se estaba asfixiando y le faltaba muy poco para morirse allí mismo, entre los arbustos. Pero, a menos que no lo hubiera visto sacarse a escondidas un trozo de carne seca del bolsillo y empezar a masticarlo, era incapaz de imaginar qué se le habría alojado en el gaznate para hacerlo sufrir así.

—¡Papá, llama a un médico!

Levanté las manos en el aire, con los dedos extendidos, sin que ninguno de los diez tuviera ni idea de qué hacer; Dicky se retorcía, se ahogaba, se revolvía debajo de ellas. El malvavisco púrpura que era su cara parecía a punto de estallar, si no le explotaban primero los ojos. Estaba de espaldas, mirando al cielo como si esperara que

los ángeles vinieran a llevarse su alma.

—Dicky —dije tratando de ocultar el terror que me teñía la voz —. Estate quieto un segundo. Necesito… —No sabía lo que necesitaba. Lo que él necesitaba. Estiré el brazo y le toqué las manos, con las que seguía aferrándose el cuello; luego el pecho; luego la zona que le rodeaba la boca, que estaba abierta de par en par. Se había quedado callado, lo que significaba que había empeorado—. ¡Dicky! Voy a intentar hacerte la maniobra de Heimlich.

Como si anunciar mi intención me volviera más capaz de hacerlo.

Clavé las rodillas en las azaleas para tener un punto de apoyo, agarré a Dicky por los hombros y lo puse de lado, luego bocabajo. Me senté a horcajadas sobre su espalda y le rodeé el cuerpo con los brazos hasta juntar las manos a la altura del estómago; las ramas que tenía debajo me arañaban la piel. Más que consciente de que no era lo bastante fuerte como para levantar a Dicky, lo apreté con fuerza e hice todo lo posible por alzarlo.

—¡Levántate! —gruñí—. ¡Dicky, levántate! —Moví los brazos hacia dentro y hacia fuera, clavándole el puño formado por mis dos manos en el abdomen cada vez que lo hacía, al mismo tiempo que intentaba colocar los pies debajo de mí para levantarme. Si hubiera sido un simulacro de seguridad, mis hijos se habrían reído de lo ridículo que debía de parecer—. ¡Dicky, levanta el culo, tío!

A pesar del forcejeo, de las arcadas silenciosas y de la proximidad de la muerte, las sinapsis del cerebro de Dicky todavía chispeaban, porque me oyó y logró hacer lo poco que podía para que ambos nos pusiéramos en pie. Una vez erguidos, pude hacerle la famosa maniobra de Heimlich con más acierto. Lo sé porque he visto un millón de películas.

Pero no funcionaba.

Le clavé los puños en el estómago, apretando con todas mis fuerzas, hasta levantarle el cuerpo con el esfuerzo. Cuando bajó, volví a hacerlo. Repetimos la desafortunada danza al menos una decena de veces sin ningún resultado. Dicky iba debilitándose de manera cada vez más obvia ahora que tenía el conducto del aire completamente bloqueado. Se estaba desvaneciendo, muriendo entre mis brazos.

Un fuerza tremenda impactó contra mi costado, un hombro huesudo que me sorprendió ver que pertenecía a mi hijo, Wesley. Me había golpeado con tanta fuerza como para que soltara mi presa sobre Dicky y el hombre cayese al suelo una vez más, esta vez fuera de los arbustos; se desplomó sobre la hierba, y ya no tenía los ojos desorbitados.

—Es la lengua, papá —dijo Wesley.

No estoy seguro de haber oído en toda mi vida una frase de cuatro palabras que me resultara más confusa. Al menos, en medio de aquel frenesí, no tuvieron el menor sentido para mí.

—¿Qué? —pregunté como un idiota, pero Wesley no había esperado a que le contestara.

Se había tirado al suelo, tan cerca de Dicky que sus rodillas le rozaban una de las mejillas moradas e hinchadas. Entonces observé con asombro a mi hijo mientras con una mano le apretaba las mejillas al hombre —se las apretaba con fuerza— y con la otra le abría la boca. Al principio se le resistió, pero luego se abrió con la misma facilidad que una pompa de jabón. Wesley metió la mano con la que le había apretado la cara en la cavidad abierta de la boca. La mano fue adentrándose cada vez más, Wesley se mordía el labio inferior con los dientes mientras miraba al suelo de soslayo con una expresión de intensa concentración. Juraré hasta el día en que me muera que le metió el brazo hasta el codo.

—¡La tengo! —gritó Wesley.

Sacó la mano de la boca de Dicky y se desplomó de espaldas sobre los arbustos de azaleas. En cuanto a Dicky, ahora cogía aire con fuerza, un jadeo tras otro, tragaba y expulsaba aire como un fuelle humano. Luego llegaron las toses y los resuellos ahogados y todos los demás ruidos desagradables que cabía esperar de un hombre que había estado a punto de morir tragándose su propia lengua.

Me encontraba lo bastante cerca del borde del porche como para sentarme, aturdido. Todo lo que me rodeaba se había vuelto absurdo. Mis otros hijos se habían echado a llorar. No había ni rastro de mi padre por ningún sitio. El aire parecía estar demasiado estancado para ser natural, como si la sustancia del universo se hubiera quedado trabada.

La extraña sucesión de acontecimientos se reprodujo de nuevo

en mi mente. El hijo de un asesino en serie se presenta en la puerta de nuestra casa, el hijo del hombre que me había hecho más daño que todos los demás villanos de mi vida —grandes y pequeños— juntos. Ese hijo de un asesino en serie decía que venía a verme a mí. Luego se tragaba su propia lengua, sin razón aparente. Y mi hijo, que nunca había mostrado el más mínimo indicio de saber ni un ápice de lo que había que hacer para salvar a una persona en una situación tan desesperada, había hecho justo eso.

Pero, por muy extraño que resulte todo esto, debo decirte que lo que subyacía bajo la superficie —lo que en verdad había ocurrido en esos aterradores momentos— era algo tan oscuro aún no estoy preparado para describirlo.

Ahora debemos volver al instante en que empezó todo.

CAPÍTULO 4

Marzo de 1989
Lynchburg, Carolina del Sur
Dieciséis años

1

Todos los horrores de mi vida se remontan a un día: el día en que Andrea Llerenas y yo fuimos a dar un paseo por el bosque.

Comenzó cuando Andrea pronunció las palabras que me destrozaron el corazón. Las palabras que casi me dañaron literalmente los oídos cuando la vibración de sus ondas sonoras me recorrió los canales auditivos. Las palabras que acuchillaron, quemaron y destruyeron a la que yo creía que era la joven más perfecta que había pisado la tierra.

—Led Zeppelin no es mejor que todos esos otros grupos de melenudos que escuchas.

Íbamos caminando junto a las viejas vías abandonadas del tren, cuyos largos raíles seguían rectos, aunque un poco oxidados y en mal estado. Todo lo bueno que llega con el fin del invierno y el comienzo de la primavera nos rodeaba. Los robles, los abedules y los arces se vestían de hojas verdes y le reclamaban parte de la gloria a los pinos que habían plantado cara a los meses de frío. El sotobosque volvía a estar vivo, los arbustos, la hiedra y la maleza rellenaban los huecos solitarios e invernales y le conferían a todo el lugar un aspecto abarrotado y feliz. Asomaban incluso algunas flores, unas cuantas rojas y azules, aunque en esa primera fase eran sobre todo amarillas. Todo olía fresco y vibrante y, en cierto modo, el zumbido constante de los insectos, un rugido sibilante que se

convierte en su propio tipo de silencio, lo intensificaba aún más.

Estábamos rodeados de belleza e iba paseando con la mejor amiga que tenía: uno de los momentos más felices que recuerdo, hasta que ella pronunció esas palabras y empañó la atmósfera.

—Espera un segundo. —Me detuve en una de las traviesas de madera podrida de las vías—. Creo que acaba de fallarme el oído. —Me metí el dedo meñique en la oreja y lo sacudí como si estuviera buscando gusanos—. Es imposible que acabes de decir lo que creo que has dicho. Aunque lo hayas dicho. Estoy bastante convencido de que lo has dicho, pero es imposible…

Dejé de intentar hacerme el gracioso.

—Hum, vale —respondió Andrea—. No sé muy bien qué has dicho, pero vale. Poison, Skid Row, Guns 'N Roses, Led Zeppelin…, son todos iguales. Y por iguales me refiero a malos a rabiar.

Todavía encaramado a la traviesa podrida, con los pies hundiéndoseme en ella como si fuera de arcilla, me froté las sienes con ambas manos.

—Muy bien, en primer lugar, eso está mal al menos a dos niveles. Por un lado, todos y cada uno de esos grupos son alucinantes. Pero, además, Led Zeppelin no se parece en nada a los otros. Son totalmente distintos. Están a un nivel totalmente distinto. A ver, son todos alucinantes, pero… Zeppelin es aún más alucinante.

—¿Llevan todos el pelo largo? —preguntó.

—Sí, pero…

—¿Llevan todos ropa ridícula?

—Sí, pero…

—¿Tocan todos ese insoportable solo de guitarra que nadie quiere escuchar en el medio?

—No son iguales. Todos alucinantes, uno aún más alucinante. Fin de la discusión.

—Con esa elocuencia, no sé cómo seguir discutiéndotelo. —Se cruzó de brazos y exhaló un exagerado suspiro de derrota—. Salvo diciendo que son todos una mierda.

—Sí, ni punto de comparación con Madonna y Tiffany.

—Retira eso. Retira eso ahora mismo.

Pero ni siquiera había acabado de decirlo cuando una carcajada empezó a surgirle del pecho y tiró de mí para rodearme el cuello

con los brazos y estrecharme en un abrazo. Puede que le siguieran unos cuantos besos.

Cómo describir el puro placer de esas tres cosas: su risa, su abrazo, su beso. No soy de los que se ponen cursis cuando se trata de asuntos de amor, pero Andrea encarnaba la felicidad para mí, era un faro de absoluta alegría entre la oscuridad y la niebla que tan a menudo acompaña a los años de la adolescencia. Si no la hubiera tenido en mi vida durante los dos meses siguientes, estoy más que seguro de que no habría sobrevivido.

Dio un paso atrás y bajó los brazos con tristeza.

—¿Podemos buscar ya el camino, por favor?

—Si insistes…

Me tomé unos segundos para admirarla: el pelo castaño, la piel morena, la pronunciada curva de los pómulos. Pero los ojos —tan oscuros y tan rebosantes de inteligencia, una ventana a su mente— siempre fueron lo que más me gustaba. Ella era la que más me gustaba.

—¿Por qué me miras así? —me preguntó.

—Solo intentaba verte el alma. Solo intentaba ver si es posible que estés tan tocada como para pensar que Led Zeppelin y Poison son iguales.

—Se acabó. Ya no se habla más de grupos cutres.

Se dio la vuelta y echó a correr, y yo la perseguí.

2

Como casi todo en la vida, vivir en la zona agrícola de Carolina del Sur tenía sus pros y sus contras. No voy a meterme ahora en los contras, que eran muchos (de nuevo, como en casi todo en la vida), pero los pros eran bastante grandiosos. Nada de autopistas de doce carriles, nada de esmog, nada de pandillas, nada de tráfico; en otras palabras, nada de cosas con las que tenía que lidiar «la gente de la gran ciudad». ¿Había cierta ingenuidad en todo esto? Por supuesto. A toro pasado, me doy cuenta de era una persona ridícula en muchos aspectos. Pero nos conformábamos.

La mayor de las ventajas era la tremenda… «amplitud» del entorno en el que vivíamos. Vastas extensiones de campos, bosques y ciénagas; en aquel lugar nada parecía acabarse jamás. A Andrea y

a mí nos encantaba explorar, y juro que podríamos habernos dedicado a ello diez horas al día durante diez años y aún nos habría quedado infinidad de maravillas por descubrir. Rocas ocultas bajo la superficie de la ciénaga, escalones que llevaban a una islita que nadie más conocía. Cementerios familiares en medio de la nada, con sus inquietantes lápidas cubiertas de mugre y kudzu. Arroyos llenos de cangrejos a la espera de ser capturados y liberados de nuevo tras pegar uno o dos pellizcos solo para recordarle a todo el mundo quién mandaba allí. Árboles por trepar, lagos por nadar, ríos por vadear, árboles frutales por saquear. Todo ahí para ser tomado, para ser disfrutado.

Aun así, lo que más me gustaba era el bosque. La infinita variedad de árboles, algunos de tronco grueso y tan antiguos como los primeros colonos, otros delgados y rectos y estirándose hacia el cielo, todos ellos con su propio olor y abundantes hojas y agujas. El kudzu, esa planta trepadora que crece más rápido que los bebés y lo cubre todo a su paso; he visto casas enteras perdidas bajo su pesada piel verde. La maleza, las ardillas, los ciervos, los prados intermitentes llenos de flores silvestres, ese rugido sibilante de los insectos que ya he mencionado. Era un refugio para mí y, si mi familia y la sociedad en general no lo hubieran mirado con malos ojos, habría vivido con gusto entre los lobos como Mowgli. Aunque no teníamos lobos.

—¿Por qué siempre nos cuesta tanto encontrar este sitio? —preguntó Andrea.

Íbamos de la mano y llevábamos diez minutos subiendo y bajando el mismo tramo de las vías en busca del inicio de un camino que se había convertido en nuestro último favorito. Al ritmo que crecían las cosas por allí, podías perder hasta a un primo entre la maleza, así que mucho más un sendero estrecho.

—¡Ahí está! —grité triunfante, al mismo tiempo que señalaba un hueco apenas perceptible entre dos arbustos frondosos.

Es difícil detectar la entrada de un sendero no oficial en un lugar en constante crecimiento, pero, cuando tu mirada se posa realmente en él, lo reconoces de inmediato. La tierra pisada, una o dos ramas rotas, el paso estrecho entre unas plantas que parecen haber retrocedido tras el reciente contacto humano.

—¡Por fin! —exclamó Andrea con un resoplido.

Nos adentramos en el bosque con la habitual sensación de reverencia, cruzamos aquellos arbustos de bienvenida a un mundo de verde, madera y sombras. La luz del sol atravesaba el dosel de hojas mucho más arriba y moteaba el suelo con un movimiento constante de color dorado. Seguimos el sinuoso sendero, aplastado por los pies de quienes nos precedieron, que no parecían conocer el concepto de que una línea recta es el camino más rápido desde el punto A hasta el punto B. Pero eso nos daba igual. Cuanto más serpenteante fuera el camino, más tiempo pasaríamos allí.

Al cabo de unos minutos de curiosear aquí y allá, Andrea rompió el silencio (el zumbido de los insectos no cuenta como ruido de verdad).

—¿Te apetece escalar algo hoy?

—Solo si recibo una recompensa cuando lleguemos a la cima.

—Me parece bien. —Señaló un roble gigante, de esos que tienen ramas más gruesas que la mayoría de los hombres y un par de ellas que se inclinan para besar el suelo antes de volver a elevarse. Los más fáciles de escalar del mundo—. Tu recompensa será ayudarme a repasar el examen de Biología. Fíjate en ese musgo.

Miré hacia donde me indicaba. Las plantas suaves colgaban de las ramas del roble en un millón de sitios, de color verde grisáceo. La mayoría de la gente las comparaba con la barba de un anciano, pero a mí me daba la sensación de que el árbol se estaba derritiendo con la edad, triste, desamparado. Llorando, tal vez.

—¿Quieres echar una carrera a ver quién llega antes arriba?

Andrea siempre me ganaba, así que no tenía intención de aceptar su oferta.

—¿Y si nos sentamos en esa rama de ahí a charlar? —propuse con timidez—. Estoy un poco cansado hoy.

—Vale —respondió en un tono mucho más decepcionado de lo que me esperaba—. Pero después echamos la carrera.

No sé cuánto tiempo estuvimos sentados en la rama ancha y baja aquella tarde de primavera. Se había levantado frío en la sombra, así que Andrea pasó un buen rato acurrucada entre mis brazos sin que nos dijéramos ni una sola palabra. Ambos compartíamos una historia, algo ante lo que los adultos tal vez cometieran la debilidad de poner los ojos en blanco, pero que para nosotros era profundo. Como la de mi futura difunta mujer, esta historia deberá contarse

en otra ocasión, pero baste decir que Andrea me salvó a mí y yo la salvé a ella. Y, ojo, eso fue mucho antes de que empezaran los horrores de este relato en particular.

Andrea bostezó y se recostó más sobre mí. Estiró los brazos para cogerme la mano izquierda y apretármela entre sus diez dedos. Tenía la cabeza apoyada en mi hombro cuando habló:

—¿Dónde crees que está ahora?

Me había hecho esa pregunta incontables veces, pero ahora la hacía sin el menor estremecimiento en el cuerpo ni temblor en la voz. El tiempo había curado algunas heridas, el axioma era cierto. Y quizá yo hubiera tenido algo que ver con ello, solo un poquito.

—Lejos de aquí —respondí, convencido de ello—. Tu madre y tú estáis a salvo. Ese cabrón tendría que ser un verdadero estúpido para volver a poner los pies en este estado. Y sabemos que no es estúpido.

Ella respondió con un simple y pensativo «ah».

—Es demasiado narcisista para volver —añadí—. Nunca tuvo nada que ver con el poder ni con los celos ni con… que tuviera alguna enfermedad que lo llevara a hacer daño a la gente. Todo tenía que ver consigo mismo, con intentar ascender más en una vida que veía como una especie de montaña aislada. Y jamás se arriesgaría a que lo arresten y lo metan en la cárcel. Eso sería algo que le haría demasiado daño para su gusto al «señor» Llerenas.

Andrea adoptó un terrible acento pijo, puede que una nueva táctica para ocultar su dolor:

—No considera que la cárcel fuera a resultarle grata, ¿verdad?

—No, mi señora. La encontraría bastante…, del todo insufrible.

Lo único peor que el acento pijo de Andrea era el mío. Ella no tenía mucho acento sureño, si es que llegaba a tenerlo, pero yo sí, y mezclar esos dos sonidos era mala idea.

—Creo que tienes razón —dijo poniéndose seria—. Ha pasado demasiado tiempo como para que siga quedándole rabia «de verdad». ¿No? Rabia de la que lo empujaría a volver y cometer alguna estupidez como… No sé, hacernos daño o lo que sea. No ganaría nada con ello, ni dinero ni una casa. Solo conseguiría cargarse el haber estado a punto de salirse con la suya.

—Exacto.

Giré la cabeza para besarle la frente.

—Bueno, en realidad ya no me da miedo. Te he preguntado por él solo porque… Supongo que porque tengo curiosidad. Está por ahí, en algún sitio, el pringado de mi padre. Vivo, durmiendo, despertando, haciendo sus cosas. Es imposible no pensar en él.

Volví a besarle la frente. Esa demostración de cariño me pareció la que un hombre adulto le haría a su único y verdadero amor, y estoy seguro de que nunca me había sentido más adulto.

—A lo mejor es divertido imaginarse qué anda haciendo —sugerí; la idea se me escapó sin más. De hecho, me sorprendió un poco lo buena que parecía—. Burlarse de ello.

Se apartó de mí y se sentó erguida en la rama, con los pies agarrados a la altura de los tobillos y balanceándose.

—¡Es la idea más perfecta que he oído en mi vida! Así manejaremos el tema a partir de ahora. Será como una especie de ¿*Dónde está Wally*?, pero mucho más oscuro y retorcido y…, y terapéutico.

Se le iluminó la cara con una sonrisa y me sentí el mejor psicólogo del mundo.

—Vale, ¿quién empieza? —pregunté.

—Tú, claro. Se te ha ocurrido a ti.

«Eso es verdad», casi me entraron ganas de decirle. (No tengo claro si es cierto que me puse así de chulo por una cosa tan tonta o si solo lo estoy recordando con algo de nostalgia).

—Vale, allá voy —dije mientras me frotaba las manos, algo que todos sabemos que hace que nuestro cerebro funcione con más eficacia—. Lo llamaremos «¿Qué estaría haciendo si fuera Antony Llerenas?». Pues…

—¿Qué? No. Es un poco largo, ¿no te parece? Mejor lo llamamos solo «¿Dónde está Antony?». Tampoco es que vayan a demandarnos por violación de derechos de autor estando en pleno bosque.

Asentí con la cabeza, ya se me habían bajado los humos.

—Vale, allá voy otra vez. —Me froté las manos de nuevo—. «¿Dónde está Antony?». Ahora mismo, está… Está haciéndose un TAC y su médico está moviendo la cabeza de un lado a otro despacio, con cara de preocupación y todo el rollo. Tu padre…

Andrea me interrumpió:

—No. No lo llames así, nunca. Solo Antony.

—Entendido. Bueno, Antony, TAC, médico preocupado, etc. ¿Te

has enterado de por dónde vamos?

—Sí, me he enterado, David.

—Entonces, tu… Antony le pregunta: «¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Oh, dígamelo, por favor, doctor Spitz».

—¿Doctor «Spitz»?

Me encogí de hombros.

—Es lo primero que se me ha ocurrido.

—Qué raro.

—¿Vas a dejarme terminar mi primer turno o no?

Movió la mano en un gesto que imitaba un bucle, como para decir: «Adelante».

—El caso es que —continué— el doctor Spitz se acerca al HDP de Antony, le pone una mano en el hombro y lo mira con el ceño fruncido y cara de compasión. «Lamento informarle», dice el doctor, no Antony, «que es justo lo que sospechábamos. Tiene un culo donde debería estar el cerebro. No sé muy bien cómo ha llegado hasta ahí, pero mañana le haremos una colonoscopia para ver si se intercambiaron al nacer o algo así».

Andrea había empezado a reírse en algún momento del relato. Me sumé a ella y apenas pude terminarlo porque ya casi no era capaz de hablar.

—Ha estado bien —dijo al final mientras se enjugaba una lágrima del ojo—. No sé qué me esperaba, pero me has pillado. Buen comienzo.

—Vaya, gracias. —Hice una reverencia con aire majestuoso—. Ahora te toca a ti. Y después trepamos al árbol.

—Sí —convino—, pero, hablando de culos, lo tengo dolorido de estar aquí sentada. Vamos a caminar un rato por el sendero y ya me lanzaré a lo del juego cuando esté preparada.

—Trato hecho.

3

Y así fue como nos internamos aún más en el bosque que se oscurecía. Los árboles se tornaron más grandes y cercanos entre sí, la telaraña de sus hojas se espesó como la marea creciente de un mar verde. El sol extendía sus brazos ardientes hacia el horizonte. La inclinación de las sombras era ya muy marcada y formaba en el

suelo un bosque de palos oscuros más altos que los troncos que se alzaban sobre nosotros. El aire se envolvió en una penumbra todavía algo dorada, pero más intensa, más apesadumbrada, como si llorara el inevitable final del hermoso día. Andrea y yo caminábamos cogidos de la mano, disfrutando del paisaje, de los sonidos y el uno del otro en igual medida.

—¿Se te ha ocurrido ya algo? —le pregunté tras un largo silencio entre ambos.

—Sí. —Pasó por encima de una raíz del tamaño de un caimán y luego se agachó para dejar atrás una rama baja; yo la imité, contento de tener a una intrépida exploradora ante mí—. Pero no es divertido. Solo… una tontería.

—Seguro que es genial. Dale, cielo.

Superó otra rama colgante, esta vez empujándola para apartarla y después soltándola para que volviera a su sitio y me golpeara.

—No vuelvas a llamarme cielo. Me da igual que nos casemos, procreemos, sobrevivimos al cáncer juntos, nos guardemos fidelidad hasta los noventa y nueve años y luego muramos agarrados de la mano mientras nos lanzamos en paracaídas, pero no vuelvas a llamarme cielo.

Solo había sido una broma, porque ya sabía que no debía llamarla así.

—Lo siento… ¿Genio?

—Mucho mejor. Cielo es como llaman los viejos gordos a su…

Sentí que estaba aludiendo a algo mucho más profundo de lo que alcanzaba a imaginar —seguro que relacionado con el mismo tema de nuestro juego— y esperé a ver si quería hablar de ello. No quiso.

Se quedó callada y se giró hacia mí.

—Vale, voy. No te rías.

—Pero ¿y si me hace gracia?

—Entonces más te vale reírte. Pero no es gracioso, así que no lo hagas.

—Son unas instrucciones muy confusas.

—¿Estás listo o no?

Me incliné hacia delante y le di un rápido beso.

—Listo, Calisto.

—No…

—Ya lo sé. «No vuelvas a decir eso». Venga, «¿dónde está Antony?».

Ella asintió y luego respiró hondo.

—Está en un bar. Una mujer se le acerca y le pregunta si el taburete de al lado está libre. Él contesta que sí. Ella se sienta. Él le pide una copa, un… Martini. La mujer le da un sorbo y suspira como si estuviera, bueno, satisfecha o aliviada. Entonces la señora se vuelve hacia mi…, hacia Antony y dice: «¿Tenías los dos globos oculares cuando le hiciste daño a tu madre y dejaste sin blanca a tu familia?». Por supuesto, él la mirará confundido, porque es una pregunta muy rara, ¿no?

—Sí —dije, cautivado.

—Así que ella se la repite, palabra por palabra. Él asiente con la cabeza, ya pensando en que tiene que largarse de ahí lo antes posible. Pero, antes de que le dé tiempo a moverse, la mujer saca un cuchillo y se lo clava en el ojo derecho. —Andrea hizo un gesto rápido con el puño—. La hoja se desliza hacia dentro y hacia fuera lo justo para hacérselo estallar. Mientras él grita, se cae del taburete y se retuerce en el suelo, ella se levanta tan tranquila y se aleja diciéndole por encima del hombro: «Ahora solo te mereces uno».

Andrea se detuvo. No me miró a mí, sino que clavó la vista en las agujas de pino secas que había junto al sendero. Estoy seguro de que se me había descolgado la mandíbula en la consabida expresión de asombro.

—Vaya —dije—, ha sido… oscuro.

—Me alegro de que no te hayas reído.

—¿Cómo iba a reírme? Seguro que me hacía más gracia una matanza de niños. —Lo dije con intención de quitarle hierro al asunto, pero me equivoqué. Me dio la espalda y echó a andar de nuevo por el camino. La alcancé enseguida—. Perdón, perdón. —La agarré del brazo y tiré de ella para que se diera la vuelta y me mirara—. En serio, perdóname. Ha sido una historia perfecta. Ese es justo el objetivo del juego. Nos permite desahogarnos de una manera extraña. A veces será divertido, para burlarse de ese capullo; y otras veces será oscuro, como lo que acabas de decir. ¿Podemos seguir haciéndolo de vez en cuando? Creo que nos irá bien.

Andrea sonrió, aunque fue una de esas sonrisas tristes y

agridulces.

—Yo también. La verdad es que me ha hecho sentir muy bien.

—Y a mí me ha hecho amar aún más tu mente.

Nos abrazamos y luego seguimos caminando.

4

No habían pasado ni cinco minutos cuando nos dimos cuenta de que teníamos que darnos la vuelta si no queríamos quedarnos atrapados en el bosque cuando llegara la oscuridad absoluta. El crepúsculo ya se había apoderado del mundo y había arrojado una oscuridad lóbrega sobre el bosque. Deshicimos el camino, sintiéndonos bastante tristes por que la aventura del día tuviera que llegar a su fin. Siempre se acababan.

—Mi queridísimo y joven David —dijo Andrea mientras recorríamos el sendero. Los árboles se cernían sobre nosotros como viejos cohetes espaciales, retirados en un hangar. Los insectos zumbaban con más fuerza, emocionados por la orgía de actividad nocturna que se avecinaba—. Al final no hemos subido al árbol ni hablado del examen de Biología. Se suponía que ibas a ayudarme a repasar.

—Ah, sí. Bueno, es que eso no es divertido.

—Venga, solo hasta que lleguemos. No puedo cagarla en este como me pasó en el último. Tengo que mantener mi media de sobresaliente, ya sabes.

—¿Cagarla? —repetí—. Creo que sacaste un 8,7.

—Eso es.

Esperé que dijera algo más, pero no abrió la boca.

—Ya. Bueno, vale. A ver… No sé qué, no sé cuántos, mitocondrias y ósmosis. Cuéntame todo lo que sepas de ellas.

—David.

—Vale. ¿Cuáles son los tres…?

Me paré porque Andrea se había detenido de golpe. Fue el primer indicio de que algo iba mal: la forma en que se había… interrumpido, con brusquedad, en lugar de haber ido frenando poco a poco. Además, se le tensó el cuerpo, se le puso tan rígido como los árboles que nos rodeaban. Levantó una mano a su espalda y me señaló con un dedo que apenas me rozó el pecho.

Lo interpreté como una señal de silencio, así que susurré en voz muy baja:

—¿Qué pasa?

Andrea dio un paso cauteloso hacia mí y al final volvió la cara para que pudiera vérsela. Se me paralizó un poco el corazón cuando vi la extraña mirada que me lanzó. No era de miedo, exactamente. Era más bien… repugnancia, tenía la cara fruncida en una expresión de asco inquisitivo, como si hubiera visto algo horrible que no tenía explicación.

Demasiado preocupado para hablar, le repetí la pregunta limitándome a fruncir el ceño, levantando ambas manos y encogiéndome de hombros en un gesto de «¿qué pasa aquí?». Se acercó hasta rozarme la oreja izquierda con los labios.

—Hay un hombre ahí. Justo al lado del camino. Haciendo algo… raro.

Se apartó lo suficiente para establecer contacto visual conmigo y luego señaló con la cabeza en la dirección a la que se refería. La seguí con la mirada y escudriñé hasta que encontré al desconocido. Y entonces, como si el hecho de haberlo atisbado me despertase los tímpanos, también capté los vagos ruidos. Gritos de sufrimiento.

El hombre, de complexión delgada, estaba de espaldas a nosotros, encorvado mientras trabajaba en algo que tenía delante, en el suelo. Era casi todo sombra, pero sus movimientos resultaban espasmódicos y evidentes, desequilibrados, como si los huesos y las articulaciones fueran una máquina metálica que necesitara que la engrasasen. Levantaba el brazo derecho cada uno o dos segundos y luego volvía a bajarlo. Resultaba angustiosamente extraño. Las cosas que oía no hacían sino empeorar la situación: los chillidos, sus gruñidos de esfuerzo, ese gemido suave, como el de alguien que sufre. A lo mejor no estaba cavando. A lo mejor estaba apuñalando.

—¿Está matando un puñetero ciervo? —susurré, deseando con desesperación que así fuera.

Entonces le tocó a Andrea encogerse de hombros.

—¿Qué hacemos?

Pronunció las palabras moviendo solo los labios y vi mi repentino terror reflejado en su expresión. El hombre se hallaba algo alejado del sendero, pero lo bastante cerca de él como para no pudiéramos pasar a hurtadillas a su lado sin que se diera cuenta. Y

si abandonábamos el sendero, haríamos tanto ruido que lo desviaríamos de sus oscuros deberes, fueran estos los que fuesen. Podíamos darnos la vuelta, pero eso solo nos llevaría a adentrarnos más en el bosque, y entonces ya no cabría duda de que seguiríamos allí cuando oscureciera del todo.

Negué con la cabeza mirando a Andrea mientras barajaba varias posibilidades en la cabeza, desde subirnos a un árbol hasta abalanzarnos sobre el tipo y placarlo. Sin embargo, ninguna de las ideas que se me ocurrieron me pareció digna de llevarse a cabo.

Andrea se agachó despacio y tiró de mí para arrastrarme con ella hasta que no tuve más remedio que sentarme si no quería caerme. Se acercó y me susurró:

—Lo mejor es que nos quedemos aquí, a ver si, con un poco de suerte, no se da cuenta. Está claro que no ha venido por este lado, así que, cuando se vaya, seguro que se dirige hacia las vías. Seguiremos cuando se marche.

Asentí e intenté relajarme. Un esfuerzo inútil. Todo parecía indicar que estábamos a unos treinta metros de un loco. Eché un vistazo por encima del hombro de Andrea y lo inspeccioné lo mejor que pude. Con la creciente oscuridad, el extraño trabajaba con más ahínco todavía, sajando, acribillando, rasgando algo que tenía cerca de los pies. Aun en el caso de que lo que estaba manipulando con tanto entusiasmo fuera un ciervo, una ardilla o cualquier otro animal, aquel tipo tenía graves problemas. Todos y cada uno de sus movimientos espasmódicos manifestaban un claro desequilibrio. Experimenté una punzada de pánico que me costó un esfuerzo monumental reprimir.

Andrea debió de notarlo.

—Todo irá bien —dijo—. ¿Y si intentamos escapar corriendo? Por el sendero, pasando a su lado. Tiene pinta de ser mayor y bastante flaco, así que seremos más rápidos o más fuertes que él.

Aunque su valentía me animó, también me hizo desear no haberla conocido jamás. No me apetecía morir ese día.

—¿Hablas en serio? —solté en voz demasiado alta.

Ambos volvimos la cabeza hacia el desconocido instintivamente, pero no me había oído. Eso, o consideraba que no éramos nada de lo que debiera preocuparse. Mientras lo observábamos, se arrodilló en el suelo, se echó hacia delante y empezó a mover todo el cuerpo

con esfuerzo; daba la sensación de que estuviera serrando algo. Temblaba de arriba abajo al ritmo de los brazos, que trabajaban juntos e iban adelante y atrás, adelante y atrás, como una de las partes de una cuadrilla de leñadores de dos personas.

—¿Qué coño es esto? —murmuré casi para mí.

Los insectos hacían tanto ruido que no alcanzaba a distinguir si los gemidos leves y patéticos habían cesado o si solo quedaban ahogados. Se había vuelto insoportable. O nos movíamos, como acababa de decir Andrea, o me volvía loco y empezaba a gritar.

—Vale —susurré—. Salgamos corriendo.

—¿Seguro? —respondió ella.

—Confío en ti.

No me gustó depositar todo el peso de nuestra supervivencia sobre los hombros de Andrea, no había sido mi intención, pero ella pareció aceptarlo con calma. Nunca la había visto tan decidida.

—Pasaremos volando por delante de él e iremos a contárselo a la policía. Si nos persigue, lo atacamos juntos. Él es solo uno, nosotros somos dos.

Asentí con toda la firmeza de la que fui capaz.

—Dime cuándo.

Me agarró de la mano y apoyó el peso en una rodilla para poder hacer fuerza y ayudarme a ponerme en cuclillas. Luego nos levantamos a la vez, con la mirada clavada en el chiflado del bosque. Seguía serruchando con ganas, y lo único que me llegaba a los oídos desde esa zona era el zumbido de los insectos y unos rasponazos que se convertían en cosas horribles en mi imaginación. Fuera humano o bestia, no cabía duda de que el objeto de sus esfuerzos ya estaba muerto.

—Date prisa, antes de que termine —dijo Andrea—. Ya.

Todavía sujetándome la mano, rompió a correr por el camino y no me soltó hasta que estuvo segura de que le seguía los pasos. Nuestras pisadas resonaban contra el estrecho y desgastado sendero de hojas y tierra al mismo tiempo que apartábamos con los hombros las ramas y los arbustos que se interponían en nuestro camino. No me pareció que estuviéramos haciendo mucho ruido, pero cuando nos acercamos al hombre —que seguía de rodillas, inclinado hacia delante— dejó lo que estaba haciendo y volvió la cabeza para mirarnos. A pesar de la luz crepuscular, sombra sobre sombra,

detecté el brillo de unos ojos blancos y fieros, abiertos hasta un punto que no había visto jamás en ningún otro ser humano.

Ahogué un grito dentro del pecho, luché contra el impulso de darme la vuelta y correr en dirección contraria en lugar de hacia él. Pero Andrea iba delante de mí y estaba claro que no tenía la más mínima intención de frenar. Redoblé mis esfuerzos, corrí tras ella con una recién encontrada voluntad de supervivencia. Habíamos reducido a la mitad la distancia que nos separaba del desconocido, y volvimos a reducirla a la mitad. Muy pronto lo habríamos rebasado y dispondríamos de una clara ventaja para salir del bosque antes que él. Se puso en pie de un salto, giró el cuerpo entero y dio un paso adelante. Ya estábamos a su altura, nosotros en el camino y él unos seis metros hacia un lado. No podía dejar de mirarlo, sabía que conocía a ese hombre y constatarlo me provocó un incontenible estremecimiento de horror. Seguí moviéndome lo más rápido posible, así que, un segundo después, ya estaba mirando hacia atrás.

Me tropecé con una raíz que sobresalía del suelo como una vena hinchada. Choqué contra Andrea, que fue capaz mantenerme en pie. Aquel incidente nos retrasó solo un poco y me ayudó a salir del trance de mirar con fijeza a nuestra espantosa compañía. Sin embargo, a pesar de que el hombre había dado unos cuantos pasos más hacia nosotros, no daba señales de querer perseguirnos. Como ya no podía seguir observándolo y huyendo a la vez, y pese al desconocido peligro de darle la espalda por completo, seguimos corriendo.

—Andrea —dije entre jadeos pesados—, ¿sabes quién era?

—No.

Ya no tenía aire suficiente para contárselo, no mientras siguiéramos corriendo por el bosque. Rodeamos el gran roble al que nos habíamos planteado trepar, con las numerosas ramas que sobresalían y se doblaban hacia el suelo como un magnífico pulpo. Aunque nos quedaba un buen trecho hasta llegar a las vías del tren, me tranquilizaba saber que habíamos interpuesto aquel mastodonte entre nosotros y él.

Él.

Me dolía el pecho a causa de la repentina explosión de energía gastada, sin tregua. El aire cada vez más frío me hacía daño en los pulmones y no conseguía respirar tan hondo como habría

necesitado o querido. Debía de parecer un aspirador necesitado de una reparación urgente. Puede que fueran mis vergonzosos jadeos y resuellos los que la tapaban, pero juro que Andrea corría delante de mí como una maratonista olímpica, rápida y ligera, respirando con regularidad, sin una sola gota de sudor en la piel. En cuanto a mí, tenía ya las axilas empapadas y la idea metida en la cabeza —te juro que fue así— de que esperaba haberme echado desodorante ese día.

El miedo iba disipándose un poco, solo un poco, a medida que aumentábamos la distancia con lo que quiera que fuese el horrible espectáculo que habíamos presenciado. No había captado ni ruidos ni señales de persecución, lo que me sorprendía y me alegraba al mismo tiempo. Quizá aquel hombre estuviera demasiado agotado o fuera demasiado viejo para tomarse la molestia de perseguir a dos chavales a los que no tenía ninguna posibilidad de atrapar.

Él.

¿De verdad era él?

Mientras volábamos entre los árboles, y cuando atisbé entre las sombras las formas familiares que indicaban que las vías del tren estaban ya cerca, recordé un frío día de invierno de hacía una década en el que había visto a un hombre con una pala echada al hombro y camino de hacer unos recados, dos cosas que no encajaban juntas. Era el mismo hombre al que acababa de ver, extasiado con su antinatural empresa; eso, o mis ojos se habían vuelto locos.

5

Cuando salimos del bosque, con el cielo de un tono púrpura claro recortado contra las sombras oscuras de los árboles, no pude soportarlo más. Me lo dijo el corazón: lo sentía a punto de explotar y acabar con todo allí mismo. Me agaché, con las manos apoyadas en las rodillas, y absorbí el aire que me rodeaba tratando de inhalar hasta la última molécula de oxígeno que quedara en Lynchburg, y al carajo con los demás ciudadanos.

—¿Estás…, estás bien? —me preguntó Andrea.

Me puso una mano en la espalda y se agachó para verme la cara. Me dio demasiada vergüenza dejar que me viera, así que me

agazapé aún más. Al menos ella también respiraba con dificultad; al final resultó que era humana.

Unos segundos más tarde sentí que por lo menos había esquivado la muerte. Me enderecé, con las manos en las caderas —nuestro maravilloso profesor de gimnasia nos había enseñado que era la mejor manera de abrir los pulmones—, e hice un gesto de asentimiento para decirle que estaba bien. Pero entonces me di cuenta de que estaba de espaldas al bosque del que acabábamos de huir y te juro que sentí la mirada de Gaskins clavada en mí. Me volví para examinar las sombras oscuras entre los árboles, medio esperándome ver un par de ojos brillantes.

—Será mejor que sigamos —dije.

Me había asaltado la repentina y horrible idea de que tal vez no nos hubiera perseguido porque conocía un atajo, porque planeaba cortarnos el paso en algún punto de las vías. Aquello hizo que se me estremeciera el cuerpo entero, una sola vez, de pies a cabeza. Agarré a Andrea de la mano y tiré de ella hasta que llegamos a las vías; luego nos encaminamos hacia el pueblo. Sin embargo, ella me obligó a parar.

—¿Quién era?

La miré, miré el bosque —tan oscuro que ahora solo vislumbraba los árboles del margen— y luego volví a mirarla a ella.

—Tapón Gaskins.

La expresión de Andrea atravesó varias fases de confusión a la velocidad del rayo. Pensó que estaba tomándole el pelo, pero luego se dio cuenta que jamás le gastaría una broma en un momento así.

—¿El tío que trabaja en la funeraria? —preguntó.

—El mismo.

—¿Estás seguro?

—Sin duda.

—Yo estaba concentrada en intentar ver lo que había en el suelo… —Se volvió hacia el bosque—. ¿Tapón? ¿En serio?

—Sí. En serio. Y a saber dónde estará ahora. Tenemos que largarnos de aquí y avisar a la policía. Tía, qué raro ha sido.

Ahora que nos habíamos alejado un poco y había transcurrido algo de tiempo, mi cerebro se negaba a aceptar que Gaskins estuviera haciéndole daño a una persona de verdad. Solo había sido una fantasía provocada por el bosque oscuro, los cuentos de

fantasmas, mi imaginación poniéndose en el peor de los casos. Pero también sabía que lo que estuviese haciendo alcanzaba un nueve coma cinco en la escala de lo espeluznante. Lo que Andrea dijo a continuación lo elevó hasta el diez y revirtió cualquier línea de pensamiento apaciguadora que pudiera haber iniciado.

Me sujetó la cara con ambas manos para asegurarse de que la miraba a los ojos. Por alguna razón, seguían brillándole pese a la oscuridad que había descendido sobre nosotros. Entonces habló:

—He visto una cabeza, David.

CAPÍTULO 5

Lynchburg, Carolina del Sur
Julio de 2017
Cuarenta y cuatro años

1

Ver una cabeza destrozada y ensangrentada entre las hojas a los pies del sepulturero del pueblo es el material del que se nutren las pesadillas, y tanto Andrea como yo las tuvimos en abundancia a lo largo de los años. Y aquel lejano verano hubo muchas más fuentes de inspiración para ellas esperando entre bambalinas. Mantuvimos el contacto después del instituto con felicitaciones de Navidad y visitas ocasionales, pero poco a poco fuimos dejando atrás la conexión que habíamos compartido, hermosa y brillante, pero al final cercenada por los horrores de los que íbamos a ser testigos.

Todo esto me volvió a la memoria cuando Dicky Gaskins fue a visitarme casi treinta años después.

Tras los heroicos esfuerzos de mi hijo Wesley por salvar a aquel pobre hombre de su propia lengua, me costó un buen rato calmar a los niños. Cada uno reaccionó a su manera. Logan, el más pequeño, parecía una estatua robada del jardín escultórico del Louvre: petrificado, con la boca entreabierta, el rostro desprovisto de su habitual tono marrón, la mirada fija en algún punto indeterminado y lejano. Mason, de siete años, el llorón de la familia, hizo más justicia que nunca a su reputación y berreó sin su dramatismo habitual. Fue un llanto de lo más genuino y desgarrador. Hazel, nuestra sabia niña de diez años, hizo cuanto pudo para combatir las lágrimas, pero brotaron en un flujo constante. Sin embargo, se

mantuvo erguida, con los brazos cruzados, desafiando a cualquiera a que la acusara de cobardía.

Y luego estaba Wesley, el mismísimo héroe. La única palabra que podría describirlo era aturdido, como un conejo en un cepo antiguo. Apenas dijo una sola palabra durante el resto de la noche y, por más que le preguntase dónde narices había aprendido a salvar a un hombre que se estaba ahogando con su propia lengua, se limitaba a encogerse de hombros y decía que no lo sabía. Que lo había hecho por instinto.

Llegó la ambulancia. Llegó la policía. Llegaron los pocos vecinos de la finca, con las narices dispuestas a meterse en más sitios que nunca. Y luego se marcharon todos.

—¿Crees que volverá? —me preguntó Hazel desde el suelo, junto al sofá en el que me había tumbado.

Habían pasado varias horas y todo el mundo se había ido a dormir. Como quizá habría dicho Dickens si le hubieras preguntado, incluso en los mejores y en los peores momentos una persona tiene que dormir. Como era habitual cuando íbamos a casa de la abuela, nos habíamos apiñado todos en el salón principal, pues nadie se atrevía a irse solo a uno de los dormitorios oscuros, polvorientos y misteriosos que una vez ocupamos mis hermanos y yo. Era algo que no tenía nada que ver con los sucesos de esa noche; era una tradición consagrada, nacida hacía mucho tiempo porque todos le teníamos algo de miedo al supuesto fantasma del desván. También era ese el motivo de que tuviéramos un par de ventiladores de suelo funcionando a tope: nadie estaba de humor para oír los pasos del viejo abuelo Fincher crujiendo sobre nuestra cabeza. (También nos encantaba el ruido de los ventiladores, un zumbido que podía hacer dormir a un adicto enfarlopado).

Estiré una mano y le acaricié la cabeza con suavidad, aunque apenas la vislumbraba en la penumbra nocturna.

—No te preocupes, cariño —respondí—. El pobre Dicky no ha matado una mosca en toda su vida. —No era cierto, en absoluto, pero a mi mente se le había dado muy bien lo de bloquear los peores recuerdos de mi infancia. Eso no tardaría en cambiar—. Solo es una de esas personas que han tenido una vida dura y no han sabido cómo lidiar con ella. Ya me entiendes.

Con recuerdos o sin ellos, seguía medio deseando que mi hijo no

hubiera logrado salvar a ese cabrón.

—¿Por qué ha sido tan dura su vida? —preguntó Hazel.

Otro par de ojos brillaron en la oscuridad: Mason, que se incorporó apoyándose en un codo y se acercó para escuchar. Logan estaba frito, pero me bastó con echarle un vistazo a Wesley para darme cuenta de que también estaba despierto. Le gustaba dormir en el sillón reclinable de mi padre, que era más o menos del tamaño de Nuevo Hampshire, mágicamente embutido junto a la chimenea de piedra más pequeña que hayas visto en la vida. En ese momento, el sillón reclinable ni siquiera estaba reclinado. «¿Qué te estará pensando por la cabeza?», me pregunté. Como lo más normal era que ni siquiera hubiera llegado a oírme por encima del ruido de los ventiladores y sus vientos huracanados, le hice un gesto con la cabeza por si me veía.

—¿Papá?

Volví a centrar mi atención en Hazel.

—Ay, lo siento. ¿Qué me has preguntado?

—¿Por qué ha sido tan difícil la vida de ese hombre?

Aun en la oscuridad, conocía la dulce expresión de su rostro con la misma certeza con la que sabía cuántos dedos tenía en cada pie.

—Su padre… —Dudé. Siempre me he enorgullecido de no ocultarles cosas a los niños, pero la inquietante historia de Tapón Gaskins era demasiado—. Su padre era un hombre malo, un padre horrible. El peor de todos. Vosotros tenéis la suerte de tener al mejor papá de todos los tiempos, ¿no?

Había sido un pésimo intento de romper el hielo, de desviar la conversación hacia otro tema, pero no funcionó.

La siguiente pregunta la hizo Mason:

—¿Qué hizo su padre?

Miré hacia el lugar sombrío que ocupaba mi hijo. ¿De verdad había dicho algo que llevara a un niño de siete años a formular una pregunta tan específica? Esa expresión solía referirse a alguien que había terminado en la cárcel, y parecía demasiado madura para su edad.

Incapaz de mentir, le contesté:

—Hizo daño a varias personas. Bueno, en realidad las mató. Pero eso fue hace treinta años, no tenéis nada de lo que preocuparos.

Una afirmación ridícula para dos niños pequeños que estaban en una casa oscura, en una noche aterradora, con un supuesto fantasma merodeando por el desván. Percibí el miedo de ambos.

—Venid aquí. —Bajé las piernas al suelo y di unas palmaditas en el sofá a ambos lados de mi cuerpo. Se levantaron igual de rápido como si hubiera declarado el inicio de un juego del suelo es lava. Les rodeé los hombros con los brazos y los achuché—. Mirad, ha sido un día de locos. Es mejor que dejemos de hablar de ello, ¿vale? ¿Y si hablamos de…? No sé. De conejos. Hablemos de conejos.

—¿El padre de Dicky mató algún conejo? —preguntó Mason.

«Dios mío», pensé. Probablemente sí. Seguro que de niño los había matado y desollado, había colgado los cadáveres para que se pudrieran, se había comido las entrañas y había hecho vudú o magia negra con su sangre. No compartí esa posibilidad tan pesimista con los niños.

—No. Estoy seguro de que le encantaban los conejitos, como a todo el mundo. —Me alegro de que no pudieran ver el mohín que hice al soltar una respuesta tan absurda—. En serio, hablemos de otra cosa. ¿Tenéis algún juego nuevo que mole en el móvil? ¿Algo que vayan a cargarme en la tarjeta de crédito contra mi voluntad?

—¿Papá?

—Ah, genial, Hazel tiene uno. Dime, cariño.

—¿Nos cuentas otra vez lo del fantasma? —Cuando suspiré, se apresuró a añadir—: Sé que no es más que una tontería, pero me hace gracia oíros hablar del bisabuelo Fincher.

Lo cierto es que para mí no era solo una tontería, al menos no del todo. Quería que fuera verdad. Había escuchado demasiadas veces esos crujidos y quejidos del suelo de madera del desván. Aunque nunca dejaban de asustarme, aunque me provocaban los mismos escalofríos que si Hades en persona hubiera emergido del inframundo para acariciarme la espalda, lo había aceptado de forma divertida. Lo único que quería el abuelo Fincher era no tener que abandonar la casa en la que había nacido; además, nunca le haría daño a nadie, y menos a un pariente suyo. A fin de cuentas, era el padre de mi madre. Así que ¿qué problema había en dejar que el viejo siguiera allá arriba, sin molestar? No había necesidad de llamar a uno de esos programas de cazafantasmas de la tele.

—Venga, chicos —dije al final, tras decidir no hablarles del

fantasma—. Pensad en cosas bonitas. En Disneyland. En helados. En duendes. En duendes que bailan desnudos.

Hazel soltó una risita y Mason bostezó.

Nos sumimos en el silencio y ambos se acurrucaron bajo mis brazos. La mejor sensación del mundo.

Recuerdo dos cosas de antes de quedarme dormido: volver a acostarlos sobre sus respectivas mantas y, luego, en algún momento indeterminado y nebuloso, el ruido metálico y los crujidos del enorme sillón de mi padre cuando al fin lo reclinaron.

2

Esa misma noche, más tarde y para mi gran sorpresa, me desperté en el bosque.

No sé qué fue lo que me despertó. Estar al aire libre en Carolina del Sur, en pleno verano, tumbado en el suelo de un bosque, ofrece innumerables posibilidades en ese sentido. El rugido ensordecedor de los insectos. Un ratón o una ardilla correteando. El chasquido de una ramita aplastada por un ciervo. La picadura de un mosquito del tamaño de una casa. Cualquier cosa podría haberme arrancado de mi inexplicable sopor. La pregunta es qué demonios hacía allí fuera.

Abrí los ojos poco a poco y la conciencia se apoderó de mí con tal violencia que me desperté al instante. Sentí las hojas y los palos bajo la cara, oí el sonsonete de los insectos, sentí el aire cálido y húmedo de la noche. Y, por muy absurdo que parezca, no oí el rumor de ningún ventilador. Me separé del suelo apoyándome en ambas manos, me puse en pie de un salto y miré a mi alrededor. La luna brillaba lo justo para silue tear las innumerables ramas que había más arriba y pintar el suelo de más abajo con líneas de sombra apenas más oscuras que el suelo del propio bosque.

Estaba en medio del maldito bosque y una chispa de pánico me incendió el corazón.

Aturdido, me tambaleé un poco e, instintivamente, me sacudí la suciedad de la camisa. Debí de dar una decena de vueltas mientras intentaba entender cómo había terminado allí. La abrumadora sensación de que me estaban observando también me provocó escalofríos.

—¿Hola? —susurré en voz baja y sintiéndome más estúpido que

nunca.

Como en realidad no quería que nadie se enterara de aquel extraño giro de los acontecimientos, decidí no volver a hablar.

Cuando por fin mi mente y mi vista se adaptaron, comencé a distinguir lo que me rodeaba. No había ido muy lejos: el contorno de la casa de mis padres se atisbaba entre los árboles y el patio estaba a menos de veinte metros. Empecé a trotar hacia allí, con la esperanza de entrar en la casa sin que nadie se diera cuenta. Mientras dejaba atrás los árboles cada vez más escasos de la linde del bosque, traté de recordar si en algún momento de mi vida había sido sonámbulo. Algo se agitó en los márgenes de mi memoria y se abrió paso entre la niebla de las cosas olvidadas hace tiempo. Había sido sonámbulo, lo supe enseguida. Pero los detalles se perdían en la bruma.

El inmenso patio trasero estaba vacío y oscuro, y las gigantescas pacanas sobresalían del suelo como hongos nucleares negros. Reinaba un silencio espeluznante, como si los insectos se hubieran tomado un descanso de quince minutos en el trabajo. Algo me heló la piel, que, de nuevo, se me puso de gallina. Puede que no fuera más que una ligera brisa que me rozó el sudor de los brazos, pero me llevé un susto de muerte. A lo mejor el abuelo Fincher había decidido abandonar el polvoriento dominio del desván y salir a dar un paseo por sus antiguos terrenos. Corrí a toda velocidad hacia el porche trasero, con la absoluta certeza de que había una presencia a mi espalda. Sentí un estremecimiento en el pecho mientras corría.

Subí los escalones e intenté abrir la puerta. Estaba cerrada. Mierda. Debía de haber salido por delante. Me giré, casi esperando toparme con la imagen fantasmagórica de un anciano riéndose a carcajadas, y —demasiado aliviado de no haberla visto— bajé los escalones para dar la vuelta a la casa. Acurrucarme bajo las sábanas del sofá nunca me había sonado tan bien. El plan era taparme hasta la cabeza con ellas y engañar al hombre del saco, convencerlo de que había desaparecido. La idea hizo que incluso se me escapara una carcajada, que sorprendió a los insectos tanto como a mí: sus zumbidos llenaron de nuevo el aire con un rugido similar al de un avión. A pesar de lo asustado que estaba, la euforia me invadió por dentro, y tengo que reconocer que volví a sentirme como un niño mientras subía los escalones del porche de un solo salto, como

Superman.

La puerta principal también estaba cerrada.

Retrocedí y me quedé mirándola sin entender nada mientras la mosquitera se cerraba automáticamente.

¿Qué estaba pasando? No debía de ser posible que, estando sonámbulo, fuera tan coherente como para ir asegurándome de cerrar las puertas con llave al salir de la casa. Seguro que no. Valoré mis opciones mientras paseaba despacio por el porche de cemento. ¿Me atrevía a intentar entrar por una ventana? Con la suerte que tenía, mi padre pensaría que Dicky había vuelto, sacaría la escopeta y dispararía un tiro de advertencia. Y con su puntería, puede que ese disparo de advertencia me llenara el pecho de plomo. A lo mejor podía acurrucarme en una de las sillas del porche y dormir allí el resto de la noche; después alegaría que había salido muy temprano para ver amanecer. Ya me imaginaba la respuesta de Hazel: «Sí, claro, papá. ¿Sin haberte tomado el café? ¿Y con la puerta cerrada? La próxima vez, invéntate una excusa mejor».

Tenía que llamar a la puerta. Tenía que llamar a la puerta y contarles a mis hijos la embarazosa verdad de que había sido sonámbulo. Había estado sonámbulo. Ni siquiera sabía cómo narices se decía.

Algo traqueteó.

Al principio el ruido me resultó engañoso, desviado por el tejado del porche, que siempre había poseído ese poder mágico. Miré a mi espalda y no vi más que sombras. Entonces oí otra vez el traqueteo metálico y me di cuenta de que era el pomo de la puerta. Me abalancé hacia la mosquitera, la abrí de par en par (casi la arranco de las bisagras) y esperé a que se abriera la puerta principal. Pero el pomo solo se agitaba y repiqueteaba sin girar.

Esa hormigueante sensación de terror irracional volvió a helarme la piel, hizo que se me estremeciera todo el cuerpo. El abuelo Fincher estaba intentando salir, lo tenía clarísimo. Entonces oí una voz muy débil que venía del otro lado de la puerta:

—¿Papá? Tengo miedo.

Era Logan. Me avergüenzo del alivio que sentí, no solo porque no fuera un fantasma (absurdo, sí, hasta que estás a oscuras, en plena noche, y oyes un traqueteo sacado directamente de *Cuento de Navidad*), sino también porque el culpable fuese mi hijo menor.

Quizá al final lograra salirme con la mía: seguro que por la mañana se le había olvidado todo y, aunque no fuera así, podría quitarle importancia a su chivatazo de niño de cuatro años diciendo que había sido un sueño.

Me agaché hasta colocar la cabeza a la altura del pomo, que acababa de recibir otra sacudida.

—¿Logan? ¿Me oyes? —Hablé casi susurrando.

—¿Papá?

—Sí, soy yo. Me he quedado fuera sin querer y no tengo llaves. ¿Sabes quitarle el pestillo a la puerta?

—Tengo miedo.

Incluso desde el otro lado de la barrera de madera, su voz era tan patética como la de un niño en un anuncio malo de la tele. Me entraron ganas de abrazarlo.

—Lo sé, peque. Yo también. —Me estremecí, no tenía ni idea de por qué le había dicho algo así—. ¿Ves la cosita…, ese chisme más pequeño del pomo de la puerta? Justo en el medio. Tienes que girarlo. Agárralo con dos dedos y gíralo. La cosita plana. ¿La ves?

No respondió, y tampoco hizo lo que con tanta elocuencia acababa de describirle.

Me enderecé y suspiré. Arqueé la espalda, que notaba rígida, y esbocé una mueca de dolor al mover las articulaciones de las rodillas. Me sentía tan viejo como los árboles de pacana.

—¿Logan?

El pomo volvió a traquetear, luego giró y la puerta se abrió de golpe. Abrí la boca para decir algo condescendiente como «buen chico», pero me contuve cuando vi a mis tres hijos menores allí plantados, formando un pequeño grupo y mirándome de hito en hito.

—Vaya —dije, disgustado—, estáis todos levantados. Qué vergüenza.

Solo Hazel captó el sutil humor de mis palabras y se adelantó para darme la mano.

—¿Qué haces ahí fuera, papá? Un hombre de tu edad debe dormir toda la noche siempre que sea posible.

Nunca me había alegrado tanto de escuchar esa voz de listilla demasiado sabihonda para su edad. Tiré de ella y de los otros dos para que nos diéramos un abrazo de familia y los achuché con

fuerza.

—Hum. Os quiero, niños. Mucho. Venga, volvamos a la cama.

—No has respondido a mi pregunta —insistió Hazel.

¿Tenía que ser siempre tan lista?

—Solo había ido a dar un paseo, no podía dormir —respondí—. Debí de echar el pestillo de la puerta por costumbre, antes de cerrarla. No es para tanto, gracias por salvarme. Vamos. —Los empujé con suavidad hacia la casa y cerré la puerta a nuestra espalda, esta vez muy a propósito—. Es un milagro que no hayamos despertado a Wes…

Me interrumpí porque al final posé la mirada en el gigantesco sillón de mi padre, que estaba vacío; no había ni rastro de Wesley en ningún otro rincón de la habitación. Su móvil descansaba en la mesita auxiliar. En cualquier otra circunstancia, no me habría inmutado siquiera ante algo así. Me habría parecido obvio que había ido al baño. A comer algo. A cualquier cosa.

Pero esa noche no. Esa noche estaba siendo rarísima, así que ver el sillón vacío me prendió otra chispa de pánico en el pecho.

—¿Dónde está vuestro hermano? —pregunté.

Hazel acababa de dejarse caer sobre su jergón de mantas y miró hacia el sillón con pereza.

—Uy —dijo.

Nunca lo olvidaré. Nunca olvidaré el tono ominoso que permeó esa sencilla palabra cuando se le escapó de los labios. Ella lo sabía. Hay muchas cosas en mi vida de las que puedo dudar, pero esta no es una de ellas. Hazel sabía que había ocurrido algo malo, con la misma certeza con la que yo lo sentía en el corazón.

Atravesé el salón a toda prisa y salí al pasillo que llevaba a la cocina. La puerta del cuarto de baño estaba abierta y la luz no estaba encendida. Entré y pulsé el interruptor. No había nadie. Cumpliendo con ese acto de minuciosidad tan tópico, aparté la cortina de la ducha para asegurarme de que no se había vuelto loco y se había puesto a darse un baño en plena noche. Vacía.

La chispa del pánico se convirtió en una llama pequeña, una especie de piloto que ardía de forma constante en mi corazón.

Solo había otro cuarto de baño en la casa y llegué hasta él lo más rápido posible. También estaba vacío. Luego recorrí hasta el último rincón de la casa mientras instaba a mi lado racional a

encontrar una explicación a por qué no había rastro de mi hijo por ninguna parte. La habitación de mis padres era la última y la preocupación por sus hábitos de sueño ni siquiera se me pasó por la cabeza. Abrí la puerta sin llamar y entré; la luz del pasillo me mostró que los dos estaban en la cama y que no había nadie más en la habitación. Mi padre estaba encima de las sábanas, por si la noche aún no había sido lo bastante extraña. Me acerqué al armario y me asomé a su interior. Desde entonces he pensado a menudo, en los escasos momentos de tranquilidad, en qué habría pensado si hubiera encontrado a Wesley acurrucado dentro del armario de su abuela, sin una razón clara, en la parte más profunda de la noche. Tal vez el alivio hubiera sobrepasado la absoluta rareza de esa acción.

Pero no estaba allí; no estaba en ningún sitio.

—¿Y en el desván?

La voz de Hazel me sobresaltó tanto que grité.

—Ay, cariño —logré decir no sé muy bien cómo.

La cogí del hombro mientras salíamos de la habitación de mis padres. Se removieron en la cama, pero no dijeron nada, y yo no estaba preparado para involucrarlos en la situación que se nos había presentado.

Regresamos al salón, donde estaba —hasta donde yo sabía— el único punto de acceso al desván. Se trataba de un cuadrado no muy grande recortado en el techo, con un simple tablero encima. Nunca, ni una sola vez en toda mi infancia ni en mi vida adulta, me había asomado siquiera al interior de aquel lugar terrorífico y misterioso. Pero, sin dudarlo, cogí la silla del pequeño escritorio que había junto a la puerta principal y la coloqué bajo la entrada del desván. Cuando me encaramé a ella, extendí los brazos para mantener el equilibrio. Luego levanté una mano y aparté el tablero a un lado. Una tenue nube de polvo me cayó sobre la cara.

Tosí y me limpié los ojos. A continuación hice algo que tal vez en cualquier otro momento les hubiera parecido gracioso, pero que entonces debió de aterrorizar a mis hijos, que percibían mi creciente miedo. Salté lo más alto que pude, lo justo para meter la cabeza por la abertura cuadrada y echarle un vistazo rápido al espacio del desván. Lo repetí cuatro o cinco veces para escudriñar todos los ángulos. Aunque estaba muy oscuro, vi las siluetas de las

cajas y de los montones de objetos de todo tipo que los ocupantes de la casa habían olvidado hacía tiempo. No distinguí ninguna silueta humana al acecho ni de fantasmas errantes.

Entretanto, las llamas del pánico saltaban y ardían en mi interior.

Fuera. Estaba claro había salido, aunque no era propio de él y era incapaz de adivinar por qué lo habría hecho.

—Quedaos aquí —les dije con tono brusco a mis otros tres hijos.

Mirándolo en retrospectiva, debería haberles ofrecido una palabra de consuelo o de ánimo. Pero en ese preciso instante la cabeza no me funcionaba nada bien. Algo blanco y caliente parecía haberme invadido el cráneo hasta oscurecerme casi literalmente la visión.

Abrí la puerta principal y salí corriendo, vi que los primeros y tenues indicios del amanecer iluminaban el cielo hacia el este. Y entonces hice todo lo posible para conseguir que mi hijo apareciera por arte de magia, busqué por todas partes sin preocuparme por qué explicación me daría cuando lo encontrara en un lugar extraño, escondiéndose de su familia y del mundo en general. Lo registré todo, registré hasta el último centímetro del patio, el viejo granero, las casetas y los cobertizos, detrás de hasta el último árbol. Para cuando empecé con el bosque que bordea la parte trasera de la propiedad, mis padres ya se habían levantado; no sé si los habían despertado mis hijos o el ruido de mis cada vez más frenéticas acciones, ahora acompañadas de gritos continuos llamando a Wesley. Se sumaron a mí.

Pero ya te digo que todo quedó en nada.

El pánico, ya convertido en un infierno, me rugía dentro del pecho y transformaba cada inhalación en un forcejeo.

Mi hijo había desaparecido. Mi hijo no estaba. Si se hubiera marchado por voluntad propia, se habría llevado el teléfono.

Por fin, casi sin poder hablar, llamé a la policía.

CAPÍTULO 6

Abril de 1989

1

Es una imagen manida, lo reconozco, pero una perpetua nube de tormenta se cernió sobre mi vida en los días posteriores al encuentro con Tapón Gaskins, y con la cabeza cortada a sus pies, en el bosque. La misma nube se cernía también sobre la vida de Andrea. Daba igual lo mucho que brillara el sol, mi visión estaba teñida por una sombra que se negaba a desaparecer, un apremiante contorno de tinieblas que oscurecía mi comportamiento. Andrea apenas podía hablar de ello, y a mí me parecía bien. Hicimos un pacto silencioso para fingir que nunca había ocurrido, que nunca habíamos visto lo que vimos. Fue una actitud frívola, pero creo que en nuestro interior, a un nivel profundo, estaba sucediendo de verdad. Estábamos bloqueando nuestros recuerdos de forma subconsciente.

Por supuesto, habíamos ido a la policía y se lo habíamos contado todo. Vislumbré un brillo de humor condescendiente en los ojos del agente: aquel hombre debió de pensar que nos habíamos topado con una o dos dosis de ácido y que nos lo habíamos pasado en grande en el bosque aquel día. No eran más que un montón de visiones que habían acompañado una tórrida sesión de sexo adolescente encima de un viejo tronco infestado de termitas, seguro. Pero solo hizo falta una visita al bosque, donde les mostramos la sangre y los cartílagos, donde todos captamos el hedor a humano en descomposición. No encontraron a Tapón por ninguna parte, por supuesto, ni tampoco ningún rastro de su víctima que fuera más grande que un pedazo de carne de barbacoa.

El policía al que habíamos informado estaba tan pálido como una mujer en pleno parto.

Mis padres detestaron todo aquel asunto: detestaron que hubiera visto tales horrores, detestaron que la policía nos acosara durante horas y días hasta que contamos nuestra historia mil veces. La madre de Andrea se puso aún peor, estuvo tan consternada que durante unas cuantas horas irracionales me echó la culpa a mí y le prohibió a su hija que volviera a hablarme. Todo eso desapareció al anochecer del día siguiente, los tres nos abrazamos y sollozamos en el vestíbulo de los Llerenas, disculpándonos por cosas que no necesitaban disculpa. Nadie te prepara para ese tipo de situaciones y todo se perdona en cuanto sucede.

Habían pasado tres semanas. Todos y cada uno de los policías del estado estaban buscando a Tapón Gaskins y ninguno lo había encontrado todavía. No se habían publicado detalles de la investigación —además de la víctima, un hombre llamado George Holloway al que yo no conocía, había más desaparecidos—, pero di por hecho que habían descubierto alguna que otra sorpresa desagradable en casa de Tapón. A saber dónde estaría escondido aquel hombrecillo de color leonado, pero había muchos escondites posibles cuando el noventa y cinco por ciento de tu condado estaba formado por bosques, granjas y ciénagas. No sé por qué, no dejaba de imaginármelo escondido en un ciprés hueco, con las raíces de color blanco hueso extendidas como tentáculos en un cenagal plano de aguas negras y turbias, e incluso los caimanes asustados por el mal que emanaba del hombre.

Mi único momento de luz —un parpadeo brillante recortado contra el fondo sombrío— era quedar con Andrea para tomar un café después de clase en la barra de la Tienda de Rexall. La cafeína nos levantaba el ánimo, nos hacía hablar de películas y de libros y de videoclips, de cualquier cosa creativa y de fuera de ese mundo. Un jueves por la tarde nos sentamos juntos mientras las gotas de lluvia de un chaparrón primaveral repiqueteaban contra los cristales de los ventanales con vistas a la calle Mayor. Puede que al principio no me fijara en las ojeras de Andrea, o quizá ella las ocultara bien. Pero la lluvia me consolaba, pues exteriorizaba la tormenta interior, y ese día me encontraba mucho mejor incluso antes de que la vieja Betty Joyner nos sirviera nuestra taza de delicia negra.

—Aquí tenéis, mis niños —dijo la santa mujer cuando nos dejó dos tazas humeantes en el mostrador. Sé que todavía no había celebrado mi decimoséptimo cumpleaños, así que tampoco era mucho decir, pero juro que la señorita Betty tenía ochenta años el día que nací y seguía teniendo ochenta años entonces. No había cambiado en lo más mínimo desde mi primer recuerdo de ella—. Hoy invita la casa, por todo lo que habéis pasado.

—Lleva tres semanas diciéndonos eso a diario —respondió Andrea con una sonrisa amable—. Creo que ya va siendo hora de que le paguemos las cosas.

La señorita Betty sacudió una mano como si estuviera espantando una mosca.

—Bah, tonterías. A Henry le cuesta unos dos peniques lo que hay en esas tazas. Ese viejo buitre no tiene la menor idea de que llevo semanas sirviéndoos café gratis a escondidas. —Nos guiñó un ojo con una alegría conspiradora, como si en realidad nos hubiera estado pasando cocaína y armas de contrabando—. Eso sí, no me pidáis que os regale mi pan de plátano a hurtadillas. Eso no es gratis.

Se alejó, soltando una carcajada estruendosa, con un cuerpo envejecido que no mostraba ningún signo de cansancio.

Levanté la taza hacia Andrea, ella me imitó y entrechocamos nuestro café caliente en un brindis silencioso.

—Es la mejor vieja del mundo —dije—. Ojalá fuera mi abuela.

—Lo mismo digo. —Andrea bebió un sorbo con cuidado: en el Rexall no existía el concepto de tibio—. Espero que viva hasta los cien años.

—¿Cien? Ya no debe de quedarle mucho para llegar.

—No seas idiota. Cumplió setenta en noviembre. Supongo que a ti no te invitaron a la fiesta de cumpleaños, como al resto del pueblo.

Acababa de refrescarme la memoria de manera oficial.

—Ah, sí. Ahora me recuerdo, claro. Creo que nos la saltamos para ir al partido de Clemson. —Le di un sorbo a mi café y disfruté de la sensación en la parte posterior de la garganta y del sabor embriagador del líquido—. Vaya. Setenta. Habría jurado que tenía noventa y siete. O noventa y ocho.

A Andrea se le escapó una risita, y eso me hizo sentir bien.

—¿Qué vas a hacer este finde?

—Uf, mierda. —Dejé la taza en el mostrador—. La Caza del Zorro. La Caza del Zorro Anual de Thomas Edgar. Gracias por recordármelo.

Andrea volvió a reírse y se dio una palmada en la rodilla para asegurarse de que me quedaba claro que aquello le resultaba especialmente gracioso.

—¿Cómo eres capaz de contener el entusiasmo? ¿Toda una noche encerrado con un grupo de viejos borrachos y con los perros ladrando y aullando a tu alrededor? ¿Puedo ir, por favor? Por favor, por favor, por favor.

El sarcasmo podría haberse cortado con un cuchillo sin afilar.

—Para. No es tan horrible.

La verdad era que todos los años me lo pasaba muy bien en la Caza del Zorro una vez que mi padre me arrastraba hasta allí y elegía una litera en la cabaña llena de corrientes de aire en la que todo el mundo tenía la equivocada intención de dormir. Por lo general, yo era el único que fingía intentarlo. Pero escuchar hablar a esos hombres, oír las anécdotas y los chistes que salían de sus bocas cuando se habían soltado con la cerveza, era uno de mis momentos culminantes del año. Podría escribir un libro y ganar un millón de dólares, pero el pueblo jamás se recuperaría de los escándalos.

—¿Dejan que vayan mujeres a ese ridículo ritual? —preguntó Andrea.

Me encogí de hombros.

—Nunca me han dicho lo contrario. ¿Quieres venir?

—Gracias, pero no, gracias. Huelo el olor a sudor y el aliento a cerveza solo de pensarlo. Me reservaré mi alegato feminista para una ocasión algo más civilizada.

—Eres muy sabia —respondí—. Al menos Alejandro estará allí y podré pasar el rato con él.

Era un amigo del instituto. Me acerqué espontáneamente a ella y le di un beso en la mejilla. Teníamos una relación extraña, sin duda, contaminada por una oscuridad subyacente. Quién sabe adónde habrían llegado las cosas si el tal Tapón Gaskins no se hubiera colado en nuestra vida ese año terrible.

Tras unos cuantos sorbos de café durante un silencio algo

extraño pero no incómodo, Andrea habló y nos hizo volver a la realidad:

—Anoche soñé con él.

Al principio pensé que se refería a su padre, pero luego el sentido común me llevó a Gaskins. Por suerte, me contuve antes de preguntar, porque habría quedado como un completo imbécil.

—Uf. Vaya. Y… ¿habías tenido más sueños así? ¿Qué pasaba?

El brillo que el café le había encendido en los ojos se desvaneció.

—Fue horrible. Horrible de verdad. —Se quedó callada un instante, y odio reconocerlo ahora, pero mi curiosidad ardía como una antorcha. Así que no la interrumpí—. Y no —prosiguió—, nunca había soñado con él. Pero lo de anoche lo compensó. Me despertaba en la cama (en el sueño, no en la realidad) y la casa estaba silencio. Era un silencio anormal, casi como si alguien me hubiera metido bolas de algodón en los oídos. Me levantaba de la cama (de nuevo, dentro del sueño) y salía de mi habitación hacia el pasillo. No oía nada y me costaba moverme, era como si estuviera rodeada de agua y avanzara a contracorriente. Todo estaba muy oscuro, el aire espeso…, todavía lo siento. Creo que nunca había tenido un sueño tan realista.

—¿Y acaba mal? —pregunté, bastante fascinado por su narración; casi podríamos haber estado sentados alrededor de la hoguera de un campamento.

—Acaba de la peor forma posible. —Me miró con una expresión melodramática y estuve a punto de romper a reír, pensando que solo me estaba tomando el pelo. Pero me limité a entornar los ojos para intentar transmitirle mis sospechas—. Te ahorraré los detalles. Pero digamos que, cuando por fin llegué a la habitación de mi madre, Tapón estaba allí, encorvado sobre una cama empapada de sangre, serrándole el cuello. Al final debió de cortarle algún hueso o tendón vital justo cuando entré, porque a mi madre se le desprendió la cabeza, que echó a rodar y terminó cayendo al suelo con un golpe húmedo.

Tragué saliva.

—¿Lo dices en serio? —pregunté muy avergonzado.

A Andrea le cambió la cara. Soltó una carcajada débil.

—No, solo era una broma. Intentaba quitarle importancia. Una mala idea. Perdona.

No hablamos mucho más después de aquello. La lluvia fue disminuyendo hasta convertirse en una llovizna y luego desapareció del todo. Justo cuando salió el sol, que convirtió las calles en ríos de cristal líquido y destellante, y cuando decidí que, en realidad, Andrea me había dicho la verdad sobre el sueño. Quería protegerme, como si fuera a coger su sueño y a transformarlo en una premonición.

Con el ánimo destrozado, y sintiéndome egoísta por ello, estuve dándole vueltas hasta que Andrea me dijo que tenía que irse a casa a cenar. Esta vez fue ella quien me dio un beso en la mejilla y después salió prácticamente corriendo por la puerta, cuya campanita emitió un repiqueteo demasiado alegre para la ocasión.

Levanté la mano hacia la señorita Betty.

—¿Me pone otra taza, por favor? Y esta vez me la cobra.

2

Cuesta creer que la noche siguiente empezara siendo una de las más divertidas de mi vida, a pesar de todas las preocupaciones que tenía en la cabeza.

La Caza del Zorro Anual de Thomas Edgar es una de esas maravillas que siguen el viejo mantra de que hay que vivirlas para creerlas. Siempre me daba un poco de miedo pasar la noche fuera porque soy de esos a los que les gusta dormir en su propia cama y ducharse por las mañanas. Pero, verás, el señor que le da nombre a esta excelente actividad campestre es pariente mío, así que era nuestro deber asistir. No era un deber, solo una obligación, como le gustaba decir a mi padre. Aunque sé que él disfrutaba como nadie de darle a la lengua con todos aquellos viejos.

Casi como secundario a la parte de darle a la lengua, y sin ninguna duda secundario a la parte de hartarse a cerveza, estaba la actividad en sí, en la que los perros perseguían a los zorros dentro de una enorme zona boscosa cercada en los terrenos de Whittacker. Debían de ser alrededor de cuarenta hectáreas, más o menos, y supongo que el propósito era entrenar a los perros. Ponerles el olfato y los ladridos en forma tras todo un largo invierno sin cazar. La verdad, no tengo ni idea de si había algún propósito. Lo más seguro es que los viejos necesitaran una excusa para salir de casa en

cuanto cambiaba el tiempo.

En cualquier caso, mi noche por lo general constaba de cuatro partes, y aquella no fue una excepción.

En primer lugar llegaba la cena, un banquete que hacía que mereciera la pena hasta el último segundo del calvario de echar de menos mi casa. Aquellos hombres sabían cómo cocinar a la barbacoa hasta la última bestia del campo, y varias del aire, de formas que la lengua de una persona no olvidaría jamás. «Ahumado», «dulce» y «picante» son las palabras que me vienen a la mente cuando lo recuerdo. Y luego estaban las «guarniciones», como las llamaban: patatas fritas, pan de maíz, judías verdes, habones, judías con tomate… Puede que tuvieran una ligera obsesión con las legumbres. Estar tan atiborrado de comida es una sensación genial, pero eso no quiere decir que no hubiera también cierta incomodidad. Y al pobre cuarto de baño de la cabaña le costaba seguirnos el ritmo después.

Luego venía la parte de la actividad de la fiesta, que significaba algo distinto para cada uno de los asistentes. Para mí, consistía en montarme en la parte trasera de un *quad* y agarrarme a lo que fuera con todas mis fuerzas mientras un chico llamado Rusty Johnson, que estaba loco de remate, conducía como un borracho expulsado de una carrera de *motocross*. Mi amigo de toda la vida, Alejandro, solía terminar allí conmigo y siempre apostábamos a quién moriría primero. Era un chico callado, bastante reservado, pero nos conocíamos desde que nacimos, y eso cuenta como amistad por estos lares. Hasta el momento ninguno de los dos había ganado la apuesta.

Es un milagro que no matáramos a ningún perro ni a ningún humano esa noche en particular, porque Rusty parecía empeñado en no perderse ni una pizca de la acción mientras los canes perseguían a los zorros. Mis sentidos apenas soportaban la sobrecarga de información: el olor a pino, a estiércol y a barro removido, la sensación del viento en la cara, los ladridos y aullidos incesantes de los perros, los acelerones del motor mientras los perseguíamos, las risas alarmadas de Alejandro en cada bache, los árboles y los matorrales siniestramente iluminados por nuestro faro, el mundo reducido a lo que teníamos delante mientras avanzábamos dando tumbos y a trompicones. Y, de vez en cuando,

hasta el chiflado de Rusty se detenía a admirar las estrellas que nos iluminaban y apagaba la luz del *quad* para que brillaran con más fuerza.

De todos los momentos que tengo grabados en la memoria, el de contemplar las estrellas es el que más me conmueve aún hoy. Y aquella noche, con los recuerdos de Tapón Gaskins y del puede que cierto/puede que falso sueño de Andrea todavía frescos en la mente, me ayudó de verdad saber que no era más que una mota de polvo minúscula en un universo gigantesco e infinito. Hizo que me sintiera seguro, oculto en un rincón olvidado, como un átomo abandonado al que ninguna fuerza del mal se tomaría jamás la molestia de buscar.

Pero la noche era joven, y la noche era larga.

3

Las partes tercera y cuarta de esas aventuras de la Caza del Zorro eran siempre bastante sencillas: me sentaba alrededor de una hoguera inmensa, escuchaba hablar a los mayores y luego me buscaba una litera en la enorme cabaña construida por algún pariente olvidado de los Fincher hacía medio siglo. Después de engullir tanta comida, y después de dos horas circulando a toda velocidad en el *quad* de la muerte (con los dedos doloridos de aferrarme a la rejilla de la parte trasera), y después de quién sabe cuánto tiempo sentado junto a un fuego cálido, hasta la persona más resistente queda agotada. Llámame flojo, pero juro que siempre era el primero —quizá el único, por lo que sé— que se iba a la cama, prácticamente tambaleándose, en medio de esas noches frías.

Debían de ser más o menos las once cuando corrí a coger un buen sitio junto al fuego. Arrastré una silla de campo hasta una zona no muy alejada de varios hombres que ya se habían acomodado, mi padre entre ellos. Todos estaban sentados con una pierna cruzada sobre la otra, los brazos extendidos sobre los reposabrazos y una lata de cerveza colgándoles de los dedos, casi como por arte de magia. La luz anaranjada del fuego crepitante les titilaba en la cara, creaba y destruía sombras diminutas que apenas duraban milisegundos. Sin embargo, el brillo que tenían en los ojos era constante, y miraban las llamas con tanta fijeza como si fuera

allí donde descubrían la lista de los temas de conversación de la noche.

Lo más parecido a una cerveza que me permitían beber era una zarzaparrilla, y a mí la zarzaparrilla me resultaba asquerosa. Así que bebí un sorbo de mi Mountain Dew frío, recién sacado de la nevera, y sentí su dulce néctar helado en la garganta. Después me eché hacia delante para escuchar los cotilleos de los viejos.

—¿Os acordáis de los hermanos Dixon? —preguntó un hombre llamado Kentucky (te aseguro que se llamaba Kentucky). Era un tipo corpulento, trabajaba en la vaquería y tenía la barba más fea que había visto en mi vida. Parecía musgo español, poco favorecedor para una cara humana—. Los muchachos que se criaron en el camino de Shiloh, junto a la iglesia de ladrillo.

Alejandro estaba sentado frente a mí, al otro lado del fuego, y gesticuló para llamar mi atención: levantó los dos pulgares e hizo una mueca bobalicona de alegría. Aquellas historias le gustaban tanto como a mí.

—¿Que si nos acordamos? —respondió mi padre—. ¿Cómo esperas que nos olvidemos de esos dos cabezas de chorlito? Es un milagro que el instituto siga en pie después de que pasaran por él.

—Menos mal que despidieron a su padre —refunfuñó el señor Fullerton. Era uno de los abogados del pueblo, tan alto como inteligente—. Creo que se mudaron a Charleston para ver si encontraba trabajo en el puerto. Menudo alivio. Si creéis que los chavales eran malos, bueno… Digamos que el fruto no cayó muy lejos del árbol podrido.

—Ese cabrón era el mayor hijo de puta de todos los hijos de puta.

Esas palabras salieron de un anciano conocido simplemente como Abuelo. Creo que era tan viejo que nadie recordaba su nombre.

—Y tanto —convino el señor Fullerton, el abogado— y, viniendo del Abuelo, eso es mucho decir.

Eso provocó unas cuantas risas, incluso las del propio anciano. Me reí con un poco más de entusiasmo del que debía y el Abuelo me lanzó una mirada de reojo que me hizo pasarme un par de minutos encogido en la silla.

—Bueno, ¿por qué has sacado el tema de esos dos chavales? —le

preguntó mi padre a Kentucky.

—Decid lo que queráis sobre el inútil de su padre —respondió el hombre desde detrás de la barba desaliñada—, pero un día esos chicos nos contaron una historia que me tuvo riéndome hasta que empezó a dolerme la cara. Estaban echando una mano en la vaquería y a la hora de la comida se pusieron como si fueran comediantes de vodevil, con toda la cafetería pendiente de ellos. Lo más divertido que he oído en mi vida, vaya que sí.

—Bueno, pues cuéntala de una vez —lo instó un hombre llamado Jimmy Unisaco. Nunca descubrí por qué la gente lo llamaba Unisaco, y tampoco creo que quisiera saberlo. Pero era simpático, más joven que la mayoría de los que andaban por allí y trabajaba de dependiente en la ferretería del pueblo—. No tenemos toda la noche.

—Sí la tenemos —replicó mi padre, y sus palabras provocaron otra ronda de risas; salvo en el caso del Abuelo, que se removió en su asiento y se rascó las piernas.

—Vale, muy bien —dijo Kentucky, que se sentó más erguido y se frotó las manos en un gesto de anticipación—. No tengo claro si los chavales son gemelos o no, pero podrían serlo perfectamente. Las pobres criaturas salieron al lado paterno de la familia, y no es que el padre sea lo que se dice guapo, ya me entendéis. Le tocó una nariz que parece un autobús escolar aplastado, y ese es su mejor atractivo. A lo que iba. Los dos chavales nos cuentan la historia del día en que se les ocurrió intentar volar desde la torre de vigilancia con una puñetera sábana como paracaídas.

—¿Qué? —exclamaron varios hombres al mismo tiempo.

—Esta historia ya me la sé —masculló el viejo Abuelo, que a continuación procedió a escupir una bola de algo oscuro en el suelo, justo a sus pies. Lo hizo con tanta fuerza como para salpicarle la camisa a un niño que tenía sentado allí cerca.

Kentucky continuó como si nadie lo hubiera interrumpido:

—La verdad es que no tengo ni idea de cómo se llamaban los muchachos; siempre los llamábamos los hermanos Dixon, como si fueran uno solo. Los llamaré Fulano y Mengano. El caso es que se les metió en la cabeza la estupidez de saltar desde la torre de vigilancia que hay al lado de la casa de los Fullerton atados al extremo de una sábana. El plan era caer en el maizal como

paracaidistas de la Segunda Guerra Mundial. Pues bien, en el último segundo antes de subir las desvencijadas escaleras de la torre, a Fulano se le ocurre la sugerencia de su vida.

—¿Cuál fue? —preguntó mi padre.

—*Henry*.

Se produjo un silencio. La pregunta era obvia.

—Caray, *Henry* era su perro, panda de lerdos. Decidieron probar la idea del paracaídas con el pobre cachorro.

—¿Quién coño llama Henry a un puto perro? —ladró el Abuelo —. Al menos llámalo Hank, por el amor de Dios.

—A lo que iba —dijo Kentucky fingiendo una irritación que no engañó a nadie. Estaba disfrutando de hasta el último segundo de todo aquello—. Mengano le da la razón a Fulano y está de acuerdo en que es una buena idea, solo para asegurarse, claro. A ver, las probabilidades de que ocurriera un desastre eran casi nulas, pero, como suele decirse, mejor prevenir que curar, y decidieron probar con el pobre *Henry*. Así que allá que suben, patullando por las escaleras temblorosas, dando una vuelta tras otra, hasta que por fin llegan arriba. Entonces los hermanos Dixon proceden a atar dos de los extremos de la sábana, o los cuatro, o no sé cuántos, alrededor del cuerpo del perro y luego lo lanzan al viento sin pensárselo.

—Venga ya, tiene que ser una coña.

No me enteré de quién lo decía, estaba demasiado absorto en la historia.

—No soy juez para decirte lo cierto que es —respondió Kentucky —. Cierra el puñetero pico y déjame terminar, ¿vale? —Respiró hondo y me di cuenta de que se estaba preparando para el gran final. Sin embargo, cuando empezó a hablar de nuevo, apenas podía contener las carcajadas—. Bueno, no hace falta que os diga que la sábana fue un paracaídas de mierda, claro. Los hermanos Dixon me dijeron que parecía más bien un cordón de zapato… —Aquí el hombre tuvo que parar para recuperar la compostura; las carcajadas hacían que le temblara el cuerpo entero—. Que parecía un cordón de zapato mientras el perro caía en picado hacia la muerte entre los tallos de maíz del campo. Un perro con una cuerda que lo arrastraba como si fuera una cometa. Más tarde, cuando su madre les preguntó si *Henry* estaba muerto, dijeron: «Pues claro, mamá, está más muerto que un cementerio».

Miré a mi alrededor y los hombres se reían igual que Kentucky; la mayoría de los chavales parecían entre confundidos y horrorizados. Alejandro estaba disfrutando como un enano.

—Hasta el día de hoy —dijo Kentucky—, cuando te cruzas con esos chavales siempre te dicen lo mismo si les preguntas: «¡Si no fuera por nuestro perro *Henry*, hoy solo quedaría un hermano Dixon!». —Siguió riéndose y luego lo repitió entre resoplidos—. ¡Hoy solo quedaría un hermano Dixon!

En ese instante, a Kentucky le entró un verdadero ataque de risa, y a mí también. No era tanto la broma como ver lo gracioso que le parecía al hombre. Estoy seguro de que la cerveza también contribuyó, pero estuvo a punto de caerse de la silla. Hubo otros que sí llegaron a caerse y que se pusieron a golpear el suelo con los puños mientras temblaban de la risa. Me llenaba de una felicidad indescriptible ver esa alegría entre unos hombres que a menudo me parecían fríos, distantes y rudos. Alejandro se partía en su lado del fuego. El asunto se prolongó durante al menos otros cinco minutos, y volvía a estallar cuando alguien repetía la infame última frase o, mejor aún, «Pues claro, mamá, está más muerto que un cementerio». Hasta mi padre se unió. Más carcajadas, más puñetazos al suelo, y así una y otra vez.

Pasamos un buen rato, un momento para recordar.

Sorprendentemente, pasó otra media hora antes de que alguien sacara el tema de Tapón Gaskins. Pero, como no podía ser de otra manera, lo sacaron.

4

La conversación comenzó de forma extraña. Como ya te imaginas, a esas alturas la cerveza fluía como el Nilo.

—Chico, ¿has estado alguna vez con una chica?

Tardé unos instantes en darme cuenta de que era a mí a quien se dirigía. Alguien me dio una patada y levanté la vista.

—¿Eh?

—Te he preguntado que si has estado alguna vez con una chica.

Era Kentucky. Menos mal que mi padre se había ido a mear, porque si no podría haberle metido una buena leche. Eso o haberse echado a reír, la verdad es que no lo sé.

—Cierra la boca, Tucky, que pareces tonto —intervino alguien llamado Branson. Hasta entonces, había estado callado durante la mayor parte de la noche—. ¿No ves que el chaval no tiene más que trece años?

—En realidad tengo dieciséis —dije enseguida, y en un tono bastante desafiante, debo añadir. Si hay algo por lo que una persona joven sale a la palestra, es para defender su edad.

—Me da igual si ya puedes votar en las próximas elecciones —replicó Branson—. Eres demasiado pequeño para andar por ahí cortejando mujeres.

Alejandro soltó una carcajada y me señaló con aire burlón.

—¿Cortejando? —repitió Kentucky—. ¿Demasiado pequeño? Branson, te juro que te has quedado atascado para siempre en la década de los cincuenta y que no hay forma de sacarte de ahí.

Todo se decía en tono de broma y Branson no hizo sino mostrarle el dedo adecuado a su amigo de toda la vida.

—Sabéis más que de sobra lo que deberíais preguntarle al joven David.

Me di la vuelta y vi que el honorable señor Fullerton había vuelto de ir a buscar otra cerveza. El corazón se me empezó a encoger ya antes de que el nombre saliera de su boca.

—Tapón Gaskins. —Lo pronunció como una sentencia de muerte, como un anuncio de la Peste Negra—. Este jovencito ha visto y oído más que cualquiera de nosotros sobre ese asunto. Y creo que ya es hora de que dejemos de actuar como una panda de cobardes y hablemos de lo que tanto inquieta a este condado nuestro.

Mi padre dio un paso al frente justo entonces, y siempre me he preguntado si no lo habrían orquestado de antemano.

—Espera un momento, Jackson —dijo—. Mi hijo ya ha sufrido bastante.

El señor Fullerton levantó una mano.

—Edgar, te tengo todo el respeto del mundo. Y eres uno de mis amigos más antiguos. Pero creo que hay que hablar de ello. Que hay que hablarlo antes de que nos encontremos con otra persona decapitada. George no era el tipo más guapo a este lado de los Apalaches, pero me habría gustado verle la cara en el ataúd durante el funeral.

—¿Y por qué no han venido esta noche ni el *sheriff* Taylor ni sus ayudantes? —preguntó mi padre con voz débil.

—Están demasiado liados con la investigación, eso me han dicho. Eso y «que te den» es lo único que dicen sobre el caso. Por lo tanto, tenemos que hablar con David, aquí presente. Es listo, y duro, y capaz de soportarlo. ¿A que sí, David?

Asentí porque no sabía qué otra cosa hacer. Alejandro parecía sentirse un poco culpable por haberse burlado de mí hacía un instante.

Mi padre se cruzó de brazos y clavó la mirada en el fuego durante unos segundos; la chispa reflexiva que le brillaba en los ojos era demasiado funesta para mi gusto. Luego suspiró, se acercó a mí, se arrodilló y me habló en voz baja:

—¿Quieres hablar de ello, hijo? No tienes por qué hacerlo. Si no quieres, dilo y yo mismo te acompañaré a la cabaña. Pero… —Se quedó callado y miró al suelo—. A veces sacarse las cosas de dentro ayuda y, la verdad, creo que enterarse de algo directamente de la fuente podría ayudar también a estos cabezas huecas. —Me apretó la rodilla—. Por desgracia, en esta situación la fuente eres tú.

Sonreí y él sonrió, aunque su expresión pareció un poco forzada.

—No me importa, papá.

Asintió con firmeza y autoridad.

—Vale, muy bien. —Se levantó y se volvió hacia el señor Fullerton—. Este chico se va a la cama dentro de veinte minutos. Hasta entonces, es todo suyo, abogado.

Su última frase provocó otra ronda de risas bajas, pero no muy animadas; el tema era demasiado grave.

El señor Fullerton me puso una mano en el hombro desde atrás. Tuvo que agacharse para hacerlo porque, como ya he dicho, es tan alto que la cabeza le roza las nubes.

—David, eres uno de los buenos, lo juro por Dios Todopoderoso. ¿Por qué no te pones de pie y nos cuentas todo lo que se te ocurra sobre lo que pasó? Empieza por el principio y continúa hasta el final. Dentro de media hora estarás bien arropadito en la cama. Tommy te dirá cuál es la mejor litera de la casa.

Me entraron ganas de decirle que dormir —desplegar un lienzo para todo tipo de sueños relacionados con Tapón— me parecía la peor idea de la noche, pero me abstuve. En lugar de eso, me limité

a asentir, y el gesto de asentimiento que me devolvió el señor Fullerton iba tan cargado de confianza que me levanté de la silla rebosante de algo parecido al orgullo, por estúpido que suene. Me sentí como el mismísimo Alexander Hamilton enfrentándose al Congreso original. Me dirigí al grupo formado por ancianos y unos cuantos jóvenes dispersos y empecé:

—Bueno, fue hace tres semanas. Mi amiga Andrea y yo estábamos de excursión en el bosque… Ya sabéis dónde, junto a esas viejas vías abandonadas y oxidadas. Y nos encontramos con Tapón.

—El muy hijo de puta —murmuró el Abuelo.

—Sí, señor, eso es lo que es. Estaba un poco oscuro, así que costaba ver las cosas, pero no paraba de gruñir y de respirar fuerte, y no cabía duda de que estaba serrando algo. Había sangre, eso seguro. Cuando levantó la vista hacia nosotros, echamos a correr y, por suerte, no nos persiguió. Pero Andrea vio… —Aquí me falló un poco la voz y tuve la esperanza de que no lo notaran—. Vio una cabeza, tirada en el suelo como una piedra.

Uno de los chicos que escuchaba, un chaval llamado Fenton, tenía los ojos tan abiertos como la luna.

Proseguí:

—Fuimos directos a la oficina del *sheriff* y llamaron a nuestros padres, no nos dejaron hablar hasta que llegaron. Les contamos a todos los presentes lo que acabo de contaros. En realidad no había mucho que decir: lo de Tapón, lo de la sangre y lo de que había una cabeza cortada en el suelo.

Me encogí de hombros, como si acabara de decir que nos habíamos encontrado con una zarigüeya muerta en la carretera, aunque no me sentía así ni por asomo. Recordar esa noche me despertó algo afilado y pesado en el pecho.

—¿Qué pasó después? —preguntó el señor Fullerton.

—El *sheriff* Taylor nos preguntó si nos importaría acompañarlos a la escena del crimen. Mi padre y la madre de Andrea vinieron con nosotros. Cuando llegamos, Tapón había desparecido hacía un buen rato, y el cuerpo también. Y… la cabeza. Alumbraron con las linternas… —me estremecí; el recuerdo de aquellas luces blancas sobre el rojo brillante me perseguirá de por vida— y había un montón de sangre y… trozos pequeños, supongo. Pero nada más.

Tenía ganas de vomitar.

El señor Fullerton asentía despacio, con expresión impávida, de pronto poseído por su instinto de abogado. Sin embargo, casi todos los demás miraban al suelo, como si se avergonzaran de haberme hecho contarles esa horrible historia. Nadie dijo nada, así que tuve la sensación de que debía seguir hablando:

—Luego dejaron que mi padre, Andrea, su madre y yo nos fuéramos a casa, pero nos pidieron que regresáramos al día siguiente para hacernos más preguntas. Y eso hicimos. Nos pasamos allí tres o cuatro horas repitiendo más o menos lo mismo una y otra vez. Porque… a ver, no había gran cosa que decir. No cabía duda de que era el señor Gaskins, y tampoco cabía duda de que le había cortado la cabeza al señor George. Eso lo resume todo. —Ya no tenía ganas de vomitar, a esas alturas solo me sentía idiota. Como si hubiera decepcionado a todo el mundo por no disponer de más información—. Os aseguro que no sé nada más.

—Han desaparecido otras dos personas —anunció el señor Fullerton pese a que era algo que ya sabíamos todos—. Gloria Pérez, la de la panadería, y el viejo Tink, del motel. ¿Alguien le ha visto el pelo a esa gente? ¿Os habéis enterado de algo?

Todo el mundo sacudió la cabeza alrededor del fuego. Nadie.

El señor Fullerton asintió como quien intenta aceptar un diagnóstico de cáncer.

—Entonces yo diría que Tapón ha matado al menos a tres personas. Seguro que coleccionaba las cabezas como trofeos.

—Vale —dijo mi padre en voz alta. Luego se acercó a mí y me cogió del brazo—. Ya es hora de que los menores de veintiuno se vayan a la camita. Venga, vamos. —Intentó disimularlo, pero vi que le lanzaba una mirada asesina a su amenazante amigo abogado—. En esta caza de zorros no va a pasarle nada malo a nadie, os lo prometo.

Unos minutos más tarde, estaba tumbado en una litera superior, con la mirada clavada en el techo y las mantas subidas hasta la barbilla, y solo podía pensar en una cosa. Mi madre no estaba en la Caza del Zorro. Vale que tenía una escopeta, las puertas cerradas y era la persona más dura que había conocido en mi vida. Pero aun así…

¿Cómo podíamos haberla dejado sola en un momento así?

5

No sé qué sería lo que me despertó aquella noche, en plena madrugada. Alejandro había llegado poco después que yo y estaba dormido como un tronco en la litera de abajo; quizá se hubiera reído en sueños, algo que tendía a hacer. Quizá los adultos, que seguían bebiendo fuera, hubieran soltado alguna carcajada fuerte. Los perros no paraban de ladrar por todas partes, así que casi se habían convertido en una música de fondo que no se oía, pero a lo mejor alguno se había acercado más de la cuenta o aullado con más fuerza de la normal. Qué diablos, quizá hubiera desarrollado un sexto sentido.

Lo único que sé es que, cuando abrí los ojos, había un hombre en mi habitación.

Se me heló el cuerpo entero pese a que el corazón amenazaba con salírseme del pecho.

La figura oscura, que no era más que una sombra, una silueta, estaba de pie en la esquina más alejada, paralizada, y, si la pared que tenía detrás no hubiera estado pintada de blanco, quizá ni siquiera me hubiese percatado de su presencia. No me había movido mucho al despertarme —solo me había girado para ponerme de lado— y la oscuridad bien podría haber ocultado el hecho de que ya no estaba dormido. Fuera como fuese, el hombre no se movió. Permaneció inmóvil por completo, clavado en el sitio, como un centinela demoníaco que espera el regreso del mismísimo diablo. El contorno de su sombra no revelaba ningún detalle, y te digo con toda sinceridad que atisbarlo me dio diez veces más miedo que haber visto a Tapón Gaskins ensangrentado y cortándole la cabeza a un hombre en el bosque.

Entorné los ojos para que no se viera la parte blanca, cerré los párpados casi del todo y obligué a mi respiración a calmarse, aunque opuso bastante resistencia. Con el corazón y los pulmones agitados como un motor revolucionado, respiré por la boca y por la nariz al mismo tiempo para aliviar la presión y reducir el ruido de las bocanadas de aire. Y con los ojos entrecerrados, estudié con detenimiento a nuestro visitante.

Estaba claro que era un hombre, y cualquier posibilidad de que fuera algo tan absurdo como una estatua o una figura de cartón

quedó eliminada enseguida: la sombra se movió, muy ligeramente. La sombra respiraba de manera muy superficial. Lo justo para despejar cualquier duda. No era alto, no era corpulento, no se parecía en nada al monstruo en el que mi mente quería convertirlo; tenía un aspecto tan normal como el que puede tenerse estando de pie en una habitación oscura sin motivo aparente. Estaba calvo, o casi, y tenía los hombros algo encorvados. Empezó a balancearse un poco, la línea de su silueta se desplazó hacia la izquierda y luego hacia la derecha, no más de dos o tres centímetros, pero de forma constante, izquierda y derecha, izquierda y derecha, izquierda y derecha. No le veía la cara, pero todos mis sentidos me decían que él también me estaba mirando. A la espera. ¿A la espera de qué?

El hombre dio un paso al frente y el suelo de madera crujió debajo él.

Tuve que hacer acopio de toda la fuerza de voluntad que escondían mis huesos para no gritar. Dio otro paso y luego se detuvo, adoptando de nuevo la posición de firmes, aunque un metro más cerca que antes. Cerré los ojos con fuerza, como un niño, con la esperanza de que aquel hombre del saco hubiera desaparecido cuando los abriera. Mantuve uno guiñado y apenas abrí el otro, pero vi que mi ingenuo deseo no se había hecho realidad. Se me aceleraron los pensamientos, mi cabeza estaba desesperada por encontrar una explicación para aquella visita.

Cualquier persona razonable habría llegado ya a la conclusión lógica de quién era aquel hombre que estaba en mi habitación, en una cabaña, en medio de la nada. Pero mi mente distaba mucho de ser racional, aún perdida en algún punto entre el mundo real y el de las pesadillas. Parecía improbable que Tapón Gaskins hubiera aparecido de alguna manera junto a mi cama, la de uno de los dos muchachos que habían presenciado su atroz asesinato. ¿Cómo iba a haber burlado a los perros, a los cazadores, a los viejos de fuera? Mi padre tenía que haberlo dejado pasar. Seguro que era alguien a quien había mandado a vigilarme, preocupado por mi bienestar después de todo lo que había pasado. Intenté emparejar el tamaño y la forma de la sombra con alguno de los amigos de mi padre…

El hombre dio otro paso adelante.

Ya no tenía el corazón desbocado. Te juro que se me paró, en seco, durante un momento interminable. No entraba ni salía aire…

Me asfixiaba con un miedo que no había creído posible hasta entonces. El hombre estaba ahora a solo un brazo de distancia, frente a mí, con el rostro oculto por la oscuridad a la altura de la litera superior. A la altura de mis ojos entornados. Oía su respiración, regular y tranquila, como el aliento calmado de un león en reposo, con una pata posada sobre la presa masacrada. Y mientras escuchaba el silbido del aire que le entraba y le salía de los pulmones, hubo dos cosas que se me hicieron mortalmente evidentes.

En primer lugar, por fin acepté —supe sin el menor atisbo de duda— que Tapón Gaskins era el hombre que había en mi habitación. Era como si mi cabeza hubiera intentado negarlo, bloquear esa posibilidad. Pero la imagen de su cuerpo ensangrentado en el bosque coincidía a la perfección con el contorno de la persona que tenía justo delante de las narices.

Además, no podía seguir engañándome ni un segundo más: Tapón sabía muy bien que estaba despierto y que lo estaba mirando a los ojos. Paralizado por el terror, incapaz de moverme, me sorprendí al hablar con voz quejumbrosa:

—Saben que estás aquí.

Si mis palabras lo pillaron desprevenido, no dio muestras de ello. La sombra no se movió, la respiración continuó tan estable como antes.

—Es una trampa —añadí—. Están a punto de llegar.

Cuando recuerdo esos momentos aterradores, me conmueve la valentía de mis palabras, aunque entonces me parecieron temerarias. Pero no surtieron ningún efecto sobre Tapón. Durante al menos un minuto —todos y cada uno de cuyos segundos se prolongó como una ola que llega despacio a la orilla desde el horizonte—, no se movió ni habló. Tuve la sensación de que pasaba una vida entera mientras mi mente instaba a mi cuerpo a levantarse y echar a correr. A darle una patada y huir, a gritar pidiendo ayuda. No hice nada.

Por fin, aquel hombre horrible, aquel demonio hecho carne, me habló:

—Voy a decirles que has sido tú.

Sus palabras me desconcertaron. No sé qué me esperaba, tal vez que dijera: «He venido a llevarte lejos, muy lejos, he venido a

llevarte lejos». O puede que un: «Voy a destrozarte el aaaaaalma». Pero eso no. No «Voy a decirles que has sido tú».

En voz baja, respondí:

—¿Qué quieres decir?

Tapón se acercó medio paso y el suelo crujió como una casa encantada. Se echó hacia delante. Si hubiera estornudado, habría notado humedad, me habría contagiado de su enfermedad.

—Voy a decirles que vine a por ti —dijo en un susurro feroz— y que tú me rogaste que mejor matara a tu amigo.

Rompí a temblar de pies a cabeza, una auténtica ola de movimiento me recorrió el cuerpo. La capacidad de hablar de hacía apenas unos segundos desapareció. Aún estremecido, me aparté, retrocedí hasta el punto en que la litera se topaba con la pared, y me llevé las mantas al pecho como si eso fuera a protegerme. Ni siquiera pude susurrar una súplica de piedad.

—¿Cómo se llama? —preguntó Tapón con una voz muy suave y señalando a Alejandro, que roncaba suavemente debajo de mí.

Me limité a negar con la cabeza a modo de respuesta; la falta de aliento hacía que me doliera el pecho.

—Dime cómo se llama —insistió Tapón—. Dime cómo se llama u os mato a los dos.

Volví a negar con la cabeza.

—Ya. —Aunque seguía susurrando, la orden fue lo más parecido a un gruñido animal que le había oído a un humano.

Un miedo perfecto me obligó a decírselo:

—Alejandro.

—Alejandro —repitió Tapón, casi saboreando el nombre en los labios—. Y ahora, lárgate.

Dio un paso atrás e hizo un gesto rápido con la cabeza en dirección a la puerta.

En lugar de obedecer o de responder a lo que me decía, gimoteé:

—Por favor, no le hagas daño.

Una vez más, me sorprendió con sus siguientes palabras:

—Me visteis en el bosque. Esa chica y tú. No me digas que no.

Negué con la cabeza y luego asentí, sin saber muy bien qué respuesta buscaba Tapón.

—Ahora ya no puedo matarte, ¿no? —dijo—. Ya se lo has contado todo. Y hay otra razón mucho más importante. Pero nunca

me encontrarán, chaval. Ni siquiera me ven. Nadie me ve a menos que yo quiera que me vea. Sigue contando lo que quieras, cuéntale lo que te dé la gana a la policía. Pero nadie te perdonará jamás por haberme rogado que mate… —señaló la litera de abajo—, por haberme rogado que mate a Alejandro. Y ahora, largo, chaval. Si me haces repetirlo otra vez, te cortaré una preciosa sonrisa en la cara con mi cuchillo. Una sonrisa roja que nunca se irá.

Mi visión se había ido adaptando a la oscuridad tras despertarme. O eso, o Tapón se había adentrado en un cúmulo de luz desnuda de la ventana. Como fuera, ya lo veía mejor. Le veía las cicatrices de la cara, veía cómo le brillaba el odio, cómo le brillaba algo horrible en los ojos. Ya te he dicho que era muy bajo, pero en ese momento parecía más alto que el techo, por imposible que parezca. Un monstruo gigante que quería comerme, sacado de un libro de cuentos.

Cogió aire para volver a hablar, pero me apresuré en pasar las piernas por el borde de la litera superior. Eso lo silenció. Me di la vuelta y me deslicé sobre la barriga hasta tocar el suelo con los pies. Quedar de espaldas a él hizo que una nueva oleada de terror me recorriera la piel y me la erizara. Entonces lo miré a la cara. No por valentía. Fue un acto de cobardía total y absoluta.

—Muy bien, chaval —dijo Tapón—. Vete y no regreses hasta dentro de media hora. Cuéntaselo a alguien y mataré a tu madre antes del amanecer.

Me gusta pensar que dudé. Que mostré un brevísimo ápice de rebeldía. Pero antes de que Tapón tuviera tiempo de decir o hacer algo, me di la vuelta y salí corriendo de la habitación. A mi espalda, oí un rápido arrastrar de pies, un gemido apagado, un ruido sordo y mojado que, hasta el día de hoy, se reproduce en mi mente cuando estoy a oscuras, solo y en silencio.

Con una vergüenza tan profunda que apenas puedo teclear estas palabras, te digo que ni volví ni hablé con nadie del campamento hasta que supe que Tapón había tenido tiempo suficiente para matar a Alejandro.

Tiempo suficiente para cortarle la cabeza.

CAPÍTULO 7

Julio de 2017

1

Si fuera poeta, diría que la mía ha sido una vida de oscuridad, con nubes de tormenta por encima y rocas afiladas por debajo. Tengo el pelo frío y empapado, los pies ensangrentados. (Hablando de forma metafórica, claro, aunque he sentido esas cosas de manera literal alguna que otra vez). Aun así, nunca he dejado de caminar del todo. Siempre ha habido una chispa de esperanza brillando entre las nubes y suavizando las rocas, lo justo para seguir aguantando. Cuando era pequeño, tenía a mis padres, hermanos y amigos. Y cuando crecí, tuve a mis hijos y a Andrea para poder apoyarme en ellos en los días oscuros, oscurísimos, que siguieron a la muerte de mi esposa.

Siempre había esperanza. Siempre una luz en el horizonte, por tenue que fuera.

Hasta que mi hijo desapareció en plena noche.

Desde que hice aquella llamada frenética, aguda y rebosante de locura a la policía, mi mundo se hundió en un abismo de desesperación tan negro que no sé muy bien cómo describirlo. Hubo muchas llamadas telefónicas, descripciones e historias compartidas con la prensa y la policía, partidas de búsqueda formadas por familiares y amigos y completos desconocidos. Muchas lágrimas. Pero todo eso se hizo envuelto en semejante bruma de tristeza y miedo que apenas era consciente de mi entorno.

La vida ya no era lineal, sino un bucle de anticipación aterradora. Como esos interminables momentos en los que asciendes traqueteando por la primera subida de una montaña rusa

mientras esperas una eternidad el horizonte elevado, la zambullida en unas profundidades desconocidas. No obstante, nunca llegamos a la cima, a pesar de que yo quería y no quería a la vez.

Todos y cada uno de los segundos se prolongaban hasta el infinito, un temor constante a las malas noticias potenciales se cernía sobre nuestra cabeza y me hacía desear que mi vida se paralizara antes de que alguien me comunicase aquello que tal vez me destrozara de una vez por todas. Eso, mezclado con la urgencia de encontrarlo lo antes posible, creaba una relación confusa con el tiempo que me convertía en un ser inconsolable e implacablemente inquieto. No había dormido, apenas me había sentado.

Buscamos. Eso es lo que hicimos. Mis padres, la tía Evelyn, el tío Jeff, sus hijos, un ejército de lugareños. Buscamos.

El tiempo perdió todo significado. Cosas como la salida y la puesta del sol dejaron de existir en mi ámbito de comprensión, la oscuridad de mis días no se diferenciaba de las noches sin luz. No existían los segundos, los minutos ni las horas. Solo una ciénaga pantanosa de «ahora mismo», un universo que se había detenido por completo, atascado en un lodazal de miedo y ansiedad. Ya no importaba nada del pasado, del presente ni del futuro, no hasta que encontráramos a mi hijo.

No sabía qué hacer con mis otros hijos. No podía mentirles, crearles falsas esperanzas. En contra de las recomendaciones de mis padres, se lo conté todo, los mantuve a mi lado, dejé que escucharan mis conversaciones, los hice trabajar hasta la extenuación en las partidas de búsqueda. Creo que eso nos mantuvo tanto a ellos como a mí al filo de la cordura. Sé con certeza que aquello les robó un retazo de inocencia que jamás volverían a recuperar, incluso al pequeño Logan. Pero me pareció la única opción.

Al tercer día de la desaparición de Wesley, caminaba por un maizal cercano a la casa de los Frierson; los tallos eran muy verdes y apenas me rozaban los hombros. El sol iba abriéndose paso en el cielo, el calor que sentía en el cuello me recordó al fin que la gigantesca bola de fuego existía, a ciento cincuenta millones de kilómetros de distancia. Me daba igual, deseaba que se convirtiera en una supernova o lo que diablos sea que hacen esos cuerpos celestes cuando mueren y nos arrastran a todos con ellos en una

explosión de llamas y gloria. Ese había sido uno de mis pensamientos más alegres de esa mañana.

Hazel estaba en el surco contiguo al mío y estiraba el cuello para mirar detrás de cada tallo que pasaba, como si de verdad Wesley fuera estar escondido tras él. Lo hacía con una seriedad que estuvo a punto de romperme lo poco que me quedaba de corazón. La niña quería a su hermano, lo echaba muchísimo de menos, y sé que su joven mente procesaba lo que había sucedido de una forma muy distinta de la mía. Yo no la entendía y me negaba a fingir lo contrario, pero algo me decía que Hazel esperaba que Wesley apareciera y gritase «¡bu!» en cualquier momento. Que se aferraba a una esperanza que yo solo podía desear.

Quise decirle algo, incluso abrí la boca. Pero cada palabra que les había dirigido a mis hijos en los dos últimos días había sido un esfuerzo, un intento de mostrar lo que no sentía por dentro. Con lágrimas en los ojos, me asomé rápidamente entre los tallos y le di unas palmaditas en la cabeza, traté de esbozar una sonrisa alentadora. Era lo único que podía hacer. Seguimos caminando. Los gritos de «¡Wesley! ¡Wesley! ¡Wesley!» invadían la atmósfera, se habían convertido en nuestra constante banda sonora. Yo tenía la garganta ronca de tanto chillarlo y aquel día no me salía nada.

—¿Papá? —me llamó Hazel.

La miré, reconfortado aunque solo fuera un poco por su voz, contento de que ella hablara cuando yo no podía.

—¿Sí, cariño?

—Bueno —contestó, y adoptó su habitual mirada contemplativa —. Iba a preguntar si estás bien, pero sé que no lo estás, así que sería una pregunta tonta.

—Lo intento, cielo. Y estaré bien mientras te tenga a mi lado.

A lo mejor piensas que no era cierto, pero sí lo era. Necesitaba a esa niña como necesitaba la sangre que me corría por las venas. Y tras dos días de desesperanza, empezaba a ser más consciente de ello que nunca. Sentí una oleada insoportable de amor y de repente rompí a llorar como un bebé.

—¡Papá! —exclamó, y pasó de un salto de su surco al mío estirando los brazos para abrazarme.

Me arrodillé y la estreché contra mí, la apreté tan fuerte que hasta podría haberle dislocado las costillas. Pero ella no se quejó,

solo trató de igualar mi fuerza. Para entonces ya teníamos el sol justo encima, y eso significaba que nuestra sombra había desaparecido casi por completo, solo durante un instante.

—Vamos a encontrarlo —dijo, hablando una vez más como alguien más mayor—. Vamos a encontrarlo y estará sano y salvo. Ya verás. Seguro que se ha perdido, nada más.

Incapaz de hablar, asentí entre lágrimas y seguí abrazándola con fuerza.

2

No encontramos nada en aquel maizal, ni en el bosque que lo bordeaba, ni en la ciénaga que bordeaba el bosque. Llegaron las llamadas de las otras partidas de búsqueda, algunas lideradas por Jeff y Evelyn, otras por viejos amigos, otros por agentes de policía. Pero todas dijeron lo mismo.

Nada.

Nada.

Nadie encontró a mi hijo.

3

No recuerdo el transcurrir del tiempo de ese tercer día. Hubo una mañana, una tarde y una noche, pero podrían haber cambiado de orden y no me habría dado cuenta, ni me habría importado, ni me habría parecido demasiado extraño. A veces el sol estaba en un lado del cielo y a veces en el otro. Sí me acuerdo del momento en el que brilló directamente desde arriba. Por lo demás, me quedé estupefacto cuando mi madre se acercó y me dijo:

—Es hora de cenar.

Estábamos en la linde de un campo de soja, justo después de haber peinado una arboleda situada al otro lado de la carretera. Era un terreno pantanoso y cargado de vegetación, así que estaba sucio y empapado de sudor y agua cenagosa.

—Supongo que ya es casi de noche —murmuré.

Mi madre asintió, al parecer animada porque al menos le había respondido con palabras. Durante la mayor parte del día, me había

limitado a ignorar a todo el mundo.

—Estamos demasiado lejos de casa para que me dé tiempo a preparar una cena decente. Mejor vamos a La Brújula y que nos la sirvan allí.

Antes de que terminara de hablar, ya estaba negándome.

—Mamá, no pienso ir a La Brújula. Tenemos que aprovechar estos últimos rayos de sol para buscar… —Titubeé, puesto que no tenía ni idea de qué decir a continuación. Señalé en una dirección aleatoria, hacia una granja con un granero enorme, de esos nuevos y modernos; estaba incluso pintado, ni siquiera tenía agujeros en el techo—. Puede que se tropezara y se cayese en alguna acequia. ¿Sabes de quién es ese sitio?

Mi madre se acercó aún más y me puso una mano en el brazo.

—Hijo.

—Mamá, nunca se sabe…

Apretó con fuerza.

—Hijo.

Sorprendido por su tono, la miré a los ojos. Su expresión se había endurecido, es posible que tanto como la mía.

—Vamos a ir y a pedir una buena cena —declaró—. Tus hijos la necesitan. Yo la necesito. Tú la necesitas como el puto aire que respiras.

Mi madre nunca decía palabrotas. De pronto me sentí de nuevo al borde de las lágrimas y se me encogió el pecho.

—Ven aquí. —Me envolvió en un abrazo y me derrumbé, como me había pasado con Hazel. Sollocé dejando que las lágrimas le empaparan el hombro. Entonces me susurró con esa voz de madre cariñosa que nunca había apreciado lo suficiente—: Estás agotado, David. Como todos nosotros. Hemos trabajado hasta la extenuación y otros seguirán haciéndolo. Tienes tres hijos que necesitan ver algo normal, como que nos sentemos juntos a cenar. Por no hablar de que a todos nos vendrá bien meternos una buena dosis de comida en la barriga. Nos cogeremos más o menos una hora de descanso, ¿vale? Iremos La Brújula y cenaremos el bufé de marisco. Seguro que Jenny ni siquiera nos deja pagar. Venga, vamos.

—Pero Wesley… —murmuré—. ¿Cómo vamos a sentarnos tan tranquilos a comer en un restaurante cuando él está por ahí perdido? Herido o… —No pude terminar la frase, y no me lo habría

permitido aunque hubiera sido capaz—. ¿Cómo vamos a hacerle algo así?

—Porque es lo que él querría —respondió ella—. Porque nos quiere y querría que lo hiciéramos.

Se apartó y me agarró la mano, sonrió como pudo a pesar de sus propias lágrimas. Sé que sentía la misma preocupación y dolor que yo y que estaba mostrándose fuerte cuando yo no podía. Tras enjugarme los ojos, asentí.

—Vale. Una hora. Pero luego tenemos que seguir buscando.

Con un fuerte suspiro, aceptó mis condiciones.

4

Resultó ser cierto que Jenny no quiso ni oír hablar de que le pagáramos la cuenta. En cuanto entramos en el restaurante, aquella mujer corpulenta, siempre joven, se desvivió por nosotros, con abrazos y palabras cariñosas en abundancia. Nos sentó al fondo, a una mesa grande, e insistió en que esa noche todo corría por cuenta de la casa. Nos dijo que su Ed había salido a trabajar en una de las partidas de búsqueda.

Después de pasar por el bufé, y de sentir una punzada de culpabilidad con cada cosa grasienta y frita que me servía en el plato —a Wesley le encantaba ese sitio e íbamos al menos un par de veces cada vez que le hacíamos una visita a la abuela—, me senté a la mesa con mis padres y los niños. No paraba de pensar en que, la noche de la desaparición de Wesley, había perdido la memoria o me había levantado sonámbulo y había acabado en el bosque. Todavía no se lo había contado a nadie porque creía que no haría sino volverlo todo más confuso, pese a que no dejaba de repetirme que los dos sucesos no guardaban ningún tipo de relación. Me engañaba a mí mismo, aunque soy sincero cuando digo que no sabía la verdad. Solo tenía una vaga sensación de que ya me había sucedido algo similar cuando era joven.

—Estas gambas son las mejores del mundo —anunció Hazel a la mesa—, y ni siquiera me gustan las gambas. —Se metió en la boca una grande y jugosa, embadurnada de salsa de cóctel, y la masticó con fruición.

—Entonces, ¿cómo sabes que es el mejor del mundo? —quiso

saber Mason con lo que parecía verdadera curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—Si no te gustan las gambas, seguro que no las comes mucho. Así que ¿cómo sabes que estas gambas son las mejores del mundo?

—Qué tonto eres —repuso Hazel con perfecta confianza—. Es solo una expresión. Significa que me gustan mucho.

—Yo también creo que son las mejores del mundo —fue la aportación de mi madre—. Y he estado incluso en Florida.

A Mason se le escapó la broma, pero Hazel se rio aunque acabara de meterse dos gambas a la vez en la boca. Aunque me dolía, solo un poco, ver a todo el mundo actuar como si no pasara nada, también sabía que la alternativa me resultaría insufrible. Si mis hijos hubieran estado tan hechos polvo como yo, no sé si habría sido capaz de soportarlo. Y sabía que mis padres se estaban esforzando por los niños, aunque mi padre no lograba ocultar su desesperación; jamás lo había visto tan demacrado y abatido. Que era justo como yo me sentía. Pero comí, intenté sonreír e hice cuanto pude para no echarme a llorar.

—¿Qué es una gamba? —preguntó Logan.

El crío se negaba a comer nada que no hubiera formado parte de un pollo. En ese momento tenía las dos mitades de una tira de pollo frito agarradas una en cada mano, con los dedos llenos de grasa. Masticaba con la boca abierta.

—Es como un pez —respondió Mason.

—¿Un pez? —repitió Hazel—. No se parece en nada a un pez.

—Bueno, bueno —intervino la abuela—. Los dos viven en el mar. Dale un poco de cancha a tu hermano.

Hazel no se dejó despistar.

—Bueno, abuela, los tigres y las serpientes viven en la selva y no se parecen en nada los unos a los otros.

Mi madre se quedó boquiabierta ante la lógica de aquella afirmación y soltó una risita.

—Ahí me has pillado.

Hazel se volvió hacia Mason.

—Una gamba es un crustáceo, es decir, un marisco…

Se interrumpió de inmediato, en cuanto se dio cuenta de que tendría que haberse callado tras la palabra «crustáceo».

—¡Ja! —gritó Mason—. ¡O sea que es un pez!

Hazel negó con la cabeza obstinadamente.

—¡No, son muy distintos!

—¿Cómo es posible que un marisco no sea un pez? —Mason levantó la mano, con los dedos apretados, e imitó el gesto de nadar —. ¡Pero si hasta llevan la palabra «mar» en el nombre!

Vi el destello de los ojos de Hazel cuando se le ocurrió la respuesta perfecta:

—Bueno, en ese caso, supongo que me dirás que los caballitos de mar son lo mismo que los caballos normales, ¿no? ¿Te das un paseo montado en un caballito de mar por la granja?

Sorprendido, fui consciente de que me había recostado en la silla y estaba disfrutando de aquella charla más de lo que lo habría creído posible dos minutos antes. No diría tanto como que tenía una sonrisa en la cara, pero desde luego no estaba frunciendo el ceño.

—¿Y qué me dices del tiburón tigre? —pregunté solo para que no pararan—. ¿Tienen la piel a rayas? No me acuerdo bien. ¿Y son peces o felinos?

—Creo que pertenecen a la familia de las ballenas, así que serían mamíferos —respondió mi madre, una afirmación tan inesperada que me eché a reír, por puro instinto.

Todo el mundo me miró como si acabara de ponerme a cantar viejas melodías de *jazz*.

—Lo siento, abuela —dijo Hazel después de escudriñarme con algo parecido al alivio—. Los tiburones tigre son tiburones, y todos los tiburones tienen branquias y, por lo tanto, son peces. Es verdad que no parecen un pez normal, pero son peces.

—Gracias, cariño —respondió la abuela, que se llevó una gamba a la boca para zanjar el asunto—. No estaba del todo segura.

Había recuperado un poco el apetito. Me encontraba algo mejor, así que me eché hacia delante, cogí comida con el tenedor y la engullí como si me hubieran activado un interruptor por dentro. Las gambas, el bacalao, las bolitas de pan de maíz y el puré de patatas se fusionaban en un único sabor salado, pero satisfacían el hambre que se había desmandado. Comí con voracidad, como si por esforzarme en actuar con normalidad las cosas fueran a volver a ella. No tardé en atiborrarme hasta no poder más.

—¿Comes mucho, papá? —preguntó Mason al mismo tiempo que ponía los ojos en blanco de forma exagerada.

—Últimamente no —murmuré.

Mi madre sonrió.

—Me alegra verte comer, hijo. Necesitas la energía.

Fingí una sonrisa y ensarté otra gamba. Justo antes de que me la metiera en la boca, empezó a sonarme el móvil. Dejé caer el tenedor y me apresuré a sacarlo del bolsillo, algo que me pareció imposible durante unos tres segundos, pues las manos se me engancharon en el mantel, en la servilleta, en el forro del bolsillo de los vaqueros. Por fin pude cogerlo y echarle un vistazo a la pantalla.

El *sheriff* Taylor. (De tal palo, tal astilla: se había convertido en *sheriff* pocos años después de que su padre muriera de un ataque al corazón).

Ya te imaginas el horror que me caló hasta los huesos durante el segundo que tardé en contestar a la llamada. Podía deberse a mil motivos, pero mi mente sacó las peores conclusiones. Muerto, asesinado, descuartizado, una letanía de cosas funestas.

—Sí. —La palabra me salió disparada de la boca.

—David, está bien. Lo hemos encontrado.

5

Cómo transmitirte el abanico de emociones que experimenté mientras iba en coche camino adonde el *sheriff* Taylor me había indicado. En cuanto terminamos nuestra conversación telefónica, les dije a mis padres y a mis hijos que Wesley estaba bien, que lo habían encontrado, que tenía que irme de inmediato. Después, le di la dirección a mi padre para que fueran hacia allá con más calma, porque yo pretendía batir todos los récords de velocidad en tierra. Eché a correr hacia mi monovolumen, me encaramé a él, puse el motor en marcha y me dejé casi todo el dibujo de los neumáticos en el suelo al salir del aparcamiento del restaurante.

Fue entonces cuando tomé conciencia de la noticia, pese a que mis capacidades motoras funcionaban en modo automático y mi exaltación alcanzaba el diez en la escala de la adrenalina. Fue como recibir un golpe fuerte y rápido. Mi hijo estaba vivo. Incluso sano, por lo que parecía. Y eso era lo único que importaba. Durante la llamada me había dado cuenta de que había algún detalle extraño

que no tardaría en descubrir, algún tipo de sobresalto aún por venir. Pero estaba vivo y sano. Tal vez no «sano» del todo, pero sí bien. El *sheriff* había dicho que estaba bien. Así que tenía que estarlo.

Un sollozo me estalló en el pecho, me hizo daño en la garganta al salir. Las lágrimas me caían a raudales por la cara. Y entonces rompí a reír, una serie de toses húmedas que habrían aterrorizado a cualquiera que me hubiera oído. Más lágrimas, más risas. Estaba histérico y, en el fondo, lo sabía. Pero ¿a quién le importaba? Todo un reino de oscuras posibilidades había sido eliminado con una sola llamada telefónica, y la muerte ni siquiera era la peor de todas. La insoportable interrupción del tiempo, la acechante posibilidad de que llegaran noticias horribles, el enorme, gigantesco, peso de lo desconocido… Por fin nos habíamos librado de ello.

Solo unos minutos más y Wesley estaría entre mis brazos. Me daba igual que ya fuera casi tan alto como yo: pensaba cogerlo en brazos, acunarlo y mecerlo de un lado a otro durante al menos tres semanas seguidas. Pensé que a lo mejor hasta le daba el biberón y lo hacía eructar después, que lo obligaría a llevar pañales como cuando era un bebé. Volví a reírme, con tal intensidad que moqueé.

Estaba histérico, como ya he dicho. Me había vuelto completa y temporalmente loco.

La aplicación de mapas de mi móvil me llevó a un camino de tierra apenas visible ahora que la noche había descendido sobre el mundo. No vi más que un agujero en el costado de un bosque, árboles y ramas que formaban una pequeña entrada hacia la oscuridad. Una cueva en el bosque que parecía estar a punto de tragarse un camino de gravilla poco cuidado. Cualquier otra noche, me habría encogido de miedo ante esa puerta hacia un paraje desconocido y me habría preguntado qué horrores me esperaban en ese abismo de tinieblas. Pero esta vez seguí conduciendo de forma temeraria; los neumáticos del coche levantaron tierra y piedras cuando salí de la carretera asfaltada y pisé el acelerador para enfilar el vial a toda velocidad.

El monovolumen rebotaba, daba sacudidas y emitía crujidos que sabía que no podían ser buenos. Los faros se balanceaban arriba y abajo y revelaban un espeso dosel de hojas en las alturas y baches llenos de agua en el suelo. El camino era tan recto como el surco de un maizal, pero hasta entonces no me había mostrado nada dentro

del rango de alcance de mis luces. El resplandor extraño contra los árboles y las ramas que lo bordeaban conformaba un espectáculo espeluznante. Aun así, seguí conduciendo, ansiando dar con cualquier indicio de vida humana, de coches de policía, del *sheriff* Taylor. Con cualquier indicio de mi hijo.

Entonces vi algo.

Una imagen destelló al lado derecho del camino, un hombre, que salió de repente del bosque y se interpuso en la trayectoria de mi coche. Cuando pegué un frenazo, el hombre se detuvo y se giró hacia mí, con el rostro iluminado de pleno por los faros. Un rostro pálido, reluciente de humedad, los ojos arrasados por algún tipo de emoción que no tengo claro si entendí. Por algo ajeno a este mundo. Me hizo estremecerme en el asiento. Y entonces reparé en quién era, aunque el miedo y el sudor que le empañaban los rasgos lo hacían casi irreconocible.

Dicky Gaskins.

Dio un paso hacia mí. Una expresión de absoluta incertidumbre le había invadido el rostro sustituyendo al terrorífico semblante anterior. Pero entonces pareció recuperarse: se dio cuenta de que yo no podía suponerle más que malas noticias, se dio la vuelta y echó a correr. Desapareció entre la maleza del lado izquierdo del camino. No más de tres segundos después, un agente de la ley vestido de uniforme salió del bosque, sin duda persiguiendo a Dicky. Sin apenas mirar hacia mí, continuó corriendo detrás de él y se adentró entre los árboles por el mismo lugar por el que acababa de hacerlo Dicky. Al menos iba bien encaminado.

Una parte generosa de mi euforia se había desvanecido, al igual que Dicky en el bosque. Habían encontrado a mi hijo, en algún lugar de por allí, y, sin embargo, la prole de mi peor pesadilla se había dado a la fuga, perseguido por la policía como un atracador de bancos en una película de los años setenta. Estaba claro que las cosas no iban bien, así que se me encogió un poco el corazón; de pronto volvía a tener miedo de lo que pudiera depararme el futuro inmediato. No supe qué hacer, aparte de llamar al *sheriff* Taylor.

Contestó al segundo tono:

—¿David? ¿Dónde estás? Llegando, espero.

Su tono me tranquilizó un poco. No parecía demasiado preocupado o asustado.

—Sí, ya casi he llegado, estoy en algún punto del camino de tierra. Dicky Gaskins acaba de pasar corriendo por delante de mi coche, seguido de uno de tus agentes. ¿Qué está pasando?

El *sheriff* suspiró con tanta fuerza que podría haberlo oído aunque no hubiéramos estado hablando por teléfono.

—Debes de estar cerca, entonces. No te preocupes por eso, lo atraparemos. Tú ven a ver a tu hijo. Necesita a su padre.

—¿Está bien?

—Está bien, David. Te lo prometo. Vamos, ven.

Finalicé la llamada sin decirle adiós e incluso me sentí culpable por ello durante un absurdo segundo. Luego, tras recuperarme un poco de la conmoción por lo que acababa de ocurrir con Dicky, pisé el acelerador a fondo y continué avanzando por el largo e irregular camino.

6

Unos cuantos coches de policía —con las luces azules y rojas girando y destellando como bolas de discoteca psicodélicas— me iluminaron el camino durante más o menos el último kilómetro, en el que los baches habían adquirido el tamaño aproximado del lago Marion. Tuve que sortear los dos o tres últimos, con el corazón latiéndome tan deprisa en el pecho que notaba la vibración a lo largo de los brazos, hasta en el volante, donde me aferraba a la goma con tanta fuerza que tenía los dedos blancos.

Vi a Wesley antes que a cualquier otra persona, como si tuviera algún poder mágico familiar en los ojos que lo hubiera presentido. Tenía los hombros envueltos en una manta y estaba sentado en el parachoques trasero de una ambulancia, cuyas puertas estaban abiertas de par en par y dejaban salir la luz. Por eso la cara de mi hijo estaba sumida en las sombras. La escena me recordó al final de todas las películas de acción que se han proyectado en la gran pantalla: el héroe o la heroína solo estaba a salvo cuando tenía esa manta y esa ambulancia.

Ni me fijé en ningún otro detalle del lugar ni me importó mucho, no hasta más tarde. Detuve el coche y te juro que si tardé un segundo en quitarme el cinturón de seguridad fue como un minuto entero. Salí del coche a trompicones, sintiéndome medio

idiota y medio mareado, pero me recuperé y eché a correr hasta llegar a Wesley. Y entonces lo envolví en el abrazo más feroz que se le podría dar a alguien. Las lágrimas me rodaban por la cara y temblaba de alegría y tristeza a la vez. Wesley me devolvió el abrazo, pero sin fuerzas, y no dijo ni una sola palabra. ¿Qué le había hecho Dicky Gaskins a mi hijo mayor? Oh, los horrores que brotaron de esa pregunta.

—¿Estás bien? —le pregunté.

A posteriori parecen las palabras menos originales y con menos sentimiento que podría haberle soltado, pero no se me ocurrió ninguna otra cosa. Siempre desearé haberle dicho «te quiero». ¿Cómo es posible que no fueran esas palabras mi primera proclamación, lo único que importaba?

—No, no estoy bien —me contestó con la voz más monocorde que había oído en mi vida.

—Lo siento mucho.

Palabras vacías. Me senté a su lado, rodeándole aún los hombros con los brazos, y le hice apoyar la cabeza en mi cuello. Se resistió un poco, temblaba de pies a cabeza como un cachorrillo asustado. El *sheriff* Taylor había aparecido a nuestro lado, no sé muy bien cuándo, y me miraba con mucha compasión. Era padre. Sabía lo que era.

Creía que encontrar a mi hijo me libraría del dolor, que lo mejoraría, pero en realidad no hacía más que aumentar a cada segundo. Era un dolor distinto, de eso no cabía duda, pero no menos hiriente. Tenía la mente acelerada pensando en todo el daño que quizá le hubieran infligido. No sabía qué hacer, qué decir, no quería alterarlo más. De modo que, por el momento, me limité a aferrarme a él y a fijarme al fin en el lugar que aterrorizaría mis sueños durante el resto de mi vida.

El camino de tierra había desembocado en un claro de una media hectárea de tamaño y bordeado por una pared de árboles cuyas ramas parecían bailar bajo las luces intermitentes de los coches patrulla. En medio del claro se alzaba un enorme cobertizo de madera, inclinado hacia la derecha como si soplara un fuerte viento desde el oeste. Era una edificación destartalada, con el aspecto que cabría esperar justo allí, en el bosque, a gran distancia de cualquier tipo de civilización. Estaba construida con retales, por

etapas, sin prestar ni la más mínima atención a la estética o la durabilidad; la madera estaba combada y astillada y no tenía una sola pizca de pintura. Vi dos ventanas rotas, cuyas esquirlas restantes parecían afiladas y mortíferas. Había una puerta, que colgaba abierta y torcida, con el pomo reventado y tirado en el suelo.

—¿Qué es este sitio? —le pregunté al *sheriff*, pero luego recordé a Wesley y negué con la cabeza.

No era el momento de hablar de lo que había pasado.

El *sheriff* Taylor pareció estar de acuerdo, pues se limitó a asentir y a dedicarme una de esas sonrisas que se ofrecen en circunstancias así: apenas unos labios fruncidos y unas mejillas algo retraídas.

El claro que rodeaba el cobertizo tenía un aspecto sucio y descuidado en extremo. Había de todo, desde botellas de leche hasta latas de cerveza, todo tipo de productos de papel, incluso bolsas de basura que alguien había desgarrado para esparcir su contenido por doquier. Vi una bicicleta vieja sin ruedas, un par de asientos de coche a los que habían arrancado de su hogar, un frigorífico abandonado que llevaba por lo menos una década sin usarse. Aquel vertedero era como si el mundo se hubiera puesto enfermo, como si hubiera cogido una infección de la que jamás podría curarse.

«Ostras —pensé—. ¿En serio Dicky vive aquí?». Al principio pensé que se trataba de las ruinas de una casa que en su día había prosperado y que Dicky solo había ido allí para esconderse, pero ya no lo tenía tan claro. Nada de lo que había a la vista apuntaba necesariamente a que la choza estuviera habitada, pero de pronto me pareció el tipo de sitio en el que un Gaskins fijaría su residencia.

Ojalá fuera capaz de emplear el poder de las palabras para transmitirte cuánto me dolía el corazón, pero no encuentro ninguna que haga justicia a la situación. Era, en resumidas cuentas, un dolor insondable e indescriptible.

—David —dijo el *sheriff* Taylor con suavidad.

Yo tenía la mirada clavada en dos viejos neumáticos de camión, el uno apoyado contra el otro. La levanté hacia el *sheriff*.

—Será mejor que llevemos a Wesley al hospital. —Y luego añadió a toda prisa—: Solo para que le hagan una revisión

rutinaria. No hay nada que nos indique que haya sufrido algún tipo de daño. Pero mejor nos lo llevamos sano y salvo para que se reúna con tu preciosa familia. ¿Te parece?

Asentí con la cabeza, incapaz de hablar.

—Muy bien, vale. Voy a…

Un grito estrangulado procedente del bosque lo interrumpió y me hizo dar un respingo. Wesley se puso tenso, tan rígido como una piedra bajo la manta, y de repente cobró vida mirando a derecha e izquierda, intentando detectar el origen del alarido. Los ojos le brillaban de miedo.

—Tranquilos, no pasa nada —nos aseguró el *sheriff* Taylor—. Han cogido a Dicky, eso es todo. Todo bien. Voy a encargarme de ello.

Se alejó caminando hacia nuestra derecha.

En esa dirección, tres figuras salían del bosque. Dos de ellas eran agentes de policía y arrastraban a la tercera agarrándola por los brazos. Era Dicky Gaskins. El hombre pataleaba y se retorcía, gritaba obscenidades entre aullidos de angustia, hacía tanto ruido que todo se mezclaba en un sinsentido.

El *sheriff* Taylor se giró para mirarnos y luego se centró en sus agentes.

—Por el amor de Dios —gritó, y luego bajó la voz—. Randy, ¿por qué lo has traído aquí otra vez?

Nos lanzó otra mirada de preocupación volviendo la cabeza por encima del hombro.

—Perdón, jefe —respondió el hombre—. ¿Qué quería que hiciéramos si no?

—Mételo de una vez en el puñetero coche. ¡Venga!

Los policías cambiaron de dirección y arrastraron a Dicky hacia el vehículo más cercano. Otro agente los esperaba ya con la puerta trasera abierta. Sentí tanta rabia hacia Dicky que es un milagro que no saliera corriendo hacia él y empezara a golpearlo con los dos puños. Wesley y yo nos retroalimentábamos, ambos estábamos temblando, aunque creo que en su caso era por el miedo más puro que habría podido imaginarme. En el mío, era solo de rabia.

—¡Esto es culpa tuya! —gritó Dicky. Me sentí horrorizado al ver había conseguido liberar un brazo y que me estaba apuntando a mí —. ¡De toda tu familia! Eres tú el que debería ir a la cárcel, tú…

Un agente lo interrumpió dándole un buen tortazo.

A mi lado, Wesley dejó escapar un grito y hundió la cara en mi hombro. El agente volvió a golpear a Dicky en un costado de la cabeza y luego le inmovilizó los dos brazos a la espalda. Después lo metieron a empujones en el asiento trasero del coche. Pero Dicky no había terminado de hablar. No había terminado de hacerle daño a mi hijo.

—¡Ahora te toca a ti, Wesley! —le gritó. Y luego le repitió, casi con suavidad, con reverencia, antes de que el estruendo de la portezuela al cerrarse acallara—: Te toca a ti.

CAPÍTULO 8

Abril de 1989

1

Todavía sigue doliéndome pensar en lo que mi versión más joven pasó durante los días posteriores a que mi amigo Alejandro muriera a manos de Tapón Gaskins. Es casi como si esos días oscuros los hubiera vivido una persona distinta, un inocente que nunca dejará de ser un niño en mis recuerdos. Sufro por él, siento culpa por él, derramo lágrimas por él en lo más profundo de las noches de insomnio. Nadie tendría que experimentar algo así, ni yo ni nadie, y de una forma extraña eso hace que sea discutible que fuera yo. Es como si creara una especie de ser etéreo, de otro mundo, que vive para siempre en mi cabeza. No tiene ningún sentido, lo sé, pero la tragedia deforma la mente.

Dos mañanas después de la noche en cuestión, estaba sentado en el último escalón del porche trasero de mi casa, con la mirada perdida en los campos recién sembrados de soja. El tiempo se había olvidado de la primavera y había pasado de golpe a un calor sofocante y húmedo que hacía que la camisa se me pegara a la piel y que las gotas de sudor me resbalaran por el esternón hasta depositarse, frescas y húmedas, en los pliegues de la escasa barriga cuando me encorvaba. Era lunes, había clase, pero mis padres decían que debía tomarme uno o dos días de descanso. No se molestaron en dar una razón. No era necesario.

Me sentía fatal, muy solo, sin esperanza de volver a encontrar el consuelo. Creo que era lo bastante inteligente como para saber que no se me podía achacar la culpa de la muerte de Alejandro de manera sensata, que ninguna persona racional habría esperado que

me convirtiera en el Capitán América y luchara contra Tapón Gaskins en medio de sus amenazas.

Yo era un niño. Me dijo que me largara. Lo hice.

Pero lo que me rompía por dentro, lo que me desgarraba el corazón, era el hecho de que no había avisado a nadie, de que no había gritado pidiendo ayuda en cuanto salí por la puerta de la cabaña. Había hombres por todas partes, algunos sentados junto a la hoguera, otros limpiando, otros volviendo de otro paseo con los perros de caza. Estaba demasiado aterrado, demasiado petrificado. Entiendo el significado de esa palabra, «petrificado». Hay un nivel de miedo que te endurece la mente, las entrañas, todos y cada uno de los músculos y los nervios, hasta hacer que te resulte imposible actuar, con lógica o sin ella. Salí a trompicones de la cabaña y me adentré en el bosque, encontré un árbol y me desplomé contra su tronco. Y allí me quedé, tan congelado como la dura madera en la que estaba apoyado.

Había pasado el tiempo interminablemente lento. Hasta que me llegó el grito desde el interior de la cabaña, seguido de alaridos, ráfagas de movimiento, chillidos de angustia. Mi padre no tardó en encontrarme, más alterado de lo que lo había visto en mi vida, y me estrechó entre sus brazos con ferocidad, allí mismo, sobre la pinaza pastosa del suelo del bosque, hasta que por fin apareció la policía. Para entonces ya se lo había contado, una media hora demasiado tarde.

El ruido de la portezuela de un coche al cerrarse me sacó de mis recuerdos. La cabeza se me había ido hundiendo, despacio, hasta quedar colgando del cuello como un saco de ropa sucia, pero al oír aquel golpe fuerte, procedente de la parte delantera de la casa, levanté la vista. Aunque el sol brillaba y hacía un calor demasiado agobiante para un día de mediados de primavera, el mundo me pareció oscuro y frío durante un instante. Porque sabía quién había ido a visitarnos.

Una mujer llamada Wendy Toliver, reportera de sucesos del periódico local, *The Item*.

Tenía preguntas sobre el asesinato de Alejandro Mondesi.

2

La distracción me sacó del lúgubre estancamiento que me producía revivir esa noche una y otra vez para mis adentros. Me acuclillé tras la esquina de la casa y me eché hacia delante; me asomé lo justo para ver a la señora Toliver plantada al pie de los escalones del porche. Iba bien vestida, llevaba el pelo de color trigo recogido en una coleta. Mi padre había salido a recibirla y ella tenía la mirada alzada hacia él, aunque yo no alcanzaba a verlo. No quería correr el riesgo de que me descubrieran.

—Gracias por haber accedido a reunirse conmigo —dijo.

—No se preocupe.

La voz de mi padre contenía un deje de advertencia, como si quisiera decirle que en realidad tendría que empezar a preocuparse muy deprisa si no se andaba con cuidado.

La señora Toliver metió la mano en su bolso y sacó una pequeña grabadora que después levantó para mostrársela.

—¿Le importa que grabe nuestra conversación?

—Pues la verdad es que sí, lo siento. Creo que estaré mucho más cómodo si esa cosa no está puesta.

La periodista no pareció inmutarse ante la respuesta.

—Es del todo comprensible. —Guardó el aparato en el bolso haciendo grandes aspavientos y luego sacó una libreta pequeña y un bolígrafo—. ¿Puedo al menos tomar notas de lo que hablemos?

Mi padre no dijo nada, así que supuse que le había hecho un gesto brusco con la cabeza.

La señora Toliver le lanzó una mirada poco sutil a la puerta de la casa.

—¿Dónde quiere hablar?

—Aquí está bien.

Me arriesgué a asomarme solo un poquito más y vi que mi padre se sentaba en el primer escalón, apoyaba los codos en las rodillas y adoptaba un aspecto un tanto desafiante. Así las cosas, a la periodista no le quedó más remedio que permanecer de pie. Pero entonces me sorprendió a mí —y sin duda también a mi padre— al dejarse caer justo en el escalón contiguo al de mi padre y cruzar con aire despreocupado las piernas extendidas a la altura de los tobillos.

—Supongo que está al corriente de la nota que dejaron en el cadáver del chico.

Ahora sé que tanto su pregunta como sus acciones estaban

calculadas para pillar a mi padre desprevenido, pero solo me impactaron a mí. Sentí un mareo y tuve que sentarme.

—Claro que estoy al corriente del puñetero mensaje que dejaron en el cadáver —respondió mi padre.

Toliver asintió y escribió algo en su libreta, pero apenas alcancé a verla. Veía estrellas parpadeando en mi campo de visión, las náuseas me revolvían las entrañas. Yo no sabía nada de ninguna nota y, desde luego, no sabía que hubieran hallado un cadáver. En la cama que Alejandro había ocupado aquella noche en la cabaña solo habían encontrado sangre. Mucha sangre.

Como si se hubiera dado cuenta de que el enfoque agresivo no le estaba funcionando, Toliver suavizó bastante el tono y dejó los materiales en el suelo con un suspiro.

—Lo siento —se disculpó—. Supongo… Creo que pensé que esto no le resultaría tan duro como… Bueno, porque no fue a su hijo al que asesinaron.

Casi sentí la tensión repentina de mi padre, como si mi espíritu se hubiera trasladado a su cuerpo por un instante.

—¿Está intentando que la eche de mi propiedad? —preguntó con una voz peligrosamente firme.

—No, señor. Solo… Perdone. —Se quedó callada un momento—. ¿Puedo decirle algo personal? ¿Algo muy sincero? Usted es un hombre respetado en este pueblo. Más que ese hijo de mala madre del alcalde, eso está claro. —Otro silencio incómodo—. Uf, desmentiré haber pronunciado esas palabras si me cita.

Consiguió que mi padre se echara a reír y yo me pregunté si la tal Wendy Toliver no sería la mejor actriz del pueblo.

—¿Qué quería decirme? —preguntó.

La reportera se puso en pie y se volvió hacia él. Observé que había dejado la libreta abandonada en el escalón del porche.

—Señor Player, esta historia me tiene dividida. Partida por la mitad, si le soy sincera. Una parte de mí está dando saltos de alegría, entusiasmada por la oportunidad de cubrir la historia de su vida. La otra está asustada y odia esta maldita situación con todas sus fuerzas. No quería venir e incomodarlo. No quiero hurgar en los trapos sucios de todo el mundo y empeorar las cosas. Y me da miedo que ese condenado monstruo venga a por mí por lo que estoy publicando. Pero, desde que era pequeña, siempre he querido ser

periodista y esta es mi oportunidad. Qué concho, no puedo desperdiciarla. ¿Verdad?

Empezaba a darme cuenta de que la señora Toliver tenía un pequeño problema con lo de decir tacos sin llegar a decirlos. Me había sentado con las piernas cruzadas, pero entonces me eché hacia delante y me apoyé un codo en la rodilla. A esas alturas había dejado de importarme que me vieran, la curiosidad superaba la sensación de mareo.

—Wendy, sentémonos aquí —sugirió mi padre—. Esa sinceridad la llevará muy lejos en estos parajes.

La señora Toliver se sonrojó y asintió con humildad, pero luego recogió su libreta mientras se dirigía a las sillas del porche que le había señalado mi padre. Una vez que se acomodaron como dos viejos amigos a punto de tomarse un té helado, tuve que arrastrarme unos centímetros hacia delante para poder seguir espiándolos.

Mi padre se colocó un pie sobre la rodilla y miró a la señora Toliver con gran seriedad.

—Escuche, sé que tiene que hacer su trabajo. Y sé que es un trabajo importante. Qué coño, cuanto más se sepa sobre ese hombre y sobre todo lo que está haciendo, mejor, ¿no cree? La gente estará más atenta, más alerta, se protegerá mejor. Por mí, que publiquen una foto suya que ocupe toda la primera página. La ayudaré, ¿de acuerdo? Por supuesto que lo haré. Pero mi hijo tiene dieciséis años y debe dejarlo al margen. Punto. ¿Nos entendemos o qué? Todavía es menor de edad y me niego a que hable con él o a que diga algo sobre él. Es su única posibilidad de que hable con usted.

La señora Toliver asintió moviendo la cabeza como si la tuviera sujeta a un muelle suelto.

—Sí, lo entiendo perfectamente. Evitaremos las partes que tengan que ver con David. No hay problema.

Tardé unos segundos en reparar en lo que mi padre acababa de revelar sin querer. Lo primero por lo que Toliver le había preguntado era por una nota en un cadáver, y ahora él le había dejado claro que el asunto de un tal David Player —yo mismo— debía quedar al margen de su historia. Salvo que todos aquellos terrores me hubieran rebajado el coeficiente intelectual, eso significaba que la nota debía de tener algo que ver conmigo, y, a su

vez, eso significaba que seguro que Tapón había cumplido con lo que me había dicho esa noche en la cabaña, justo antes de que me marchara corriendo de la habitación. Que le diría a la gente que le había suplicado que me perdonara la vida y que matara a Alejandro en lugar de a mí.

—Vale, muy bien —comenzó la señora Toliver, con el cuaderno y el bolígrafo a punto—. ¿Me cuenta su versión de los hechos de esa noche en la Caza del Zorro?

—¿Mi versión? —preguntó mi padre—. ¿Qué insinúa con eso?

«Caray, papá», pensé a través de la bruma de mis preocupaciones. Parecía decidido a hacerle la vida imposible a esa mujer. Tal vez albergase la esperanza de que no volviera nunca a pedir más información.

—No estoy insinuando nada —respondió ella sin el menor atisbo de actitud defensiva—. Tal vez haya escogido mal las palabras. Solo trato de reunir la mayor cantidad de perspectivas posibles sobre lo que ocurrió aquella noche antes de que se descubriera la desaparición de Alejandro Mondesi. Hasta que se descubrió la sangre. ¿Le importa empezar por su llegada al campamento y darme todos los detalles posibles?

—Me parece bastante razonable.

—Cualquier cosa me será de ayuda.

Mi padre empezó a hablar y, al cabo de diez minutos, hasta yo estaba aburrido. Al fin y al cabo, lo había vivido todo. Hubo una cosa que me inquietó un poco, aunque luego le resté importancia pensando que eran paranoias mías: me pareció que mi padre ocultaba algo. Solo fue una sensación y, antes de que terminara el día, ya me había olvidado de ella.

3

Una hora después de la entrevista, estaba fuera, pese al calor, vagando por los campos recién plantados, con el sol minándome las fuerzas de mi delgado cuerpo. Podría haber llenado un cubo de leche con el sudor que me resbalaba por la piel, pero me daba igual. Me sentía bien sufriendo físicamente, quitándole parte de la presión a la angustia mental que había consumido hasta el último de mis minutos. Tenía muchas cosas en la cabeza, una larga lista que se

repetía sin cesar en mi pensamiento. Casi alcanzaba a ver el papel tipo pergamino que se desenrollaba ante mis ojos, cada terrible elemento escrito a mano, como si fuera la lista de los niños malos o buenos de Papá Noel en unos dibujos animados navideños.

Pero un problema dominaba sobre el resto. Tapón Gaskins seguía ahí fuera, en algún lugar.

—¡David!

Di un respingo al oír la palabra y luego miré a mi alrededor, confundido, como si hubiera abandonado temporalmente el mundo y no estuviera listo para volver. Mi madre caminaba a paso ligero hacia mí y me saludó con la mano cuando nuestras miradas se cruzaron. Hasta más tarde no me di cuenta de que el hecho de encontrarme allí solo, habiendo un asesino suelto, debió de horrorizarla. Un asesino que parecía tener algún tipo de interés enfermizo en su hijo. Fue un milagro que consiguiese ocultarme ese miedo, sin duda consciente de que yo estaba a punto de derrumbarme bajo su peso.

—Hola —dijo cuando se acercó, con la respiración algo entrecortada—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Dar un paseo.

—¿Ah, sí? Sabes que aquí fuera estamos a unos ciento cincuenta grados, ¿no? —Se protegió los ojos del sol con una mano y levantó la vista hacia el culpable.

—No es para tanto —mascullé.

Se inclinó hacia mí e hizo ademán de olerme las axilas poniendo cara de asco fingido.

—Bueno, la próxima vez que decidas enfrentarte a tus problemas sudándolos, échate desodorante.

—¡Me lo he echado!

Mi reacción instintiva fue lo más infantil e inocente que logro imaginarme ahora, mirándolo en retrospectiva.

Mi madre se echó a reír.

—No te lo tomes así, solo era una broma. Estoy intentando convertirme en una madre moderna. ¿Por qué no volvemos a la casa y nos bebemos un vaso de agua fría? Tu padre me ha pedido que hable contigo.

—¿De qué?

Debía de ser una de las preguntas más estúpidas que le había

hecho en mi vida.

—¿En serio? —Se cruzó de brazos y enarcó las cejas—. ¿De verdad crees que tu padre no te ha visto espiándolo mientras estaba con Wendy?

Sonreí, mi mejor defensa.

—Vamos.

A pesar de que estaba empapado de sudor, me rodeó con un brazo y me apretó contra ella, y luego echamos a andar hacia la casa.

—Es verdad que me he puesto desodorante —dije.

—Sí, lo sé. Menos mal.

4

Antes de que mi madre pudiera siquiera abrir la boca, ya me estaba tomando el segundo vaso de agua fría, sentado a la mesa de la cocina. La sentí tan helada y refrescante en la garganta reseca que por un instante me olvidé de que era muy posible que estuviera en peligro de muerte. Fue un alivio, una tregua corta, pero me produjo una extraña paz.

—Quieres enterarte de lo de la nota, ¿verdad? —preguntó al fin mi madre.

Los hijos se quejan mucho —yo, desde luego, era un tocapelotas —, pero en el fondo, quizá incluso inconscientemente, siempre les reconforta saber que sus padres son las personas más inteligentes del mundo.

—Sí —contesté—. Ha dicho que la encontraron en el cadáver. Así que…

Mi madre se limitó a asentir a modo de respuesta.

—¿Han encontrado el cadáver?

—Sí, así es. —Entonces suspiró y todo el peso del mundo pareció caerle encima de golpe; una pesada tristeza le deformó el rostro—. Medio sumergido en Pudding Swamp, cerca del pesquero del viejo Fincher. Y…

Se quedó callada unos segundos; nunca la había visto sentirse tan incómoda.

—¿Qué?

Negando con la cabeza, respondió:

—No sé qué hacer aparte de ser sincera contigo, hijo. Eres más listo que el hambre, naciste siendo viejo y seguro que eres capaz de sobrellevar este asunto mejor que yo.

Creo que en toda mi vida no me he sentido más orgulloso de mí mismo que en ese momento. Continuó:

—Le habían cortado la cabeza, aunque imagino que eso no te pilla muy por sorpresa. Teniendo en cuenta la cantidad de sangre que encontraron, supongo que lo hizo allí mismo, en la cabaña, y que luego se llevó el cuerpo.

—¿La cabeza estaba con el cuerpo? —pregunté; me parecía increíble que esas palabras salieran de mi boca.

—No. No estaba. No se me ocurre qué puede estar haciendo con… ellas. —Se estremeció de arriba abajo, y yo también lo sentí —. El caso es que, como le has oído decir a la señora Toliver, había una nota junto al cuerpo. El papel estaba metido en una bolsita de sándwich, protegido del agua del pantano. Es…

Se frotó la cara con ambas manos, daba la sensación de estar tan traumatizada por el contenido de la nota que me aterrorizó que me lo contara.

Aun así, le pregunté:

—¿Qué decía?

Me miró, con los ojos rojos y a punto de desbordarse.

—Quiero que sepas que no me creo ni una palabra de lo que escribió Tapón y que, aun en el caso de que fuera cierto, no te culparía, hijo. Tienes que saberlo. Dios, no eres más que un niño, por muy maduro que seas. Pero no quiero que te enteres de lo que dice esa nota por nadie que no seamos nosotros.

—¿Qué decía? —repetí.

—Que esa noche había ido al campamento para matarte, que quería deshacerse de los testigos. De Andrea y de ti, supongo. Pero que se le ablandó el corazón (usó esas mismas palabras) cuando le rogaste que te perdonara la vida. Dijo que le suplicaste que matara a Alejandro y no a ti. Y que por eso lo hizo. Ese monstruo intentó culparte a ti de haberle cortado la cabeza a un adolescente… Ni siquiera sé qué más decir al respecto. Quizá no tuviera que habértelo contado. ¿Cómo narices va a saber la gente cómo debe actuar cuando ocurre algo así?

Me dio la extraña sensación de que nuestros respectivos papeles

se habían invertido, así que me acerqué a ella y la abracé. La noticia que acababa de darme no me había sorprendido en absoluto: a fin de cuentas, era justo lo que Tapón Gaskins me había dicho que haría. Pero sí me daba miedo que hubiera decidido llegar hasta el final.

—No lo hice, mamá. Fui un cobarde, me comporté como un crío, salí corriendo y no grité pidiendo ayuda, pero no dije una sola palabra sobre Alejandro. Te juro que no, mamá. ¡Te lo juro!

Había ido subiendo el tono de voz con cada palabra que pronunciaba, y terminaron estallándome en el pecho junto con una repentina explosión de sollozos. Mi madre me abrazó tan fuerte como si estuviera sujetando un ternero.

—Lo sé, hijo. Lo sé. Mi niño, en ningún momento he creído que fuera verdad, sé que no lo es. Y no te avergüences por haber salido corriendo de la cabaña, por sentirte aterrorizado. ¿Entendido? Ni una sola persona en todo el planeta esperaría que hubieras actuado de otra manera, ¿vale? No vuelvas a pensar algo así. No te comportaste como un crío, no fuiste un cobarde. Eso es una tontería enorme. Una absoluta gilipollez.

Mi madre sufría una considerable carencia en lo que a las palabrotas se refería, de modo que su liberalidad en el vocabulario me demostró lo mucho que todo aquello le había afectado. Significaba mucho para mí que se preocupara tanto, que me quisiera tanto. No me cabía ninguna duda, ni la más mínima, de que si Tapón Gaskins hubiera entrado en nuestro patio entonces, mi madre habría encontrado la fuerza necesaria para asesinarlo, para estrangularlo con sus propias manos.

Me sujetó suavemente la cara con ambas manos.

—¿Entiendes lo que te digo? Nada de esto es culpa tuya. Nada, cero, ni una pizca. Es absurdo planteárselo siquiera, ¿de acuerdo? Gaskins es un monstruo, así de sencillo, y está intentando meterse en tu cabeza. Si lo consigue, entonces gana. No debemos permitírselo. No debemos darle ni la más mínima satisfacción a ese hijo de puta.

Me había calmado mientras me hablaba y me sentía algo mejor. Quizá mi cerebro fuera demasiado joven para comprender del todo lo que significaba que un asesino en serie estuviera interesado en ti.

—Tampoco tienes que preocuparte por ese artículo del

periódico. Tu padre ha dejado más claro que el agua que Wendy no tiene permiso para escribir una sola palabra sobre ti. Ni una sola. Si menciona la nota que encontraron junto al cadáver de Alejandro, nos pondremos en manos de un abogado y demandaremos a *The Item* hasta sacarles el último centavo. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Ven —dijo—. Quiero que veas una cosa.

Me guio hasta el exterior de la casa y luego nos dirigimos al patio delantero, donde nos detuvimos a la sombra de una pacana gigantesca. Señaló con la barbilla hacia un punto situado al otro lado de la carretera. Había un coche de policía aparcado en el arcén, seguro que con la parte que no veíamos en precario equilibrio sobre el borde de la acequia del señor Johnny.

—¿Sabes quién está ahí? —inquirió mi madre.

Negué con la cabeza.

—Mark Fuller. Es un joven agente del *sheriff* Taylor, y está aquí por una única razón. Para asegurarse de que no te pase nada.

—¿De verdad?

Miré a mi madre con los ojos abiertos como platos. ¿Un policía de carne y hueso asignado para protegerme a mí? Me parecía una idea milagrosa y mágica.

—Sí. Ha sido él quien le ha dicho a tu padre que habías estado espiándolo mientras hablaba con la pobre Wendy Toliver, y también quien me ha dicho a mí que te habías ido al campo tú solo. No te ha perdido de vista en ningún momento. No va a dejar que Tapón Gaskins se acerque a menos de un kilómetro de ti o de alguien de esta familia, ¿de acuerdo? Estás a salvo. Estamos a salvo. No tienes de qué preocuparte.

La última frase me resultó algo exagerada, pero capté el mensaje.

—Gracias, mamá.

No sabía qué más decirle, así que solo cabía esperar que sintiera mi gratitud. Sospecho que sí la sintió, porque era tan intensa que se me habían llenado los ojos de lágrimas.

—Ya está bien de agua helada —dijo—. Vamos a tomarnos un Mountain Dew.

Nos lo tomamos, y con un par de galletas rellenas por si fuera poco.

5

A la mañana siguiente, cuando los primeros atisbos del amanecer hicieron que la cortina echada sobre mi ventana brillara como una luna amarilla, me desperté a causa de un golpeteo constante. Como la mayoría de los ruidos, lo percibí por primera vez en sueños —estaba en un gran salón de banquetes, en el interior de un castillo digno del mismísimo rey Arturo, y un terrateniente de poca monta golpeaba su copa de vino con un cuchillo de hierro para llamar la atención de su señor—, y luego me desperté de repente, asustado bajo la luz etérea de la madrugada. Alguien estaba llamando a mi ventana con los nudillos.

Me levanté de la cama y me acerqué dando tumbos a la única fuente de luz, aún algo desorientado cuando levanté la cortina para asomarme. Allí vi a Andrea, plantada en el patio, mirándome como si aquella fuera la forma más natural del mundo de saludar a una persona.

—¿Qué pasa? —pregunté, aunque sabía que no me oiría… De hecho, ni siquiera debía de verme bien.

Pero Andrea me respondió de todos modos pegando un periódico al cristal.

«Oh, no», pensé. Tenía que estar relacionado con Wendy Toliver y su artículo sobre Tapón Gaskins. Quité el pestillo de la ventana y la levanté con ambos brazos a lo largo de los rieles chirriantes. Quizá pienses que era algo que hacíamos a menudo, encuentros clandestinos sin que mis padres se enteraran, pero esa fue la primera vez. Me gustó, la verdad. Y a pesar de todo, recuerdo que mi primera e inmediata preocupación fue que todavía no me había lavado los dientes y que todas las futuras posibilidades románticas con Andrea se toparían con un final abrupto.

Un poco avergonzado por lo mucho que me costó abrir la dichosa ventana, solté un gruñido involuntario cuando subió los últimos centímetros a trompicones. No me dio tiempo a decir nada antes de que Andrea se encaramara a ella y cayera a través de la abertura. Di un paso atrás mientras ella se incorporaba hasta quedar sentada en el suelo y volvía a blandir el periódico hacia mí.

—Prepárate —me advirtió—. Este es el peor artículo que se ha escrito nunca. No es bueno.

El corazón se me había desbocado, y no tenía nada que ver con mi ejercicio matutino de levantar un trozo de vidrio y madera deformados y con más de ochenta años. La expresión de Andrea me aterrorizó. Me di cuenta de que intentaba mantener la calma, pero se le veía en los ojos que fuera lo que fuese lo que se había impreso en esos papeles finos y tendentes a los borrones era realmente malo.

—¿Qué dice? —pregunté con voz débil.

—Creo que tienes que leerlo. —Seguía sosteniendo el periódico en el aire, así que lo agitó con suavidad—. Léelo ya y así te lo quitas de encima. Luego podemos abrazarnos para que te sientas mejor.

De mala gana, le arrebaté el portador de malas noticias de entre las manos y lo estiré ante mí. De forma inconsciente, había evitado mirar la primera página, pero entonces vi que el artículo de la señora Toliver sobre Tapón Gaskins era el que abría la edición. El corazón desbocado pareció hundírseme en el pecho, pues sus latidos comenzaron a revolverme el estómago.

Con un suspiro tan profundo como el mar, me dejé caer en el suelo y me senté frente a Andrea. Intercambiamos una mirada que solo entenderían dos mejores amigos, una mirada que decía que saldríamos juntos de aquello y al diablo con todos los adultos del mundo.

—¿Quieres que te lo lea?

Puede que fuese la pregunta más sincera que me había hecho en la vida.

—No, ya lo hago yo.

La primera parte del artículo resumía una serie de datos que yo ya conocía de sobra, incluso demasiado bien. Los cuerpos de varias personas, brutalmente asesinadas, habían sido descubiertos bajo el agua en varios lugares distribuidos a lo largo de la gran extensión deltaica de Pudding Swamp. Había varias personas más desaparecidas y, a juzgar por las sangrientas escenas del crimen halladas, se las daba por muertas. Las abrumadoras pruebas llevaban a la policía a pensar que Tapón Gaskins, un trabajador tranquilo, reservado y enigmático de la Funeraria Whittacker, era el responsable (y no, no se me escapa el enorme tópico que supone que ese fuera su lugar de trabajo, pero solo puedo contar la historia en toda su irónica veracidad). La señora Toliver ofrecía muchos detalles sensacionalistas y truculentos, utilizando palabras como

«cercenado» y «restos devorados por caimanes» y «descompuesto». Te juro que incluso empleó la palabra «tropezones» de una manera que hizo que se me pusiera la piel de gallina.

Pero entonces llegó la parte que supe que me cambiaría la vida de forma significativa. Mi furia crecía con cada palabra que pasaba ante mis ojos:

> Un residente local se ha visto inexorable y trágicamente vinculado a los crímenes en cuestión, pues se ha enfrentado al asesino acusado en al menos dos ocasiones. Dado que es menor de edad y que al cierre de esta edición aún no se había concedido la autorización paterna, *The Item* ha decidido no mencionar su nombre. A efectos de este artículo, nos referiremos al menor como John.
>
> John fue uno de los dos testigos menores que sorprendieron por primera vez a Tapón Gaskins en el acto de cometer un presunto asesinato, una escena que tuvo lugar en la zona boscosa situada cerca de las vías abandonadas de la línea de Shiloh, perteneciente a la empresa South Carolina Railroad. La policía encontró restos cartilaginosos de George Holloway, cuyo cadáver se convirtió, *a posteriori*, en el primero que se encontró en Pudding Swamp, como se ha dicho con anterioridad.
>
> John tuvo otro supuesto encuentro con Gaskins durante la popular actividad de la Caza del Zorro de Thomas Edgar el viernes pasado por la noche. El menor se retiró a descansar en la cabaña del terreno antes que la mayoría de los asistentes y, más tarde, declaró ante las autoridades que Gaskins había aparecido en la habitación profiriendo amenazas, tras lo cual el joven huyó del lugar y se escondió en el bosque. Su compañero de litera era Alejandro Mondesi, de quince años, cuya desaparición se denunció poco después. Las macabras pruebas halladas en el lugar de los hechos sugieren que habría sufrido una muerte similar a la de las anteriores víctimas de Gaskins.
>
> A media tarde del día siguiente quedó demostrado que dicha hipótesis era correcta, pues unos pescadores de arrastre descubrieron en la ciénaga el cadáver de Mondesi, con la cabeza brutalmente cercenada del torso. *The Item* está ahora en posición de revelar que también se encontró una nota manuscrita junto al fallecido, prendida a su ropa con un imperdible y contenida dentro de una bolsa de plástico para protegerla de los elementos. Aunque la policía se ha negado a divulgar el contenido exacto del mensaje alegando que la investigación aún está en curso, fuentes no identificadas han revelado, en exclusiva

para este periódico, ciertos detalles de lo que incluía.

El mensaje estaba firmado por Tapón Gaskins y, presuntamente, varias personas que lo conocen habrían confirmado que la letra de la nota coincide a la perfección con la del empleado de funeraria. Gaskins afirma en el mensaje que, cuando se acercó a John en la cabaña de la Caza del Zorro, este se puso histérico y suplicó por su vida. Gaskins le dijo entonces que había ido hasta allí a matar y que no se iría hasta que su sed de sangre se viera satisfecha, tras lo cual John supuestamente le rogó a Gaskins que asesinara a Alejandro Mondesi y no a él. Gaskins concluye la nota diciendo que esa cobardía debería considerarse más vergonzosa que lo que él está haciendo y sugiriendo que la familia Mondesi se vengue de John por lo que le ha obligado a hacer.

The Item seguirá recabando información de las autoridades, así como de los padres del menor implicado. Un representante que habló en nombre de la familia Mondesi dijo que pronto se haría pública la declaración.

Tiré el periódico al aire y oí el ruido de las páginas que se agitaban y crujían mientras caían al suelo. Luego le lancé una mirada larga y dura en Andrea para transmitirle con los ojos lo que era incapaz de decir con palabras. Me dolía. El artículo me dolía. Me provocaba un dolor físico en el pecho. Todo el miedo, las preocupaciones y los traumas parecieron desvanecerse, sustituidos por un profundo dolor palpitante.

—¿Cómo ha podido escribir una basura así? —preguntó Andrea —. Como si llamarte John fuera a cambiar algo. Todo el que tenga dos dedos de frente en este pueblo va a saber que se refiere a ti. ¡Menuda mierda!

Gritó la última palabra con tanta fuerza que, justo después, oí pasos fuera de mi habitación. Llamaron a la puerta y la abrieron. Mi madre asomó la cabeza.

—Uy —dijo al ver a Andrea sentada en el suelo a mi lado a las seis y media de la mañana. Entonces levantó la mirada un segundo hacia la ventana abierta—. No sabía que tenías compañía, cariño. ¿Ha venido Andrea a desayunar?

Había tantas preguntas tácitas en esas frases que no me quedó más remedio que admirar las habilidades de mi madre. Y supuse que a esas alturas la sinceridad era la única política posible.

—Ha venido a enseñarme eso. —Señalé el periódico tirado en el

suelo.

A mi madre se le ensombreció el semblante y supe enseguida que ya había leído el artículo. Pensar en cómo le afectaría aquello me hizo sentir, como mínimo, el doble de dolor. Pero, en cierto modo, no tener que contárselo me supuso un alivio.

Se acercó a mí y se arrodilló en el suelo para que su mirada quedara a la altura de la mía. Sus ojos revelaban un sufrimiento tan profundo como el mío. Tal vez aún más profundo.

—Lo siento mucho —se disculpó—. A veces los padres no saben proteger a sus propios hijos.

Acto seguido, rompió a llorar y yo hice lo propio. El mundo de mis problemas eclipsaba todo lo demás con su sombra oscura y vasta. Puede que, a un nivel periférico, entendiese que llorar delante de Andrea tendría que haberme resultado vergonzoso, pero ella tuvo el que sigo considerando uno de los gestos más geniales que cualquier amigo ha tenido conmigo. Se acercó a nosotros a gatas y se sumó a mi madre y a mí en un gran abrazo grupal lleno de lágrimas y sollozos.

—No lo hice —musité cuando recuperé un poco la compostura. Tenía la barbilla apoyada en el hombro de Andrea—. No le dije ni una sola palabra sobre que matara a Alejandro.

Ambas se apartaron de mí y me miraron como si acabara de decirles que había perdido un ojo.

—Claro que no —declaró mi madre—. Ay, cielo, ya te dije ayer que no pensamos ni por un momento que hubieras hecho algo así.

—Eso —añadió Andrea—. Venga ya, nadie va a tragarse las tonterías que dice esa nota.

Asentí con la cabeza mientras me enjugaba las lágrimas de las mejillas y me preguntaba si debía contarle que había salido huyendo, que no había ido a pedir ayuda. Pero no podía hacerlo.

—¿Qué pasa ahora? ¿Qué hacemos? ¿Lo ha leído ya papá?

Mi madre se encogió visiblemente.

—No, todavía no. Ha salido a arreglar una fuga en la bomba de riego del oeste. No te preocupes, estaré a su lado cuando lo lea y lo ayudaré a calmar la… ira. No contribuirá a mejorar las cosas si va y asesina a esa guarra de Wendy Toliver. —Me quedé boquiabierto; me parecía increíble que mi madre acabara de referirse a otra mujer como «guarra»—. En cuanto a qué vamos a hacer, te mantendremos

a salvo y esperaremos a que atrapen a Tapón Gaskins, cosa que no tardarán en hacer. Lo sé.

—Creo que debería ir al instituto —comenté—. No soporto la idea de pasarme aquí todo el día sin hacer nada y pensando en ese artículo, dándole vueltas a lo que la gente andará diciendo de él. Prefiero afrontarlo cuanto antes.

—Yo no me apartaré de su lado —prometió Andrea enseguida.

Mi madre puso su cara de «deja que me lo piense».

—No. Al menos hasta dentro de un par de días. Pero Andrea puede quedarse a desayunar.

Inicié un amago de protesta, aunque no llegó muy lejos.

—No, no es negociable.

Suspiré.

—Vale, entonces dentro de un par de días, como has dicho.

Mi madre le pidió a Andrea que le echara una mano en la cocina mientras yo me vestía. Seguía sin haberme lavado los dientes, así que no pude evitar preguntarme qué aliento habría soltado cuando me puse a hablar en nuestro abrazo grupal. Eso, inexplicablemente, me hizo sonreír mientras abría la ducha y esperaba a que el agua se calentara. Estaba triste por no poder ir al instituto, pero, sobre todo, odiaba que fuera a estar en casa cuando mi padre llegara y viese el periódico.

Iba a echar humo por las orejas cuando lo leyera.

CAPÍTULO 9

Julio de 2017

1

Tras su dramático rescate de la choza ruinosa de Dicky Gaskins, mi hijo Wesley no dijo mucho cuando lo interrogaron las autoridades (entre las que se encontraba nada más y nada menos que un agente del FBI, puesto que se trataba de un secuestro). O bien no había pasado gran cosa o bien Wesley estaba demasiado traumatizado como para hablar de ello. Yo esperaba, y se lo rogué a todos los dioses de los que había oído hablar en mi vida, que fuera lo primero y no lo segundo. Incluso ya en casa, en un rato de tranquilidad en el que Wesley y yo nos encontrábamos a solas en el cobertizo con el pretexto de que me ayudara a arreglar una gotera del tejado, siguió manteniendo su versión de los hechos. Lo agarré por los hombros y lo miré a los ojos con todo el amor y la concentración que pude, y entonces le pedí, sin rodeos, que me dijera si Gaskins le había hecho algún daño. Juré que no se lo diría a nadie a menos que él así lo quisiera.

—No, papá. No me hizo ningún daño físico.

—Vale. Vale. Bien.

—Papá, ¿qué hay en esa caja fuerte?

Debajo del banco de trabajo descansaba una vieja caja fuerte de metal que recordaba a una lápida olvidada. Llevaba muchos años allí, pero lo único que había sido capaz de sacarle a mi padre al respecto era que nos darían la combinación de la cerradura cuando él muriera. Nunca antes. En ningún caso debíamos abrirla antes de su fallecimiento. Aunque de niño sentía mucha curiosidad por ella, el misterio había terminado desvaneciéndose con el tiempo.

—La verdad es que no lo sé. Algún secreto de tu abuelo. Con un poco de suerte serán un montón de fajos de billetes de cien dólares.

—Sí, con un poco de suerte.

Me di cuenta de que acababa de caer en el viejo truco de «qué hay ahí» para que dejáramos de hablar de su terrible experiencia. Y me pareció bien. Nos lanzamos unos cuantos pases con un balón de fútbol americano y luego regresamos a la casa.

Wesley decía que no había pasado nada. No me quedaba más remedio que creerlo. Le habían hecho una revisión completa en el hospital antes de darle el alta para que pudiera volver a casa y los resultados habían sido buenos. Me acuerdo de que la enfermera había utilizado esa palabra, «revisión», como si lo hubiéramos llevado a cambiar el aceite. ¿Qué diablos tenían de malo «chequeo» o «examen físico»?

Todo se había solucionado por el momento. Mi familia estaba a salvo. Junta. En casa mientras yo salía a dar un paseo para aclararme las ideas y pensar en lo sucedido. Hacía calor, pero la atmósfera estaba cargada de una especie de tensión eléctrica. Una nubosidad lejana que nos acechaba desde el sureste teñía la luz dorada del crepúsculo. Eran los restos de un huracán, nada menos. Habían pasado dos días desde el rescate de Wesley y mi hijo parecía el mismo de siempre, un chico que alternaba entre las fases habituales: malhumorado, feliz, tonto, pensativo, pesado, divertidísimo, malhumorado de nuevo. A veces pasaba por toda la gama antes de que acabara la primera entrada del partido de béisbol de los Braves en la televisión. Pero eso no tenía nada de raro. Así era nuestro Wesley, perfecto al noventa y cinco por ciento, y una visita de ida y vuelta al baño solía bastar para evitar el otro cinco.

En aquel preciso instante, todos estaban viendo ese rollo de programa de talentos que se emitía al menos diecisiete veces a la semana y en que el parecían ponerse cachondos con los ventrílocuos. Si no hubiera sido por la familia Gaskins, en mi vida solo habría habido dos cosas que me pareciesen espeluznantes: los ventrílocuos y los payasos. Podía pasar perfectamente sin que ninguna de esas monstruosidades apareciera en la pantalla de mi televisor. No, gracias.

Iba paseando por la margen del bosque que había detrás de la

propiedad, el lugar en el que me había despertado por sorpresa la noche de la desaparición de Wesley. Tenía la sensación de que hubieran pasado un millón de años; era como si en mi vida nunca hubiera existido un momento en el que mi hijo no hubiese sido secuestrado por un maníaco. Me resultaba aún más difícil creer que yo hubiera vivido tantos años antes de que esos dichosos críos hubiesen siquiera nacido. En serio. Mi mente era incapaz de asimilarlo. ¿Cómo era posible que me hubiera despertado por las mañanas sin desear que algún niño saltara sobre mi cama antes de que me diera tiempo a levantarme a hacer pis? ¿Cómo era posible que no los hubiera echado de menos cada minuto de cada día, aunque todavía no hubieran llegado a este mundo? Seguro que no era el único padre chiflado que pensaba cosas tan ridículas.

Por el rabillo del ojo, capté un destello lejano, seguido varios segundos después por el grave retumbar de un trueno que avanzaba hacia nosotros como una bestia viviente. Me pareció que la tormenta que mi padre había anunciado con tanto orgullo a nuestra llegada al fin se había presentado. Los meteorólogos de confianza parecían estar seguros de que nuestra zona solo sufriría los chubascos dispersos y las ráfagas de viento intermitente que se desprendieran del cuerpo principal del huracán, como ovejas descarriadas que se alejan demasiado del rebaño. Desde luego, no sería como el Hugo de mi infancia.

Decidí acomodarme en un banquito de madera cercano. Mi padre lo había construido hacía décadas y yo solía escabullirme hasta él, mientras en casa lavaban los platos, para leer el último libro que hubiera sacado de la biblioteca. Quedaba oculto de la vista de la casa tras un roble gigante al que hacía poco que le habían podado las ramas porque empezaba a crecer más de la cuenta, como una araña demasiado grande para su tela. Tomé asiento, me crucé de brazos, inhalé una enorme bocanada de aire que me hinchó el pecho y la expulsé despacio. Me encantaba esa época del año, sobre todo cuando se avecinaba una tormenta. La brisa soplaba con la fuerza suficiente para vencer el calor y la humedad, y el aire olía… a vida. A fresco. A energía. No sé qué leches significa esto último, pero es la palabra que me ha venido a la mente y encaja.

Se levantó un viento que sacudió las hojas del roble y las

innumerables ramas y troncos del bosque que había a mi espalda. El ambiente se oscureció tan deprisa que casi lo vi, como si en una especie de trastienda celestial un gran dios hubiera girado muy despacio un interruptor de los que bajan la intensidad de la luz. Ahora las nubes ya recubrían el cielo y cualquier posible rastro dorado del pujante anochecer se había desvanecido. Aunque el trágico regreso de la familia Gaskins a la esfera de mi vida seguía provocándome dolor, disfruté de la sensación de estar al aire libre en esas condiciones atmosféricas. Me traía agradables recuerdos de la infancia, de los buenos años anteriores a mis primeros encuentros con esa familia de desgraciados. Pese a estar en pleno verano, de repente me sentí como si Halloween se hubiera adelantado y prácticamente olía la tarta de calabaza que se estaba horneando, apenas un leve rastro en el aire en movimiento. Respiraba con facilidad y calma. Podría haberme tumbado allí mismo y haberme echado una siesta eterna.

Pero habría un desperdicio, ¿no? La lluvia no tardaría nada en llegar y pondría fin a mi oportunidad de deleitarme en el entorno exterior, de no tener que estar encerrado dentro, observándolo desde el porche o a través de las vetustas ventanas…, algo que también contaba con cierto atractivo. Por Dios, estaba de un humor muy melancólico. Decidí dar un paseo, aventurarme hacia las zonas cenagosas que tanto me habían entretenido de niño.

Me levanté del banco, me estiré y volví a llenarme los pulmones de aquel aire vibrante. Cuando era pequeño, había senderos definidos que recorrían como venas ese bosque y que te llevaban a cualquiera de los cientos de lugares comprendidos en varios kilómetros a la redonda. Con el tiempo, la mayoría de ellos habían quedado invadidos por la maleza, aunque mis hijos mantenían limpios al menos unos cuantos. Uno de mis favoritos se había usado tanto que dudo que ni siquiera un siglo de vegetación hubiera logrado ocultarlo. Ese fue el que tomé para adentrarme en el bosque, y zigzagueé por él hasta llegar a la zona donde la ciénaga se volvía más traicionera.

Pudding Swamp era algo complicado de definir. No se parece a un lago, ni siquiera al más sinuoso de los lagos, que tiene las orillas bien definidas y es una extensión que puede dibujarse en un mapa. En un sentido geológico, todo mi pueblo estaba dentro de la

puñetera ciénaga, incluso el edificio más robusto que tenemos: la horrible mole de piedra y argamasa a la que llamamos juzgado. No sé qué se les pasó por la cabeza a nuestros antepasados cuando se toparon con este vasto terreno de aguas turbias, tachonadas de cipreses y llenas de serpientes, caimanes y todo tipo de cosas que se pudren. En este paraje la vegetación empezaba a corromperse casi el mismo día en que brotaba de la semilla. La mitad de los animales también. Qué huevazos tuvieron los colonos que vieron aquel cenagal y pensaron para sí: «¡Bah, unas cuantas zanjas y diques y estaremos como en casa!».

Bueno, supongo que eran mucho más inteligentes que yo. Una cosa que sí puede decirse de ese cúmulo de cosas podridas: es un fertilizante cojonudo. Aquello era el paraíso de los cultivos. Así que empezaron a drenar, a desviar y a poner diques, y muy pronto pudieron recorrer hasta tres metros sin hundirse en el barro. Con el paso de las décadas y de los siglos, llegaron las granjas, los pueblos y las ciudades. ¿El resultado? Bueno, no es que aniquilaran Pudding Swamp para siempre. Sigue existiendo, básicamente de incógnito. Está aquí y allá y en todas partes, a veces debajo de ti, a veces delante de ti, a veces detrás de ti. Puedes manipular una ciénaga todo lo que te dé la gana, pero siempre sobrevivirá a su conquistador. Al igual que la entropía, el terreno siempre se dirige hacia el caos, por mucho hormigón y madera que lances al agua.

Avancé por el bosque pensando en esas cosas que había pensado un millón de veces a lo largo de los años. Llegué a un pequeño ramal de la ciénaga que sobresalía como un brazo delgado y terminaba en un dedo señalador, con un aspecto algo acusador y ominoso. El agua, negra como si alguien hubiera untado alquitrán sobre la superficie, no se movía lo más mínimo. No había ondas, ni corriente, ni burbujas como las de la lava. Las arañas de agua danzaban sobre la superficie, pero sus pies diminutos no conseguían perturbar la quietud eterna de la ciénaga. Como siempre hacía, en parte movido por la esperanza y en parte por el miedo, busqué los ojos de un caimán, que a menudo asomaban sobre esa oscura planicie, una visión aterradora y excitante. No vi nada.

No dejé de observar el agua mientras paseaba junto a la orilla de la ciénaga, pasando sobre las raíces blanco hueso de los cipreses, ya que tenía la esperanza de ver al menos una tortuga o una serpiente.

Sigo siendo un niño en muchos sentidos, y avistar cualquier criatura de la naturaleza forma parte de ello. Es cierto lo que dicen: esos bichos suelen tener más miedo de ti que tú de ellos. Pero eso no significa que puedas ponerte a perseguirlos o a tocarles las narices con un dedo.

Continué caminando, sintiendo más paz de la que había sentido en días. Era una sensación muy distinta a las de cuando era niño, cuando Tapón Gaskins andaba por ahí, libre, asediando cada minuto de mi vida con su posible aparición. En el aquí y ahora, Dicky estaba en la cárcel, encerrado. Eso me permitía estar en el bosque y no preocuparme por mi familia, que seguía en casa viendo a una niña de siete años tragarse una espada de fuego mientras sus padres, ávidos de atención, aplaudían y lloraban para las cámaras. Sabía que mi padre tenía la escopeta a mano, solo por seguridad, y eso me hacía sentir aún mejor.

La oscuridad se había vuelto muy intensa, el espeso dosel de hojas del bosque la aumentaba de manera considerable. La negrura del agua también parecía evaporarse hacia arriba como por arte de magia y tornarlo todo sombrío. Pero no podía darme la vuelta. Todavía no. Seguí avanzando por el sendero. El viento, cada vez más fuerte, se abría paso serpenteando entre los muchos árboles, agitándolo todo menos el agua. Los insectos zumbaban y chirriaban; las criaturas pequeñas se escabullían entre la maleza. Por alguna razón imposible, el aire olía a canela. El mundo era un cuento de hadas.

Más adelante, vi una protuberancia enorme en el agua, cerca de la improvisada orilla de pinaza y raíces. No me habría llamado la atención si no fuera porque tenía algo demasiado perfecto, antinatural. Una media luna oscura se curvaba en la parte superior del objeto, perfectamente redonda. Di tres pasos más y distinguí con claridad el tacón de una bota que sobresalía de la superficie negra como si su dueño se hubiera zambullido para pescar cangrejos y se hubiera topado con un sumidero inesperado.

La bota no se movía, así que no me alarmé. Recurriendo a un viejo clásico: si a lo largo de los años me hubieran dado un centavo por cada vez que me había encontrado algún tipo de calzado abandonado en la inmensidad de Pudding Swamp, tendría al menos veinte dólares. Unos cálculos rápidos te dirán que eso son

cuatrocientos zapatos, botas, chanclas, sandalias, deportivas…, lo que sea. La verdad, me parece un cálculo correcto. Siempre era uno solo, nunca el par completo, y eso hacía que muchas veces se me escapara una risita al imaginarme a esos pobres desgraciados mientras volvían a su casa con un pie descalzo. Era casi tan común como ver a una ardilla subiendo por el tronco de un pino.

Por eso no estoy seguro de qué me impulsó a coger un palo del suelo y darle unos golpecitos a la bota abandonada. Instinto, curiosidad, ¿quién sabe? La rama de arce caída que elegí era vieja y estaba húmeda, así que se dobló como una goma dura cuando presioné la punta contra el tacón de la bota. La aparté y luego volví a echar el palo hacia delante, con más fuerza. Esta vez la bota se movió, aunque solo un poco, antes de que pareciera que mi aguijada improvisada estaba a punto de romperse por la tensión. Mi bulliciosa mente llegó a la peor conclusión posible. Y solo hicieron falta unos cuantos empujones más para demostrar que estaba en lo cierto.

Aquella bota estaba unida a una pierna. Aquella bota todavía tenía un pie dentro.

2

Me senté en el suelo sin dejar de contemplar mi descubrimiento. Habían pasado cinco minutos. Puede que más. Seguía sujetando el extremo viscoso de la rama rota con la mano derecha, una espada de madera por si el dueño del calzado sumergido decidía levantarse de entre los muertos. No es que el palo fuera a servirme de mucho contra un gato desmandado, y mucho menos contra un zombi.

No sé qué me provocó ese repentino estado catatónico, pero me sentía del todo incapaz de moverme. Había muchas opciones razonables: volver a casa, llamar a la policía. Echarle un par y sacar el cuerpo del agua para asegurarme de que no era nadie conocido. Pero entonces el *sheriff* Taylor me daría para el pelo por alterar la escena del crimen.

Permanecí allí sentado con la mirada perdida a pesar de que el bosque estaba cada vez más oscuro. La noche había caído casi por completo sobre nosotros. Noté una opresión fuerte en el pecho al preguntarme por qué esas cosas tan horribles parecían perseguirme

siempre, como el humo de una antorcha en movimiento. Te sigue de cerca hasta que te detienes y entonces te alcanza, te rodea. No tenía ni idea de qué hacer, era como si mi cerebro hubiera dicho: «Al diablo con todo, quédate ahí sentado hasta que te coma un caimán».

Resultó que alguien tomó la decisión por mí.

Un hombre me llamaba a gritos.

3

Creo que las primeras veces que mi nombre viajó por el aire del anochecer estaba demasiado ensimismado, y ni siquiera cuando lo oí fui capaz de distinguir su procedencia. Parecía un hombre mayor, así que di por hecho que era mi padre hasta que un ayudante del *sheriff* llegó corriendo por el sendero, solo visible por la escasa luz que se reflejaba en su placa. Había oscurecido mucho.

—¡Señor Player! —gritó el hombre cuando se detuvo justo delante de mí. Pese a la negrura casi absoluta de la noche, vi que se trataba del mismo agente que había sacado a Dicky Gaskins a rastras del bosque mientras yo estaba sentado junto a Wesley tras su rescate. Randy, creo que se llamaba—. Señor Player, su padre me ha dicho que estaría por aquí. —Se agachó, resollando como un hombre con un solo pulmón.

Todos los sistemas de alarma conocidos por la humanidad habían empezado a restallar dentro de mí: mi familia. Algo horrible le había ocurrido a mi familia aunque solo llevaba fuera una hora, como mucho. Aunque solo estaban a un trote ligero de distancia de mí.

—¿Qué pasa?

Salí del trance, esperando sin aliento las malas noticias, preparándome para el dolor que sabía que iba a llegar. Pero no llegó, al menos no directamente. Al menos no con inmediatez.

—Se ha escapado —dijo el ayudante del *sheriff* entre fuertes jadeos, mirándome de hito en hito y con evidente curiosidad por saber cómo iba a responder.

Pero al principio mi mente no lo asimiló. Intentó procesar la buena noticia de que el agente no había mencionado a mis hijos. Ni

a mis padres. De que no se había abierto ante mí un agujero negro de desesperación, como un enorme abismo resquebrajado en la tierra tras un terremoto.

—¿Se ha escapado? —repetí con voz débil.

—Dicky Gaskins. Se ha escapado de su celda. De donde lo tenían encerrado desde la otra noche.

Las implicaciones eran enormes, tan grandes que no tenía ni idea de qué hacer. Sin embargo, antes de que me diera tiempo a reaccionar o a decir algo, la mirada del ayudante del *sheriff* se desplazó hacia abajo y se posó en el tacón de la bota, un bulto de sombra sobre el agua.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Era imposible que lo distinguiera con tan poca luz; de hecho, me sorprendió que se fijara en ello, que no lo tomara por una simple raíz abultada.

—Es un cadáver —respondí con un aturdimiento supino—. Al menos eso creo. —De pronto, la necesidad de regresar con mi familia se situó por encima de todo lo demás—. Tengo que volver con mis hijos. ¿Están bien? ¿Sabemos adónde ha ido Dicky? ¿Y si viene a por mi hijo?

Las preguntas se sucedían más rápido de lo que Randy alcanzaba a intentar responderlas. Eché a andar hacia la casa, pero el ayudante del *sheriff* me agarró del brazo.

—El *sheriff* Taylor ya está allí, armado hasta los dientes. Me ha enviado a buscarlo. Pero ¿qué coño dice de un cuerpo? —Señaló hacia la posible tumba pantanosa que se extendía a nuestros pies.

Todavía atolondrado, me encogí de hombros para transmitirle mi frustración y falta de conocimiento.

—No lo sé, tío. Eso es una bota y está unida a una pierna. Así que supongo que es un muerto y que lo han tirado ahí para que se pudra.

Fue una respuesta terriblemente fría, pero en ese momento tenía mayores preocupaciones que hacía cinco minutos. Con la protección del *sheriff* o sin ella, mi familia me necesitaba. Wesley me necesitaba.

El agente Randy asintió en la oscuridad, sin prisa pero sin pausa, moviendo la cabeza a un ritmo lento, como si en su mente sonara una melodía lúgubre que yo no oía. Seguía agarrándome el brazo,

aunque había aflojado la presa. El viento ondulaba los árboles que nos rodeaban, sacudía las hojas como mil cascabeles. El aire olía a humedad acre; la lluvia no podía estar lejos.

—¿Qué hacemos? —susurró Randy—. ¿Cómo lo ha encontrado? ¿Quién es?

Ya me esperaba esa pregunta tan obvia, pero no tenía respuesta.

—Debería pedir refuerzos —dije—. Porque lo mejor sería que no lo tocáramos, ¿no?

Lo pregunté porque una curiosidad morbosa se había apoderado de mí: quería saber quién yacía muerto a mis pies, en los terrenos de mis padres. Quería saber cómo había sucedido.

—Sí, sí, tengo que avisar —respondió el ayudante del *sheriff*, que cogió el micrófono de la radio que llevaba sujeta a la altura del hombro. Sin responder a mi segunda pregunta, pulsó un botón que despertó los familiares crujidos y siseos de las comunicaciones policiales. Desaparecieron cuando Randy empezó a hablar—: Central, tengo un posible cadáver en la ciénaga que hay detrás de la residencia de los Player, en Narrow Paved Road. Parece que lleva aquí un tiempo, no hay sospechosos a la vista.

Mientras hablaba, me di cuenta de que había confiado irreprochablemente en mí: no solo en que, en efecto, lo que había sumergido bajo el agua era un cadáver y no los simples restos de una bota, sino también en que yo no había tenido nada que ver con el fallecimiento de dicho cadáver. Intercambiaron varias frases más mientras yo pensaba en ello y la conversación terminó con la conclusión de que enviarían un equipo completo de inmediato, y después con otro crujido, un siseo y un clic. El agente Randy volvió a enganchar el micrófono en la funda del hombro.

—Me cago en la leche —dijo, mirando al agua—. Más vale que no se equivoque con esto.

Había oscurecido tanto que apenas veía.

—¿Lleva una linterna? —pregunté.

—Sí, claro.

La sacó de su voluminoso cinturón táctico y la encendió. Un haz brillante destelló como un sable de luz y me cegó durante un segundo. El resplandor redondo recorrió las pantanosas aguas negras como un helicóptero de las fuerzas especiales en busca de atracadores de bancos. Por alguna razón, la bota se tornó aún más

oscura cuando la enfocó la luz, y no vimos nada más que las arañas de pies ligeros que saltaban por la turbia superficie.

—Sujéteme esto —me ordenó el ayudante al tiempo que me pasaba la linterna—. No voy a quedar como un imbécil cuando lleguen.

Su tono de acusación me molestó: el profesional capacitado era él, no yo. Pero aun así cogí el aparato y lo enfoqué hacia la bota.

Randy se acuclilló, luego puso las manos en el suelo y se dejó caer de rodillas sobre la maleza blanda. Avanzó a cuatro patas hasta el borde mismo del agua y apoyó el peso en la mano izquierda mientras extendía la derecha. Hundió los dedos en el agua de más allá de la bota, buscando, tanteando. Se mordió el labio inferior, concentrado, y se desplazó hacia la derecha mientras palpaba lo que supuse que era un cuerpo abotargado y tumefacto, envuelto en prendas empapadas y tan pegajosas como las de una momia.

Había avanzado un metro o metro y medio, investigando meticulosamente al tacto, cuando se detuvo. Por instinto, le enfoqué la cara con la linterna y entornó los ojos con fastidio. Pero, antes de que lo hiciera, me percaté de que su expresión había adoptado un cariz extraño.

—¿Qué? —pregunté.

Levantó la vista hacia mí y luego volvió a bajarla hacia el agua en la que tenía el brazo sumergido hasta el codo. Me sorprendió que extendiera el otro brazo y lo hundiese en el agua junto al primero. Luego, haciendo fuerza con todo el cuerpo y acompañándose de un gruñido, tiró de algo hacia arriba. Cuando dirigí la luz hacia ese punto exacto, observé con horror que sacaba de la negra humedad los hombros y el cuello de un humano muerto.

No tenía cabeza.

Quienquiera que fuese aquella persona, y parecía ser un varón, llevaba puesta una camiseta. Tenía la piel hinchada y blanca, y pelitos cortos, revirados hacia uno y otro lado, en la parte superior de la espalda y la inferior del cuello. El cuello en sí terminaba en un amasijo de carne, hueso y tendones, cortado con tosquedad y desprovisto de color. Me habría esperado que fuera rojo y de aspecto carnoso, pero era gris y de un tono púrpura apagado, marcado con manchas negras aquí y allá como si lo hubieran sumergido en petróleo. El agente Randy dejó escapar un suspiro

agónico y soltó la camisa que había agarrado con ambas manos; el cuerpo volvió al agua con un chapoteo y desapareció deprisa. No transcurrieron más de unos segundos antes de que la espesa superficie del cenagal recuperara la lisura. Solo quedó el tacón de la bota para señalar el lugar de descanso final de aquel pobre hombre.

El agente parecía demasiado conmocionado para hablar, que era más o menos lo que sentía yo.

—Es lo mismo —susurré.

Mis palabras sacaron al policía de su estado de petrificación.

—¿Eh? —preguntó en un tono bastante bobalicón.

—Es lo… —Se me fue apagando la voz. ¿De qué iba aquello? ¿Qué estaba pasando? Solo encontraba explicaciones ridículas. A lo mejor era un cadáver que no habían conseguido descubrir hacía décadas, cuando peinaron Pudding Swamp de un extremo a otro alrededor de una decena de veces. Pero no podía ser, claro. Se habría descompuesto hacía mucho mucho tiempo. A ese hombre lo habían asesinado en los últimos días, puede que incluso en las últimas veinticuatro horas.

—Es lo mismo —volví a susurrar tras aclararme la garganta y ponerle mayor empeño.

—¿Lo mismo que qué? —preguntó el ayudante del *sheriff* tras ponerse en pie.

Me miró. Apenas le veía la cara porque la linterna se me había caído al suelo sin querer, había echado a rodar hasta la orilla misma de la ciénaga y ahora apuntaba en la dirección contraria. No tenía ni la menor idea de cuándo se había caído.

—Se parece a lo que hacía. Hace muchos años.

Mi voz sonaba débil y triste, casi falsa, como si me llegara desde kilómetros de distancia, transmitida por unos altavoces estropeados. Consideré la posibilidad de que me estuviera derrumbando lentamente.

—Se refiere a Tapón, ¿verdad? —me preguntó el ayudante del *sheriff*.

—Sí, señor —contesté con un tono neutro incongruente con la situación. Volví la mirada hacia mi nuevo amigo, le escudriñé los ojos ocultos por la sombra—. Me refiero a Tapón.

—No sé si podemos quedarnos aquí, papá.

Estábamos sentados en el porche, mi padre tomándose una cerveza mientras yo me limitaba al agua helada. La lluvia había llegado, gotas fuertes que resonaban con un ra-ta-ta-ta contra el estaño que cubría el cobertizo de atrás. Lo oía desde allí. Encima de nosotros, sobre el tejado de obra, era más bien una suave serie de golpes secos, como tambores minúsculos ayudando a las hormigas a marchar al compás. El viento había cobrado fuerza, parecía acelerarse unos cuantos kilómetros cada hora, y cualquier otra noche lo habría disfrutado. Pero esa no.

—No podéis marcharos —dijo mi padre con ese tono tan suyo, ese que decía: «No me lo discutas y así ambos nos ahorramos las molestias. Es la ley, muchacho».

—¿Que no podemos? Tenemos que irnos —repliqué con poco convencimiento porque en el fondo no quería irme. No.

Mi hijo mayor había sufrido el trauma de su vida y había aparecido un cadáver a menos de dos kilómetros de donde estábamos sentados, en la ciénaga. Un cadáver decapitado. No obstante, hasta la última molécula de mi cuerpo me decía que marcharnos sería un error, aunque cualquier persona con un mínimo de sentido común habría dicho lo contrario.

—La tormenta va a empeorar antes de mejorar —dijo mi padre —. Y has sido tú quien ha encontrado a ese pobre hombre en el bosque. Te necesitarán para todos los rollos legales. Además, si te soy sincero, estoy muy asustado y quiero tener aquí a mi hijo para hacerme sentir mejor.

—Los niños, papá. No puedo tenerlos aquí si hay un maníaco por ahí suelto matando a gente y cortándoles la cabeza.

No me molesté en añadir: «Igual que hacía Tapón Gaskins hace tres décadas».

—Bueno, haz lo que tengas que hacer, David. No seré yo quien te lo impida.

Puse los ojos en blanco, pero, en cuanto lo hice, deseé con todas mis fuerzas que mi padre no se hubiera dado cuenta. La luz del porche estaba apagada, así que era poco probable que me hubiera visto.

Me sentí obligado a, al menos, defender mi posición, así que hice una exposición de los hechos:

—Ahí fuera, en el bosque, hay todo un equipo de policías, forenses, investigadores y a saber cuántas cosas más. Están excavando un cadáver de la ciénaga, el de una persona que ha sido asesinada de la misma manera en que Tapón lo hacía en su día. ¿Y quieres que mis hijos sigan en este entorno?

—¿«Excavar»? No me parece que esa sea la palabra adecuada para lo que están haciendo en la ciénaga. Suena más… arqueológico, como si estuvieran buscando huesos de dinosaurio. Creo que más bien querías decir «extraer» o «exhumar», algo así.

Lo miré, seguro de que estaba bromeando.

—Qué más da, papá. Esto es serio.

Esas palabras sí que fueron un error. Dio un respingo, como si lo hubiera abofeteado, y después arrastró la silla hasta colocarla justo frente a mí. Se echó hacia delante y me habló con la cara a no más de veinte centímetros de la mía:

—¿«Serio»? ¿Crees que no me lo tomo en serio? ¿Se te ha metido un insecto por la oreja mientras dormías y te ha extirpado las partes inteligentes del cerebro? Por si no lo recuerdas, yo estaba aquí cuando Tapón desató el caos en este pueblo con sus asesinatos. Tuve que ver a mi propio hijo pasar por la definición literal de un infierno en vida. No se te ocurra sermonearme sobre tomarse las cosas en serio.

—Entonces deberías querer que nos fuéramos —respondí, avergonzado por lo defensivo de mi tono—. Deberías querer que nos marcháramos lo más lejos posible de aquí.

Negó con la cabeza, obstinado, y se recostó un poco en la silla.

—No. Esa no es la respuesta. Los Player no huimos de los problemas. Los afrontamos y los superamos. Lo hicimos entonces y juro que lo haremos ahora. Esto acabará pronto.

—Eso es fácil de decir, papá. Fácil de decir, pero difícil de hacer. Dicky Gaskins se ha escapado de la cárcel y han asesinado a una persona. Puede que a más. Tengo miedo por mis hijos. No quiero que pasen por lo mismo que yo.

—Bueno, esperemos un tiempo. —Parecía un poco derrotado—. El *sheriff* Taylor ha prometido tener a alguien vigilándonos día y noche. Por favor, hijo. Por favor, no te vayas todavía. Tienes que confiar en mí.

No me atreví a recordarle que, cuando era niño, también nos

pusieron vigilancia. Qué gran ayuda. Pero la súplica de mi padre era tan sentida, tan sincera, que no pude seguir discutiendo ni un segundo más. Además, yo no quería irme, como ya he dicho.

—De acuerdo, papá. Nos quedaremos aquí y nos mantendremos unidos, nos cuidaremos los unos a los otros, resolveremos las cosas. De todos modos, estoy seguro de que no tardarán en atrapar a Dicky.

—Me alegro de que nos hayamos entendido.

Se acercó un poco y me dio una palmadita en la rodilla.

—Todavía nos quedan dos semanas —dije cuando volvió a acomodarse en la silla—. Y si no vamos a irnos, quiero hacer una cosa. Ha pasado más de un año, pero tengo que intentarlo.

—¿A qué te refieres? —preguntó mi padre con la voz cargada de una curiosidad que resonó alta y clara.

—Voy a ir a ver a Andrea.

CAPÍTULO 10

Mayo de 1989

1

La vuelta al instituto podía resultar de dos maneras. Mortificante, aterradora, espantosa, horrible. O… cálida y acogedora, segura y feliz. Al menos eso es lo que me repetí a lo largo de la noche, mientras esperaba a que llegara la mañana siguiente. Después del bombazo del artículo que le contaba al mundo (o al menos a la mayor parte de Sumter, Carolina del Sur) que era un cobarde que lloriqueaba y le suplicaba a un asesino que matara a su amigo en lugar de a él, mis padres parecían haber tomado la decisión de dejarme en casa hasta que cumpliera los ochenta.

Pero yo no lo soportaba más. Aquel largo día en el que Andrea se coló por mi ventana, casi me volví loco pensando en el artículo, imaginándomela a ella y al resto de mis amigos del instituto preguntándome dónde estaría escondido Tapón Gaskins, preguntándome qué aspecto tendría el cuerpo de Alejandro enterrado en a saber qué ciénaga. Así que les rogué a mis padres que me dejaran volver, que me permitieran afrontar la situación. Recurrí a todos los argumentos que se le ocurrieron a mi cerebro fatigado, me inventé mil cosas y les dije que las había aprendido en mi asignatura de Psicología en el instituto. Se blandieron expresiones como «gestión del trauma» y «valoración de daños por absentismo», y te juro que incluso colé una referencia al doctor Spock (el famoso psiquiatra infantil, no el señor de orejas puntiagudas de *Star Trek*). Más que nada, sabía que cada día que faltara a clase haría que el día que por fin volviera fuese exponencialmente peor. Y no aguantaba la idea de seguir en casa

sin hacer nada, con la mente vagando por el extenso y aterrador mundo que había fuera de ella.

Al final, gané la batalla.

Aun así, la noche anterior no pude dormir. Miraba con fijeza el techo ensombrecido mientras especulaba sobre hasta qué punto sería bien recibido por la mañana.

Andrea vino a recogerme para que fuéramos caminando juntos, y fue un alivio verla entrar por la puerta delantera sin siquiera llamar. Es entonces cuando te das cuenta de que alguien es tu verdadero amigo. El desayuno estaba casi listo, y mi madre se había esforzado más que de costumbre al enterarse de que Andrea volvería a estar con nosotros. En lugar de sémola y huevos, teníamos sémola, huevos, salchichas, panecillos y salsa de carne, y los deliciosos olores habían llegado flotando desde la cocina hasta el salón cuando Andrea cerró la puerta a su espalda.

—Hola a todos —dijo.

Mi padre estaba en su sillón leyendo el periódico, seguro que para ver si habían tenido el descaro de escribir más cosas desagradables sobre su hijo. El día anterior por la tarde se había personado en la redacción de la calle Mayor para cantarles las cuarenta. Aunque no sabía qué les había dicho, me alegraba de no haber estado presente en la sala, sobre todo si la señora Toliver andaba allí cuando él llegó.

Le gruñó un saludo, sin molestarse siquiera en bajar el borde del periódico, mientras yo me acercaba a darle un abrazo.

—Hola. —Y prolongué el saludo un poquito más de lo socialmente aceptable. Por suerte, mi padre estaba demasiado distraído para darse cuenta—. Gracias por venir otra vez hasta aquí. Me siento especial.

Se apartó de mí y se echó a reír.

—Sigue soñando. —Se acercó al sillón tamaño barco de mi padre y le dio unos golpecitos al periódico que le ocultaba la cara. Recuerdo haber pensado: «Qué huevos tiene la tía» (en sentido figurado, claro)—. ¿Cómo está, señor Player?

Mi padre bajó el material de lectura y la miró con una expresión tan malhumorada que me sorprendió.

—Buenos días, señorita Llerenas —dijo con voz cansada—. ¿Ha venido hasta aquí para robarme a mi hijo?

Andrea hizo un gesto de indiferencia.

—Tengo que asegurarme de que hinca los codos, ya sabe. Prepararlo para la universidad. Para que se haga rico y le compre una casa nueva en la ciudad.

—Se te da bien engatusar a la gente, ¿eh? —Dobló el periódico y lo dejó sobre la mesita auxiliar. Luego se cruzó de brazos—. No me gusta tener que deciros esto justo antes de que os vayáis al instituto, pero han encontrado otro cuerpo. Es como si ese psicópata los estuviera esparciendo por todo el dichoso condado. No me creo que vaya a dejarte salir de esta casa.

La noticia había estropeado un poco las cosas, desde luego, pero no pensaba permitir que mi padre cambiara de opinión.

—El agente Fuller me seguirá a todas partes, ¿no? —pregunté—. Me tendrá tan vigilado en el instituto como aquí. Seguro que hasta estoy más seguro allí, rodeado de gente.

—Uy, no te preocupes por eso. Mark se va a pegar más a ti que una mosca a una plasta de vaca. Si te pierde de vista, me aseguraré de que el *sheriff* Taylor lo ponga de guardia con los de trabajos forzosos. Creo que este mes les toca limpiar el vertedero.

—No se preocupe —intervino Andrea—. Yo también lo protegeré. El viejo Tapón tendrá que acabar antes conmigo si quiere fastidiar a su hijo.

La miré y parpadeé. Aquella conversación era absurda.

Mi padre se levantó y, pillándonos a todos por sorpresa, le dio un sincero abrazo paternal.

—Siento que te hayas visto envuelta en esto.

—No pasa nada —susurró Andrea cuando él se apartó.

A mi padre se le llenaron los ojos de lágrimas y durante unos segundos le resultó imposible seguir hablando. Era una imagen poco habitual en mi casa —algo que había visto más o menos las mismas veces que me había ofrecido voluntario para limpiar la fosa séptica—, así que me impactó mucho. Me pareció que todo lo que había ocurrido era más difícil para él que para mí.

Por fin consiguió decir unas palabras:

—Significa mucho para mí que tenga una amiga como tú.

—Gracias, señor Player. Es todo un detalle que me diga algo así.

Teniendo en cuenta la vergüenza que Andrea debía de estar pasando, fue una respuesta bastante decente.

Como yo también me sentía algo incómodo, recurrí al siempre fiable rescate culinario:

—Mi madre ha preparado un montón de comida rica —dije—. Si no empezamos ya, llegaremos tarde a clase.

Mi padre me lanzó una mirada agradecida y luego se encaminó a toda prisa hacia la cocina.

2

—Ha matado a cuatro personas. Por lo menos.

Andrea lo dijo justo cuando pasamos por delante de la tienda del señor Johnny, un viejo que era mucho menos dulce que los refrescos y los helados que vendía en su pequeño establecimiento. El anciano de pelo ralo tenía el ceño siempre fruncido, incluso cuando te daba las gracias por tu compra. Lo vi a través de la vidriera de colores, mirándonos tan fijamente como si uno de nosotros fuera Tapón Gaskins disfrazado.

—¿A cuántas conocías? —le pregunté.

—Pues creo que solo a Alejandro, en realidad. Bueno, mi madre los conocía a todos, seguro que había coincidido unas cuantas veces con dos o tres de ellos. Pero yo no. Yo solo… Solo a Alejandro.

En aquella época, oír su nombre me hacía daño, y hoy todavía me duele cuando lo escribo. Por muchas charlas de ánimo que me dieran mis padres, Andrea y la policía, y por mucho que me dijera a mí mismo tanto en aquella época como en los muchos años transcurridos hasta entonces, sabía que siempre cargaría con cierta culpa por su espantosa muerte. Pero esa mañana tenía que dejarla de lado por mi propio bien.

—Será mejor que no hablemos de ello —dije—. Al menos durante un tiempo.

—Tus deseos son órdenes, compadre —respondió con un exagerado acento nasal.

La fresca y luminosa mañana suponía un marcado contraste con el día anterior. Una brisa agradable soplaba sobre los campos recién plantados y ya empezaba a imaginarme las hileras de tallos de maíz, las plantas de tabaco del tamaño de un barril y los cultivos de algodón llenos de lo que parecían copos de nieve desperdigados. Me pregunté, mientras levantaba los ojos entornados hacia el sol aún

ascendente que se asomaba a la tierra recién removida, los graneros y las granjas, si aquel horror habría llegado a su fin cuando todo estuviera maduro y listo para la cosecha. Quizá para entonces hubieran capturado a Gaskins y su amenazante presencia en mi vida comenzara a disiparse en los míticos reinos de las pesadillas infantiles. Dicen que los niños tienden a bloquear las cosas terribles que les suceden. Solo cabía esperar que yo corriera esa gran suerte.

—¿Estás bien? —me preguntó Andrea.

Acabábamos de llegar a la esquina de Kenwood con Kensington, donde teníamos que girar hacia la izquierda. Estábamos a unos ochocientos metros del instituto y nos encaminamos hacia él.

—Sí, estoy bien. Disfrutando de la paz y la tranquilidad.

Le entró la risa, pero no dijo nada.

—Oye, tengo una idea. —Se me acababa de ocurrir, y era buena —. ¿Y si jugamos a «¿Dónde está Antony?»?

En cuanto lo propuse, me dio miedo que le recordara demasiado a esa horrible noche en el bosque o que le trajera a la mente al inútil de su padre cuando no quería pensar en él, pero en su lugar se le iluminaron los ojos.

—Sí, genial —asintió—. Ya era hora de que jugáramos otra ronda. Empiezo yo.

—Venga, dale.

—Hummm. —Se dio unos golpecitos en la boca—. Vamos a ver. Vale. Antony está en un autobús. En… Suecia.

—¿Suecia? ¿Cómo ha llegado a Suecia?

Me lanzó una mirada de fastidio máximo.

—¿En serio?

—Vale, lo que tú digas. Suecia.

—El autobús está en marcha, va subiendo unas montañas. Suecia tiene montañas, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Debe de tenerlas, sí.

—Sube sin parar, serpenteando por un montón de carreteras traicioneras. Ah, y es el único pasajero del autobús. Quitando al conductor, claro.

—Claro.

Andrea dejó de caminar —yo hice lo mismo— y se volvió hacia mí, con la mirada clavada en el suelo y concentrada.

—Entonces el autobús llega a la cima…, a quince… mil metros sobre el nivel del mar…

—El Monte Everest solo mide…

Me hizo callar levantando una mano. Muy eficaz.

—Bueno, pues entonces no está en Suecia. Está en Marte, ha viajado al futuro no sé cómo y va en un autobús que se conduce solo y que se inventó en… 2030, digamos. Y está desnudo, porque en Marte no se puede llevar ropa.

La historia se había vuelto totalmente absurda, pero esta vez fui lo bastante listo para no decir nada.

—Entonces, el autobús se dirige de pronto hacia un precipicio enorme, como sacado de unos dibujos animados del sábado por la mañana. Ya sabes, parecido a esas chorradas del Coyote y el Correcaminos. El abismo es inmenso, todo es de color rojo desierto, una caída de casi un kilómetro hacia una muerte segura. Hasta hay un cartel que dice: «Estás a punto de morir». Pero el autobús no reduce la velocidad. De hecho, acelera. —Hizo una pausa para coger aire y luego continuó a toda velocidad—: Antony se da cuenta de que algo va mal. Le ha costado un rato porque es idiota, ¿vale? El autobús traquetea, proyecta polvo marciano hacia atrás con los neumáticos, avanza a 856 kilómetros por hora, y…

«Qué específico», pensé.

—… y Antony está muerto de miedo. Se levanta, desnudo como un bebé, y le grita vete tú a saber a quién que tienen que frenar y girar a toda pastilla. Resulta que sí hay una especie de ordenador que obedece sus órdenes y el autobús gira. Da un bandazo brusco hacia la derecha y lo lanza contra la ventanilla de la izquierda. Sale disparado a través de ella, los cristales rotos lo cortan por arriba, por abajo y por los lados, está lleno de tajos y sangra como un cerdo. Aterriza sobre el suelo de Marte, que es venenoso y se le filtra en el torrente sanguíneo, le provoca todo tipo de dolores internos…

Me moría de ganas de preguntarle cómo podía Antony respirar siquiera en ese entorno, pero Andrea hablaba demasiado deprisa para que me diera tiempo a interrumpirla:

—… así que rueda por el suelo hasta detenerse, gritando de sufrimiento, retorciéndose de dolor. El autobús sigue girando a la derecha. A la derecha, a la derecha, a la derecha, en círculo, porque

dentro no hay nadie que le diga qué hacer. Gira, gira, gira y, efectivamente, ¡bum!, le pasa por encima a Antony. La cabeza se le queda atrapada entre el neumático y la carrocería, y el autobús empieza a arrastrarlo al mismo tiempo que le revienta los sesos. Y bueno, lo que sucede a continuación es obvio.

—Sí. Obvio.

Estaba fascinado y no sabía lo que ocurría a continuación.

—El autobús perdió el control y se despeñó por el precipicio llevándose a Antony con él. Se le liberó la cabeza y por alguna razón cayó más rápido que el autobús. La aerodinámica o algo así. Aterrizó de espaldas y se destrozó la columna vertebral y todos los órganos internos. Pero todavía no estaba muerto. No, señor. Miró hacia arriba, invadido por todos los dolores conocidos por la humanidad, y su último pensamiento consciente fue ver que el autobús bajaba y aterrizaba justo encima de él. Antony al fin está muerto. —Soltó un suspiro de satisfacción y luego me miró—. ¿Y bien?

Hice un par de gestos de asentimiento lentos, con la boca torcida en el rictus de un hombre meditabundo.

—Impresionante. Hay un par de inconsistencias en la trama, pero impresionante, sin duda.

—Listillo. A ver si tú lo haces mejor.

Entre risas, le dije:

—Me parece que voy a tener que dejarlo para cuando salgamos de clase. Vamos a llegar tarde.

—¡Ostras! Sí. Vamos.

Hicimos el resto del camino corriendo.

3

Había pensado que la vuelta al instituto me iría de una de estas dos maneras: genial o terrible. Por suerte, fue más bien lo primero. Resulta que, cuando hay un asesino en serie suelto que además se dedica a minar psicológicamente a uno de tus compañeros, te pones del lado del compañero. La gente o bien se mostraba amable y solidaria en exceso, o bien se limitaba a mirar hacia otro lado, sin duda porque se sentían demasiado incómodos para decirme nada. Hubo abundantes ejemplos de ambas cosas a la hora de comer.

—Vaya, David, cómo me alegro de que hayas vuelto. —Eso fue lo que me dijo la señora Medlock mientras me sacudía la mano (aferrada con firmeza entre las suyas) arriba y abajo, arriba y abajo. La señora Medlock era una mujer simpática, con una enorme nube de pelo gris en lo alto de la cabeza, que enseñaba Trigonometría y aseguraba que yo era el alumno más inteligente que había tenido en su vida. Ella no lo sabía, pero una vez la había oído decirle esas mismas palabras a Holly Davis—. Mi familia no ha parado de rezar por ti y por los tuyos, te lo prometo. Si puedo ayudarte en algo, en lo que sea, solo tienes que decírmelo. ¿Vale, cielo?

—Sí, señora.

Llamar «cielo» a tu alumno era algo que aún ocurría en aquellos tiempos. Apenas me había soltado la mano cuando el señor Kim apareció de la nada y me dio tal palmada en el hombro que casi me tira al suelo.

—¡Hola, David! —Era un hombre delgado, de piel aceitunada, coreano americano de tercera generación. Daba clase de Ciencias Sociales—. No te preocupes por las chorradas que han publicado en el periódico, chico. En este instituto no hay ni una sola persona que se crea una bobada como que le rogaste a ese fantoche pirado que matara al pobre Alejandro.

El señor Kim no era de los que se andan con tonterías.

—Gracias, señor Kim —dije, con el hombro dolorido y la columna vertebral ligeramente torcida.

No fueron solo los profesores, aunque se me acercaron varios más, entre ellos la directora, la señora Moore, cuya tensa sonrisa y su rápido «Me alegro de tenerte aquí de nuevo, hijo» eran lo máximo que un alumno podía pedirle a la estresadísima mujer. La mayoría de los alumnos también fueron majos. Como era un instituto pequeño, los conocía a todos, a muchos desde hacía más de una década y, en general, había evitado hacer enemigos a lo largo de los años.

Missy Severinsen, una chica diminuta que tenía que tener cuidado con los vientos fuertes por si se la llevaban volando al pueblo de al lado, me dio una palmadita suave en el brazo mientras me miraba. «Hola, David. Todos hemos pensado mucho en ti. Avísame si esa tal Andrea te deja». Missy siempre decía cosas de ese estilo, así que hizo que me sintiera como en casa.

Blake Canton me dio un puñetazo en el brazo, con los nudillos tan afilados como la lanza de un caballero. Me dolió un huevo. Pero esa era la forma de mostrar afecto de Blake, así que no podía quejarme pese a las tres semanas que tardaría en desaparecer el moratón.

Andy Benetendi, un chaval guarrísimo que llevaba sin ducharse desde la década de 1970, me chocó los cinco cuando entré en la cafetería, algo que no había hecho nunca y que no repitió jamás. Nunca habíamos hablado mucho y no volvimos a hacerlo después, pero su pequeño gesto de aquel día me calentó un poquito el corazón.

Muchos otros alumnos me hicieron algún comentario amable o, al menos, me saludaron con el típico movimiento de cabeza de los tíos guais cuando nos cruzamos por los pasillos y las aulas del majestuoso Instituto Mayewood. Ronard Howell. John Hannon. Kerry McCallum. Craig Casalou. Brandon Kerouac. Michelle Robbins y su hermana, Keri. Janette Reeve. Alguien me dio un papirotazo en la oreja desde atrás, pero solo oí una risita perdida entre la multitud.

Ahora bien, también hubo quienes, como es comprensible, se sintieron un poco amenazados por mi nueva condición de celebridad local. A lo mejor pensaban que iba a contagiarles parte del horror de Tapón Gaskins. Tal vez les preocupara que me lo hubiera buscado de algún modo. Puede que incluso algunos sospecharan que sí que le había suplicado al hombre que acabara con la vida de Alejandro. Pero nadie se enfrentó a mí, solo noté unas cuantas miradas de reojo y que varios me giraban la cara a lo largo del día, sobre todo en el comedor.

En algún momento entre todos esos encuentros, incluso pude comer.

—¡David!

Andrea me llamó desde el final de la cola y me uní a ella enseguida porque tenía un hambre atroz. A mis hijos les encanta quejarse y protestar de lo horrible que es la comida del colegio, pero ya te digo yo que en aquella época en Lynchburg, Carolina del Sur, en el Instituto Mayewood, la comida estaba riquísima, te daban ganas de repetir.

—Hola —la saludé—. ¿Qué toca hoy?

—Pizza.

«Bingo», pensé. Servían la pizza en rectángulos perfectos y eso me resultaba algo antinatural, pero aun así era una de mis comidas favoritas. Lo único que pude ofrecerle a Andrea fue la inteligentísima respuesta:

—Ñam.

—¿Te ha ido bien el día hasta ahora? —preguntó.

—La verdad es que sí. Si ahora mismo estuviera en casa sentado de brazos cruzados, ya me habría vuelto loco.

Asintió como si estuviera más que de acuerdo.

Nos sentamos con un par de compañeros cuyas familias conocían a la mía de toda la vida: Trevor Jacobs y Todd Eldridge. Todd también había ido a la Caza del Zorro, pero no había tenido oportunidad de charlar con él; siempre parecía haber un par de viejos borrachos entre nosotros. Trevor, un tío fornido que sin duda había nacido para ser agricultor y que yo diría que podría haber tumbado a un toro a golpes mientras se tomaba un café, inició la conversación:

—Vaya mierda, tío. Lo que ese tipo ha dicho de ti. —Viniendo de Trevor, era la declaración más sincera del mundo.

Me pilló en mitad de un gigantesco bocado de pizza, que no había decepcionado.

—Gracias. Es todo un poco estúpido, ¿no?

—No tiene nada de estúpido —replicó Andrea—. Da un miedo de muerte, lo que pasa es que tú lo estás llevando como un campeón.

—Eso es así —convino Todd.

Era un hombre de pocas palabras, pero uno de los chicos más inteligentes del instituto. Sin embargo, tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de quedarse calvo por completo antes de los veinte. Trevor y yo habíamos apostado, sin que Todd lo supiera, a cuándo ocurriría exactamente.

—¿Qué pasó de verdad? —quiso saber Trevor—. La noche de la Caza del Zorro.

—Cierra el pico, Trev —le advirtió Andrea con un gruñido en los ojos, si tal cosa fuera posible.

—No, tranquila. —Estaba de buen humor, puede que de mejor humor del que me merecía—. Preguntad lo que queráis, chicos,

estoy preparado para hablar de ello.

Trevor arqueó las cejas.

—¿Qué pasó, entonces?

Andrea se acercó un poco más a mí.

—David, el día te ha ido muy bien, no lo fastidies. No tenemos por qué hablar de ese psicópata.

Suspiré.

—Tampoco es que haya mucho que contar, porque, a ver, estaba muerto de miedo, apenas me acuerdo de nada. Estaba en la cama y algo me despertó. Había un tío raro en mi habitación, así que me bajé de un salto de la litera y salí corriendo como si me fuera la vida en ello. Me comporté como un cobarde, pero juro que no me quedé allí plantado rogándole que matara a Alejandro.

—Eso ya lo sabemos —dijo Todd—. Y cualquier persona de este pueblo habría hecho lo mismo.

De repente me asaltó un pensamiento, y no de los buenos. Todd había hecho esa afirmación con cierto dejo de falsedad, así que recordé el viejo axioma de que si algo parece demasiado bueno para ser verdad, lo más seguro es que lo sea. Todo el mundo estaba siendo demasiado comprensivo conmigo. Todo el día cambió un poco en un solo instante, y hasta me imaginé a la señora Moore anunciando el día anterior por megafonía que debían tratarme con guante de seda cuando volviera. Estoy seguro de que lo dijo con palabras más propias de una directora de instituto, pero ya no me cabía ninguna duda.

—¿David?

Andrea me tocó el hombro.

—Uy. Me había quedado un poco empanado.

¿Qué iba a hacer? A ver, aquello seguía siendo mejor que la alternativa. Ya veía a todos los alumnos del instituto bordeando los pasillos y lanzándome tomates mientras cantaban «Cobarde, gallina, capitán de la sardina, suplicó que le perdonaran la vida…».

—¿Os habéis enterado de lo de su hijo?

La pregunta bomba la hizo Todd, y no solo es que no me la esperara para nada, sino que además mi mente se había marchado demasiado lejos como para saber siquiera de qué narices estaba hablando.

—¿Qué hijo? —preguntó Andrea—. ¿El hijo de quién?

—El de Tapón Gaskins. Hoy hablaban de él en el periódico.

Me quedé mirando a Todd y me sentí como si la habitación se hubiera quedado sin aire de golpe. En aquel momento me pareció que mi amigo estaba pálido y sudoroso y quise subir la apuesta a que perdería el pelo antes de graduarse, mucho antes de los veinte. Oírle pronunciar el nombre de Gaskins, oírle hablar de un hijo, temer lo que estaba a punto de salir de su boca hizo que todo el mundo se convirtiera en algo enfermizo y espantoso, me deformó la visión.

—¿De qué hablas? —conseguí decir en un susurro ronco.

Todd se percató de mi estado de ánimo y respondió con indecisión:

—Tapón tiene un hijo que vive en Florence con su madre. No es nada de lo que preocuparse. Solo me ha parecido interesante.

Me di cuenta de que se estaba callando algo.

—No pasa nada, Todd. Cuéntame qué dice el periódico de él.

El pobre Todd se había encogido en la silla.

—Tío, no tendría que haber sacado el tema. Perdón.

—Cuéntanoslo de una vez —insistió Andrea. Estaba claro que su curiosidad había superado a su preocupación por mi bienestar mental y emocional.

—Tiene nuestra edad, creo —contestó Todd tras unos segundos de duda—. Y la señora que escribió esas chorradas sobre ti ha ido a entrevistarlo. En el artículo dice que su madre le había dado permiso, cosa que me parece una burrada.

—¿El periódico ha entrevistado a un chaval de dieciséis años? —preguntó Andrea, verbalizando la incredulidad que yo sentía por dentro—. ¿Cómo ha podido hacer algo así?

No supe si se refería a la madre o a la periodista, Wendy Toliver. Tal vez a ambas.

Todd se encogió de hombros como si dijera: «¿Cómo coño quieres que lo sepa?».

—¿Qué ha dicho? —le pregunté.

—Creo que es mejor que lo leas tú mismo.

—Dínoslo.

Tenía que saberlo. No quería saberlo, pero tenía que saberlo.

Mi amigo suspiró.

—Un montón de mentiras acerca de que su padre es un

incomprendido, que le están echando la culpa de todo esto porque es diferente, un ermitaño. Y porque trabaja en la funeraria. También dice que…, que es culpa tuya que se culpe a su padre y que a lo mejor deberían culpar al tuyo. Y… que eres el único (bueno, Andrea y tú, supongo) que lo vio en el bosque la primera vez. Y luego en la cabaña de la Caza del Zorro.

—¡Pero si ha desaparecido! —casi gritó Andrea—. Si tan inocente es, ¿por qué ha huido? Además, la policía dice que tienen un montón de pruebas de que es él. No son más que mentiras.

—¡Solo os estoy contando lo que dice el artículo! —Todd se encogió—. Por Dios, no matéis al mensajero.

No sabía cómo sentirme. Mi buen día había caído en picado.

—Da igual —dije, y me puse de pie. Miré con tristeza mi trozo de pizza a medio comer, pensando que era una pena que esa hermosa pieza de arte culinario fuera a desperdiciarse—. No pienso dejar que un imbécil hijo de un asesino en serie me fastidie el día. Vámonos a Química, joder.

Nos fuimos a Química.

4

—He leído el artículo —me anunció Andrea—. He encontrado el periódico en la biblioteca. La señora Ridley no quería que lo viera, pero no se le ha ocurrido otra cosa que esconderlo debajo de una pila de cómics que me había pedido que colocara en las estanterías. Para ser bibliotecaria, no es precisamente una lumbrera.

Volvíamos juntos a casa, con otro día de clase cargado a la espalda. El agente Mark Fuller nos seguía despacio en el coche patrulla mientras caminábamos: mi propio destacamento del servicio secreto. De vez en cuando lo saludaba con la mano, y estoy convencido de que él se sentía idiota cuando me devolvía el gesto.

—Tendrías que haberlo robado —repuse. Habíamos doblado la esquina de mi calle; aunque no había dicho nada, estaba claro que Andrea había decidido desviarse de su camino para acompañarme a casa. El calor de la tarde se derretía sobre nosotros como si el rato de fresco de la mañana ni siquiera hubiera existido—. Seguro que mi padre ya lo ha quemado en la chimenea.

—No decía mucho más de lo que nos había contado Todd.

No me lo creí ni de lejos. Andrea no era de las que me ocultaban las cosas para proteger mi tierno corazoncito, pero nunca nos habíamos enfrentado a algo así.

—Vale, pero ¿qué decía?

—Ese tío es imbécil. La periodista intenta citar sus palabras lo menos posible, pero cuando lo hace… Digamos que el chaval ha aprendido todo lo que sabe de las viñetas de humor de los domingos.

—Esa es la respuesta menos esclarecedora que me han dado en la vida.

Alargó la mano y me acarició el brazo con suavidad.

—Te juro que no hay nada que destacar. Solo habla de su padre en tono defensivo, asegura que la mitad de las cosas que se dicen por ahí son un montón de caca de vaca. Y sí, usó esas mismas palabras: «Un montón de caca de vaca».

—Bueno, si la otra mitad es verdad, ya es mucho.

—Exacto.

Continuamos caminando en silencio durante uno o dos minutos, con mi casa ya casi delante. Andrea seguía evitando contarme nada sobre el artículo y yo no tuve ánimos para insistirle demasiado.

—No te vas a creer cómo se llama —dijo Andrea cuando nos detuvimos al inicio de nuestro camino de entrada. Mi madre estaba sentada en el porche delantero y nos hizo un gesto con la mano, perezoso y propio de una tarde calurosa—. ¡Hola, señora Player!

Andrea la saludó levantando los dos pulgares, algo que me pareció escandalosamente absurdo dadas las circunstancias. Luego se giró hacia mí, enarcó las dos cejas y esbozó una sonrisa maliciosa que le iluminó el rostro.

—¿Qué?

—El nombre. El hijo Gaskins. Te decía que no te lo vas a creer.

—A su padre lo llaman Tapón, así que tiene él tiene que ser algo así como… Scooter. ¿T-Bone, tal vez?

—Ja. No. Se llama Dicky.

Pollita. La miré con fijeza y ella me devolvió el gesto. Entonces los dos estallamos en carcajadas.

Ya me sentía mejor —mucho mejor—, así que le di un abrazo y la invité a entrar para merendar. Como si tuviera poderes extrasensoriales, mi madre había hecho galletas y había leche fría

en la nevera.

5

Una hora más tarde, salí con Andrea y le pedí al agente Fuller que la llevara a casa. Me dijo que sí, a todas luces aliviado de poder interrumpir el tedioso trabajo de vigilar mi casa, pero solo si yo los acompañaba. Así no le tocarían las pelotas por dejarme solo, esas fueron sus palabras.

Andrea y yo nos sentamos en el asiento trasero del coche patrulla como si fuéramos delincuentes y nos pusimos a hablar en susurros.

—Esta mañana me prometiste que tú también jugarías a «¿Dónde está Antony?» —me dijo, y noté su aliento caliente en la oreja.

—Sí.

Se me puso la piel de gallina, quería que siguiera hablándome.

—Pero no lo has hecho.

—Sí, es verdad. Perdón.

—Bueno, pues empieza ya, antes de que lleguemos a mi casa.

—¿Por qué no lo haces tú otra vez? Se te da mucho mejor que a mí.

Me pellizcó la piel del antebrazo, lo justo para que me escociera.

—El juego fue idea tuya, ¿recuerdas? Así que venga. Asómbrame con tu brillantez.

—Vale. A ver, dónde está Antony, dónde está Antony, dónde está Antony… —Me estrujé las meninges con la esperanza de que se me ocurriera algo que se acercase aunque fuera de forma remota a sus oscuras y retorcidas versiones—. Creo que estaría bien que tuviera algo que ver con un payaso.

—Ay, sí. Que salga un payaso. Seguro que es buena.

Me preparé cogiendo aire con dramatismo.

—Vale, hace un par de semanas que Antony se matriculó en la Universidad de los Payasos y hasta ahora le ha ido bastante bien.

—Espera, ¿ese sitio existe?

—Pues claro. —Traté de vendérselo lo mejor que pude—. Está en… Kansas. En Kansas City, creo.

—Eso está en Misuri, catedrático.

—Bueno, sí. Da igual, La Universidad de los Payasos está ahí. En Kansas City. Y Antony está arrasando en las clases para principiantes. Tiene asignaturas como… Ya sabes, como Introducción a los Malabares. Pintura de caras. Cómo confeccionar trajes de payaso. Eh…, cómo conseguir tener unos pies anormalmente grandes. Cosas así.

Andrea me ofreció una carcajada minúscula, pero me bastó para seguir.

—Todo le va genial. Entonces, una mañana, su profesor de…, bueno, el tipo que les enseña a apretujarse en coches diminutos. Se llama doctor Spitz.

—Espera, ¿el mismo doctor Spitz de tu última historia?

—El mismo.

—¿Qué probabilidades hay de que sea proctólogo y además tenga un doctorado en Apretujamiento de payasos en coche?

—Ya. Es increíble.

—¿Y qué pasó?

Miré al oficial Fuller a los ojos a través del espejo retrovisor y atisbé el brillo de la risa en ellos, aunque no sabía si llegaba a oírnos.

—El tal doctor Spitz le pide a Antony que vaya a su despacho porque hay un problema. Y a Antony no le queda más remedio que decir que irá, aunque el doctor payaso empieza a darle malas vibraciones. Vibraciones escalofriantes.

Andrea asintió, con aspecto de estar tan sinceramente interesada como uno puede estarlo en un juego tan tonto. Me obligué a recordar que Antony era muy real para ella, por muy ridículas que se tornaran nuestras historias, y eso atenuó mi entusiasmo. Lo último que quería era hacerle daño, y de repente no supe por dónde seguir con el cuento.

—Vale, vibraciones escalofriantes —repitió—, tiene que ir al despacho del doctor Spitz. ¿Y? ¿Qué pasa después?

—Pues, a ver… —Me costaba terminarlo, ya no lo estaba disfrutando—. Es malo.

—Bien. Quiero que sea malo.

«A lo mejor es cierto que esto la ayuda», pensé. Tal vez fuera así de verdad. De manera que acabé lo que había empezado.

—El doctor Spitz le dice a Antony que no está a la altura, que no

tiene lo que hay que tener para ser un payaso como es debido, de los que dan miedo. Que el objetivo de los payasos no es ser simpáticos y divertidos, sino que su verdadera finalidad es hacer que los niños pequeños se mueran de miedo. Antony le dice que se equivoca, que sí tiene lo que hay que tener. El doctor Spitz le dice que no. No, no lo tienes. Antony dice que sí. Sí, lo tengo. Se pasan un rato discutiendo así.

—¿Diciendo que no y que sí? —preguntó Andrea—. ¿En serio?

—Con paráfrasis.

Asintió como si eso tuviera todo el sentido del mundo. Entre bastidores, ahora mi mente había entrado en racha y sabía exactamente adónde iría a parar aquella ridícula historia.

—Al final, el profesor cede y le dice que Antony puede seguir en la universidad si demuestra su valía con el truco del payaso en el coche pequeño. Antony promete hacer lo que sea necesario. El doctor Spitz le dice que tiene que ir al cementerio y desenterrar veinte cadáveres de las tumbas más recientes que encuentre. Después tiene que meterlos a todos a presión en un coche pequeño que el profesor tiene guardado en su…, eh…, garaje de payaso. Antony piensa que es la mejor idea del mundo y lo hace. Te ahorraré los detalles. Dejémoslo en que veinticuatro horas más tarde, en un garaje de payaso, hay un coche pequeño lleno de cadáveres, veinte, la mayoría de los cuales llevan al menos un par de semanas pudriéndose. Huele mal. Y, cuando digo mal, quiero decir fatal.

—Ya me imagino.

—Antony se limpia las manos con satisfacción y se embadurna el mono de trabajo con tripas y sesos.

—Llevaba un mono de trabajo.

—Sí. ¿Qué iba a llevar si no?

—Entiendo.

El coche patrulla se detuvo y observé que estábamos delante de casa de Andrea. El agente Fuller se volvió hacia nosotros sacando el codo por la ventanilla que había en medio del cristal protector.

—Venga, termina —dijo—. Tengo que saber cómo acaba.

Sonrió con la típica expresión de «estos niños de hoy en día», pero la verdad es que no era de extrañar.

—Sí —añadió Andrea—, porque por ahora solo parece que

Antony se lo esté pasando pipa con unos muertos. Seguro que disfrutó hasta el último minuto.

Negué con la cabeza y le di unas palmaditas en la cabeza como si fuera una niña tonta.

—Vale, ahora viene la mejor parte. El doctor Spitz le dice a Antony: «Muy bien, muchacho, ahora te toca a ti entrar. Ha llegado el momento de demostrar lo que vales». Antony palidece, y, como no podía ser de otra manera, no quiere hacerlo. Le ruega al profesor que no lo obligue a meterse en el coche. Pero de repente el doctor Spitz se vuelve malo, se convierte en un payaso furioso. Sí, durante todo este tiempo ha llevado maquillaje y un disfraz de payaso. No os lo había dicho porque quería que fuera un… giro argumental.

—Esto es fantástico —dijo Andrea con sorna.

—Pensad en el payaso más aterrador que podáis imaginaros.

El agente Fuller y Andrea me miraron con una expresión imperturbable.

—No, digo literalmente. Cerrad los ojos y… visualizadlo. No soy capaz de describir lo horrible que era ese tipo. Que es. O lo que sea.

Andrea cerró los ojos un momento, luego volvió a abrirlos y me hizo un gesto breve con la cabeza.

—Lo tengo.

Miré al agente Fuller, que puso los ojos en blanco.

—Sí, yo también. Se parece a ti.

—El terrible profesor payaso agarra a Antony y lo arrastra hasta el coche lleno de cadáveres. Es superfuerte, así que lo levanta del suelo y lo mete a empujones por la puerta, por la del lado del copiloto. Si hubierais estado allí, os habríais dado cuenta de que no hay hueco para Antony, de que el coche está repleto de cadáveres por todas partes, pero el doctor Spitz lo embute de todos modos. Se pone violento, se sirve de su fuerza y de sus puños para aporrear a Antony, le pega, lo empuja, lo fuerza a insertarse en la viscosidad de toda esa carne podrida. Al final lo único visible es la cara de Antony, el resto de su cuerpo… está sumergido, oculto entre cuerpos que se han hecho pedazos para hacerle sitio al pobre desgraciado. Ahora el doctor Spitz sonríe, con la cara llena de gotas de sangre grisácea y de tripas pegajosas, pero no dice nada. Se limita a poner una la mano en la mejilla de Antony con gran reverencia y a empujarla para introducirla en la nalga abotargada

de un cadáver. La nariz y la boca encajan a la perfección en un pliegue que lo deja totalmente sin aire. Entonces el profesor cierra la puerta del coche aunque le cuesta, aunque tiene que apoyar el cuerpo entero en ella y recurrir a toda su fuerza de payaso loco para conseguir que haga clic. Después contempla a Antony mientras se asfixia, mientras se ahoga en una masa de carne en descomposición.

Me quedé callado y sentí un poco de vértigo al ver los ojos como platos del agente Fuller y la boca medio abierta de Andrea.

—Fin —dije.

Nadie habló durante al menos medio minuto. Entonces mi guardia de seguridad personal rompió el silencio:

—Estás enfermo chaval, ¿lo sabías?

—Lo hace por mí —contestó Andrea, que me cogió de la mano con una expresión suave en la cara, como si acabara de recitarle un poema de amor.

—Bueno, pues muy bonito todo —respondió el agente—, pero creo que a tu madre está a punto de darle un ataque. Estás dentro de un coche de policía y no sabe por qué.

Andrea y yo miramos hacia la casa y vimos que su madre bajaba de un salto el último escalón del porche y que corría hacia nosotros con la cara encendida por la alarma. Llevaba una bata y un camisón, a media tarde, y el pelo lleno de rulos.

—Mierda —soltó Andrea mientras abría la puerta del coche—. No os preocupéis, la tranquilizaré y le explicaré por qué nos han detenido. Por contarles historias de payasos malos a los polis, claro.

Su madre había empezado a gritar su nombre, estaba de pie en la acera con los brazos cruzados y los ojos ardientes. Andrea se echó hacia delante y me besó en la mejilla.

—Adiós, David —se despidió mientras salía del coche—. Gracias por la historia de «¿Dónde está Antony?». Yo diría que ha sido la mejor hasta ahora. Nos vemos.

—Adiós —dije, sintiéndome satisfecho.

La portezuela se cerró de golpe, el agente Fuller arrancó el coche y se alejó enseguida. Me di la vuelta en el asiento para mirar por la ventanilla trasera a Andrea, que abrazaba a su madre y le susurraba misterios suaves al oído.

La vida siguió su lento curso durante unos días, sin que hubiera nada relevante en las noticias. No desapareció nadie ni se encontró ningún cadáver, con cabeza o sin ella. Iba al instituto, quedaba con Andrea, hacía deberes, hacía recados, siempre con la compañía constante del agente Fuller a cierta distancia, seguro que para intentar no escuchar más historias sobre el tal Antony Llerenas. El tiempo estival parecía haber llegado para quedarse, aún temprano e incluso un poco más feroz. Tomé la noble decisión, por el bien de mis amigos y familiares, de ponerme un par de capas extra de desodorante por las mañanas.

El sábado fui al cine con Andrea, Trevor y Todd —me sentía mal por «matar al mensajero», según sus palabras— y disfrutamos mucho. Vimos una película de miedo (*El cementerio viviente*, que no me pareció tan buena como el libro, pero que aun así me sobrecogió lo suficiente como para que me agarrara a Andrea un par de veces como un crío asustado) y luego fuimos a tomarnos una hamburguesa y un batido a un pequeño antro llamado Dairy Keen (una imitación descarada de la cadena de restaurantes Dairy Queen, pero nunca se quejó nadie). Después, todos ayudamos a mi padre a cavar una zanja enorme detrás del campo de tabaco, aunque a día de hoy sigo sin tener ni idea de para qué era. Me da la impresión de que lo hizo para mantenernos ocupados y para evitar que yo pensara en cosas más oscuras. Supongo que en algún momento volvería a rellenar la zanja con una retroexcavadora cuando yo no andaba por allí.

Todo esto para decir que, cuando se puso el sol, había sudado agua suficiente para regar nuestros cultivos durante una semana y hasta el último músculo de mi cuerpo pedía un respiro. Después de que mis amigos y yo nos despidiéramos casi sin fuerzas, después de una buena cena a base de chuletas de cerdo y patatas al horno, después de alrededor de una hora viendo el partido de los Braves con mi padre, después de un día de fin de semana de felicidad y mucho trabajo, me fui a la cama.

El sueño me golpeó antes de que mi cabeza tuviera tiempo de hundir bien la almohada.

Mi mente bloqueó durante muchos años lo que ocurrió a continuación, en medio de aquella noche bochornosa y húmeda. Hasta que lo recordé hace unos días, había soñado alguna que otra vez con ello. Creía que solo era un sueño.

Desde luego, fue con un sueño como empezó todo. Estaba tumbado con Andrea en un campo de amapolas —como el que aparece en tecnicolor en *El mago de Oz*— y nos estábamos comiendo un helado de cucurucho cada uno. Éramos tan felices que casi flotábamos, y ella no dejaba de lamer aquella blanca delicia helada como si fuera a tener la osadía de derretirse antes de que le diese tiempo a llegar al cucurucho crujiente. Los sueños no suelen tener mucho sentido y puede que, como era un chico adolescente, Andrea pasara de pronto, en un instante, de lamer su helado a lamerme la cara. Me reía a carcajadas, pero me gustaba y ella seguía haciéndolo.

Entonces me desperté en la oscuridad.

Varias cosas duras se me clavaban en la espalda, una especie de ramas pequeñas.

Toda clase de insectos cantaban su misa nocturna a mi alrededor.

Sentí una brisa que se agitaba rozando el suelo, haciendo crujir las hojas de los árboles y los arbustos.

Y algo me estaba lamiendo la cara.

Grité, asustado, y le pegué un manotazo a lo que fuera que se cernía sobre mí; luego retrocedí arrastrándome, raspándome las manos con la maleza áspera del bosque. Era un ciervo lo que se había alimentado de mis mejillas a lengüetazos: vi la cola blanca que aparecía y desaparecía en la oscuridad mientras se alejaba dando saltos, sobresaltado por mi brusquedad. Obedeciendo a un instinto, me limpié la cara con la mano y me di cuenta de que tenía la piel manchada de algo. De algo basto y granulado.

—Te he convertido en una salera humana.

La voz me llegó desde la izquierda y me sobresaltó tanto que se me puso el corazón en la garganta y me impidió emitir el más mínimo grito de espanto. Volví a retroceder, arrastrándome como un cangrejo hasta un arbusto espinoso. Aterrado, me quedé paralizado, como si las ramas del arbusto me hubieran atrapado como la tela de una araña.

—¿Qué? —intenté decir, pero me salió más bien un graznido.

—No te muevas de donde estás —ordenó la persona. Era un hombre, con una voz cavernosa y susurrante al mismo tiempo, como si quisiera ocultar su identidad. Puede que mis ojos aún se estuvieran adaptando, pero ni siquiera llegaba a atisbarlo—. Quédate donde estás, al menos por ahora. Tengo varias cosas que decir.

Por supuesto que sabía quién era. Tenía que ser Gaskins. Pero ¿cómo me había llevado hasta ahí fuera? ¿Por qué ponía esa voz tan extraña?

—¿Qué has dicho? —pregunté cuando mis nervios se calmaron lo suficiente como para permitirme hablar.

—Que quiero que te quedes donde estás.

El tono de su voz era lúgubre, tanto que casi resultaba gracioso. Pero eso no disminuyó el miedo que sentía.

—No, qué habías dicho antes —aclaré.

Me temblaban las cuatro extremidades, como si me hubiera despertado dentro de un frigorífico en vez de en el cálido bosque, que apenas se había refrescado tras el implacable calor de aquel día.

—Que te había convertido en una salera humana.

Las hojas y la maleza crujieron en algún punto cercano cuando cambió de posición, y entonces vislumbré la sombra de la cabeza y el torso. Estaba sentado, con las piernas cruzadas y cómodo. No dejaba de oír un ruido grave y crepitante, constante y regular, como si tuviera los pulmones llenos de Peta Zetas.

—¿Qué quiere decir eso?

Sus palabras me habían dejado horrorizado incluso antes de que me hubiera enterado del todo de lo que me había dicho. Muchas películas me habían preparado para pensar que aquel tío me ahorcaría y salaría mis restos, y que después me comería a la hora de la cena.

—Vives en Carolina del Sur, muchacho. Sabes lo que es una salera.

Volví a frotarme la cara, sentí el residuo arenoso que me habían frotado por la frente y las mejillas. Lo había hecho para atraer un ciervo, para conseguir que un ciervo me lamiera la cara.

—¿Por qué? —pregunté con todo el asco del mundo impregnado en esas dos únicas palabras.

—Porque me lo han encargado. Para asustarte.

Esperaba que dijera algo más, pero no lo hizo.

—¿Vas a matarme, Tapón?

Percibí un movimiento breve, luego oí un clic y una luz cegadora cobró vida en la oscuridad. Me protegí la cara con el antebrazo, entrecerré los ojos e intenté atisbar algo entre la claridad.

—Esperaré —dijo el hombre—. Esperaré hasta que se te acostumbre la vista.

Me pareció extraño que dijera algo así, pero seguí intentándolo. Por fin las imágenes se enfocaron. Estaba sentado, como había imaginado, y llevaba una sudadera y unos pantalones militares; sujetaba la linterna a la altura del regazo, apuntándole hacia el pecho. Me pareció notarle algo raro en la cara y…, y entonces lo vi todo de golpe.

Tenía la cabeza metida en una bolsa.

Era una bolsa de plástico de supermercado, floja, brillante y arrugada, con las asas atadas al cuello para que no se le cayera. El único motivo por el que pude distinguir el logotipo de la Tienda de Rexall impreso entre las protuberancias y los valles del plástico fino fue lo familiarizado que estaba con él. Le había hecho una raja cerca de la boca y la bolsa entera se contraía y se dilataba con cada una de sus respiraciones, la causa del ruido crepitante como los Peta Zetas que había captado antes.

Apagó la linterna y todo se volvió negro, excepto la posimagen de su cabeza envuelta en la bolsa, que permaneció en mi visión, más aterradora, por alguna razón, que la real. Un estremecimiento de miedo me recorrió de arriba abajo. Su voz rechinó en la oscuridad:

—Recuerda que te he dicho que no te muevas de donde estás. Al menos por ahora.

—Vale —dije.

—Tengo un cuchillo. Solo para que lo sepas. Tengo un cuchillo. Está muy afilado.

—Vale —repetí.

Se quedó callado un rato para dejar que mi mente se dedicara a pensamientos cada vez más aciagos. El bosque se había sumido en el silencio, los insectos me habían abandonado a mi suerte porque

no querían ver las terribles cosas que parecían destinadas a suceder. Intenté armarme de valor, decirme que podía enfrentarme a aquel hombre, sobre todo si «solo» tenía un cuchillo. O, como mínimo, podía huir. Seguramente. No tenía que permitir que Gaskins me hiciera daño.

Continuando con su terrible imitación de Batman, al final dijo:

—Debes de tener curiosidad por saber por qué me he velado la cabeza con esta bolsa de supermercado tan práctica y útil.

Cada frase que salía de su boca aumentaba mi inquietud. Me costaba creer que Tapón Gaskins conociera siquiera algunas de esas palabras. ¿«Velado»? Siempre me había parecido muy simple, muy inculto.

—¿Por qué llevas la bolsa? —pregunté admitiendo mi curiosidad, que era auténtica pese al terror.

—Porque no quiero que sepas quién soy.

No me lo esperaba, ni siquiera me había planteado que pudiera no ser Gaskins.

—Sé quién eres —dije quizá con demasiado atrevimiento.

—Crees que soy Tapón Gaskins. Y a lo mejor lo soy. O a lo mejor no lo soy. A lo mejor soy Donald Henry Gaskins y a lo mejor nadie le ha preguntado nunca si le gusta que lo llamen Tapón. A lo mejor soy otra persona. A lo mejor soy su hijo o su padre. A lo mejor soy alguien que Tapón ni siquiera conoce. A lo mejor soy su víctima o él es la mía. A lo mejor soy alguien que en realidad no existe porque dentro de la esfera de tu conocimiento no sabes quién soy. Si no sabes quién soy, ¿acaso existo? —Ahora las palabras le salían a raudales, apenas interrumpidas por la respiración—. Lo que importa es que estamos aquí, en el bosque, a oscuras, y que estamos sentados frente a frente, preguntándonos quién será el otro. Quién será el otro de verdad. Todos llevamos una bolsa en la cabeza, David. Todos. Algunas tienen rajas para que entre el aire y otras no. Algunas son visibles, otras invisibles. Y cuando la bolsa no basta, entonces debe caer la cabeza. Así es como identificamos nuestra valía para estar en este mundo. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

No lo entendía. No entendía nada. Y estaba demasiado asustado para decírselo.

—No lo entiendes, se te nota. No hace falta que hables. Sé todo lo que hay que saber en lo que respecta a nuestra cabeza y a las

bolsas que llevamos. Sé todo lo que hay que saber de ti.

Mientras hablaba, oí los ruidos delatores de que se movía, se ponía en pie y venía hacia mí. Se me escapó un pequeño gemido y retrocedí para internarme más en el arbusto espinoso. De repente, unas manos me agarraron por la camisa del pijama, tiraron de mí para sacarme de entre la maleza y me lanzaron al suelo de espaldas. Luego se me sentó a horcajadas sobre el pecho y me inmovilizó contra el suelo clavándome las rodillas huesudas en los brazos. Me dolía, así que forcejeé en vano para intentar liberarme; siempre me había parecido un hombre diminuto, pero no logré superar su fuerza.

—Deja de moverte —dijo, todavía con esa ridícula voz áspera—. Deja de moverte ahora mismo.

Obedecí. El terror había invadido hasta el último recoveco de mi cuerpo, se desbordaba y presionaba en las grietas.

—Por fin ha llegado el momento de ver qué clase de cabeza tienes sobre los hombros.

Me puso una bolsa de supermercado en la cabeza, tiró de los bordes superiores con fuerza hacia mis hombros y luego los presionó con las manos contra el suelo, junto a mi nuca, de modo que una apretada lámina de plástico me cubrió la cara, tirante, hasta cortarme el aire de la nariz y la boca. El pánico me recorrió todas las terminaciones nerviosas, un pánico absoluto que no había sentido nunca, ni siquiera en mis anteriores encuentros con Tapón. Haciendo caso omiso de las órdenes que me había dado hacía apenas unos segundos, sacudí las piernas, agité los brazos y retorcí el torso, una batalla inútil contra su posición aventajada y su insólita fuerza.

Mascullé, intenté gritar, pero no tenía aliento para respaldarlo ni aire para formar los sonidos.

—¡Para! —susurró con violencia mientras me tapaba la boca con la mano—. ¡Para y demuestra que eres capaz de aguantarlo! ¡Deja de resistirte!

No sabía qué otra cosa hacer, así que lo obedecí una vez más. Luché contra todos los instintos que me arrasaban el cuerpo y paré, lo paré todo: los brazos, las piernas, el torso. Contuve la respiración en lugar de intentar encontrarla en un lugar donde no existía. Me quedé tumbado sin moverme lo más mínimo, imitando al cadáver

en el que estaba a punto de convertirme. Me sentí como si me estuviera fundiendo con el suelo, mi existencia llegaba a su fin. Varias imágenes de mis padres y mis hermanos me pasaron por la cabeza. Vi a Andrea en la oscuridad de mis ojos cerrados.

Se oyó un desgarro y, de repente, el aire me azotó la cara, me entró en la nariz y en la boca. Tragué una bocanada, luego otra, luego otra, oyendo el crujido de la bolsa al expulsarlas.

—Eso es, eso es —dijo el hombre con una voz tan tranquilizadora como si le estuviera hablando a un recién nacido—. Así se hace. Esa es la manera de demostrar tu valía. Ese control sobre tu cuerpo. Así se hace.

Ahora que el aire volvía a llenarme los pulmones y a proporcionarle oxígeno a mi corazón, lo único que me consumía era una confusión tan pura y desconcertante que me cuestioné mi propia cordura.

—¿Por qué? —balbuceé—. ¿Qué está pasando?

No esperaba respuestas, pero hablar, oírme hablar, era un alivio. Significaba que estaba vivo.

—Ahora voy a levantarme —fue la única respuesta que obtuve, todavía enunciada con ese tono rasposo que parecía sacado de *El exorcista*—. Voy a levantarme y tú no te vas a mover. ¿Estamos de acuerdo?

Asentí, aturdido por lo que estaba experimentando, con la bolsa ya suelta sobre la cara. El hombre se puso de pie. La ausencia de presión cuando me quitó su peso de encima hizo que otra oleada de euforia extraña me recorriera el cuerpo traumatizado. Aunque me moría de ganas de arrancarme la bolsa del supermercado de la cabeza, no me atreví a moverme.

—Voy a marcharme —dijo mi atacante—. Quiero que te quedes ahí tumbado durante al menos treinta minutos y que pienses en lo que te he dicho. Treinta minutos. Lo sabré si no lo haces. Créeme. —Me dio una ligera patada—. Asiente, dime que lo has entendido.

Hice lo que me decía; asentí tres veces y me repugnó el ruido de la bolsa al arrugarse. Y entonces, igual que hacía unos instantes, volvió a soltar un torrente confuso de palabras sin sentido:

—Bien. Todos vivimos en un mundo abarrotado, David. Solo unos pocos encajan realmente en él. Pronto empezarás a aprender sobre lo que son la Reticencia y el Despertar, sobre las cosas que no

se ven, sobre por qué estás involucrado. Es una maldición bella y una bendición bella, David, y solo unos pocos conocen esa belleza. Los que no saben usar la cabeza la perderán. Aférrate bien a la tuya, ahora. Nunca des por sentado todos esos huesos y esa carne que la conectan a tu cuerpo. Oh, no, no lo hagas nunca. Hasta el más fuerte puede acabar… cercenado.

Una vez que concluyó su desvarío, sentí que su presencia se apartaba de mí, oí el crujir de sus pasos mientras se alejaba. Algo se liberó en mi interior, un dique que había contenido las emociones hasta llenarse a reventar. Ahora, liberadas, me inundaron el espíritu y me hice un ovillo mientras temblaba a causa de los sollozos.

¿Cómo había llegado mi vida a convertirse en ese infierno?

¿Cómo?

CAPÍTULO 11

Julio de 2017

1

Varias formas de H2O constituían ahora mi mundo. Por encima de mí, el cielo no era más que una masa gris de nubes, tan espesa y pesada que no se distinguía ni un solo remolino, ni una cola, ni una voluta. Solo una grisura plana, como si el final de los tiempos descendiera sobre nosotros para consumirnos. La lluvia caía a mares de esa masa de nubes. Había visto lluvias más fuertes en mi época, pero aquella era constante, implacable. Habían pasado dos días desde la aparición del cadáver —despojado de su pobre cabeza— en el bosque cenagoso de los terrenos de mis padres y, a menos que hubiera ocurrido durante mis endebles hurtos al sueño, la lluvia no había cesado en ningún momento. Y por debajo de nosotros —bajo nuestros pies, a lo largo de las carreteras y las zanjas, en los campos y los aparcamientos y los caminos de entrada de grava—, el agua corría formando ríos y arroyos diminutos que se acumulaban en un millón de estanques en miniatura. Los presentadores de las noticias de la televisión habían usado tantas veces la palabra «inundación» que se notaba que deseaban que tuviera unos cuantos sinónimos razonables, algo que rompiera la monotonía.

En resumen, llovía a cántaros.

Iba conduciendo hacia el oeste por la I-20, a través de ese mundo acuático, camino de la ciudad de Columbia. Cuando era pequeño, para un pueblerino de Lynchburg ir a Columbia era como ir a Nueva York, y en mi caso todavía conservaba gran parte de ese encanto. Me gustaban su arquitectura sureña, sus calles amplias y la mezcla de lo antiguo y lo nuevo. Además, era una de las pocas

ciudades grandes al sur de las Virginias que no se me parecía demasiado a una ciudad. Sin embargo, la visita de ese día no era por placer. Ese día solo tenía un propósito, y después el plan era volver a casa con mi familia lo antes posible.

Ese día iba a ver a Andrea Llerenas.

Incluso la había llamado para avisarla con antelación.

La necesitaba. La necesitaba de una manera que desafiaba toda razón: habían pasado uno o dos años desde la última vez que nos habíamos visto y podría decirse que habíamos perdido el contacto. No por ningún tipo de malicia o de mala voluntad, nada de eso. A lo largo de los años, habíamos seguido siendo tan buenos amigos como es posible serlo cuando uno avanza en la vida, forma una carrera profesional, una familia, un nuevo hogar. Incluso en una ciudad pequeña es raro que los amigos del instituto sigan estando tan unidos como en aquella época. Pero yo agradecía muchísimo que lo hubiéramos hecho lo mejor que habíamos podido.

Tras más o menos una hora de viaje, tomé la salida que llevaba al centro de Columbia, aunque estuve a punto de saltarme la señal, ya que a mis acelerados limpiaparabrisas les costaba mantener despejada la enorme luna delantera del monovolumen. Era como la frente pronunciada de un vecino odioso y con entradas. Con el móvil en precario equilibrio sobre el salpicadero, justo delante del volante, seguí el mapa del GPS hasta el complejo de apartamentos de Andrea, con la sensual voz británica de Siri ofreciéndome educadamente las indicaciones paso a paso por si era demasiado estúpida como para seguir los giros marcados.

Andrea vivía en un rascacielos, lo que en Columbia significaba que el edificio tenía unos veinte pisos de altura. Cuando entré en el aparcamiento subterráneo, la ausencia repentina de gotas de lluvia golpeteando el techo y las ventanas del monovolumen hizo que el silencio casi me taponara los oídos. Me impresionó el lugar. Cemento limpio, plantas, flores y árboles plantados en todo tipo de sitios sorprendentes. Las paredes de las distintas plantas del aparcamiento incluso tenían tallas decorativas de animales exóticos que resultaban en parte espeluznantes y en parte bonitas.

En la tercera planta, aparqué en una plaza vacía y apagué el motor. Y luego me quedé allí sentado, contemplando una absurda talla de focas que volaban rozando el océano. Ahora que había

llegado, estaba muerto de miedo. El año anterior me había olvidado de enviarle a Andrea la felicitación navideña anual… Lo cual no habría sido tan terrible si ella no se hubiera acordado de una manera tan increíble: escribió una nota individualizada para cada uno de los miembros de mi camada y les adjuntó un detalle pequeño y sentimental. Un yoyó, una tarjeta de regalo, una bolsa de chocolatinas pequeñas y no sé qué más.

Así que allí me quedé, aparcado a menos de treinta metros de mi mejor amiga de la infancia, calmando los nervios con un chocolate caliente barato de la gasolinera, repasando el saludo, los comentarios obligatorios para romper el hielo, los abrazos, los besos en las mejillas, el orden de las preguntas y la investigación y el intercambio de anécdotas divertidas de los buenos tiempos. Quería entrar con un plan maestro, siendo capaz de cambiar de táctica en un abrir y cerrar de ojos, de llevar la conversación hacia donde necesitaba que fuera en cuanto se me presentase la oportunidad. Aquello tenía que salir bien. A mi familia le estaban pasando cosas malas y había ido hasta allí para pedirle a Andrea que me ayudara, igual que me había ayudado una vez hacía casi treinta años y en muchas otras ocasiones desde entonces.

Alguien golpeó la ventanilla con tanta fuerza y de forma tan inesperada que grité, di un respingo y me golpeé la cabeza contra el cristal.

Era ella, por supuesto.

Por alguna razón, no me moví. Me limité a quedarme mirándola. La edad no había sido ni misericordiosa ni cruel con mi mejor amiga de la juventud. Tenía el pelo oscuro y recogido en una coleta, la cara sin maquillar, unas arrugas diminutas en las comisuras de los ojos. Me devolvió la mirada con toda la perspicacia, la bondad y la pinta de listilla que recordaba de los viejos tiempos. Enarcó una ceja como si pensara que me había vuelto un poco loco.

—¿Has venido a verme a mí o a conocer el aparcamiento? —preguntó con la voz amortiguada por la ventana.

—Ah —farfullé a modo de respuesta, como si fuera imbécil perdido.

Andrea se hizo con el control de la situación, abrió la puerta de par en par y se agachó para darme un abrazo. Su gesto acabó con todos mis nervios e inhibiciones incómodas y se lo devolví sintiendo

con intensidad que los años se desvanecían y casi oliendo los aromas primaverales del bosque por el que paseamos tantísimas veces durante nuestra juventud.

—Hola —dije—. Me alegro mucho de verte. Sé que últimamente se me ha dado fatal lo de mantener el contacto, lo siento. Pero, tía, cómo te necesito ahora mismo.

Bromeó haciendo el ademán de alejarse de mí para escapar y me apartó las manos de su cuello, como si ya estuviera harta de mis tonterías. Pero entonces la preocupación le ensombreció el rostro y no me soltó las manos, sino que me las apretó.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—Muchas cosas.

—Caray. —Volvió a agacharse y me besó en la mejilla—. ¿Y si entramos y nos tomamos un café? Vengo de hacer la compra, ¿me ayudas a subir las bolsas?

—Ningún plan me había sonado nunca tan bien. Ninguno.

2

Al principio no hablamos mucho. Me sorprendieron un poco tanto el peso como el volumen de su gran compra: por lo menos cinco bolsas de plástico me excavaron surcos en los dedos, que, para cuando solté los productos en la encimera de la cocina del apartamento, estaban a punto de estallarme de la presión. Andrea se puso a descargarlas y, con aire mecánico, fue diciéndome dónde colocar cosas como la sémola instantánea, las latas de frijoles con chile, las galletas Oreo y algo llamado quinoa que juré para mis adentros que no probaría jamás. Aunque me sentí bastante orgulloso cuando guardé la leche sin necesidad de que me diera indicaciones.

Charlamos de todo un poco —de cómo estaban los niños, de cómo le iba el trabajo, de cómo me iba a mí, de por qué comía quinoa, etc.—, pero de nada que perdurase en mi memoria durante más de medio minuto. Con cada producto que guardábamos en su lugar cuidadosamente ordenado, nos parecía dar un salto atrás en el tiempo, y la comodidad y la tranquilidad iban sustituyendo la incomodidad y la vergüenza. Sin oírla decirlo, me sentí perdonado por mi reciente falta de habilidad con las felicitaciones navideñas.

Preparó una cafetera —para mí, supongo— y luego procedió a hacerse una manzanilla. Con una morbosidad asombrosa, eso me hizo pensar en Betty Joyner, la de la Tienda de Rexall, y en que —a menos que hubiera descubierto una forma de viajar por el universo aproximándose a la velocidad de la luz para retrasar su edad relativa a la nuestra— no cabía duda de que ya estaba muerta, sepultada en la tierra. Durante un instante me imaginé su cuerpo en el ataúd, con los labios ya conquistados por la putrefacción y dejando a la vista unos dientes que durarían para siempre, siempre sonriendo.

—¿Nos sentamos? —preguntó Andrea al tiempo que me tendía una taza de café humeante.

Aliviado por escapar de los oscuros pensamientos sobre el cadáver sonriente de la señora Joyner, le di las gracias y asentí. Nos sentamos a la esquina de su mesa de cocina, separados solo por el ángulo de noventa grados del borde de madera.

—Bueno —empecé tras probar un cauteloso sorbo de aquel café caliente como la lava—, me impresiona que todavía no me hayas preguntado qué leches hago aquí. Te lo agradezco.

Sujetaba la taza con ambas manos, como si disfrutara del calor que transmitía.

—O sea que ¿no has venido solo a ver qué tal está tu mejor amiga del instituto? —Sonrió para quitarle hierro a su comentario —. Era una broma. Tienes cuatro monstruitos. Me sorprende que tengas tiempo de ir al baño, así que, desde luego, no espero que te dejes caer por aquí para ver una peli conmigo todos los fines de semana.

Me entró la risa, en parte como mecanismo de defensa. No tenía ni idea de por dónde empezar con todo aquel embrollo.

—Supongo que ya estás enterada de lo que ha pasado…, de lo que está pasando… en nuestro pueblecito natal, ¿no?

Aún no había terminado de preguntárselo cuando me di cuenta de que por supuesto que no estaba enterada. Habría sido lo primero de lo que me habría hablado en cuanto llegué; de hecho, si lo hubiera sabido, seguro que se habría presentado ese mismo día en casa de mis padres.

—No he dicho nada —continué enseguida—. Es un lugar diminuto en medio de la nada, a un mundo de distancia de aquí.

Claro que no te has enterado.

—¿De qué estás hablando? ¿Va todo bien? ¿Alguno de tus padres…?

—No, no, están bien. Mis hijos están bien.

Fue lo único que conseguí decir. Una vacilación brutal se apoderó de mí, tan intensa que me sentí sofocado por una fuerza invisible. ¿Era justo que volviera a meter a Andrea en todo aquello? No me extrañaría que hubiera tenido que ir a terapia durante décadas para superar las cosas tan horribles que habíamos visto cuando éramos adolescentes. Quizá ya estuviera bien. Tal vez se hubiera curado. ¿Cómo iba a hacerle algo así?

—¿David? —me llamó en voz baja—. Si no me cuentas de qué va esto, me veré obligada a darte un puñetazo en la cabeza. ¿Qué ha pasado?

Un fuerte suspiro fue lo mejor que pude ofrecerle como respuesta.

—David. —Esta vez lo pronunció con el tono de advertencia de una víbora a punto de atacar.

Decidí seguir adelante. Mentirle sin venir a cuento y ocultarle las cosas me parecía una gran traición.

—Nos han ocurrido muchas cosas horribles desde que llegamos a casa de mis padres. Podrías entrar en internet a leer *The Item* y te enterarías de todo.

—Me tienes al borde de un ataque de nervios —respondió ella —. Suéltalo de una vez. Por favor.

—Bueno, la primera cosa extraña fue que Dicky Gaskins fue a buscarme a casa de mis padres. Llamó a la puerta sin más, como si fuera algo de lo más normal viniendo de él.

—¿Dicky Gaskins? —Repitió su nombre con todo el odio que se merecía—. ¿Qué leches fue a hacer a tu casa?

—Todavía no lo sé. Pero la cosa se vuelve todavía más rara. Empezó a ahogarse con su propia lengua y entonces mi hijo lo salvó, se la sacó de la garganta con la mano.

Había algo en todo aquel asunto que seguía rondando mis recuerdos de la infancia, como una persona parada justo al borde de mi visión periférica, acechándome.

—Vale…

Frunció el ceño mientras reflexionaba sobre las posibles razones

de aquel sinsentido. A Andrea también le habían dicho varios terapeutas caros que había bloqueado algunos de nuestros recuerdos del instituto. Ninguno de los dos habíamos intentado recuperarlos.

—Y va a peor. A mucho peor.

Una respiración entrecortada hizo que me temblara el pecho, mis emociones amenazaban con desbordarse. «Wesley. Mi hijo». Ese cabrón se había llevado a mi hijo.

—Ostras, David. ¿Qué más ha pasado? —Estiró el brazo y me estrechó la mano con fuerza.

—Dicky Gaskins secuestró a mi hijo mayor ese mismo día, más tarde. A Wesley. En plena noche. Lo retuvo durante tres días enteros y todavía no sabemos qué coño podría haberle hecho.

Andrea no dijo nada, pero las lágrimas de espanto le anegaron el borde inferior de los ojos.

—Lo encontramos —dije, y me llené los pulmones con una ráfaga de aire larga y fría—. Sano y salvo, al menos en apariencia. Al menos por fuera. Y arrestaron a Dicky. Pero ayer mismo descubrimos un cadáver detrás de casa de mis padres, casi enterrado en la ciénaga. Todavía no sé de quién era. Y… —al contar todo aquello en voz alta fui consciente de la gran cantidad de cosas que habían pasado en realidad, del lío que se había montado— Dicky se ha escapado.

—No me…

Levanté una mano.

—Una última cosa y luego hablamos de los detalles. Al cadáver de la ciénaga… le habían cortado la cabeza. Como…

No hacía falta que terminara la frase, no hacía falta que pronunciara las palabras en voz alta. Andrea lo había vivido conmigo hacía años. Nuestra mente asustada y traumatizada no lo había borrado todo.

Se echó hacia atrás, con las manos en las mejillas y los ojos paralizados en una mirada inerte.

—Esto no puede estar pasando. No puedes estar aquí sentado contándome todo esto. No puede ser… —Se interrumpió; jamás la había visto tan consternada.

—Lo siento, Andrea. Ha sido una estupidez venir hasta aquí y meterte en todo esto.

—No, no… —Parecía muy aturdida, muy… desequilibrada—. No pasa nada. No pasa nada. Solo necesito… Solo necesito procesarlo.

Se dio la vuelta sin darme más explicaciones y, despacio, salió de la cocina y recorrió el corto pasillo de su apartamento. La vi entrar en el dormitorio del fondo y cerrar la puerta a su espalda, con suavidad. Aquel ruido sordo fue como el último punto de la última frase de una novela deprimente. El arrepentimiento me oprimía el corazón y la incertidumbre respecto a su reacción no ayudaba. ¿Había desencadenado algo en ella? ¿Iba a sufrir una crisis nerviosa? La indecisión me estaba matando, me aguijoneaba la superficie del corazón.

Me levanté, di un paso hacia su habitación y luego me detuve. Me había dejado claro que necesitaba algo de tiempo, así que tenía que dárselo. Cogí mi taza de café para al menos tener algo que hacer mientras esperaba, me senté en el sofá y observé con desgana la pared de enfrente. Mi mirada se desvió de inmediato hacia un marco colocado encima del televisor. Era una foto antigua, de un hombre y una mujer jóvenes, cogidos del brazo, vestidos con vaqueros y camisetas, sonriendo con la desvergonzada confianza de la juventud.

Era una foto de nosotros dos con dieciséis años.

3

Salió de su habitación media hora después. Me habían parecido siete horas, tal vez ocho, quizá mil, pero lo sabía casi con total exactitud gracias al reloj digital que había al lado de aquella antigua foto nuestra. Eran básicamente las dos únicas cosas que había mirado mientras esperaba.

Cuando oí que se abría la puerta del dormitorio, me levanté y estuve a punto de derramar la taza de café. Apenas la había tocado y ya estaba fría. Al principio no vi a Andrea —desde allí no se veía el pasillo, al contrario que desde la cocina—, así que esperé con nerviosismo a que hiciera acto de presencia.

Cuando lo hizo, lo primero en lo que me fijé fue en que llevaba una maleta en la mano. La dejó caer al suelo.

—¿Puedo quedarme en casa de tus padres?

4

No me lo habría creído ni aunque la mejor vidente del mundo me hubiera mostrado en una bola de cristal cómo iban a desarrollarse los acontecimientos paso por paso, ni siquiera aunque Dios hubiera descendido y me hubiese ofrecido la misma visión de los hechos en mi televisor a todo color. Sin embargo, menos de dos horas después de que hubiera entrado en su aparcamiento, Andrea y yo estábamos montados en mi coche, viajando hacia el este, de vuelta a casa. Su maleta iba bien guardada en el maletero, la emisora Ozzy's Boneyard sonaba en la radio y un café y un té comprados en la gasolinera descansaban en los portavasos soltando vapor por la abertura de la tapadera.

Todo eso me había dibujado una sonrisa permanente en la cara, a pesar de las difíciles circunstancias, y Andrea lo notó.

—Me alegra verte sonreír —comentó. Acabábamos de superar el límite de la ciudad de Columbia, nos quedaba una hora de camino. La lluvia continuaba cayendo a raudales del cielo gris oscuro y los limpiaparabrisas funcionaban deprisa con un sonido tan relajante como el golpeteo de la propia lluvia y el incesante deslizar de los neumáticos sobre la calzada mojada—. Cuando estábamos en mi apartamento parecía que estuvieras a tres pasos de la muerte.

—Me sentía a tres pasos de la muerte. —Bebí un sorbo de café caliente—. Pero en cuanto te vi con esa maleta… me animé. Es como en los viejos tiempos, ¿no? Jamás habría sobrevivido al instituto sin ti.

—¿Al instituto? ¿O a Tapón Gaskins? —Habló con tono jovial pese al oscuro trasfondo de la pregunta.

—A ninguna de las dos cosas. Sin duda, a ninguna de las dos.

—Bueno, tendremos que volver a aclararlo todo. Si a ese imbécil de Dicky Gaskins le gusta ir por ahí cortándole la cabeza a la gente como hacía su papá, tendremos que ocuparnos también de él. Bum. —Bebió un victorioso trago de té, que debió de escaldarle la garganta—. Uf. Qué caliente está.

Eso me llevó a pensar en algo.

—Supongo que, al final, las películas no van tan desencaminadas.

—¿Cómo?

La miré de reojo y me reí al ver su cara de desconcierto.

—Es algo en lo que mi hijo y yo nos fijamos siempre. En las películas. En las de policías o de asesinatos o como quieras llamarlas. O en cualquiera en la que aparezca una oficina.

—David, ¿de qué diablos estás hablando?

Volví a reírme.

—En las películas, cada vez que un ayudante o algo parecido lleva café para todo el mundo, en esas tazas genéricas tan feas que utilizan siempre, los protagonistas los cogen y se los beben como si fueran agua, levantándolos mucho más de lo que lo haría cualquier persona normal. Resulta muy obvio que están vacías, que son solo de atrezo. Te juro que pasa en todas las películas. Nunca lo sorben como si estuviera ardiendo. Y eso es lo que acabas de hacer tú.

—Porque me sentía empoderada e invencible. Y porque me olvidé de que estaba caliente.

Me encogí de hombros y luego, con gran ostentación, cogí mi café y lo sorbí con mucho cuidado y haciendo ruido, con los labios proyectados hacia fuera como los de un chimpancé.

—Como ya he dicho, a lo mejor me equivoco.

—Hasta ahora hemos tenido una conversación muy esclarecedora.

—¿A que sí? —Le acerqué mi taza y ella la golpeó suavemente con la suya—. Salud.

—Salud —repitió ella—. Me gusta que volvamos a estar juntos. —Sentí curiosidad por saber si se estaba burlando de mí, pero por el rabillo del ojo vi que estaba contemplando la lluvia lúgubre, sumida en sus pensamientos—. El tiempo es extraño. Puede parecer que algo que sucedió la semana pasada ocurrió hace un millón de años, y también hay otras cosas que pasaron cuando eras un crío y que parece que fueron ayer. No creo que sea tan lineal como tendemos a pensar.

Asentí y me pregunté si estaríamos a punto de iniciar un debate existencial. No sabía si me apetecía o no; solo sabía que me alegraba de volver a estar con ella.

—Siento mucho cómo terminaron las cosas, Andrea. De verdad.

Sacudió la mano en el aire con brusquedad.

—Ay, por favor, no me vengas con ese rollo de la culpabilidad. No fue culpa tuya, ni mía ni de nadie. Fuiste a la universidad, te

casaste, tuviste setenta mil hijos… Yo no me arrepiento de nada, y espero que tú tampoco. Solo digo que esto es bonito, que eres el mejor amigo que he tenido y que ahora lo recuerdo. Y no quiero olvidarlo. Así que prométeme que nos esforzaremos un poco más por mantener el contacto de lo que lo hemos hecho hasta ahora. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Por supuesto. Lo deseo tanto como tú.

—Y olvidemos que esta conversación tan cursi ha existido.

—También estoy de acuerdo.

—Excepto la parte de que vamos a seguir en contacto.

—También estoy de acuerdo en eso.

—Vale, señor Redundante. Me alegro de que haya quedado claro, entonces.

Seguimos avanzando hacia la tormenta.

5

Estábamos a unos veinte minutos de Lynchburg cuando nuestra conversación al fin se centró en cómo le había ido la vida a Andrea a lo largo del último año y pico. Comenzó por su madre, y su voz me pareció tan melancólica como la lluvia que caía del cielo.

—Está en una residencia, en Augusta. Intenté encontrarle una buena en Columbia, pero ninguna me convencía, no se parecían ni de lejos al lugar al que terminé llevándola. Tiene un montón de azaleas, y robles, y pequeños estanques junto a los que sentarse. Le encantaba la naturaleza, así que le busqué un sitio donde pudiera disfrutarla.

—Ostras —dije—. Siento mucho lo que me cuentas. ¿Tiene… demencia?

—Sí. Y bastante avanzada. Por suerte, soy lo único que parece recordar siempre, aunque se ha olvidado de muchos de nuestros recuerdos compartidos. Al menos nunca me ha llamado por otro nombre. Cuando eso suceda, me volveré loca, te lo juro.

Me sentí fatal por no haberme enterado siquiera de la noticia.

—¿Y si vamos a visitarla cuando hayamos resuelto todo este asunto en casa? Podríamos ir cuando viajemos de vuelta a Atlanta dentro de un par de semanas.

—Gracias, sería un detalle. Estoy segura de que se acuerda de ti.

Por cierto, le conté lo de nuestro jueguecito.

Volví la cabeza tan rápido para mirarla que el coche dio un bandazo de unos treinta centímetros.

—¿Qué? Venga ya. ¿Se lo has contado?

—Fue hace poco, una noche, casi como si fuera el cuento de la hora de dormir. La hizo reír y llorar, pero creo que en general le gustó. Incluso jugamos unas cuantas rondas entre nosotras. Sus historias eran un rollo, eso sí. Todo ataques al corazón o muertes en accidentes de coche. Ni rastro de creatividad.

Me sentí un poco raro e intenté asimilar lo que acababa de contarme.

—Ella te quería, ya lo sabes —dijo Andrea—. Te quería de verdad. Debe de habérmelo dicho al menos mil veces a lo largo de los años: «¿Por qué no te casaste con David? ¿Por qué, por qué, por qué no te casaste con David?». Intenté explicarle que las cosas no siempre salen como en los cuentos de hadas.

—¿En los cuentos de hadas no suelen comerse a la gente? —pregunté.

—En las versiones de Disney no, y eran las únicas que yo conocía. —Andrea parecía sumida en una especie de ensoñación profunda. Yo quería olvidarme del pasado, no hablar más de él, porque solo podía ir de mal en peor. Pero ella siguió—: Han pasado un montón de años y nunca hemos vuelto a hablar de lo que ocurrió la noche en que capturaron a Tapón. La peor noche de nuestra vida y apenas recuerdo nada. Y sé que tú viste cosas que yo no vi. —Su tono contenía un deje acusador.

—Sabes que yo también lo bloqueé casi todo. Cada terapeuta al que he ido conseguía sacarme menos que el anterior. Teníamos dieciséis años, Andrea. Ni siquiera los soldados entrenados para ello podrían haber soportado algunos de los traumas por los que tú y yo pasamos. Tenemos suerte de haberlo superado, y más aún de haber sobrevivido psicológicamente.

—Habla por ti —medio murmuró, y no logré distinguir si lo decía de broma.

—Andrea, te juro por la vida de mis hijos que nunca te he ocultado nada. Ni un solo detalle. Lo que pasó aquella noche… lo recuerdo solo como si fueran destellos, y ninguno bueno. ¿Por qué crees que me ingresaron en un centro de salud mental durante seis

semanas? No dormía, no comía, no dejaba de temblar. No me extraña que mi mente bloqueara todo lo que pudo, debe de ser un mecanismo de defensa o algo así. No tengo claro si seguiría aquí si pudiera recordarlo todo a la perfección.

Estaba divagando, sin duda. Hablando de cosas de las que llevaba años sin hablar, ni siquiera con mi terapeuta o con mis padres.

—De todas maneras, ¿qué más da? —pregunté—. Detuvieron al tipo y se acabaron los asesinatos. ¿A quién le importa cómo llegamos hasta ese punto? A ver, ¿tú me has ocultado algo?

—No. Solo es que siento que pasamos por aquella mierda juntos, pero que no llegamos a ponerle fin juntos. Siempre he tenido la sensación de que me falta algo por dentro. Nada más.

Era la primera vez que teníamos una conversación así. Me dejó perplejo y me quedé sin palabras. En mi cabeza, aquella noche era más una sucesión de colores que de imágenes y sucesos concretos. Colores oscuros, colores en 3D, salpicados de sangre.

—Perdóname, David —murmuró al cabo de un par de minutos incómodos—. Da la sensación de que estoy echándote la culpa a ti o alguna locura por el estilo. Te prometo que no es así. Solo intento decirte que siento de veras no saber cómo acabó todo. Está claro que no es culpa tuya. Siento haber sacado el tema. Y lo siento de verdad, no solo para aparentar.

—No, no, no pasa nada —le aseguré, aunque puede que no con mucho convencimiento.

Hasta entonces, la idea de coger el coche y plantarme en casa de Andrea había salido muy bien, pero ahora parecía que hubiéramos entrado en un enorme terreno de arenas movedizas y estuviéramos hundiéndonos, cada vez más alejados del mundo.

Estiró una mano y me dio un apretón en el hombro.

—Lo siento mucho, te lo juro. Es que… no recordarlo hace que sienta que no hice todo lo posible por salvarte.

Le lancé una mirada rápida para intentar transmitirle con los ojos que no tenía que disculparse ni mucho menos.

—Andrea —le dije—, todo lo que siento por ti es bueno, sin excepción, de principio a fin. Si te has sentido culpable o arrepentida por cualquier cosa, por cualquier cosa relacionada con esto, me da verdadera pena. Tía, éramos unos críos. Es como si la

última victoria de Tapón sobre nosotros fuera que sigamos fustigándonos por esto. Menuda jugarreta nos hizo.

—Eso es cierto.

Quise preguntarle por su padre, Antony, el sujeto de nuestro cruel juego del pasado. «A lo mejor está muerto», pensé, y no me avergüenza reconocer que la verdad es que me habría alegrado. Puede que Antony incluso hubiera dejado este mundo de forma espectacular, condenado a uno de los horribles escenarios que habíamos imaginado para él. Pero ya habíamos hablado de suficientes cosas oscuras, así que tomé nota mental de que debía preguntárselo más tarde, por la noche, con suerte mientras nos tomábamos unas copas. Muchas copas.

Viajamos en silencio durante unos minutos y, por fortuna, la tensión del ambiente fue disipándose. Sobre todo cuando vimos la salida que llevaba a nuestro pueblo natal. Aunque no pronunció palabra, supe que Andrea esperaba con ilusión esos últimos kilómetros circulando entre los prados, las granjas, los campos. Que ese día estuvieran empapados de lluvia no disminuiría la magia de la tierra en la que nos habíamos criado.

—Hogar, dulce hogar —susurró como si se hiciera eco de mis sentimientos.

Enfilé una carretera estrecha de dos carriles y me encaminé hacia Lynchburg.

6

—Chicos, os acordáis de Andrea, mi mejor amiga del instituto, ¿verdad?

Acabábamos de entrar en la casa y mis cuatro hijos habían salido a recibirnos. Me imaginé que Hazel había estado observando la lluvia a través de la ventana —le encantaban las tormentas, se parecía mucho a su padre en ese sentido—, porque abrió la puerta con entusiasmo antes incluso de que llegáramos a los escalones del porche. Ahora estábamos dentro, todos allí plantados con esa postura algo incómoda que adoptas mientras esperas a que se rompa el hielo. De momento, no había ni rastro de mis padres.

—Han pasado un par de años, pero venga ya —insistí cuando nadie reaccionó aparte de Hazel, que se acercó y le dedicó a Andrea

una sonrisa enorme, como si esperara recibir un caramelo o dinero a cambio—. Wesley, sé que te acuerdas.

Se limitó a responder con una sonrisa bobalicona y el hecho de que esa respuesta le resultara tan natural me animó un poco. Tal vez hubiera iniciado el camino de la recuperación.

—Me alegro de volver a veros, chicos —dijo Andrea con la voz llena de calidez mientras los recorría a los cuatro con la mirada—. Aunque tú eras muy pequeño.

Logan la miró sin expresión alguna.

—Siempre nos mandas algo chulo por Navidad —respondió Hazel—. El año pasado papá soltó una palabrota y dijo que se había olvidado de enviarte una felicitación.

—Ay, qué detalle. —Andrea desvió la vista hacia mí—. Siempre ha sido muy considerado.

A Hazel se le escapó una risita y yo le dediqué a Andrea un gesto de «me rindo» a modo de disculpa.

—Si el año que viene me olvido de enviarte algo, prometo cortarme los dedos de la mano derecha.

—Bueno, tengo un montón de testigos —replicó Andrea—. Te lo haré cumplir.

Hazel soltó otra risita. («Risita» es la única palabra que la describe como es debido).

—¿Por qué no vais a sentaros mientras voy a buscar a mis padres? Vosotros cuatro, cuidad de Andrea unos minutos, ¿vale?

—No te preocupes, estaremos bien —respondió Andrea, que agarró a Hazel de la mano y se encaminó hacia el sofá.

Se sentó, Hazel se acomodó en su regazo y Mason se dejó caer junto a ellas. Wesley hizo lo propio al otro lado. Logan se limitó a seguir mirándola como si no tuviera muy claro qué pensar de ella.

—Logan —lo amonesté—, esos modales. Vuelvo enseguida.

7

Encontré a mi padre en el cobertizo trasero —una de las tres puertas enrollables de acero estaba abierta al viento y al clima—, martilleando algo en su banco de trabajo. Te aseguro que a veces aquel hombre solo iba allí para desmontar cosas y luego volver a montarlas. Nunca había sido la persona más sociable del mundo, así

que siempre encontraba una excusa para escaparse a su cobertizo o a encargarse de alguna tarea de la granja.

—¿Qué hay, viejo? —le pregunté justo cuando arrancaba un clavo de un trozo de madera añeja.

Sobresaltado, se giró hacia mí y me observó mientras me sacudía parte de la lluvia de la camisa y el pelo. El cobertizo de un granjero era una institución humana; podía estar hecho de cualquier forma, tamaño y material, pero siempre desprendía el mismo olor a humedad, a serrín y a sucio. Dulce y fétido al mismo tiempo, un olor puro y antiguo que se te colaba por la nariz, te llegaba hasta el estómago y se quedaba ahí alojado. Me gustaba, y no sé si se debe a mi infancia o a que de verdad es agradable. Creo que a lo primero.

—Vaya, hola, chico. —Mi padre soltó sus instrumentos de tortura medieval y se limpió las manos en el delantal de trabajo que llevaba—. No esperaba que volvieras tan pronto. ¿Qué ha hecho, te ha escupido en la cara al verte?

—No, me recibió con los brazos abiertos, muchas gracias. De hecho, ha vuelto conmigo. Y se ha traído una maleta.

—Ostras. —Me lanzó una mirada de complicidad.

—Solo somos amigos, papá. Siempre fuimos solo amigos y así sigue siendo. Pero me hace sentir mejor tenerla cerca en las malas rachas.

—Si tú lo dices… Supongo que puede quedarse en la habitación de Patsy. Aunque no es que a vosotros os importe, pedazo de paletos, que dormís en la sala de estar por más camas que tengamos.

Respiré hondo para deleitarme con el olor penetrante del santuario y eché un vistazo en torno al viejo cobertizo: las interminables hileras de estanterías apiladas al azar, los montones de maquinaria maltrecha y oxidada, los cientos de herramientas colgadas de ganchos y clavos de hierro, los sacos de pienso y semillas, algunos de ellos tan antiguos que debían de haber caducado el milenio pasado. Había bicicletas y triciclos, balones de todos los deportes (la mayoría de ellos deshinchados), cajas amontonadas sobre cajas (su contenido tan misterioso que podrían hacer un programa de telerrealidad basado en abrirlas). Había un tractor antiguo, que hacía tiempo que había pasado renqueando a

mejor vida, aparcado en un extremo y uno nuevo en el otro. En la parte central había unas seis generaciones de cortacéspedes, con las cuchillas romas desde hacía tiempo. Aquel sitio estaba abarrotado de casi cualquier cosa conocida por la humanidad, y muchas veces deseaba borrarme la memoria para poder explorar de nuevo hasta el último centímetro cuadrado y descubrir sus muchos tesoros uno por uno.

Me acerqué a mi padre y le di un abrazo, con la ropa mojada y todo.

—¿En qué estás trabajando? —le pregunté—. ¿Y dónde está mamá?

—Ah, ha ido a hacer la compra, seguro que porque se imaginaba que tenías pensado traerte a esa amiga tuya. Y yo… —Señaló el atestado banco de trabajo como si su último proyecto se explicara por sí mismo.

Le eché una ojeada, como si, en efecto, fuera a ser capaz de entender su locura, y posé la vista en el cubo de acero de la caja fuerte alojada bajo el banco. El candado aún seguía cerrado a cal y canto. La señalé.

—¿Qué hay ahí dentro, papá? ¿Dinero? Por favor, dime que es dinero.

Negó con la cabeza.

—Como ya te he dicho, lo descubrirás cuando me muera. No te lo tomes a mal, pero espero que sea más tarde que pronto. Paciencia, muchacho. Es mejor no tener prisa por enterarse de la mayoría de las cosas. De algunas es mejor no enterarse nunca.

Entorné los ojos ante esa misteriosa declaración.

—Así que no es dinero.

Gruñó y me dio una palmada en la espalda.

—¿Por qué no vuelves ya a casa y me dejas terminar? No tardaré mucho y tu madre ya estará en casa, así que habrá que empezar a pensar en la cena. Querrá impresionar a esa novia tuya, eso está claro. A lo mejor esta noche triunfas.

No me dignó a responderle, solo puse los ojos en blanco. Cuando me di la vuelta para marcharme, no pude evitar lanzar un último vistazo a la puñetera caja fuerte y su tentador candado.

El resto del día y de la noche fueron tan agradables que casi me imaginé que a mi hijo no lo habían secuestrado y que nadie había tirado un cadáver decapitado en nuestra granja. Andrea y mi madre volvieron a compenetrarse como si no hubiera pasado ni un solo día desde que éramos críos, así que me enteré con mucha más eficacia de los dos últimos años de la vida de mi amiga cuando mi madre se hizo con el mando de la conversación. De su último trabajo en el campo del *marketing*, de su obsesión por correr —había completado tres maratones, cosa que me pareció la peor tortura imaginable— y me sentí fatal cuando se lamentó por la muerte de su perro, *Spitz*. Mi sentimiento de culpa se abrió paso por el estómago como un agujero en el cinturón.

Andrea y yo ayudamos a preparar la cena, un festín que, por sus tremendas dimensiones, rivalizaba con la cena de Acción de Gracias de la mayoría de las familias (dejémoslo en que hubo pavo, pero ni siquiera fue el plato principal). Aun así, lo agradecí, porque tardamos mucho en hacerla y mis hijos se quedaron rondando por la cocina charlando, riendo e intentando superarse unos a otros en la competición por impresionar a mi amiga. Sabía que, más o menos conscientemente, seguro que esperaban que nuestra relación se convirtiera al fin en algo más, que tal vez Andrea llegara a ser una especie de madre para ellos.

Ya bien entrada la noche, estábamos repantigados en el salón como focas gordas abrazadas a las rocas y holgazaneando al sol. Habían pasado dos o tres horas desde nuestro banquete pantagruélico, pero todavía me sentía tan lleno como un silo para cereales en octubre. Teníamos puesto el partido de los Braves, como todas las noches, e iban perdiendo diez a tres.

—Ese puñetero *catcher* lleva tres bolas perdidas ya —dijo mi padre desde su descomunal sillón—. Es incapaz de distinguir una bola curva de su huevo izquierdo.

Wesley, que se había comportado más o menos con normalidad durante toda la noche, aunque quizá estuviera algo malhumorado, me miró como si necesitase que le diera permiso para reírse.

—Papá, cuidado con lo que dices delante de los niños —lo reprendí enseguida. Me gustaba el béisbol como al que más, pero ese partido estaba decidido desde el final de la primera entrada, cuando los Mets ya habían anotado seis carreras—. ¿Por qué no

jugamos a algo?

Wesley gruñó. Mason estaba dormido en el suelo. Logan jugaba con un tren de madera de los años sesenta. Andrea seguía el partido de béisbol en la tele con una intensidad exagerada, sin duda para tratar de impresionar a mi padre. A mi madre no se la veía por ninguna parte. Hazel, por el contrario, se despabiló y corrió hacia mí.

—Yo sí quiero jugar —dijo mientras daba saltitos de puntillas—. Si veo un cuarto más de este partido, puede que tenga que irme a la ciénaga a ahogarme.

—Entradas, cariño. Se llaman entradas.

Su desconocimiento de la nomenclatura no tenía nada que ver con que fuera una niña, solo con su edad. Sabía más de deporte que cualquiera de mis otros hijos.

—Ah, sí. Y en el *hockey* se llaman periodos. Como el que me vendrá a mí algún día.

Eso hizo que me sentara más recto que un palo, e incluso Andrea emitió un ruido a medio camino entre un «¡ja!» y una exclamación de asombro. Wesley volvió a mirarme en busca de autorización para reírse.

—Cariño, eso es… —Me había quedado sin palabras. No tenía ni idea de si lo había dicho en broma o no, y me di cuenta de que mi futuro como padre de una adolescente iba a ser toda una aventura —. No sé. Sí, supongo que tienes razón. Es la misma palabra. Curioso, ¿no?

Estaba colorado como un tomate y Andrea se había tapado la boca con una mano para intentar no reírse en mi cara de mi desdicha. Mi padre parecía completamente ajeno a la situación.

—Bueno, lo del juego —dije.

—Papá, ¿puedo hablar contigo un segundo? —preguntó Wesley —. ¿A solas?

Fue tan inesperado y me sonó tan adulto que me quedé bloqueado un instante, casi dudando de que lo hubiera dicho de verdad.

Andrea acudió en mi rescate:

—Hazel, ¿te apetece que juguemos a las damas? Veo un tablero en esa estantería de ahí, al lado de tu abuelo. Tu padre y Wesley van a hablar en la cocina.

—Sí —dije, y me puse en pie—. Sí, vamos, Wesley. Vosotras pasadlo bien. Hazel, recuerda que es obligatorio comer cuando se puede. Se acabó lo de jugar a las damas como los bebés.

—Ya lo sé, papá.

Ya estaba sacando el tablero del estante, y estuvo a punto de tropezarse con Logan al hacerlo.

Wesley evitó mirarme a los ojos cuando pasó junto a mí de camino a la cocina y, mientras lo seguía, una letanía de pensamientos empezó a darme vueltas en la cabeza. Por Dios, a mi hijo mayor lo habían secuestrado y apenas habíamos intercambiado dos palabras al respecto. Mi certeza de que debíamos pasar página, actuar con normalidad, jugar y comer y reír… se desmoronó durante los pocos pasos que tuve que dar para salir del salón. Tendríamos que haber regresado a Georgia al día siguiente, tendría que haberlo llevado de cabeza a un terapeuta, tendría que… Se me estaba cayendo el alma a los pies. La decisión de quedarme con mis padres me había parecido tan acertada… ¿Cómo iba a saber que Dicky Gaskins se escaparía de la cárcel y arrojaría un cadáver a la ciénaga? ¿Qué estaba a punto de decirme Wesley?

—Papá, ¿puedo irme de acampada mañana por la noche?

Estaba de pie junto a la nevera y me volví para mirarlo de frente, a un metro de distancia. Los dos teníamos los brazos cruzados y una expresión seria en la cara; la imagen era tan cómica como la pregunta que acababa de hacerme.

—¿Cómo has dicho?

—Jeffrey y Brett me han enviado un mensaje. Van a acampar junto al río. Dicen que es divertido cuando llueve tanto, porque está muy alto.

Me quedé mirándolo, convencido de que estaba tomándome el pelo. Jeffrey y Brett eran sus primos, los hijos de mi hermana Evelyn. Pero, si eso era lo único de lo que quería hablar, ¿por qué me lo había pedido de forma tan dramática, a solas? ¿Y quién coño querría acampar bajo la lluvia?

—Pero, hijo, ¿tú has visto la que está cayendo? Ni hablar de marcharte de acampada con este tiempo. Sobre todo… —Todavía no le había contado lo de Dicky Gaskins y su Gran Evasión, esperaba no tener que hacerlo nunca. Suspiré y traté de disimular mi error—. Sobre todo después de lo que ha pasado. Tienes que

estar con tu familia. Necesito que estés cerca de mí. ¿Por qué no les pedimos que vengan a pasar la noche aquí?

—Venga ya, papá. —Lo escruté mientras me respondía, en busca de pistas de que no era eso de lo que quería hablar—. Tienen una caravana, así que tampoco es que vayamos a dormir en el barro.

Me resultó tan convincente como un subastador de cosechas novato.

—Wesley, ¿a qué viene todo esto? ¿Por qué querías hablar conmigo a solas?

Dudó solo lo justo para que me diera cuenta de que había dado en el clavo, pero no cedió.

—Nada. —Fingió una expresión de sorpresa—. Es que no quería que los demás me oyeran, porque entonces también querrían venir.

—Ajá.

—Papá. En serio. Solo quiero irme de acampada. Son mis primos.

No tuve valor, todavía no, para decirle la verdadera razón por la que no podía ir.

—No me parece buena idea. Hoy me he pasado el día conduciendo con esta tormenta y ha sido horroroso, y por lo que dicen no va a hacer más que empeorar. Yo creo que es mejor que mañana vayamos a cenar a La Brújula y que luego os montéis una buena fiesta de pijamas aquí, como en los viejos tiempos. ¿Te parece?

—¿Puedo al menos quedarme a dormir en su casa, en lugar de que vengan ellos aquí?

Ahí me pilló. Mierda, qué bien se les dan estas cosas a los chavales.

—Pues, eh…, no sé, supongo. A lo mejor. Ya veremos.

Mis balbuceos eran una vergüenza. Después de lo que había pasado, no me gustaba nada tener que decepcionarlo.

—Venga, papá.

Lo miré fijamente, añorando los días en que tenían dos años y solo tenías que decirles: «No, no puedes comerte otra galleta». Había cosas mucho peores que un chico que quería pasárselo bien con sus primos. Podía pedirle al *sheriff* Taylor que enviara un coche patrulla para vigilar la casa de mi hermana mientras él estuviera allí.

—Bueno, vale.

—Genial, gracias.

Se dio la vuelta para marcharse, pero estiré una mano y lo agarré del brazo.

—Espera. —«Esta es mi oportunidad», pensé. Wesley estaba de buen humor por primera vez desde el incidente y aún no habíamos profundizado en lo ocurrido—. Vamos a hablar.

El semblante se le ensombreció un poco y lo entendí a la perfección. Por supuesto que quería olvidarlo todo, incluso fingir que nunca había sucedido. No se lo reprochaba. Así que se lo puse fácil:

—¿Estás bien? Llevo días dándole vueltas a cómo debo comportarme contigo, a qué debo decirte… Has pasado por una experiencia bastante traumática. —Asintió mirando al suelo—. A lo mejor hablar de ello te ayuda —sugerí—. Ya me conoces, tío. Nada de juicios, ni de pretensiones ni de gilip…, tonterías. Puedes contármelo todo.

—Lo sé.

Cogió aire como si fuera a decir algo más, pero al final se limitó a soltarlo, lleno de silencio.

Uf, qué situación tan delicada. Muy delicada. Me sentía tan fuera de mi elemento que bien podría haber estado desnudo, de pie sobre un pollo de goma y cantando en lugar de hablando. No quería perder a mi hijo.

—Oye, no quiero meterte prisa, pero que sepas yo estoy dispuesto a hablarlo en cualquier momento. En cuanto tú quieras. De verdad que creo que te ayudará.

Volvió a asentir, con la cara inundada de alivio por haberse librado de tener que hablar de lo sucedido más allá de lo que ya le había contado a la policía, que no habían sido más que un montón de naderías. ¿Y si estaba ocultándonos cosas? ¿Y si ese monstruo sí le había hecho algo y se sentía demasiado avergonzado como para confesárselo a nadie?

Le puse las manos en los hombros, de pronto embargado por la emoción, con los ojos vidriosos por las lágrimas.

—Escúchame, ¿vale? Mírame.

Levantó la cabeza, hizo lo que se le pedía. Nos miramos a los ojos, puede que con mayor intensidad que nunca. Intenté volcar mi

alma en aquella mirada, verter todo el sentimiento que pude en la expresión de mi rostro.

—Te quiero, hijo. Nos hacemos bromas, nos vacilamos, podemos llegar a ser muy tontos, cínicos y sarcásticos. Y quizá no te lo digo lo suficiente. Pero tienes que…

Flaqueé, se me cerró la garganta igual que si me hubiera tragado un huevo entero de un bocado. El amor que sentía por aquel humano delgaducho que tenía delante era astronómico, geológico, universal, eterno. Se me hinchó tanto dentro del pecho que no tuve claro si sería capaz de volver a hablar.

—¿Papá? —preguntó con timidez.

Tragué saliva e hice cuanto estaba en mi mano por recuperar la compostura, pero, cuando por fin volví a hablar, lo hice con la voz claramente ahogada:

—Tienes que saber cuánto te quiero. Supera a cualquier cosa que sea capaz de expresar con palabras. Y siento mucho que hayas pasado… lo que has pasado. Perdóname por no haber sabido protegerte.

—Yo también te quiero, papá.

Fue muy simple, pero estuvo a punto de hacer que me desmoronara. Lo envolví en el abrazo más feroz que pueda imaginarse, poniendo en peligro la resistencia de su caja torácica como había hecho con Hazel mientras lo buscábamos en aquel campo de maíz, y dejé que las lágrimas me rodaran por las mejillas, consciente de que Wesley no las vería. Incluso ahora, mientras escribo estas palabras, tiemblo de frustración por no poder transmitir como es debido el amor que sentí por él en ese momento y en otros del futuro cercano. Tuvo el mérito, para gran alegría mía, de devolverme el abrazo con la misma desesperación con la que yo me aferraba a él. Finalmente, ¡por fin!, me aparté, ya sin avergonzarme de que viera que había llorado. Tal vez eso le demostrase lo que no podía describir con palabras.

—No te había visto tan feo en mi vida —dijo.

Una carcajada me estalló en el pecho, intensificada por la pura emoción que me chisporroteaba en las venas. Seguro que le escupí un poco sin querer, pero tuvo la amabilidad de no limpiarse.

—Qué gracioso.

—Gracias por dejarme ir a dormir a casa de los primos mañana.

—Sí, sí, claro. Te irá bien pasar un rato con Jeffrey y Brett.

Sonrió como si fuera el mismo de siempre y luego se dio la vuelta y se encaminó hacia la sala de estar. Lo observé mientras se alejaba y sentí sin ningún tipo de duda que acababa de engatusarme. Daba igual. Nada podría arrebatarme el momento que habíamos compartido. Sin embargo, tomé nota mental de que a primera hora de la mañana siguiente llamaría a mi hermana y hablaría largo y tendido con ella.

9

Una hora más tarde, todo el mundo había cogido postura para dormir, excepto Andrea. Estaba sentada a mi lado en el sofá —en mi cama— con mis tres hijos pequeños tumbados en el suelo a nuestros pies. Wesley ya estaba roncando en el sillón reclinable, con la boca abierta como la de una ballena a punto de coger una bocanada de agua salada. «Es una buena señal», pensé. Dormía como si no tuviera una sola preocupación en la vida. Se había dejado la lámpara encendida y tenía un libro de Joe Hill abierto sobre el pecho.

Los dos ventiladores funcionaban a plena potencia y convertían el salón entero en un túnel de viento.

Andrea tuvo que hablarme al oído para que la oyera:

—¿Cómo podéis dormir así? Si no os morís de frío, os quedaréis sordos con tanto ruido.

Le di una palmadita en la mano como si fuera una ilusa.

—Ah, cuánto te queda por aprender. Esto es lo que se llama pura felicidad. El sonido relajante, sentir la brisa en la cara. Es mejor que el sexo.

—Entonces supongo que solo lo has hecho cuatro veces. —Señaló a mis hijos uno por uno.

Me entró la risa, no pude evitarlo.

—Esa ha sido buena.

Se acercó a mí y me apoyó la cabeza en el hombro. Hay un viejo dicho que ensalza la comodidad de los zapatos viejos y, aunque tiene que ser la peor analogía posible para cualquier cosa relacionada con Andrea, eso fue más o menos lo que sentí. Así habían sido siempre las cosas en el instituto. Coqueteábamos, nos

besábamos, incluso hacíamos otras cosas. Pero nunca estuvimos… juntos. Nunca mantuvimos una verdadera relación. Éramos amigos, grandes amigos. Y habíamos vuelto a ello enseguida.

—Por esto he vuelto a ti —dije—. Por esto. Es justo lo que necesitaba. Te necesitaba a ti.

Me dio unas palmaditas en el pecho.

—Lo sé. Todo está como debe estar, como si no hubiera pasado el tiempo. Me alegro de haber venido.

Levanté el brazo para pasárselo por encima de los hombros y la estreché con fuerza.

—¿Alguna vez te has preguntado…? —empecé, pero ella me puso un dedo en los labios.

—Ahora no. Estoy cansada. Por favor, déjame dormir así. Es cierto que el ventilador relaja.

Con una sonrisa de satisfacción ante su epifanía, cambié un poco de postura para ponerme más cómodo y ella se movió conmigo.

Luego me quedé dormido con el viento en la cara.

10

A la mañana siguiente, Andrea y yo entramos en la biblioteca de Sumter en cuanto abrió. Fuera llovía a cántaros y el viento había convertido nuestros paraguas en trastos inútiles. Durante la breve carrera de poco más de diez metros desde el aparcamiento hasta la puerta, la ropa se me había empapado.

Pese a tener los sentidos adormecidos, me sorprendí cuando vi que Grace Habersham seguía siendo la bibliotecaria. Esa mujer debía de ser aún más mayor que Betty Joyner cuando yo era joven y, si no te falla la memoria, recordarás que creía que la anciana camarera rondaba los noventa años por aquel entonces. Sin embargo, ahí estaba la señora Habersham, con el mismo aspecto que recordaba de mis innumerables viajes a la biblioteca durante mi infancia. Me pareció que también llevaba el mismo traje, una blusa con el cuello grande y volantes y una falda que iba besando el suelo que pisaba. Era una vampira, esa era la única explicación. Una vampira vieja, sin duda, pero vampira al fin y al cabo.

—¿Puedo ayudaros, muchachos? —preguntó cuando entramos por la puerta principal, agotados por la paliza que nos había pegado

la tormenta.

Andrea me miró. «¿Muchachos?», decía su expresión. Yo solo sentí alivio porque la anciana no me hubiera reconocido.

—Sí, señora —respondí—. Nos gustaría consultar los registros antiguos de Sumter y de Lynchburg. Artículos de periódico, informes del censo, registros de tierras, cosas así.

—Por supuesto, queridos. Seguidme y os acompañaré a la Sala de Registros Históricos. —Hizo un simpático gesto con la mano y se dirigió hacia las escaleras del fondo. Un tramo subía y otro bajaba —. Está en el sótano, así que espero que eso no os asuste demasiado.

—Creo que estaremos bien —respondió Andrea en un tono dulcísimo—. Nos gustan los sitios oscuros y tenebrosos.

La ancianita emitió un gorjeo risueño.

—Bajad por estas escaleras y seguid hasta el fondo. No tiene pérdida.

—Gracias, señora Habersham —dije.

Me lanzó una larga mirada.

—Te conozco, ¿verdad? Seguro que venías aquí cuando eras pequeño.

Por algún motivo, aquel comentario me aguijoneó el corazón. Pero no estaba de humor para recuerdos.

—Lo siento, señora. Solo estoy de visita.

Fue la mejor no-mentira que se me ocurrió sobre la marcha.

—Bueno, espero que encontréis lo que buscáis. Avisadme si necesitáis ayuda.

Sonrió, aunque me pareció atisbarle una chispa de suspicacia en los ojos.

Andrea y yo bajamos las escaleras cogidos de la mano.

11

No sabía qué estábamos buscando exactamente. Cualquier cosa. Todo. Nada. Pero llevaba toda la mañana inquieto y quería investigar un poco sobre los viejos tiempos, leer los originales de los artículos de periódico sobre Tapón Gaskins y sobre lo que había ocurrido en aquella época. Dicky, hijo de Tapón, me había dicho cosas raras, se había tragado la lengua, había secuestrado a mi hijo,

lo había amenazado, se había escapado de la cárcel. Se había descubierto un cuerpo sin cabeza, como los cadáveres del ochenta y nueve, en los terrenos de mis padres. Necesitaba saber todo lo posible sobre la familia Gaskins, los asesinatos originales y lo que había ocurrido desde entonces. Como mínimo, necesitaba refrescarme la memoria, ya que al parecer recordaba solo la mitad de lo que había vivido entonces y, encima, no las peores partes.

Por Wesley, por mi familia… Qué leches, por todo el condado de Sumter, tenía que hacerlo.

Por si acaso.

Durante dos horas, Andrea y yo nos dividimos el trabajo, examinamos, investigamos, leímos sin seguir una dirección determinada en nuestra búsqueda. Es muy difícil encontrar algo cuando no sabes qué es. Pero buscamos con todo nuestro empeño. Empecé por lo obvio —los artículos publicados en *The Item* cuando todo estalló— y me sorprendió el poco detalle que ofrecían. Para cuando cogieron y arrestaron a Donald Henry Gaskins, alias Tapón, ya se habían encontrado más de diez cadáveres, todos ellos sumergidos en diversos puntos de Pudding Swamp. Pero a Tapón se le soltó la lengua mientras estaba entre rejas y algunos dicen que se jactó de haber matado a más de cien almas. Como cualquier persona racional, supuse que la verdad estaba más o menos a medio camino entre lo uno y lo otro.

Por irónico que parezca, después de las cosas terribles que había hecho, fue un asesinato que cometió mientras estaba en la cárcel lo que al final llevó a Gaskins al corredor de la muerte. Fue ejecutado nueve años después, casi exactos. Yo no sabía nada de aquello, ya que, cuando lo detuvieron, hice un esfuerzo consciente por sacar a ese hombre de mi vida de una vez por todas. Pero ahora los detalles me fascinaban. Por lo que se ve, mientras estás encerrado en una cárcel de máxima seguridad es complicado encontrar el tiempo y los elementos necesarios para cortarle la cabeza a un hombre, pero Tapón fue capaz de construir una radio falsa llena hasta los topes de explosivo plástico. Eso fue lo que mató a un hombre llamado Rudolph Tyner.

La historia no me repugnó. Solo me resultó… extraña.

Uno de los artículos afirmaba que más tarde Tapón había declarado que «lo último que oyó Tyner fue mi risa». Al parecer,

una vez que se es un cabrón hijo de puta, se es un cabrón hijo de puta para siempre. De hecho, durante un tiempo Tapón había reivindicado un apodo que, en mi opinión, le iba a la perfección: El Peor Hombre de América. Aunque es raro. Antes de que ocurriera todo aquello, no me había parecido un hombre necesariamente malo, solo espeluznante. Triste y espeluznante. Pequeño, triste y espeluznante.

Encontré otro artículo sobre la operación encubierta que la policía y el FBI llevaron a cabo de manera conjunta para detener a Tapón, pero decidí dejarlo a un lado. Al menos por ahora. Mis recuerdos de esa noche en concreto estaban ocultos en un rincón muy oscuro de mi mente y de repente cambié de opinión. No quería encender una vela que los iluminara. Mientras escribo este relato, aún me sorprendo pensando que ojalá pudiera haberlos mantenido enterrados para siempre.

—Oye, David, ven a echarle un vistazo a esto.

Me alegré de que Andrea me alejara de aquel viaje al pasado.

—¿Qué has encontrado? —pregunté mientras me acercaba a ella; estaba estudiando algo que tenía extendido en la mesa.

—Mira este título de propiedad, es de hace como doscientos años.

Apoyé las manos en la mesa y me agaché para verlo mejor, pero solo distinguí el mapa de un terreno y un montón de anotaciones escritas con una cursiva muy torcida y antigua que me pareció un montón de garabatos. Me dolían los ojos solo de pensar en intentar descifrarla.

—¿De dónde es?

—Por lo que veo, es de la propiedad donde se crio tu padre, antes de casarse con tu madre, vender estos terrenos y hacerse cargo de la granja de los Fincher. ¿Ves estas áreas de tinta sombreada? Creo que son las partes de Pudding Swamp que cruzan la propiedad. Está más o menos cerca de Mayewood.

—Huh. Interesante.

Puso una mano sobre la mía.

—No, no es eso lo que quería enseñarte.

—¿Qué es, entonces?

Me sostuvo la mirada durante un segundo y luego señaló una línea negra cerca de la parte inferior de la página, justo encima de

uno de esos garabatos que habían escrito. Enseguida me pareció ver el nombre de Player. Y luego…

—David —susurró Andrea—. Los Player y una familia apellidada Gaskins compraron estos terrenos conjuntamente a finales del siglo XVIII.

Me senté y no dije nada; no tenía idea de lo que significaba todo aquello.

Me miró.

—¿Qué coño es esto?

CAPÍTULO 12

Junio de 1989

1

Después de despertar me en el bosque, después de que un hombre con una bolsa de plástico en la cabeza se mofara de mí, después de que me pusiera una bolsa en la cabeza también a mí y me diera el siguiente susto de mi vida, después de que me dijera todas esas cosas raras acerca de algo llamado Reticencia y Despertar y de que pronto descubriría por qué estoy involucrado, y después de que me amenazara de muerte…

Después de todo eso, lo obedecí y esperé treinta minutos. Para asegurarme, dejé pasar al menos una hora mientras temblaba en la oscuridad y vigilaba las sombras al acecho de hombres con bolsas en la cabeza. Yacía en un charco de trauma, era consciente de ello; a pesar de mi edad, sabía muy bien que era imposible que sobreviviera a todo aquello sin sufrir daños psicológicos. Pero no podía hacer nada. Así que me incorporé hasta quedar sentado, me llevé las rodillas al pecho, las abracé con fuerza, temblé y esperé.

Al final volví a entrar a hurtadillas en la casa, en mi habitación, en mi cama, y sentí un alivio indescriptible cuando mis padres no se despertaron. Como adulto, mis decisiones de las aproximadamente doce horas posteriores me parecen ridículas, inaceptables… Bueno, infantiles: decidí no contárselo a mis padres ni a la policía, al menos por el momento. No sé por qué. No supe justificarlo entonces, ni siquiera ante mí mismo, y no sé justificarlo ahora. Pero sí sé que se basó en el miedo, puede que incluso en el Miedo con eme mayúscula. Porque se había convertido en un nombre propio, en una entidad viva, en una bestia, en una presencia que se cernía

sobre mí, debajo de mí, dentro de mí.

Me aterrorizaba hacer algo. El miedo me paralizaba. Tapón —o alguien que trabajaba con él— se había convertido en una criatura mágica que llevaba una máscara, que se aparecía de noche como un sueño, que me despertaba en el bosque para atormentarme. Si lo contaba, a lo mejor se abalanzaba sobre el chaval al que había decidido atormentar y lo castigaba. No sabía por qué me había elegido a mí, qué había querido decir con lo de que yo estaba involucrado de alguna manera. No podía referirse solo a que lo hubiera visto en el bosque aquella noche, serrando…

Un pensamiento aterrador me asaltó mientras estaba tumbado en la cama, reflexionando sobre estas cosas. ¿Y si me había estado espiando, vigilando, pronosticando mis movimientos? ¿Y si había asesinado a George Holloway esa noche porque sabía que yo iba a estar allí? El sendero que Andrea y yo habíamos tomado era muy popular y lo habíamos recorrido muchas veces. Puede que me hubiera elegido desde el principio.

¿Para qué?

Esto es solo una muestra de las ideas que me daban vueltas a toda velocidad en la cabeza mientras estaba acurrucado en la cama, esperando a que llegara la mañana. Hubo cosas más oscuras que no se quedaron conmigo, como sucedería con mucho de lo ocurrido a lo largo de los días sucesivos. Recuerdos que permanecerían latentes durante décadas antes de resurgir de las cenizas. Aunque no dormí, tomé una decisión que hizo que me sintiera un poco mejor: había una persona a la que podía contárselo. Una persona a la que tenía que contárselo.

Andrea.

En cuanto amaneciera.

2

A la mañana siguiente, iba caminando por la calle Mayor de Sumter mientras fingía que el agente Fuller no circulaba despacio por la calzada, detrás de mí, en el coche patrulla del que acababa de bajarme. Debía de haberse quedado dormido por la noche y por eso se había perdido el espectáculo. O puede que incluso Tapón lo hubiera dormido de alguna manera. Por cómo funcionaba mi mente

en ese momento, por cómo paralizaba el miedo mis acciones, esa idea no me producía más que alivio. Durante la larga noche me había convencido de que Tapón se cansaría de los juegos y me mataría si la policía intervenía. Sus poderes se habían vuelto míticos para mí.

Andaba por la acera contemplando mi pueblo, buscando consuelo en lo que siempre había estado ahí, constante e inmutable. El calor ya empezaba a apretar en la larga calle, a pesar de lo temprano que era, de que el sol apenas asomaba por el borde oriental de los edificios de la calle Mayor. Se reflejaba con fuerza en las ventanas del lado oeste, que a su vez hacían brillar los coches aparcados junto al bordillo, como si acabaran de limpiarlos a fondo.

Pasaba junto a tiendas y negocios que llevaban allí desde que tenía uso de razón y, probablemente, desde décadas antes. Se amontonaban a ambos lados como unos bloques de juguete tan viejos que se les hubiera desdibujado la forma; nada era del todo limpio o recto; unos se inclinaban hacia un lado, otros hacia el otro, ninguno de ellos semejante a sus vecinos en cuanto a altura o anchura. Los cristales estaban siempre empañados por la edad en la mayoría de los escaparates, rematados por toldos antaño coloridos y ahora desteñidos por el sol, con la lona desgastada y rasgada. Lo que más me gustaba eran los carteles. Casi todos eran antiguos y le conferían a la calle el aspecto de un escenario sacado de los años cincuenta. BOCADILLOS SIMON DICE: ¡Coca Colas gratis los domingos!

SALÓN DE BELLEZA BILLY AY. (Todo el pueblo se reía de que llamara «salón de belleza» a su peluquería barata, como si se hubiera formado en una escuela de cosmetología de París o algo así).

MUEBLES LEMMON: ¡Todos los artículos rebajados siempre un 30%! (No le encontraba sentido entonces y sigo sin encontrárselo ahora. Si siempre tienen un 30% de descuento, entonces, por definición, nunca tienen un 30% de descuento porque ese es el precio normal).

INVERSIONES PARKER, con la última ese de «inversiones» dibujada como el signo del dólar. Claro. De todos los establecimientos del centro de Sumter, ese siempre había sido el que menos interés me despertaba. Puede que fuera el único local de la calle Mayor en el que no había puesto nunca el pie.

ANTIGÜEDADES DE LA ABUELA SYCAMORE. La mujer que le daba nombre debía de llevar muerta al menos un siglo, porque la tienda

parecía tener muchos más años.

EL CHÁCHARA Y CHICHA, una pequeña hamburguesería a la que mi padre a veces llamaba Chatarra y Chicha.

LIBROS BOB, donde se vendían libros de bolsillo, revistas y cómics usados a tutiplén, pero si querías ver las guarradas que Bob guardaba en la trastienda, tenías que tener dieciocho años. Fue allí donde descubrí las maravillas de los hombres con capa y las mujeres con mallas (en la sección de cómics, no en la trastienda picante).

Había otros sitios, todos tan conocidos para mí como las pacanas de nuestro patio. La BIBLIOTECA PÚBLICA DE SUMTER, donde la eterna señora Habersham gobernaba con pelo de hierro en lugar de con puño de hierro. ED & WHITEY'S, LAa BRÚJULA, FUNERARIA WHITTACKER, EL TALLER DE RUSTY, LA TIENDA DE REXALL, por supuesto. Y al menos cinco o seis tiendas de ropa y grandes almacenes que cubrían de común acuerdo todos los grupos demográficos.

Ver todo eso, pasear ante aquellos fragmentos de una vida que había permanecido constante y que siempre había sido segura, un refugio para los fines de semana y las vacaciones, las cálidas noches de verano…, hizo que me sintiera mejor, me dio valor para hablar con Andrea y resolver las cosas.

Por fin llegué a la Cafetería de Delilah, donde se servían desayunos durante todo el día y donde no comprendía que nadie pidiera otra cosa. Puedes cargarte una ensalada. Puedes cargarte un solomillo. Pero, a menos que saques el beicon demasiado pronto de la sartén, es imposible que te cargues un desayuno.

Cuando entré, se oyó el tintineo de una campanilla y el aire fresco me erizó el vello de la piel sudorosa. Andrea ya estaba allí, sentada a una mesa del fondo. Me saludó con un gesto exagerado de la mano, burlándose del hecho de que nosotros dos hubiéramos quedado en una cafetería, como adultos dramáticos en una película romántica mala.

Me dirigí hacia ella y me di cuenta de que algunos de los viejos de la Caza del Zorro —los que nos habían hecho troncharnos de risa con sus absurdas anécdotas y discusiones— estaban alineados, como una hilera de patos, a lo largo de la barra que recorría la cafetería de un extremo al otro. Kentucky, el hombre que trabajaba en la vaquería y tenía barba de musgo; el señor Fullerton, el abogado que

era más alto que Paul Bunyan; el Abuelo, encorvado sobre el mostrador y rodeando el plato con los dos brazos como si alguien fuera a arrebatarle la comida antes de que le diese tiempo a engullirla; el *sheriff* Taylor y un par de agentes de su departamento; Branson; y unos cuantos más… Seguro que todos adoraban aquel sitio porque era una de las pocas cosas más viejas que ellos que quedaban ahí.

La mayoría me ignoró, pero el *sheriff* Taylor me saludó con el gesto de asentimiento típico de aquellos lares y Kentucky me miró con cara de sorpresa, como si quien acabara de entrar fuera Jack el Destripador. Lo disimuló con una sonrisa apresurada.

—Buenos días, señor Player —me dijo el viejo lechero. Tenía una mancha de huevo en la barba, cosa que seguramente mejoraba su aroma.

—Hola, Kentucky. —Se apellidaba Fryerson, pero nadie lo llamaba señor Fryerson.

Me agarró con suavidad del brazo justo cuando llegué a su altura.

—Eh, si no fuera por *Henry*, ¡hoy solo quedaría un hermano Dixon! —Se le escapó una risa grave y retumbante que se convirtió en una tos de comida atragantada—. ¿Te acuerdas de esa historia?

—Sí. Estuvo muy bien. —Era cierto, me había gustado la anécdota de cuando los hermanos Dixon tiraron a su pobre perro desde el lado de la torre de vigilancia. Un poco tétrica, pero muy curiosa—. No comas demasiado, podrías engordar.

Se rio a carcajadas, frotándose el vientre generoso, y se volvió hacia su comida.

Llegué hasta Andrea y me agaché para darle un beso en la mejilla; después me senté a la mesa frente a ella. Todo aquello tenía un aire muy neoyorquino, una conclusión apropiada para lo que ella había empezado al saludarme exageradamente cuando entré en la cafetería.

—¿Cómo te va? —dije a modo de saludo.

—Me va. Le he pedido a Francis que te traiga sémola, huevos y tostadas. Como he tenido que encargarme yo de todo, supongo que te toca a ti pagar.

—Todo un detalle. Gracias.

Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—Oye, cuando me has llamado esta mañana estabas muy enigmático. Por cierto, mi madre dice que te dé las gracias por haberla despertado. El ruido de nuestro teléfono es lo peor. Es como si un gato se estuviese arrancando el corazón con sus propias manos.

—Ostras, tú sí que sabes ponerte tétrica a veces. Dile a tu madre que lo siento.

Hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Qué va, por favor. Esa mujer te quiere con locura. Bueno…, ¿qué pasa?

El paseo por la ciudad me había levantado el ánimo, pero entonces volví a la realidad. El descabellado y espeluznante encuentro de la noche anterior con Tapón había sucedido de verdad, y era el momento de contárselo a Andrea.

—Anoche… Esto va a parecerte rarísimo. No tengo ni idea de cómo ocurrió, pero me desperté en pleno bosque. En plena noche. Y Tapón estaba allí. Creo que era Tapón. Tenía una… bolsa de plástico en la cabeza, con una raja cerca de la boca para poder respirar. Me soltó un montón de cosas aterradoras y luego se fue.

Andrea se me quedó mirando con una expresión extraña en la cara. Me di cuenta de que estaba medio convencida de que le estaba tomando el pelo.

—Resumiendo —concluí con frialdad.

—¿De qué diablos hablas?

Me percaté de que se había recuperado enseguida, de que había entendido que era imposible que le gastara una broma sobre algo así, pero eso no quería decir que mi versión abreviada de la historia tuviera el más mínimo sentido para ella. Estaba a punto de responderle cuando Francis Daniels apareció a nuestro lado como por arte de magia para dejarnos la comida en la mesa.

—Que aproveche —comentó, aunque ya estaba a cinco pasos de la mesa cuando pronunció la segunda palabra.

Por sorprendente que parezca, tenía mucha hambre. Cogí un poco de sémola, le coloqué un trozo de huevo encima, soplé sobre la mezcla celestial y me la metí en la boca. El calor de aquella delicia salada me invadió todo el cuerpo.

—David —dijo Andrea, que parecía molesta. Se notaba que estaba asustada.

—Perdona —me disculpé, aunque comí otro bocado—. Es que me estoy volviendo loco. Pero pasó de verdad. Alguien me drogó o… No sé. Luego me desperté en el bosque y tenía al lado a un tío con una bolsa en la cabeza y comportándose como un bicho raro.

Andrea negó despacio con la cabeza.

—Esto es una locura. No… Mi mente no es capaz de procesar todo esto. ¿Cómo que llevaba una bolsa de plástico en la cabeza?

Le conté la historia de principio a fin, ofreciéndole todos los detalles que recordaba. Lo hice en voz baja, claro, aunque en la cafetería había tanto ruido que no habría sido necesario que me preocupara por si me oían. Sin embargo, hasta a mí me costaba creerme las palabras que salían de mis labios. Cuando terminé, me metí en la boca un montón enorme de comida para enfatizar algo que ni siquiera yo entendía.

—No sé qué decirte —admitió Andrea en un susurro—. Ya sabes que no me gusta mucho decir palabrotas. Porque soy católica y todo eso.

Asentí, pese a que había conocido a muchos católicos a los que esa regla debía de habérseles traspapelado en algún momento.

—Pero esto es una mierda como un castillo, David. Tremenda. Tenemos que ir a la policía. Hoy. ¿Está el agente Fuller ahí fuera?

—Sí, pero hay algo que me retiene. No sé.

—¿Estás loco? Tenemos que decírselo.

La cabeza me pesaba tanto que tuve que sujetármela con las manos, apoyando los codos en la mesa.

—Ya, ya lo sé. Pero estoy muerto de miedo. Es como si siempre estuviera justo a la vuelta de la esquina. Si voy a la policía, no sé, a lo mejor en vez de seguir tocándome las narices decide cortarme la cabeza.

Andrea suspiró, a todas luces frustrada, casi temblando.

—Yo también tengo miedo.

—Hola, David. Andrea.

Levanté la mirada —la levanté mucho— y vi al señor Fullerton de pie junto a nuestra mesa. Tenía a Kentucky justo al lado.

—Hola —respondí con la voz bastante apagada.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó el abogado.

—Bien, supongo.

—¿Tus padres están bien?

Asentí con la cabeza.

—¿Y tú, señorita Llerenas? ¿Qué tal anda tu madre?

Andrea se encogió de hombros no muy convincentemente.

—Bueno, bastante bien, supongo.

—A veces la vida es una verdadera put…, un fastidio. —Volvió a centrar su atención en mí—. Me dio mucha rabia leer ese artículo sobre ti que publicaron en el periódico. Es una pena. —No me quedó claro si lo decía porque pensaba que lo que decía el artículo era falso o porque estaba decepcionado conmigo por haber traicionado así a Alejandro—. Sé que no puedo ayudar en mucho, pero os he pagado la cuenta. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Ah. Vaya, pues muchas gracias. Es muy amable… No tenía por qué hacerlo.

—Tú y los tuyos siempre podréis contar con nosotros, hijo. Siempre.

—Así es, muchacho —añadió Kentucky. Se había limpiado la ornamentación de huevo de la considerable barba—. Como agarre a ese Gaskins por el pellejo, lo cuelgo yo mismo antes de que a la policía le dé tiempo a decir: «¡Alto! ¡Policía!».

Se echó a reír, aunque yo no le vi la gracia. Por el contrario, sí aprecié el sentimiento.

—Gracias, Kentucky.

El señor Fullerton se cruzó de brazos y adoptó un expresión contemplativa.

—Cuesta entender al viejo Tapón Gaskins, ¿no? Lleva toda su puñetera vida metiéndose en líos con la ley, ha estado en la cárcel tantas veces que perderías la cuenta. Pero no sabía que fuera capaz de hacer algo así.

No conocía los antecedentes de Tapón. Siempre había pensado que solo era un hombre callado y sin amigos. Pero, después de haberlo visto serrándole la cabeza a un hombre, no me sorprendía que ya hubiera tenido algún encontronazo con la policía.

Kentucky se aclaró la garganta y luego habló:

—¿Sabíais que en esta zona el linaje de los Gaskins se remonta a hace casi doscientos años? Qué coño, puede que incluso a más. Como mi familia y la tuya, David. De los primeros colonos de Pudding Swamp.

Eso sí me sorprendió. Primero me entero de que Tapón tiene un

hijo, y luego de que su familia lleva siglos en el mismo condado que la mía. Puede que al final no me odiase tanto por pura coincidencia. A lo mejor nuestras familias habían sido una vez como los Hatfields y los McCoys, clanes enfrentados desde hacía tanto tiempo que habían olvidado el motivo de la rivalidad. La idea era ridícula, pero me parecía imposible que nuestra historia compartida no tuviera algo que ver.

—La leche, chico, ¿estás bien? —preguntó Kentucky.

Había tenido uno de esos momentos en los que te quedas con la mirada perdida, y seguro que con los ojos algo bizcos.

—Perdón. Solo estaba pensando.

—Pensaba que te había dado un anaclismo de esos. Tenías los ojos tan blancos como una zarigüeya atropellada. ¿Seguro que estás bien?

—Creo que la palabra correcta es «aneurisma» —intervino el señor Fullerton—. No lo que sea que hayas dicho.

—Caray, leyes, pero qué listo eres. No sabía que hoy te habías levantado y de repente te habías convertido en neurocirujano. Recuérdame que llame a otro cuando me dé a mí el anaclismo.

—Aneurisma.

—Será mejor que lo dejemos porque no vamos a ponernos de acuerdo. —Kentucky me guiñó un ojo y se agachó para acercarse un poco—. Solo intentamos animarte, chico. Luego mandaré a uno de mis muchachos a llevarte leche y nata gratis. ¿Te parece bien? Saluda a tus padres de mi parte.

—Gracias, Kentucky. Señor Fullerton.

—No dejéis los estudios, chicos —dijo el abogado, que señaló no muy sutilmente a su amigo con la cabeza.

Ambos nos dedicaron una cálida sonrisa y luego se marcharon a hacer lo que fuera que la gente así hiciese durante el día. En cuanto los perdí de vista, me fijé en que nuestra camarera, Francis Daniels, estaba allí al lado, mirándonos de hito en hito. Tenía la cara tan pálida como el fantasma que debía de haber visto.

—¿Estás bien, Francis? —le preguntó Andrea—. Nos han dicho que ya han pagado la cuenta.

La mujer menuda se acercó aún más y apoyó las manos temblorosas en la mesa, al parecer para estabilizarse. Sujetaba un papel doblado entre dos dedos.

—Esto… Esto es para vosotros.

Dejó caer el papel y se alejó a toda prisa para desaparecer por la puerta batiente que llevaba a la cocina.

Andrea y yo nos miramos durante un segundo, como si el tiempo se hubiera detenido. Luego los dos intentamos coger a la vez la nota mal doblada que nos había dejado Francis. Se me adelantó, la abrió y leyó lo que tenía escrito. La piel aceitunada de mi amiga ya no parecía tan aceitunada.

—¿Qué? —pregunté.

En lugar de contestarme, se limitó a pasarme el mensaje. Lo cogí con los dedos temblorosos y bajé la mirada hacia las palabras que contenía. La letra parecía la de un niño:

Vais a ir los dos a la Mina.
Vais a ir ahora mismo.
Si no estáis allí dentro una hora,
vuestras respectivas madres estarán muertas antes de que anochezca.
Decídselo a la policía y estarán muertas antes de que anochezca.
Me divertiré un poco antes de que mueran.
Lo prometo.

La sangre se me acumuló en los oídos, un rugido que casi ahogó el barullo del restaurante. Sentía que Andrea me estaba mirando, pero no podía apartar la vista de aquel mensaje enfermizo y retorcido. La Mina. En el pueblo todo el mundo sabía lo que era la Mina: una pequeña depresión en forma de estanque en la que desaguaba la escorrentía de una de las partes más grandes de Pudding Swamp. El agua caía casi constantemente en cascada desde un conducto que sobresalía del dique. La Estatal 58 pasaba por encima de ese dique, y cualquiera que hubiera paseado alguna vez por la pasarela del Parque Estatal de Woods Bay para observar a los caimanes había conducido por la Estatal 58 para llegar allí.

—¿David? —susurró Andrea.

Por fin alcé la vista y la miré. Un miedo asfixiante me inflamaba el pecho.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

Andrea me arrebató la nota de las manos a moda respuesta y después se levantó de la mesa. El cuerpo entero le temblaba de rabia. Antes de que pudiera hacer nada, se encaminó hacia la puerta batiente y la atravesó como había hecho Francis. Demasiado tarde, me apresuré a seguirla y llegué a las puertas justo cuando dejaron de oscilar. Empujé las hojas grasientas para apartarlas de mi camino y entré en la cocina.

Era un lugar ruidoso: el tintineo de las ollas y las sartenes, los arañazos de las espátulas sobre las planchas, el silbido del vapor, el rugido del fuego en la parrilla, la gente que gritaba por encima de los demás para cantar los pedidos y confirmarlos, exclamaciones de «¡listo!» cuando estaban terminados. Localicé a Andrea en un rincón del fondo, alejado de la mayor parte de la acción. Francis estaba sentada en una silla de plástico, encogida, y Andrea agitaba la nota amenazante por encima de la cabeza de la camarera.

—¿Quién te ha dado esto? —la oí gritar.

Francis negó con la cabeza, sin levantar la mirada del suelo. Tenía las manos entrelazadas entre las rodillas y abría y cerraba las piernas rítmicamente. Conocía a esa mujer desde hacía años —al menos a nivel superficial— y nunca la había visto así. Una mujer adulta tan asustada como una niña.

—Francis —dije en el tono más tranquilizador que pude. Luego le puse una mano en el brazo a Andrea para que dejara de blandir la nota como una guillotina sobre la cabeza de la pobre señora—. ¿Te ha amenazado alguien, la persona que te ha dado esta nota?

—No puedo decir nada. —Fue un murmullo apenas inteligible por encima del coro de ruidos de la cocina—. Ha dicho que me mataría, que mataría a toda mi familia. Por favor, marchaos.

Por lo general, sueles ser consciente de tu edad, de tu juventud, de tu madurez, aunque salgas de tu madre pensando que eres tan listo como cualquier adulto de la sala. Y en ese momento, me horrorizó que esa mujer de mucho más de treinta años, tal vez de cuarenta, estuviera permitiendo que la carga recayera sobre dos personas que tenían menos de la mitad de su edad. Sentí lástima y repugnancia a la vez.

—Venga —le dije a Andrea mientras la agarraba con suavidad del brazo—. Vámonos.

Se zafó de mí y se enfrentó a Francis.

—O sea que con tal de proteger a tu familia te parece bien que vayamos a la Mina y muramos, ¿no? ¿Ha sido Tapón Gaskins? ¿Eh?

Hizo las preguntas demasiado rápido como para que nadie pudiera responderlas, y aún menos una mujer muerta de miedo.

—Vámonos —insistí. Había abandonado rápidamente mis acusaciones de cobardía contra aquella persona, quizá debido a una especie de premonición sobre un futuro lejano en el que haría cualquier cosa (cualquier cosa) por proteger a mis hijos—. Sabemos muy bien quién es y no tenemos elección. Vámonos ya.

Andrea pareció empequeñecer, derrotada.

—Lo siento, señora Daniels. Perdón.

Me miró con una expresión tan cargada de estrés y terror que estuve a punto de rendirme. Estuve a punto de arriesgarme a contárselo a la policía. Pero sabía, sabía en lo más profundo de mi ser, que no podíamos hacerlo. Teníamos que seguirle el juego a Tapón hasta que diéramos con la forma de acabar con todo aquello de una vez.

—Venga —le dije a Andrea. Un resquicio de coraje salido no sé muy bien de dónde se había abierto paso hasta mi corazón—. Tenemos que ir a la Mina y, si no salimos ya, no llegaremos a tiempo.

Me preparé para que protestara, pero no lo hizo. Solo asintió. Estábamos en la misma onda.

—Lo siento, señora Daniels —repitió por última vez, y luego me pasó la nota como si ya no pudiera seguir soportando su peso.

Cuando salimos por la puerta de la cocina, enrollé el papel y me lo metí en el bolsillo.

3

Le dimos esquinazo al agente Fuller. Me sentí mal por ello, sabía que me metería en un buen lío, pero los dos estuvimos de acuerdo en que pedirle que nos llevara hasta el lugar en cuestión debía de caer dentro de la categoría de «decírselo a la policía», como Gaskins nos había advertido que no hiciéramos. Tras debatirlo junto a la entrada de la cafetería observando por la ventana a Fuller, que leía el periódico sentado en su coche, decidimos volver a la cocina y salir por la puerta trasera. No pedimos permiso; lo hicimos sin más.

Desde allí nos resultó fácil escabullirnos por las callejuelas secundarias hasta la parada de autobús más cercana, subirnos a uno y salir de Sumter. Por suerte, había una parada en el cruce de Fryer (donde la gasolinera Pit Stop te vendía de todo, desde grillos hasta preservativos, pasando por otros artículos más normales como pan y leche), que quedaba a un paseo de menos de un kilómetro de la Mina. Después de todo aquello, llegamos al pequeño sendero que se alejaba serpenteando de la Estatal 58 con algo menos de diez minutos de sobra.

—Lo hemos conseguido —susurré.

Apenas habíamos hablado durante el trayecto, como si el miedo que ambos sentíamos actuara a modo de escudo para cualquier tipo de discurso. ¿Qué íbamos a decir? Aparte de comentar nuestra tremenda estupidez por meternos de cabeza en la ratonera.

—¿Cuándo fue la última vez que viniste aquí? —preguntó Andrea.

Estábamos parados, el uno al lado del otro, contemplando el estrecho camino. No era más que un sendero de tierra demasiado hollado para que crecieran las malas hierbas. Bajaba desde la carretera por una pequeña pendiente y desaparecía entre dos pinos. Ya oía el chapoteo del agua que caía en el pequeño estanque. A nuestra espalda, al otro lado de la carretera, se extendía un amplio tramo de Pudding Swamp, negro, sin ondulaciones, lleno de criaturas misteriosas, con cipreses que sobresalían de la superficie como dedos con los tendones al aire.

—No lo sé. Puede que el verano pasado. Supongo que ya somos demasiado mayores.

Aquel sitio era el paraíso de los nadadores aventureros y de los padres que querían enseñar a pescar a sus hijos. Se rumoreaba que un tipo rico de Florencia lo reabastecía de peces de vez en cuando.

—¿Qué hacemos, David?

La inquietud de su voz no hizo sino aumentar la mía.

—Ni idea. Pero, como ya te he dicho en el autobús, es imposible que vaya a matarnos. Ya podría haberlo hecho al menos diez veces. Solo quiere atormentarnos, no sé por qué. Jugar con nosotros.

—Yo no diría que es «imposible», pero a lo mejor nos está usando para destacar ante los medios. Siempre se dice que a los asesinos en serie les gusta llamar la atención.

O quizá aquel fuera nuestro último día en la Tierra.

—Además, nos ha dicho que, si no veníamos, mataría a nuestras madres.

—Bajemos de una vez —dijo Andrea.

Respiró hondo y echó a andar hacia delante. Quise gritarle que esperase, que me diera otro minuto para pensármelo. Pero no dije nada y la acompañé.

Avanzamos entre los pinos y seguimos el sendero polvoriento. Bordeaba una elevación semicircular y descendía despacio hasta llegar a la orilla trasera del estanque que conocíamos como la Mina, unos doce metros por debajo de la Estatal 58. Miré hacia arriba y vi el conducto redondo de cemento, de unos sesenta centímetros de diámetro, que sobresalía del montículo de tierra y piedras levantado bajo la carretera. La tubería medía unos tres metros de largo, como si alguien hubiera incrustado un rollo de papel de cocina gigante en el lateral del dique. De la cara oscura y abierta del extremo del cilindro de cemento salía un chorro de agua grueso y constante que caía unos siete u ocho metros antes de aterrizar en el estanque. Desde el punto de impacto, donde las aguas se cubrían de espuma blanca, se propagaban ondas perpetuas que chocaban contra las olas que habían rebotado en la orilla. Aquel movimiento hacía que todo el estanque pareciera la superficie de una piscina concurrida. Debía de medir unos quince metros de ancho, era un círculo casi perfecto y estaba rodeado de árboles.

Era como un mundo distinto, un oasis particular escondido del resto de la civilización. Irónicamente, eso era lo que lo hacía tan popular, y me sorprendió no ver ni rastro de otras personas; nunca, ni una sola vez, había tenido aquel sitio para mí solo. ¿Qué estaba tramando Tapón?

—Aquí no hay nadie —dije, constatando lo obvio.

Andrea movió la cabeza para mirar a un lado y a otro.

—Está escondido en algún rincón. Observándonos.

Eso me produjo una oleada de escalofríos que me recorrieron la piel rebotando unos contra otros con la misma intensidad que las ondas del estanque. Paseé la mirada a toda prisa entre los árboles, rastreé la orilla desde donde estábamos hasta el otro extremo, donde el terreno volvía a subir hacia la Estatal 58. Los rayos de sol se filtraban por el dosel de hojas del bosque y creaban un millón de

discrepancias de sombras y reflejos brillantes, sobre todo cuando la luz titilaba y destellaba en el estanque ondulado. No descubrí ni el más mínimo rastro de Gaskins ni de ninguna otra persona. Eso no hizo que me sintiera mejor. Para nada. Me lo imaginé en un puesto de caza, a lo lejos, apuntando con un rifle y con la mira puesta en mi cabeza.

—A lo mejor era una prueba y solo quería ver si hacíamos lo que nos mandaba —sugerí.

Andrea por fin interrumpió su examen visual y se centró en mí.

—Es increíble que hayamos venido hasta aquí. Algo va mal. Es como si estuviera… embrujado.

El rugido constante de la cascada constituía la única banda sonora de nuestro entorno, aunque su estruendo enmascaraba por poco el canto de los grillos y los pájaros. No cabía duda de que aquel día había algo inquietante en la Mina, como si una sombra cuatridimensional se hubiera proyectado sobre ella, una oscuridad que nuestros ojos físicos no alcanzaban a ver. A cada segundo que pasaba, los escalofríos que me recorrían el cuerpo se tornaban más intensos, casi de forma contradictoria, porque nadie hacía acto de presencia para aterrorizarnos. El vello de los brazos se me erizaba con todos y cada uno de ellos.

Andrea y yo esperamos uno o dos minutos más, girando despacio en círculos para intentar abarcar con la mirada los trescientos sesenta grados de bosque. Seguimos sin detectar ni rastro de presencia humana.

—¿Crees que podemos irnos ya? —pregunté. Me sobresaltó mi propia voz. Fue como si resonara en la cámara creada por el estanque tallado contra el dique.

—¿Y si ha sido una broma?

—¿De quién?

Se limitó a encogerse de hombros.

—Esperemos cinco minutos más —propuse. «A lo mejor no aparece», pensé. «A lo mejor lo ha pillado la policía. O a lo mejor está matando a nuestras madres». La horrible dirección que había tomado mi mente hizo que se me escapara un gemido—. No, vámonos. Vámonos ya. Ya hemos hecho lo que nos pedía.

—Aleluya. Vamos.

Apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando de

repente soltó un grito y señaló algo que había a mi espalda. Me di la vuelta.

Al otro lado del estanque, alguien había asomado la cabeza por detrás de un roble ancho. La llevaba cubierta por una bolsa de plástico con las asas firmemente atadas en torno al cuello, igual que el hombre que me había atormentado la noche anterior tras despertarme en el bosque. La bolsa me impedía verle los rasgos faciales, pero resultaba evidente que quienquiera que fuese también nos estaba observando a nosotros. La bolsa se contraía y se expandía con cada respiración y vi que llevaba una raja abierta cerca de la boca. Temblando de horror, fui incapaz de hacer nada más que quedarme allí plantado, con la mirada clavada en nuestro visitante.

Andrea me agarró de la mano y me la apretó.

La persona con la cabeza de bolsa de plástico levantó un brazo desde detrás del árbol, despacio, muy despacio, y extendió el dedo índice en el milenario gesto de señalar. Cuando el brazo alcanzó un ángulo de unos cuarenta y cinco grados por encima de la horizontal, se detuvo, con el dedo rígido en exceso e indicando hacia arriba, de vuelta a la carretera. Asustado por lo que pudiera encontrarme, giré la cabeza muy despacio hacia la derecha para seguir con la mirada la dirección que nos marcaba. Noté que Andrea se ponía rígida en el mismo instante en que yo ahogaba un grito.

Había un hombre de pie encima del conducto de cemento.

Estaba justo al borde, en el extremo por el que brotaba el agua, y mantenía el equilibrio extendiendo ambos brazos. Esa persona también llevaba una bolsa en la cabeza, atada de la misma forma y con una rendija similar para respirar; el plástico fino se abultaba y se retraía como un corazón enfermo. Llevaba una camiseta y unos vaqueros raídos, estaba más delgado que yo y tenía los pies calzados con unas viejas Adidas de bota.

No era un hombre.

Era un chaval.

Apenas había tenido tiempo de asimilarlo cuando le llegó a él el turno de señalar. De forma teatral, levantó el brazo derecho hacia delante, poco a poco, hasta que el dedo extendido nos apuntó a Andrea y a mí y luego un poco por encima de nuestra cabeza. Lo dobló y estiró un par de veces y me di cuenta de lo que quería

decir. Estaba señalando algo situado por detrás de nosotros. A punto de gritar de miedo, me di la vuelta para ver de qué se trataba.

Una tercera persona con cabeza de bolsa, a solo tres metros de donde nos encontrábamos.

Andrea se agarró a mí y yo a ella. Un quejido suave me brotó del fondo de la garganta al mismo tiempo que un escalofrío de miedo me estremecía la columna vertebral. Nuestro tercer visitante era bajo, pero, a juzgar por las manos curtidas y el porte, era un hombre adulto. Estaba de espaldas a nosotros y, al igual que los otros dos, tenía la cabeza oculta bajo una bolsa de plástico de supermercado, con las asas atadas con un lacito apretado. Estaba tan cerca que oía el ruido crepitante de la bolsa cuando se hundía y se hinchaba de forma rítmica. A pesar del calor, llevaba una camisa de franela negra y azul y unos vaqueros descoloridos (fruto del desgaste de los años, no de una moda de los años ochenta que se aferraba con uñas y dientes al final de la década). Permanecía inmóvil, mirando en dirección contraria, con los dos pies anclados a la pinaza y las hojas secas como si hubiera nacido allí.

A nuestra espalda, el agua se precipitaba desde la tubería y salpicaba la Mina eternamente. No se oía nada más. Me arriesgué a volver la cabeza para echar un vistazo por encima del hombro y vi que el chico seguía de pie en lo alto del conducto de cemento; el otro hombre seguía escondido detrás de su árbol, asomando la cabeza para observar las celebraciones. Ambos habían bajado los brazos.

—¿Qué debemos hacer? —grité dirigiéndome al primer hombre que habíamos visto—. ¿Por qué nos han hecho venir hasta aquí?

Y entonces repitieron la misma farsa ridícula de antes, como si fueran muñecos autómatas en una atracción de Disneyland. El hombre que estaba detrás del árbol señaló al chico que estaba encima de la tubería. Luego el chico señaló al hombre que teníamos detrás. Cuando centré la atención en él, movió la cabeza despacio para devolvernos la mirada; la bolsa se retorció, se le frunció alrededor del cuello. Andrea y yo seguíamos cogidos del brazo e, instintivamente, dimos un paso atrás para alejarnos del tercer hombre. Aunque no le veíamos los ojos, los sentí sobre nosotros, mirándonos con fijeza a través del plástico. Tuve la sensación de que permanecía así una eternidad, inmóvil, girando el cuello por

encima del hombro de una manera casi antinatural.

—Por favor, no nos haga daño —dije, avergonzado por mi debilidad.

—Vámonos corriendo —me susurró Andrea.

Negué con la cabeza, consciente de que esa no era la respuesta.

El hombre se volvió del todo, con lentitud, con la mirada invisible clavada en nosotros, hasta que la parte delantera de su cuerpo quedó de cara a nosotros. Quise decir algo, cualquier cosa, razonar con aquellas personas. El miedo se había adormecido, como si empezara a acostumbrarme a esa locura.

—¿Quién es usted? —inquirió Andrea—. ¿Es Tapón?

El hombre ladeó la cabeza hacia la derecha, como si no la hubiera entendido.

—¿Ese de ahí detrás es su hijo? —Levantó el pulgar por encima del hombro—. ¿A eso se dedican hoy en día los asesinos en serie? ¿A entrenar a sus hijos para que se hagan cargo del negocio familiar cuando ellos se harten de asesinar gente?

El hombre inclinó la cabeza hacia el otro lado y me recordó muchísimo al espantapájaros de *El mago de Oz*, aunque este tío parecía aún más estúpido, mucho más aterrador.

Una ramita crujió detrás de mí. Me di la vuelta de golpe y vi que el primer hombre se acercaba hacia nosotros caminando por la orilla de la Mina como si estuviera dando un paseo por el parque. También llevaba una camisa de franela, roja y gris, pero combinada con pantalones militares en lugar de vaqueros. Si atacaban, no tendríamos más remedio que huir… y creía que lo conseguiríamos. Pero todavía no. Aún no. Noté movimiento junto a la tubería y miré hacia allí. El chico había vuelto haciendo equilibrios sobre el conducto hasta la empinada pendiente de la orilla que había bajo la carretera y comenzó a descender por ella a gatas. No sabía qué otra cosa hacer, así que decidí seguir mirándolo. Tras resbalar y caer de bruces un par de veces, llegó a terreno llano y se encaminó hacia nosotros, con calma. No tardamos en tener a aquellos tres bichos raros con cabeza de bolsa a menos de cinco metros.

—Les juro que si intentan hacernos daño… —empecé a decir, pero Andrea me interrumpió:

—Iremos primero a por el chaval —declaró con firmeza—. Puede que nos maten, pero le habremos hecho mucho daño antes de

que eso ocurra.

Los dos nos dirigíamos de forma natural al primer hombre que habíamos visto —que era más o menos del tamaño de Tapón, según recordaba—, porque el tercero parecía más tonto que el asa de un cubo. En mi cabeza, primero habíamos visto a Tapón, luego a su hijo —el que presuntamente se llamaba Dicky, nada más y nada menos— y luego a otra persona que no tenía ni la menor idea de quién era. Solo se me ocurría pensar en él como Carabolsa.

Tapón levantó el brazo derecho, igual que había hecho antes con el izquierdo, muy despacio, y señaló a Carabolsa. Andrea y yo cambiamos de posición, volvimos a mirarlo. No se había movido ni un centímetro, seguía teniendo los pies plantados en el suelo como raíces. La situación se había vuelto tan extraña que ni siquiera tenía claro si lo que sentía seguía siendo miedo. Tenía esa sensación rara de las pesadillas: estaba asustado, pero en el fondo creía que era un sueño.

Carabolsa se movió.

Dio un paso hacia nosotros.

Me sobresaltó lo suficiente como para que diera un respingo, y entonces Andrea y yo retrocedimos un par de metros. Aún agarrados del brazo, nos encontramos al borde mismo del pequeño estanque. Tapón estaba a nuestra derecha; su hijo, a nuestra izquierda.

Carabolsa dio otro paso. Y luego otro. Sus movimientos se correspondían con la aparente imbecilidad de sus inclinaciones de cabeza anteriores. Otro paso, casi tambaleándose. Era como si alguien estuviera intentando poseerle el cuerpo o controlarlo con algún tipo de mando a distancia. Otro paso. Otro más.

No se dirigía hacia nosotros. Si continuaba avanzando en esa dirección, terminaría en algún lugar situado entre Tapón y nosotros. Carabolsa dio otro paso al frente. Otro. Todos le suponían un gran esfuerzo, a menudo necesitaba dar un segundo para recuperar el equilibrio, como si estuviera caminando por la barra de gimnasia. Otro paso. Tres o cuatro más y llegaría a la orilla de la Mina.

No tenía ni idea de qué estaba pasando.

Andrea se acercó y me susurró:

—Tenemos que largarnos de aquí. Ya.

—Solo un segundo.

Una curiosidad morbosa se había apoderado de mí, un impulso malsano e irresistible al mismo tiempo. Estaba siendo injusto con Andrea, pero, a pesar de que cada vez me sentía más culpable, no podía evitarlo. Sabía que ella no se iría sin mí, y eso no hacía sino empeorar las cosas.

Carabolsa había continuado avanzando y ahora estaba justo en la orilla.

Entró en el agua.

Su pie chapoteó y se hundió haciendo el mismo ruido que habría hecho una piedra grande. Adelantó la otra pierna y la introdujo en el estanque al menos medio metro más allá de la primera. Sin vacilar como antes, siguió adentrándose en el agua, moviendo una pierna detrás de la otra para sumergirse más y más a cada paso. La superficie oscura y ondulada no tardó en llegarle a la parte superior de los muslos, y las gotas más externas de la cascada que caía desde el conducto empezaron a estrellarse contra la cabeza embolsada, cada una de ellas restallando como una bofetada.

Fascinado, no conseguía desviar la vista de aquel hombre que acababa de meterse en el estanque. Apenas era consciente de la presencia de los otros dos en mi visión periférica, y ellos también miraban hacia el centro de la Mina. Andrea me apretó el antebrazo con la mano, aunque casi se le resbaló por la capa de sudor que nos cubría a ambos.

Carabolsa ajustó el paso y bajó la mirada hacia el agua como si estuviera buscando algo, movía el cuerpo de un lado a otro mientras levantaba y bajaba los pies. Al final terminó por darse la vuelta y volvió a colocarse de cara a nosotros, aunque no nos miró.

—David —susurró Andrea con fiereza—. Estás empezando a cabrearme.

—Vale, solo…

Carabolsa dobló las rodillas hasta que el agua le llegó al cuello y luego se inclinó hacia delante mientras estiraba los brazos hacia abajo. Estaba claro que había algo en el fondo del estanque y, a juzgar por sus esfuerzos, estaba agarrándolo, sujetándolo con fuerza, levantándolo…

Enderezó las piernas de manera que su torso emergió del agua, que empezó a caerle en cascada desde los hombros. Luego sacó algo más, algo voluminoso, envuelto en una tela empapada que

Carabolsa agarraba con dos manos de tendones marcados por el esfuerzo. Cuando el agua se retiró del objeto emergente, distinguí más detalles, pero seguía sin saber qué era. Parecía un enorme trozo de carne envuelto en tela, un pedazo rechoncho, huesudo y rodeado de cartílagos…

Solté un alarido, el sonido más agudo que he emitido en mi vida, tanto antes como después de aquel instante. Nunca sabré si Andrea hizo algún ruido, porque el mío ahogó todos los demás. Pero sí sé que se desplomó hacia atrás al alejarse de la horrible imagen de un humano decapitado en los brazos no precisamente cariñosos de Carabolsa. Me arrastró con ella, nos caímos sobre el suelo blando del bosque. Mientras tanto, no aparté la mirada del terrorífico espectáculo que se estaba desarrollando en la Mina.

Carabolsa permanecía inmóvil, con las manos alojadas con firmeza entre los pliegues empapados de la ropa del cadáver decapitado (una camisa negra, según me parecía). Ahora que se había escurrido el agua, ahora que había quedado reducida a unas lágrimas grisáceas que goteaban desde aquella espantosa visión, veía con claridad la herida abierta, enorme, donde una vez había habido una cabeza. Hacía tiempo que había dejado de sangrar y se había convertido en una masa carnosa de tejido descolorido, con los lunares de los huesos y tendones cortados, algunos más grandes que otros, distribuidos por toda la superficie.

«¿Quién es? —pensé, presa del pánico—. ¿Quién es ese?».

Atraje a Andrea hacia mí y la estrujé como si fuera un objeto de apego. El corazón me latía desbocado mientras un sinfín de posibles nombres se me pasaban por la cabeza, aunque la mayoría de ellos ni siquiera encajaban con el tamaño y el peso del cuerpo que Carabolsa tenía en las manos.

—Quería que vierais esto —dijo una voz estrangulada.

Esta vez le tocó a Andrea gritar, un aullido atemorizado mientras yo daba el que me pareció que era el décimo respingo de los últimos diez minutos. Tapón estaba a menos de un metro de nosotros, con la cabeza embolsada mirando hacia donde estábamos sentados, acurrucados. Había utilizado la misma voz áspera y disimulada de la noche anterior, y continuó haciéndolo cuando lo miramos.

—Quería que vierais esto. —Señaló a Carabolsa y a su víctima,

en medio del estanque—. La Reticencia se hace más fuerte. Nunca podré curarme debido al pacto que hicieron nuestras familias. ¡Pero seguiré, seguiré, seguiré persiguiéndote y atormentándote y haciendo de tu vida un infierno para que sufras los pecados de nuestros antepasados! ¿Me entiendes, muchacho? ¡Terminará con mi hijo!

Acabó hablando a gritos, a punto de perder el disfraz gutural, con la voz entreverada de bramidos lunáticos. Dio dos pasos hacia nosotros, se inclinó hacia delante y fue acercando más su cabeza de espantapájaros a la mía. Cuando inspiró y la bolsa se le contrajo sobre el contorno de la cara, le vi los labios azulados, los dientes torcidos y amarillos a través de la rendija irregular. Me pareció ver la sombra de los ojos tras el fino velo de plástico.

—No sé de qué estás hablando —balbucí apenas sin voz, temblando por la inestabilidad de aquel hombre.

¿Por qué habíamos confiado en él? Tenía que ser lo más estúpido que había hecho en toda mi vida.

—¡Deja que nos vayamos! —gritó Andrea escupiendo gotas de saliva. Se levantó unos centímetros del suelo—. ¡Asqueroso bicho raro!

Tapón se abalanzó sobre ella y la abofeteó, y luego me abofeteó a mí antes de que pudiera reaccionar. Los dos caímos de espaldas, más por la sorpresa que por el dolor o la fuerza. El escozor que sentía en la mejilla no era nada en comparación con el horror que me reverberaba en los nervios.

—No me hables así… —Se quedó callado, respirando con dificultad, el ruido crepitante de la bolsa que se le inflaba y desinflaba en la cabeza como chispas constantes de electricidad estática—. A ti ni siquiera te necesito —dijo después, casi con asombro, como si acabara de tener una revelación—. No te necesito, chica. Solo necesito a David.

Se llevó la mano al bolsillo trasero y sacó un cuchillo de caza cuya hoja medía al menos veinte centímetros. Luego lo blandió ante él girándolo de un lado a otro como si intentara que el sol se reflejara en su superficie y con la punta apuntando a Andrea.

—David es lo único que necesito —susurró. Levantó la voz—: ¿Qué os parece, chicos? ¿Le ensartamos esto como si fuera un cerdo?

Volvió la cabeza hacia Carabolsa, que seguía sosteniendo el cadáver en medio de la Mina. El hombre movió la cabeza de un lado a otro con un movimiento exagerado pero lento, para asegurarse de que lo entendían.

—Oh, vaya. Qué blando eres… ¿Y tú, chico? —Tapón miró al más joven, que estaba unos metros más allá, junto a la orilla—. ¿Crees que deberíamos dejar viudo a nuestro amigo David? Un viudo de dieciséis años. Qué triste.

Me di cuenta de que había dejado de usar la voz áspera, quizá se le hubiera olvidado con el rápido devenir de los acontecimientos. Según mis recuerdos, que no eran muchos, sonaba igual que la del Tapón que me había enseñado una pala de niño y que se había enfrentado a mí en una cabaña antes de asesinar a mi amigo Alejandro.

El chico, que tenía que ser su hijo, asintió con firmeza.

Tapón se inclinó hacia mí mientras sostenía el cuchillo en el aire a su derecha, con la punta a solo unos centímetros del cuello de Andrea.

—¿Y tú, David? ¿Tú qué votas? ¿Quieres que le raje la garganta para que te libres de tanta queja y tanta puñetería? A lo mejor te encontramos una buena chica en Columbia. Una gran mejora, créeme.

Me costó encontrar la voz para responderle:

—No. Por favor. Por favor, no le hagas daño. Por favor.

No la soportaba. No soportaba la idea de que matara a otro amigo mío, y menos a Andrea. Me eché a temblar de rabia solo de pensarlo.

Tapón se enderezó y el cuchillo se deslizó junto a su costado, apenas sujeto entre los dedos.

—El chico vota que no, así que tenemos un empate. Dos a dos. ¿Y tú, chica? ¿Qué votas?

Andrea lo miró con todo el odio que un humano es capaz de sentir por otro. Pero negó con la cabeza.

—Vota que no —anunció Tapón, que continuaba hablando a través de la bolsa como un absoluto lunático—. Hagamos el recuento, entonces. A ver, eh… Según mi viejo profesor de matemáticas, vamos tres a dos a favor de no cortarte el cuello y hacer del mundo un lugar mejor. Por desgracia, el único voto que

cuenta es el mío, así que vamos uno a nada.

En ese momento, justo cuando dijo que su voto era el único que contaba, decidí que por nada de este mundo ni del otro iba a permitir que le hiciera daño a mi mejor amiga.

Dio un paso hacia Andrea y se colocó justo a su lado, con las espinillas prácticamente rozando las rodillas de mi amiga. Luego se acuclilló y se apoyó un antebrazo en el muslo mientras sostenía el cuchillo con la otra mano y lo estudiaba con una mirada demasiado curiosa. Lo hizo girar con el extremo puntiagudo apuntando hacia el cielo. El numerito de «atormenta a tu víctima» estaba llegando a su conclusión natural. Sentí que Andrea se tensaba a mi lado, nunca la había notado tan rígida. Me apretó el bíceps con los dedos de la mano derecha en busca de apoyo.

Tapón recuperó la voz bronca:

—Creo que empezaremos con la gargan…

Andrea se retorció, su cuerpo se liberó como un muelle al que hubieran intentado deformar. En algún momento, sin que ni Tapón ni yo nos diéramos cuenta, había sacado una piedra del anclaje del terreno arenoso y la había cogido con la mano izquierda. Levantó el pesado trozo de granito del suelo, apoyándose en mí para hacer fuerza, y se lo estampó a Tapón en plena cara. Este dejó escapar un grito muy impropio de un asesino en serie, un alarido que se pareció más bien al de un niño pequeño al que arrancaban de los brazos de su madre para que entrara en la guardería. La bolsa de plástico se rasgó, la cabeza le dio un latigazo hacia atrás y vi dos cosas que le salían volando de la boca herida y seguían una trayectoria recta: un breve chorro de sangre y un único diente, cuyo borde roto parecía blanco en contraposición con el amarillo.

No había tiempo para pensar, no había tiempo para regodearse en la venganza. Andrea ya se estaba poniendo en pie, tirando de mí. Me resbalé una vez, pero luego conseguí posar los pies con firmeza en el suelo mientras Tapón gritaba a pleno pulmón aullando palabrotas disparatadas. Escudriñé nuestro entorno a toda velocidad en busca de la mejor opción de qué hacer a continuación, pero Andrea se hizo con el control. Me cogió de la mano y echó a correr directa hacia el chico, que continuaba de pie junto a la orilla de la Mina. Mientras salvábamos la distancia que nos separaba —él no había movido ni un músculo y yo no pude por menos que

imaginarme su expresión conmocionada oculta bajo la bolsa—, oí un chapoteo a mi izquierda. Carabolsa había soltado su carga decapitada. Ahora agitaba los brazos y se balanceaba violentamente de un lado a otro para avanzar lo más rápido posible por el agua, en dirección a nosotros. Una vez más me pareció que era torpe, que no estaba en sus cabales, que sus movimientos recordaban a los de un niño, que priorizaba la urgencia por encima de la practicidad. Supe que escaparíamos de él.

—¡Alto! —gritó el chico que estaba delante de nosotros. Levantó la mano, con la palma extendida hacia nosotros. ¿Quién coño se creía que era, un policía de tráfico?—. Deteneos o mi padre…

Andrea no redujo la velocidad ni un ápice y lo empujó hacia un lado cuando chocamos contra él. Cayó en el estanque, chapoteando en la orilla poco profunda. Ella lo dejó atrás, pero el chico estiró una pierna cuando pasé corriendo a su lado y eso bastó para hacer que me tropezara. Caí con una rapidez pasmosa, se me hundió la cara en el barro blando de la orilla. Y de pronto lo tenía encima, intentando rodearme el cuello con el brazo desde atrás.

Algo explotó dentro de mí. Un fusible prendido tocó los embalajes inflamables de todo lo que me había sucedido, de todo lo que había destruido mi infancia, de todo que se había llevado de mi vida para siempre los últimos vestigios de cualquier semblanza de inocencia.

Rugí un grito de guerra y agité los brazos y las piernas, volví el tronco, gasté hasta el último resquicio de energía que pude extraer de mis mermadas reservas. Le acerté en la cara con una bofetada a mano abierta, lo aturdí. Se desplazó hacia su izquierda y yo aproveché la coyuntura: volqué mi peso en él para acelerar su impulso y tirarlo al suelo. Me subí encima de él y luego descargué una furia de puñetazos, aporreándolo con los dos puños cerrados. Cuando le estrellaba los nudillos contra la cara forrada de plástico, sentía la conexión, una sacudida que me recorría los huesos, que me subía por los brazos hasta que la fuerza me retumbaba en el pecho.

Seguí, experimentando un gozo primario que ni siquiera sabía que existía, sin desear nada más que pegarle una paliza a aquella pústula vil que había contribuido a nuestra desgracia aquel día. La bolsa se había rasgado, se le había quitado casi por completo y dejaba al descubierto la cara del chico, pero no lo había visto en mi

vida. No tenía ningún rasgo que me llamara la atención, medio cegado por la adrenalina enloquecida que me corría por las venas y me palpitaba en los oídos.

—David, vámonos —insistió Andrea, y me agarró por la camiseta.

Me sorprendió su fuerza cuando tiró de mí para alejarme del chico, pero mis golpes no cesaron. Le había dado al menos una decena de puñetazos a esa cara embolsada y estoy seguro de que el que fallé, el que le asesté al aire con el puño derecho cuando Andrea por fin me apartó de él, habría rematado la faena. Me habría convertido en un asesino. Seguí intentando alcanzarlo mientras mi amiga me obligaba a ponerme en pie, enfurecido, poseído por un ansia eufórica de matar a aquel símbolo de los problemas que me habían acuciado. Pero él se quedó en el suelo, gimiendo y lloriqueando como un cobarde.

—¡Está medio muerto! —gritó Andrea—. ¡Corre!

Entonces vi que Carabolsa estaba a punto de llegar al borde de la Mina, también profiriendo un rugido, un sonido estridente y demencial que casi parecía sacado de un orfanato embrujado. Sacudía los brazos como los había sacudido yo, aunque su propósito era mantener el equilibrio. Estaba a solo dos metros de distancia.

—Vamos —dijo Andrea otra vez, y tiró de mí a su espalda mientras echaba a correr.

Llegamos a la pendiente enmarañada de arbustos y enredaderas y empezamos a subir hacia la Estatal 58 tirando de las malas hierbas, pisando las raíces. Detrás de nosotros, oí agua escurriendo de ropa mojada cuando Carabolsa por fin logró atravesar la Mina y emergió en la orilla. Ya habíamos escalado la mitad de la pendiente para cuando miré hacia atrás. El hombre, empapado y goteando, estaba de pie justo al lado del chaval —que se había sentado y se sujetaba la nariz ensangrentada—, con las manos posadas en la cadera y mirándonos a través de la bolsa lacia.

En lugar de perseguirnos, habló, recurriendo a la misma voz disimulada, áspera y bronca que había empleado Tapón; la bolsa se hinchó con sus palabras:

—Más vale que corras, muchacho —dijo, y me pareció más inteligente de lo que había pensado en un principio—. Esta vez no lo apaciguaremos. Has ido demasiado lejos.

Había dejado de trepar, incapaz de apartar la vista de él. Carabolsa estaba allí plantado, tan quieto como los troncos de los árboles que rodeaban la Mina, con los brazos en jarras, sin dejar de mirarme. Respiraba con dificultad. Su capucha de plástico seguía bombeando como un corazón. Me di cuenta de que las voces falsamente profundas de ambos hombres eran tan parecidas como para que no me atreviera a asegurar cuál de los dos era el que me había atormentado al lado de mi casa la noche anterior. Tapón era más bajo, pero quizá no tanto como para distinguirlo de noche, en la oscuridad del bosque.

—¡David!

Volví la cabeza de golpe, miré hacia arriba y vi a Andrea en la cima.

—¿Qué diablos haces? ¡Venga! —Hizo ademán de ir a descender hacia mí.

—¡No, para! —grité—. Ya voy.

Remonté el resto de la pendiente agarrándome a todas las ramas y enredaderas que veía y clavando las piernas en la tierra suelta para ayudarme. Llegué hasta Andrea, nos pusimos de pie, nos abrazamos, miramos juntos hacia abajo. Ya en parte oculto por los árboles, vi que Carabolsa estaba ayudando al chico al que había estado a punto de matar con mis propias manos. Tapón se había arrastrado hasta llegar junto a ellos. El agua salía a borbotones del conducto, caía, caía, caía, su estruendo era el único ruido del bosque. No parecían tener intención de perseguirnos.

Maltrecho, más por dentro que por fuera, agarré a Andrea de la mano y bajamos corriendo por el estrecho sendero, siguiendo el borde del dique, en dirección al pueblo.

—Hemos sido imbéciles —dije mientras cogíamos velocidad—. Vamos directos a la policía.

4

La siguiente hora fue un torbellino. Habíamos recorrido unos dos kilómetros cuando el coche del agente Fuller se detuvo derrapando junto a nosotros, trazando un giro de ciento ochenta grados antes de poder frenar sobre la tierra de Parker's Lane. Bajó del coche de un salto, gritándonos y riñéndonos, aunque también me fijé en el

inmenso alivio que le inundaba el rostro. Le contamos lo sucedido, y con cada palabra abría aún más los ojos. Llamó por radio, explicó lo que había ocurrido tal como lo habíamos hecho nosotros, informó de que había sido en la Mina y nos metió en el coche patrulla. Lo orientó hacia la comisaría, con la sirena y las luces funcionando a todo trapo. Le había pedido a la central que se aseguraran de que alguien llamase a nuestros padres.

Mientras Andrea y yo viajábamos acurrucados en el asiento trasero como delincuentes, como Bonnie y Clyde, supe que se habían acabado las tonterías. No habría más vida normal, con un policía aparcado en la puerta para vigilarnos. No habría vuelta al instituto. Hasta que detuvieran a Tapón, mi vida no volvería a ser la misma.

5

Más tarde, me sentaron en una sala diminuta, en una sala que utilizaban para interrogar a los delincuentes. A Andrea la habían metido en una distinta. Mi madre ya había llegado, me había abrazado, había llorado, había vuelto a abrazarme, había llorado. Repetir y aclarar. Estaba bastante angustiada y ahora —más que entonces— entiendo por qué. Lo entiendo a un nivel que la mayoría de la gente ni entiende ni puede entender. De todas las cosas que he deseado a lo largo de mi vida, una de las más importantes ha sido esta: ser capaz de retroceder en el tiempo y consolar a mi querida madre de un modo más profundo, quererla con un poquito más de intensidad. Ay, lo que ella tuvo que pasar.

Mi padre no había aparecido aún, pero los agentes a cargo —el *sheriff* Taylor estaba por ahí haciendo su trabajo— decidieron no esperar y tomarme declaración. Mi madre y la de Andrea habían insistido en estar presentes en las respectivas salas con nosotros, y tenían todo el derecho del mundo a ello. Aunque tardé alrededor de una hora, por fin les conté hasta el último detalle que se me ocurrió, y luego volví a contárselo. Y luego se lo conté por tercera vez. No había sido necesario que Andrea y yo nos pusiéramos de acuerdo en lo que íbamos a decir, así que no me estresaba que nuestros relatos se desviaran el uno del otro. Pero tengo que reconocer que el ambiente me generaba dudas de vez en cuando, me llevaba a

plantearme si sería posible que, de alguna manera, dijera algo inconveniente y acabase en la cárcel por el asesinato de ese pobre desgraciado decapitado al que estaban exhumando de la Mina en aquellos momentos.

No dejaba de preguntarme quién sería. Cuando vives en un pueblo pequeño, hay bastantes probabilidades de que conozcas a la persona a la que le han cortado la cabeza antes de tirarla a un estanque. Como mi padre llegaba tarde, me había puesto en el peor de los casos: que fuera él. Esa idea me mortificó hasta que por fin apareció; me mortificó a pesar de que mi madre nos había asegurado que había llamado desde un teléfono público y que había prometido regresar rápidamente de Lake City, adonde había ido a hacer recados.

«Era él —me decía—. Mi padre está muerto. El latido del corazón de mi padre está tan ausente de este mundo como su cabeza de su cuerpo. Tapón ha engañado a alguien para que imite su voz por teléfono. Está muerto, está muerto, está muerto…».

Y entonces entró en aquella sala minúscula, con mi madre agarrada de un brazo y el *sheriff* Taylor al otro lado. El alivio me invadió como el aire después de una larga inmersión en el fondo de una piscina.

Hubo más abrazos. Más lágrimas. Un montón de «¿Qué diablos está pasando?» y «¿Cómo ha podido ocurrir algo así?». Me sentía mal por el agente Fuller, porque mi madre había decidido que todo lo malo del mundo era culpa de aquel pobre hombre. Andrea y yo habíamos confesado que le habíamos dado esquinazo a propósito, pero creo que a mi madre le reconfortaba tener un chivo expiatorio. Mi padre no mostraba mucha emoción, solo una palidez turbada que hacía que pareciera veinte años mayor.

No tardé en descubrir por qué.

—Cariño —le dijo a mi madre con voz suave—, ¿te importaría dejarme unos minutos a solas con David? Ya sabes, para hablar de hombre a hombre.

Ya entonces, aun siendo un chaval, sabía que eso era lo más ruin que podía decírsele a una madre angustiada. O a una madre perfectamente feliz, para el caso. Miró a mi padre a los ojos, con una expresión de fiereza que jamás le había visto, y le contestó:

—A menos que tengas intención de decirle al *sheriff* que llame a

sus agentes para que me saquen de aquí pataleando y gritando, no pienso salir de esta sala ni aunque me lo pida el mismísimo diablo.

Mi padre no mostró ni enfado ni sorpresa. No mostró nada, en realidad. Se limitó a responder algo parecido a «bueno, vale».

Mi padre se sentó. Mi madre y el *sheriff* Taylor lo imitaron. Los tres me miraron desde el otro lado de la mesa rectangular. No me había dado cuenta de que habían cerrado la puerta de aquel cuarto escobero que llamaban sala. El ambiente estaba cargado, hacía calor. Pasaba algo y yo lo sabía.

—Hijo —comenzó mi padre—, el *sheriff* y yo hemos mantenido una larga conversación. Esta… cosa que Gaskins está haciendo contigo… Bueno, desafía la lógica. Nuestras familias tuvieron problemas en el pasado, lo admito… —era la primera vez que lo oía —, pero esto pasa de castaño oscuro. Ese hombre parece empeñado en atormentarte en lugar de…

No fue necesario que terminara. Asentí con la cabeza.

—Ni siquiera le dijo a su amigo que nos persiguiera después de que Andrea lo golpeara con la piedra.

—Exacto. Y por eso… —Bajó la cabeza, incapaz de encontrar las palabras.

—Edgar, ¿qué pasa? —le preguntó mi madre.

Él suspiró, se acercó a ella y le susurró algo indescifrable al oído. Intenté captar alguna palabra, pero no tuve suerte. Mi madre empezó a sacudir la cabeza de un lado a otro con tanta fuerza que pensé que se le iba a caer. Mi padre la agarró del brazo; por cómo se le marcaron los tendones y se le tensaron los músculos, advertí que estaba apretando tanto que debía de estar haciéndole daño. Ella esbozó una mueca de dolor y trató de zafarse de él. No lo consiguió. Mi padre volvió a hablar. La severidad de su susurro llenó la sala y, sin embargo, siguió resultándome imposible descifrarlo. Mi madre se acongojó. Me olvidé de todo lo demás y sentí una rabia inmensa hacia mi padre, quizá por primera vez en mi corta existencia.

Pero se apartó de ella soltándole el brazo con desdén. Ella bajó la mirada hacia su regazo, derrotada. Permanecí allí sentado contemplando la escena, desconcertado ante el comportamiento de ambos.

El *sheriff* Taylor se aclaró la garganta.

—Mira, David. Este es un tema delicado, pero le hemos dado

muchas vueltas, incluso antes de… lo que sea que haya ocurrido hoy.

—Deduzco que no ha arrestado a nadie, ¿no? —supuse.

El *sheriff* negó con la cabeza, más avergonzado que arrepentido.

—No. Solo hemos encontrado el cuerpo, algo de sangre y trozos desgarrados de las bolsas de plástico de las que nos has hablado. Parece que se los olvidaron.

—Vayamos al grano —dijo mi padre, que apoyó los codos en la mesa y se hecho hacia delante—. David, esto tiene que terminar. Tiene que acabarse. —Se quedó callado para dejar que esa afirmación tan obvia flotara en el aire durante unos segundos—. Y solo hay una forma de hacerlo. Te prometemos que estarás a salvo. Estarás protegido por más hombres de los que se necesitan para hacer funcionar una vaquería estatal, te lo juro.

Contuve la respiración, a la espera de que cayera la espada de Damocles. Al final fue el *sheriff* Taylor quien tuvo las agallas de decirlo:

—Mierda, David. Vamos a utilizarte de cebo.

CAPÍTULO 13

Julio de 2017

1

La lluvia seguía cayendo. Implacable, imparable.

Supervisé en persona el traslado de mi hijo Wesley a casa de sus primos para pasar la noche. Le habían encargado la vigilancia a un agente llamado Scott Wright y la verdad es que, después de al menos una decena de promesas de que permanecería alerta, de que no se dormiría, de que no perdería la casa de vista, de que recorrería el perímetro cada hora en punto, de que moriría antes que permitir que alguien le hiciera daño a mi hijo, etc., ya estaba harto de oír su voz.

Nada de eso hizo que me sintiera mejor. Nada. La verdad, si le ocurriera algo a Wesley, me sentiría un cero por ciento mejor sabiendo que ese valiente policía había muerto intentando impedirlo.

Mi hermana, Evelyn, me hizo promesas similares, aunque no llegó a tanto como ofrecer su vida a cambio de la de Wesley. Lo que sí me garantizó fue que a la mañana siguiente prepararía un gran desayuno completo. Le pregunté si podía apuntarme con el resto de mis hijos y me contestó algo así como: «Pues claro, que no me entere yo de que esos cuerpecitos pasan hambre, hermanito». En lo que a protección se refería, al menos su marido tenía más armas que zapatos un zapatero. Y puede que hasta le gustara la idea de cazar algo que no fueran ciervos, para variar. La vida en el Sur.

Después me quedé a solas con Wesley, los dos a cubierto bajo el porche. La lluvia repiqueteaba contra el techo inclinado y después caía en forma de aguanieve. Los truenos retumbaban a lo lejos.

Evelyn había vuelto dentro con sus hijos Jeffrey y Brett, y el agente Wright nos dijo que quería hacer un reconocimiento de la zona antes de ocupar el puesto donde pasaría la noche, con un resistente paraguas abierto y sostenido con rigidez sobre él. Usó esa palabra, «reconocimiento». Me pareció que tenía un aire siniestro, como el término que habría utilizado un soldado en Vietnam. Estuve a punto de cambiar de opinión, basándome solo en esa palabra, pero al final me ablandé. En el fondo sabía que Wesley no iba a estar más seguro en casa de mis padres que allí.

—Bueno —concluí en un tono bastante patético—, supongo que ya es hora de que vuelva a la granja.

—Papá, no tienes de qué preocuparte. —Señaló hacia la casa—. El tío Jeff mata tantos ciervos como para alimentar al equipo de lucha de mi instituto durante un año. Un idiota llamado Dicky no será rival para él. Si es que consigue burlar a ese policía, cosa que no hará. Estaremos bien.

—No quiero que estés solo —insistí—. Nada de tonterías de esas de las películas en las que te da por pensar, uy, voy a salir a dar un paseo o, uy, voy a bajar al sótano a buscar algo de picar. No te separes de tus primos y tus tíos. Jugad al Monopoly o algo así.

—¿Al Monopoly? Nadie juega a eso desde 1996.

—En 1996 tú no habías nacido.

—Pues por eso.

Le di un abrazo y él me lo devolvió sin mucho entusiasmo; tampoco se le puede pedir más a un chico de dieciséis años. No lo solté cuando intentó apartarse. Le susurré al oído:

—Hay muchas cosas de mi infancia que no…, que no te he contado nunca.

—¿Sobre Tapón Gaskins?

Sabían lo básico. Solo lo básico.

—Sí. Que su hijo ande por ahí suelto… me pone nervioso. Es ridículo que se haya escapado de la cárcel. Ese *sheriff* Taylor no es ni de lejos tan bueno como su padre. Le abrasaría las pelotas en una hoguera si pudiera irme de rositas. —Eso lo hizo reír, lo que me hizo sentir mejor. Al final lo solté y di un paso atrás—. Mañana por la mañana vendremos a probar ese desayuno que ha hecho famosa a tu tía Evelyn.

—Ñam —dijo, frotándose la barriga—. Ya siento el colesterol

obstruyéndome las arterias.

Solté una risa burlona.

—Sí, como si tú tuvieras que preocuparte por eso. Tendríamos que obligarte a comer manteca de cerdo a cubos, a ver si te sale algo de carne en esos huesos.

—Tranquilo, papá. Algún día engordaré como tú.

Y, con aquel comentario, todo volvió a ser tan normal como podía serlo. Le di un puñetazo suave en el hombro, le dije que lo quería, me sentí agradecido porque él me mascullara lo mismo y eché a correr hacia el coche. Para cuando dejé que el viento cerrara la portezuela de golpe, estaba empapado.

2

Aquella noche, dormí donde había dormido Wesley: en el sillón tamaño furgoneta de mi padre, cuyos cojines me envolvieron como un aislante de espuma en espray. Si lo reclinabas del todo, era tan cómodo como cualquier otra cama en la que hubiera tenido la fortuna de acostarme. Hazel se había quejado porque quería tenerme en el sofá, a su alcance, así que me senté con ella y charlamos un rato, hasta que estuvo demasiado cansada como para protestar cuando me trasladé al sillón. Mason y Logan estaban casi el uno encima del otro, los dos con la boca tan abierta que podrían haber cazado una rata que pasara por allí y quisiera echarles un vistazo a sus respectivas lenguas. Andrea me había dicho que estaba demasiado cansada para pensar y aún más para hablar, así que se había ido a la habitación de mi hermana Patsy. Me había asomado a ver si estaba bien, como si hubiera pasado a ser otro de mis hijos, y la había encontrado profundamente dormida. Durante unos tres segundos, me planteé la posibilidad de meterme en la cama a su lado para abrazarla, pero luego lo pensé mejor. ¿Y si se despertaba en plena noche, creía que era un intruso y me pegaba una paliza?

Así que allí estaba, tumbado en el famoso sillón, con los ventiladores soplando a toda potencia a mi alrededor, sin ningún otro ruido ni movimiento. Estiré la mano y apagué la lámpara que había sobre la fiel mesita auxiliar de mi padre, cuya superficie estaba ocupada por el periódico. Siempre decía que se pasaría al iPad el día que sepultaran su ataúd en el cementerio de Parson.

Justo antes de que la luz se desvaneciera, vi el titular sobre el cadáver con el que me había topado en la ciénaga de detrás de la casa, pero no tenía ningún interés en leer ni una sola palabra más. Resultó que no conocíamos a la víctima, ni sabíamos quién la había matado ni por qué alguien querría cortarle cabeza. Pero debía suponer que todos los habitantes del pueblo sospechaban lo mismo que yo: que Dicky Gaskins había continuado con el oficio de su padre.

Los ojos se me acostumbraron a la oscuridad. Las sombras se volvieron nítidas, la habitación adquirió profundidad. Vi las preciosas siluetas de mis hijos, inmóviles, dormidos, con suerte soñando con mejores cosas que mi horrible descubrimiento. Pensé en Wesley y en sus primos, que seguro que estaban jugando a la consola o viendo una película de miedo que le había prohibido ver sin mí. Sorprendentemente, sentí que estaba a salvo, que todos mis hijos estaban a salvo, que yo estaba a salvo. No sé qué fue lo que me provocó esa paz. Puede que el simple hecho de que Dicky Gaskins me daba más o menos el mismo miedo que un cangrejo de río.

Tras el descubrimiento de aquel antiguo título de propiedad en la biblioteca, Andrea y yo no habíamos encontrado muchos más datos destacables en nuestra investigación. Sí, por lo visto las familias Player y Gaskins se conocían desde hacía mucho tiempo, pero nuestra única prueba real de ello era la compra conjunta del terreno en el que se había criado mi padre. Me parecía imposible que no me hubiera enterado antes de algo así, y tanto mi madre como mi padre se mostraron igual de sorprendidos cuando les preguntamos. No obstante, una expresión extraña le ensombreció el rostro a mi padre cuando alegó ignorancia. No entendía por qué querría mentir sobre ello, así que lo interrogué hasta que me dejó claro que le estaba tocando mucho las narices. Como seguía sin ofrecerme respuestas, mi plan era indagar por el pueblo hasta que alguien me las diera.

Con un suspiro, miré al techo y pensé en las muchas veces que había oído los crujidos y los quejidos de los pasos allá arriba, inexplicables. Un escalofrío me puso la piel de gallina, aunque no era algo a la fuerza aterrador ni espeluznante. El abuelo Fincher no me daba tanto miedo, en el fondo. Mientras recorría con la mirada

las baldosas viejas y amarillentas que tenía encima, me dio la sensación de que lo oía caminar en el desván. Seguro que era imposible, con el rugido de los ventiladores, pero mi mente me decía que lo había oído y yo la creía.

«No te preocupes, viejo —pensé, intentando proyectar las palabras hacia la dimensión sobrenatural en la que les gustaba pasar el rato a los fantasmas—. Tu nieto David lo tiene todo bajo control».

Un resplandor cálido me recorrió el cuerpo y me llenó de cierta alegría. No tengo ni la menor idea de cómo explicarlo, pero acepté la sensación de buen grado y no tardé en quedarme dormido.

3

A la mañana siguiente se nos hizo tarde. Como de costumbre, le eché la culpa al más pequeño, a Logan, porque el pobre no puede discutírmelo mucho. Pero esta vez era lícito. Había tenido uno de esos excepcionales inicios de día en los que ejecutaba un doble combo mortal antes de que el sol asomara por encima de las pacanas: había vomitado y se había hecho otras cosas encima. Lo primero le ocurrió al despertarse, lo segundo cuando salió a jugar con la abuela porque ya se encontraba mejor. Pero, claro, se estaba divirtiendo demasiado como para avisarla de la emergencia sin resolver que tenía en los intestinos. Solo tuve que limpiar el primer desastre, y no me apetece recordar los detalles. Mi madre se encargó del segundo.

Por fin, más o menos a las diez y cuarto, salimos camino de casa de Evelyn. Había intercambiado varios mensajes con Wesley desde que lo había dejado allí, por mi salud mental y para practicar mis habilidades con las bromas por móvil. Algunas cosas solo tienen gracia cuando te las envían por mensaje, ya me entiendes. Había probado a mandarle a Wesley una joya en la que intervenían un retrete, el percance de Logan y la palabra «chocolate», pero lo único que había recibido a cambio era uno de esos dichosos emoticonos que se ríen con lágrimas en los ojos. Cómo son los chavales de hoy en día.

Al menos sabía que estaba a salvo.

—¿Papá? —me llamó Hazel cuando estábamos a unos tres

kilómetros de casa de mi hermana.

Andrea iba sentada a mi lado, en el asiento del copiloto, y los niños en la parte de atrás; mis padres iban en otro coche.

—¿Sí, bella princesa? —respondí.

—¿No va a dejar de llover nunca?

—Bueno, puede que sí. Nunca se sabe. A lo mejor terminamos teniendo playa en el condado de Sumter. ¿No sería divertido?

—Papá, ¿esa es tu idea de un chiste? —Aquella era la forma demasiado adulta para su edad en que Hazel verbalizaba el gesto de poner los ojos en blanco.

—Sí. ¿No te ha parecido divertidísimo?

—Ha sido un fracaso estrepitoso, querido padre.

En serio, a veces no podía creerme las cosas que salían de su boca.

—¿Papá?

Esta vez era Mason quien me llamaba. Creo que Logan había hecho lo de siempre y se había quedado dormido en la parte de atrás.

—¿Sí, apuesto príncipe?

—¿Crees que el tío Jeff me dejará jugar con sus armas?

Me encogí de nuevo.

—¿Jugar con ellas? ¿Te refieres a cargarlas e ir por el pueblo disparando a cosas? Yo diría que no, hijo.

Entonces repitió la frase de Hazel palabra por palabra.

—Papá, ¿esa es tu idea de un chiste?

Cuánto quería a esas personitas. Dejé escapar una carcajada de cortesía y enfilé el camino de grava que llevaba a casa de mi hermana. Los campos de maíz lo asediaban a ambos lados, y conducir despacio por él siempre había sido una de mis costumbres favoritas. El inquietante porte de los tallos verdes, apiñados hasta bloquear la vista, hacía que te sintieras aislado del mundo. Me encantaba esa sensación perturbadora, los escalofríos nacidos de elementos de la cultura popular de mi infancia, como *Los niños del maíz* y un telefilme cursi pero aterrador que había visto siendo demasiado pequeño. Iba de un hombre asesinado al que embutían en un disfraz de espantapájaros para ocultar el cadáver, pero que decidía volver de entre los muertos y acabar con los cabrones que lo habían matado. La vi estando solo en casa y encendí todas las luces

hasta que volvieron mis padres.

También adoraba el crujido de la grava bajo los neumáticos, y la lluvia torrencial no hacía sino potenciar aquellos efectos sobrenaturales, como siempre. Puede que algunas personas discrepen con ahínco, pero para mí una buena tormenta lo mejora todo menos las barbacoas al aire libre y los partidos de béisbol. En resumidas cuentas, me sentía mucho mejor respecto a la vida en general.

Salimos de los campos de maíz y entramos en la amplia extensión del patio. La casa de Evelyn se alzaba justo en el centro. No era la típica casa de campo porque hacía poco que habían demolido la anterior y construido esta; era más bien la típica construcción estilo rancho que, como por arte de magia, siempre era más grande por dentro de lo que parecía por fuera. Un millón de salpicaduras minúsculas centelleaban en el tejado mientras la lluvia caía y caía y caía.

Un coche de policía permanecía agazapado en silencio debajo de un techado en el extremo izquierdo del patio. Estaba demasiado oscuro para poder afirmarlo con seguridad, pero no me pareció ver al agente Wright en el asiento del conductor. No me habría sorprendido que mi hermana lo hubiera invitado a desayunar. O quizá estuviera reclinado hacia atrás, dormido, ajeno a su deber de proteger a mi hijo. En cualquier caso, no me asusté. Si hubiera pasado algo malo, Evelyn habría quemado las torres de telefonía móvil hasta que hubieran explotado por sobrecarga.

Acerqué todo lo posible el coche a la acera que conducía a la puerta delantera, tiré del freno de mano y apagué el motor. Entonces el intenso golpeteo de las gotas de lluvia contra el techo y la luna delantera se convirtió en un rugido, y de repente me sentí tan somnoliento como si me hubieran drogado.

—Chicos, ¿os importa que me eche una cabezada? —pregunté—. Papá es un anciano, está cansado.

—Ni lo sueñes, papá —respondió Hazel—. Te apuesto lo que quieras a que en este preciso instante hay beicon friéndose en ahí dentro.

Mason emitió un prolongado «ñammmmmm».

—Uf, sí. Os juro por mi dedo meñique izquierdo que voy a comerme al menos veinte trozos de beicon. Voy a comer hasta

vomitarle todo el suelo a la tía Evelyn. —Lo soltó con una voz tan alegre que casi pensé que lo decía en serio.

—Vale, está bien, no me echaré una cabezada. Mason, despierta a Logan. Vamos a tener que pegarnos una carrera.

Eran diez metros, como máximo, pero cuando llegamos al porche estábamos empapados.

4

Evelyn hizo todo lo que pudo por romperme la columna vertebral con el abrazo que me dio, y yo hice todo lo que pude por corresponder a su fiereza. Sabía que mis hermanos siempre se habían sentido un poco culpables por mis infortunios del verano de 1989. En aquel entonces, todos estaban fuera, desperdigados por el mundo: algunos se habían ido a la universidad, otros estaban empezando su carrera profesional en lugares tan exóticos como Deer Park, Washington, y otros se habían marchado para casarse. Ninguno estaba en casa cuando ocurrió todo, y sé que todavía se sentían mal por ello. Daba igual las veces que les asegurara que era una tontería, seguía notándoselo en los pequeños detalles, como en el abrazo que mi hermana mayor acababa de darme.

—Menuda semana has tenido —comentó cuando por fin nos soltamos—. Lo siento mucho, hermanito.

Había sido la única de todos los hermanos que había vuelto a nuestro pueblo natal, a vivir una vida muy similar a la que habían vivido nuestros padres. Aunque siempre me había dado un poco de envidia, nunca había tenido las agallas necesarias para dar el salto.

—Ya —convine con solemnidad. Pero lo último que quería era regodearme en lo malo. La casa olía a beicon, mis hijos daban saltos por la sala (excepto Mason, que ya le había preguntado tres veces al tío Jeff por la caja fuerte de las armas) y yo tenía ganas de ver a Wesley, de asegurarme de que estaba bien. Ni sus primos ni él habían dado señales de vida—. Ha sido difícil para todos. Gracias otra vez por ayudar a organizar los grupos de búsqueda.

Soltó uno de los «bah» más rotundos que he oído en mi vida y nos hizo un gesto para que nos sentáramos de una vez. Jeff me dedicó una sonrisa cómplice y señaló a Mason con la cabeza.

—Si se está poniendo pesado —le dije—, tienes permiso para

encerrarlo en el corral de los pavos.

—No, qué va. Venga, chaval. Si me ayudas con un par de cosas, te dejo hartarte a pegarles tiros a unas botellas de Coca-Cola viejas.

Mason sonrió de oreja a oreja y salieron por la puerta de atrás. Hazel y Logan habían encontrado la caja de juguetes y otros misterios maravillosos que Evelyn había sacado antes de que llegáramos; me fijé en que había uno de esos viejos tocadiscos Fisher Price, con sus discos de plástico acanalados, y sentí una oleada de nostalgia. Iba a ser un buen día, qué diablos.

Evelyn y yo nos dejamos caer en el sofá, desde el que veíamos perfectamente a Hazel y Logan mientras exploraban las maravillas de la enorme caja de madera.

—El desayuno estará listo dentro de unos diez minutos —anunció mi hermana.

—No me digas que los chicos siguen durmiendo —dije.

—Wesley seguro que sí; no le he visto el pelo en toda la mañana. Supongo que es tan vago como su padre. Brett y Jeffrey han salido temprano a cavar unas zanjas junto al arroyo y a llenar sacos de tierra. A Jeff le preocupa que, con tanta lluvia, vaya a desbordarse cerca de la caseta de la bomba de agua. Es como si los ángeles llevaran meses sin mear y hubieran decidido soltarlo todo de golpe.

A mi hermana le gustaba decir esas cosas. Mis hermanos eran peores. Sin embargo, sentí una ligera alarma en el pecho. No había ninguna razón tangible, pero mi buen humor se disipó de golpe. Tenía que comprobarlo todo. Ya.

—¿Qué ha hecho el policía? —pregunté—. ¿Ha estado ahí fuera toda la noche?

—Sí. Ni siquiera ha entrado al baño. Pero no se ha movido de debajo del techado.

Me puse de pie tan deprisa que perdí un poco el equilibrio.

—¿Estás bien? —me preguntó Evelyn.

—Sí —respondí con aire distraído. Necesitaba un par de minutos para tranquilizarme—. Enseguida se me pasa.

—Bueno, vale. ¿Por qué no vas a despertar a ese dormilón mientras yo termino de preparar el desayuno? He echado el resto. —Se levantó de su cómodo asiento—. Digamos que tenemos tres tipos de sémola para elegir.

Y con una sonrisa, se dirigió hacia la cocina.

Algo inquietante había nacido dentro de mí, un gusano pequeño que se abría paso entre mis entrañas. Me acerqué a la puerta delantera y vi unos cuantos paraguas dentro de un jarrón de cerámica alto y antiguo que parecía hecho a propósito para ese fin. Cogí el más grande y abrí la puerta; luego hice lo propio con el paraguas hasta que oí el chasquido de la pestaña. Me lo puse sobre la cabeza y me adentré en la lluvia torrencial.

Las gotas pesadas tamborileaban sobre la fina lámina de plástico que me resguardaba la cabeza. Se levantó una ráfaga de viento que intentó arrancarme el paraguas de las manos, pero lo estabilicé, me incliné hacia delante y avancé a buen paso hacia el coche de policía. Caminaba chapoteando entre los charcos y el agua fría me empapaba hasta los brazos al colarse bajo la protección de mi patético toldo. El coche estaba oscuro y mojado, salpicado de gotas a pesar de estar aparcado bajo la estructura abierta. Creo que en su día Jeff la había construido para meter un tractor; sus coches estaban guardados en un garaje.

Cuando me puse a cubierto, dejé el paraguas en el suelo sin cerrarlo, colocándolo en equilibrio sobre la grava. Luego me acerqué a la ventanilla del lado del copiloto y me agaché para mirar por ella, protegiéndome los ojos con ambas manos para atisbar el interior sombrío.

Al principio no supe lo que estaba viendo. No cabía duda de que el agente Wright estaba dentro del coche, desplomado contra la ventanilla de su lado, con los ojos cerrados. Yo mismo había querido echarme una cabezada unos minutos antes, así que no era quién para juzgarlo. Pero entonces las sombras se suavizaron, los contornos se tornaron más nítidos, las pupilas se me adaptaron a la falta de luz. Wright tenía el cuello doblado en un ángulo extraño y las manos colocadas sobre el regazo de una forma peculiar, antinatural, más que nada porque las dos palmas miraban hacia arriba.

En los escasos segundos en que lo observé a través de la ventanilla, caí de golpe en la cuenta del horror de lo que había sucedido. Salí corriendo hacia el otro costado del coche y miré por la ventanilla del conductor. El cielo gris vertía un poco más de luz sobre el coche desde ese lado del techado, y lo primero que vi fue el color rojo.

El rojo embadurnado a lo largo del interior del cristal, como si alguien hubiera pasado un trapo para limpiarlo y no lo hubiera conseguido. El rojo, liso y húmedo, apretujado contra la superficie donde la cabeza del policía se apoyaba en la ventana. El rojo, por toda la cara de Wright, desparramado en gotitas. El rojo rodeándole los ojos sin vida, que contemplaban la lluvia aunque yo sabía que ya no podía verla.

El agente Wright estaba muerto.

No dediqué ni un segundo más a investigar, porque en ese instante las palabras de mi hermana adquirieron un significado muy distinto, casi suspendidas en el aire como si las hubiera formado el humo de la pipa de un anciano. Lo que me había parecido inofensivo representaba ahora el fin de mi mundo. Jeffrey y Brett se habían ido temprano esa mañana; a Wesley no se le había visto el pelo. «Supongo que es tan vago como su padre».

Eché a correr.

Salí a toda velocidad hacia la lluvia, el paraguas tan olvidado como la cara de un desconocido en un tren. Me salpiqué con los charcos. Subí los escalones de un solo salto. Abrí la puerta de un tirón y grité el nombre de Wesley con una voz tan cargada de pánico que la cara de Evelyn asomó por la esquina de la cocina, demasiado aturdida para hablar. Me precipité hacia el largo pasillo que recorría la mayor parte del costado de la casa, con las puertas de los distintos dormitorios y baños enfrentadas las unas a las otras como las celdas de una antigua prisión. Sabía en cuál habría dormido mi hijo, lo sabía por los años que llevaba durmiendo ella en las visitas estivales.

Tercera puerta a la izquierda.

Estaba cerrada.

La abrí con tanta fuerza que estuve a punto de arrancar el pomo de la hoja. En el breve lapso que había tardado en llegar hasta allí, me había imaginado lo peor. Alguien —me había representado a Dicky Gaskins en la cabeza sin el menor esfuerzo— había llegado hasta allí, había asesinado al agente Scott Wright, se había colado en la casa de mi querida hermana, había encontrado a mi hijo y lo había asesinado mientras dormía. O tal vez, como antes, había vuelto a secuestrarlo. Me lo había arrebatado por segunda vez, después de que ya lo hubiéramos salvado, algo que no habría

podido perdonarme ni aunque viviera mil años.

En el rincón más alejado del dormitorio a oscuras, con los postigos aún cerrados, un saco de dormir yacía en un rebujo alargado, abultado y rugoso. Salvé la distancia que me separaba de él en dos pasos, me dejé caer al suelo y golpeé la tela con ambas manos. Encontraron resistencia: los hombros duros de un chico joven.

—¡Wesley! —grité, una oleada de sonido estruendoso.

Se volvió hacia mí y el borde superior del saco de dormir se dobló hasta mostrar su rostro adormilado. Entornó los ojos, gruñó y gimió.

—Wesley —repetí, aunque esta vez fue solo un susurro.

—Hola, papá —dijo mi hijo.

5

Tomé una decisión que probablemente debería haber tomado el día antes: pasara lo que pasase —y podían pasar muchas cosas con Dicky Gaskins suelto y esa lluvia que caía torrencialmente del cielo como si fueran lágrimas divinas—, mi familia no volvería a separarse. Nada de fiestas de pijamas, nada de hacer de canguros, nada de jugar al escondite, nada de acompañar a la abuela a hacer la compra. Salvo quizá —quizá— por los breves instantes que tardara una persona en darse una ducha, pensaba mantener a mis cuatro hijos al alcance de mi vista en todo momento hasta que volviéramos a Georgia.

El día que siguió a mi lúgubre descubrimiento en el coche patrulla fue una mezcla extraña de miedo, alivio y profundo aburrimiento. Todos sentíamos miedo, ¿cómo no sentirlo cuando habían asesinado a un agente de la ley delante de tus narices? La luz solar ayudaba, por muy escasa que fuera bajo las densas nubes del cielo, y el hecho de estar juntos también. Pero el miedo que reflejaban los ojos de mis hijos —incluso los de Logan, a quien no le habíamos explicado nada de lo que había sucedido— me afligía el corazón. Con todo, el alivio que me supuso pasar de creer que a Wesley le había ocurrido lo peor a encontrarlo dormido como un tronco en el suelo me inflaba el pecho con suficiente felicidad como para compensar el desinflamiento de todo lo demás. Y el

aburrimiento…

El *sheriff* Taylor no nos dejó marchar porque, según nos dijo, los agentes federales no paraban de darle la tabarra con el procedimiento y el protocolo, la escena del crimen, los testigos y todas esas cosas de *Ley y orden*. Así que nos quedamos allí sentados, juntos, en el salón, tocándonos las narices. La televisión por cable no funcionaba por culpa de la tormenta y todas las emisoras de radio sonaban a electricidad estática e interferencias, interrumpidas de vez en cuando por un redoble de batería o un rasgar de guitarra. El wifi iba fatal, así que Netflix o Hulu eran una quimera. Nos pusimos a jugar al Monopoly, más que nada porque Wesley había hecho una broma al respecto y quería demostrarle que podía ser divertido. También hubo damas y ajedrez, y Evelyn nos mantuvo alimentados. Todos hablamos por turnos con una señora gruñona del FBI que nos repetía las mismas preguntas una y otra vez, pero ninguno teníamos ni idea de cómo o por qué habían matado al pobre agente Wright ni de quién lo había hecho (aunque si lo hubieran sometido a votación, Dicky habría ganado por goleada). Ni siquiera sabía qué método habrían empleado para provocarle la muerte prematura: solo había visto sangre, y mucha.

Fue un día poco memorable. Hasta a Hazel le costaba estar alegre.

Recluidos.

Aburridos.

Asustados.

La maldita lluvia no paraba, su golpeteo incesante era fuerte pero silencioso, algo que ninguno de nosotros volvería a notar hasta que dejase de caer. Andrea permaneció a mi lado sin decir una sola palabra sobre los oscuros acontecimientos que habían recaído sobre nuestro pueblo, se limitó a ser mi amiga, a hacerse cargo de los niños cuando veía que me flaqueaba la voluntad.

Aquella noche, mucho después de que se hubiera puesto el sol, cuya desaparición supuso solo el paso del gris al negro, por fin nos dejaron volver a casa de mis padres. Dormimos en el salón, como siempre, Andrea acurrucada con Hazel en el sofá, yo en el suelo con Mason y Logan, Wesley reclinado en el Sillón Más Grande del Mundo.

Fue no hace mucho tiempo y, sin embargo, no recuerdo ni una

sola de las frases pronunciadas, ni quién jugó contra quién en cada juego, y mucho menos quién ganó. No recuerdo la comida que ingerimos ni la cara de la señora gruñona del FBI. No recuerdo nada más que el miedo, el alivio y el aburrimiento. Esas tres cosas se enmarañan en el resto de esa larga jornada como si fueran colores, se mezclan hasta que lo único que veo es una imagen caleidoscópica desenfocada. Dormimos, y comenzó el día siguiente.

Abrí los ojos poco a poco, temprano. Una luz gris resplandecía tras los postigos.

Mi padre se alzaba de pie a mi lado, como un obelisco, con el rostro oculto por las sombras. Dejó caer algo en la alfombra, justo delante de mi cara. Un periódico. Parpadeé unas cuantas veces y me incorporé apoyándome en un codo. El periódico se había desdoblado y vi la primera página, por encima del pliegue, donde siempre te contaban las peores noticias. Me quedé mirando el titular más grande durante un buen rato:

CINCO CADÁVERES MÁS
ENCONTRADOS EN EL CONDADO DE SUMTER

Leí el artículo, cada palabra un salto atrás en el tiempo. Era como si mi padre hubiera sacado un periódico viejo que conservase desde mi decimoséptimo verano, pues los detalles eran asombrosamente similares a los de lo que Tapón Gaskins había hecho en su día. Cuerpos encontrados en ciénagas, asesinados con brutalidad, algunos de ellos decapitados. ¿Cómo podía ser que Dicky se pareciera tanto al perturbado de su padre? ¿Cómo? La posibilidad de que fuera otra persona quien estuviera haciéndolo ni siquiera se me pasó por la cabeza. Tenía que ser él. Un Gaskins que continuaba con el legado familiar.

Volví a tumbarme en el suelo y me quedé mirando el techo. Los horrores de mi infancia habían regresado, sin reservas. Volvían para hacerme daño, para asegurarse de que sabía que mi huida de hacía tantos veranos era una farsa, que no merecía escapar del destino asignado a un tal David Player. El karma no tenía ninguna intención de permitir que me escaqueara de los errores que había cometido la primera vez. De aquellos errores que empezaba a recordar demasiado bien.

Los demás tardaron horas en despertarse. Durante ese rato de

soledad, deseé que el fantasma del abuelo Fincher bajara flotando a través del techo y me diera un susto de muerte. Me habría ido bien la distracción.

CAPÍTULO 14

Junio de 1989

1

Llevaba dos días sin ver a Andrea.

Ahora, con la experiencia y el cinismo del tiempo transcurrido, miro atrás y dudo de mí mismo cuando recuerdo lo difícil que me resultó. Solo puedo imaginar lo que tal vez pensaran los demás, los que no habían vivido aquellas semanas terroríficas como las había vivido yo. Te aseguro que Andrea y yo ya éramos mejores amigos antes de que Tapón Gaskins se lanzara en picado sobre nosotros y convirtiera nuestra vida en un infierno, pero, después, aquellos días oscuros solidificaron nuestro vínculo hasta convertirlo en algo parecido al granito: duro, irrompible. Algo contra lo que los demás podían reventarse los dientes si no lo manipulaban con cuidado.

No era justo. Yo la necesitaba. Ella me necesitaba. No era justo.

«Cebo».

Estaba sentado en una cama barata de un motel barato —uno de esos de la vieja escuela, con una larga hilera de habitaciones anexas y todas las puertas con salida directa al aparcamiento—, con los pies apoyados en alto y apuntando hacia el diminuto televisor que llevaba todo el día reproduciendo episodios de una serie antigua llamada *The Andy Griffith Show*. Mi aburrimiento era tal que estaba intentando con todas mis fuerzas descifrar un gran misterio acerca de aquella vieja serie en blanco y negro. El protagonista era un *sheriff* que se llamaba Andy Taylor. «*Sheriff* Taylor», igual que el hombre encargado de proteger la gran ciudad y el condado de Sumter. Entonces, ¿por qué diablos lo habían llamado *The Andy*

Griffith Show? Imagina que en vez de llamar *TJ Hooker* a la mejor serie policial de mi generación la hubieran llamado *El show de Bill Shatner*. Era absurdo.

Ese era el tipo de conversación mundana que mantenía conmigo mismo mientras no hacía nada en esa pequeña cárcel que era la habitación del motel.

Me habían encerrado allí el mismo día en que habíamos escapado del macabro circo de la Mina. El agente del FBI al que habían puesto a cargo de mi seguridad —un hombrecillo llamado agente Jackson que no parecía capaz de protegerse a sí mismo y mucho menos a mí— me explicó que el motel y sus alrededores eran mucho más fáciles de vigilar que nuestra casa de campo. Se suponía que había varios policías distribuidos por la zona, se suponía que con el único propósito de mantener a David Player y Andrea Llerenas con vida.

Ella también estaba allí, en el mismo motel, no sabía dónde. Eso era lo que me enfadaba tanto. Me parecía muy poco razonable que no pudiéramos pasar un rato juntos, al menos unas horas. Estaba muy traumatizado y ella era la única que lo entendía de verdad. La necesitaba, pero mis ruegos y explicaciones caían en saco roto. Si hubiera oído a una sola persona más decirme «confía en nosotros, sabemos lo que hacemos» o «tu seguridad es nuestra única preocupación», le habría pegado un puñetazo a dicha persona en sus partes, en las de arriba o en las de abajo, donde le hiciera más daño.

No sabía gran cosa sobre el plan para detener a Tapón Gaskins y sus secuaces, esos otros bichos raros de la Mina, todos con el rostro oculto tras una bolsa de plástico de supermercado. Nunca me había gustado mucho la palabra «cebo» —me daba la sensación de que implicaba juego sucio, razón por la que siempre había preferido la caza a la pesca—, pero el hecho de que me la aplicaran a mí hacía que adquiriera una dimensión muy distinta. Yo iba a servir de cebo. Andrea también, por lo que sabía. Y aunque aún no me habían revelado los detalles exactos del plan, no menos de diez personas me habían asegurado que el riesgo para mi vida era nulo.

«¿Nulo? Deben de estar convencidísimos de que soy idiota», pensé muchas veces durante aquel par de días encerrado en el motel. Las probabilidades de que muriera atravesado por un rayo

mientras plantaba un pino en un baño portátil eran extremadamente pequeñas, pero, desde luego, no nulas. Tenderle una trampa a un asesino en serie utilizando a dos adolescentes como cebo… Tenía bastante claro que habría preferido arriesgarme con lo del baño portátil.

En *The Andy Griffith Show*, Barney Fife dijo algo inapropiado al mismo tiempo que se ajustaba el cinturón de la pistola. El *sheriff* Andy Taylor se lo tomó con calma y luego le ofreció un consejo manido que podía aplicarse a cualquier situación, ya fueras un agente de la ley con escasas habilidades sociales o un chaval a punto de tenderle una trampa a un asesino. Una música suave acompañaba la sabiduría milenaria del *sheriff* y, no se por qué, me vino a la mente otro metraje en blanco y negro: *Psicosis*, de Hitchcock. Desvié la mirada hacia el baño del motel y vi la cortina de la ducha en el espejo.

A lo mejor ese era el plan. Me metería en la ducha y esperaría a que Tapón Gaskins se colara en la habitación con un cuchillo, dispuesto a apuñalarme hasta la muerte como hacía Anthony Perkins con Janet Leigh. Hasta podíamos poner la misma banda sonora —el icónico chirrido de los violines, chin chin chin chin chin chin— para que todo pareciera más auténtico. Los policías se esconderían en el baño…

Alguien llamó a la puerta y el sobresalto interrumpió aquel absurdo hilo de pensamiento.

Bajé los pies de la cama y los posé en el suelo; apoyé las manos en el colchón y me eché hacia delante, con la mirada clavada en el origen del golpeteo. Sentía el miedo como un carámbano en la garganta, pero en realidad no tenía motivos para estar asustado: había policías apostados tanto delante como detrás de mi habitación y varios más en los alrededores. Mis padres estaban en la habitación de al lado, donde en ese momento se encontraban también el *sheriff* Taylor y el agente Jackson, seguro que para debatir cómo planeaban colgar a su hijo menor de una cuerda para que Tapón lo persiguiera, como una zanahoria delante de una mula.

Sin embargo, nada de eso importó cuando oí el ruido de los nudillos contra la madera. Solo había miedo.

—¿Quién es? —grité, intentando aparentar tranquilidad.

—Abre la puerta.

Me puse en pie de un salto e hice lo que me pedían, porque la orden procedía de una voz muy conocida y amistosa. Andrea estaba de pie al otro lado, con los brazos cruzados, devolviéndome la mirada con una sonrisa torcida. Justo detrás de ella había un hombre vestido de traje, un tipo blanco que tenía aspecto de dormir durante el día, como los vampiros, y cara de pocos amigos.

—¿Los has convencido de que nos dejen vernos? —pregunté esperanzado.

—Más o menos —respondió—. Digamos que se me da bien montar berrinches cuando lo necesito.

—Tenéis media hora —dijo el agente fantasmagórico—. Y si me metéis en un lío, les diré que me has mordido.

Nos dio la espalda y se puso a mirar hacia el aparcamiento, pero estoy casi seguro de que lo vi esbozar una levísima sonrisa antes de que lo hiciera.

Di un paso atrás y abrí más la puerta.

—¡Venga, adelante, tía Bea!

—¿Eh?

Su expresión de desconcierto me hizo sentir un poco de vértigo.

—¡Tía Bea! —repetí con mi mejor acento sureño—. ¿No has venido a hacerme la cena? Hmmmm, tía Bea, ¡esta vez te has superado!

Entró y me lanzó una mirada de preocupación exagerada.

—¿Esta es tu forma de afrontar las cosas, ver series de televisión antiguas? ¿Aprender lecciones sexistas sobre que las mujeres son las que tienen que cocinar siempre?

Solté una carcajada, y fue sincera.

Nos sentamos en la cama con las piernas cruzadas, el uno frente al otro.

—Bueno, ¿qué tal andas? —me preguntó—. ¿Te has enterado de algo?

—La verdad es que no. Ni siquiera mis padres me cuentan cuál es el plan. Básicamente, llevo dos días aquí sentado, comiendo cosas del McDonald's, viendo la tele y escuchando a mi madre repetirme una y otra vez que todo va a salir bien.

Andrea asintió, con los labios fruncidos.

—Se parece bastante a lo que he hecho yo.

—Lo que sí sé es que hay más cadáveres —le dije. Mi padre me

había dejado el periódico esa mañana, porque decía que merecía saber a qué nos enfrentábamos—. Una mujer llamada Kenzie Dunford… La encontraron en el vertedero, justo donde limita con la ciénaga. Me parece que estaba bastante… podrida, descompuesta, como se diga. Pero creen que fue Tapón porque… ya sabes.

—¿La cabeza?

—La cabeza. También había un hombre. No me acuerdo de cómo se llamaba… No había oído hablar de ninguno de los dos. Era más reciente, creo, puede que incluso de anoche.

Andrea suspiró y negó despacio con la cabeza.

—¿Cómo puede seguir saliéndose con la suya? Es que, a ver, el tío va por ahí tan tranquilo dejando cadáveres por todas partes, almacenando cabezas vete tú a saber dónde… Tampoco es que estemos en Nueva York, por Dios. ¡No debe de haber tantos árboles y graneros tras los que pueda esconderse!

Me encogí de hombros, un poco desesperanzado. Mi entusiasmo por su visita se había desvanecido.

—¿Qué crees que van a hacer? —me preguntó—. Lo de utilizarnos de cebo no va en serio, ¿verdad?

—Creo que sí, pero supongo que es más bien un truco.

—¿A qué te refieres?

—Pues… no sé. No creo que vayan a meternos en una caja sujeta por un extremo con un palo atado a una cuerda, ¿no? Para tirar de la cuerda cuando Tapón venga a por nosotros. Es imposible que sea algo así.

Andrea cambió de postura para ponerse más cómoda. Se tumbó sobre un codo y apoyó la cabeza en la mano.

—Entonces, ¿a lo mejor utilizan un señuelo? O quizá solo intenten hacerle creer que estamos en otro lugar, que nos han trasladado a algún sitio… —Gruñó y se frotó los ojos—. No lo sé. Me duele usar el cerebro.

—Yo creo que será más o menos eso —comenté, aunque en realidad las ideas me venían a la mente mientras hablábamos—. Seguro que están dejando pruebas falsas o haciendo llamadas telefónicas falsas o algo así. Solo tenemos que aguantar hasta que esto acabe.

—Echo de menos los buenos tiempos, cuando creíamos que solo era uno.

Yo también me había agobiado al pensarlo. Tener un maníaco suelto por el pueblo ya era bastante terrible, bastante aterrador. Ver a otros dos con la bolsa en la cabeza, obviamente compinchados con Tapón, hacía que la situación fuera insoportable. Parecía un cartel de una tómbola embrujada: «Tres asesinos por el precio de uno. ¡Si se lleva uno, se los lleva todos!». Casi me imaginaba al espeluznante feriante de pie debajo de él, gritándole esas palabras a la gente que pasaba ante él camino de ver a la mujer barbuda o al hombre con cuatro piernas.

—Sí —dije al final, puesto que no sabía qué más decirle—. Cuando los atrapen, saldremos de fiesta como si fuera 1999.

—Los atraparán —dijo ella—. Y no, saldremos de fiesta hasta que sea 1999.

—Trato hecho.

Levanté una copa invisible de champán y ella fingió entrechocarla con la suya; después imitó el gesto de sorberla como si fuera una dama, con el meñique levantado.

—El caso es ¿por qué tú? —quiso saber.

La miré; no me había gustado el peso de esa sencilla pregunta.

Volvió a incorporarse en la cama, a escasos centímetros de mí.

—En serio, David. Tiene que haber una razón.

Asentí y recordé lo que Tapón me había dicho en la Mina.

—Ya lo oíste. Dice que mi abuelo le quitó algo.

—Sí, pero ¿qué?

Estaba claro que era una pregunta retórica —era imposible que ninguno de los dos supiéramos la respuesta—, pero, aun así, me frustró.

—¿Cómo quieres que…? —Me contuve. Suspiré—. No puede ser dinero ni nada por el estilo. No es que los Gaskins tengan pinta de ser los más ricos del pueblo, ya me entiendes.

Se rumoreaba que Tapón vivía en una choza en medio de la nada, sin electricidad ni agua corriente. Al menos antes. Llevaba huido desde la primera noche que lo vimos en el bosque, cuando empezó todo.

Andrea asintió, sumida en sus pensamientos.

—Tienes razón. ¿Qué podría ser? ¿Qué podría haberle quitado tu abuelo que lo empujara a… hacer todo esto? ¿Algún tipo de reliquia familiar, tal vez? O a lo mejor es una especie de metáfora.

De que tu familia se metía con la suya.

—¿Me atrevo a preguntarle a mi padre?

—Se lo contaste a la policía, ¿no? Yo sí.

—Sí, se lo conté. Pero mi padre no estaba delante. Sé que luego le preguntaron a él, pero no me ha dicho ni una palabra. Por alguna razón me cuesta sacar el tema, es como si fuera a pensar que lo estoy acusando o algo así. Es difícil de explicar. —Cogí una almohada y la sacudí, la apreté con las dos manos como si quisiera estrangularla—. ¡Odio todo esto! —grité—. ¡Solo quiero que se acabe de una vez!

Andrea se estaba acercando a mí, estirando los brazos para abrazarme, cuando se oyó un golpeteo rápido en la puerta. Los dos nos llevamos un susto tremendo, no sé cuál de los dos daría el brinco más alto.

—¿Quién es? —grité.

La puerta se abrió y mi padre asomó la cabeza por el hueco. Vi a mi madre intentando echar un vistazo, justo detrás de él.

—Hola, hijo —dijo mi padre—. Ya hemos acabado la reunión y se nos ha ocurrido venir a visitarte un rato.

Miré a Andrea con aire de culpabilidad, sin saber siquiera por qué. Tapón Gaskins me tenía hecho un lío.

—Adelante —contesté de forma bastante absurda.

—¡Genial! —exclamó mi madre en tono alegre mientras entraban en la habitación—. ¡Tenemos pollo!

2

En la vida no hay muchos axiomas que sean siempre ciertos, el cien por cien de las veces. Pero he aquí uno de ellos: si vives en el Sur y tienes un mal día, el pollo frito siempre te hará sentir mejor. Siempre.

Media hora después de que mis padres irrumpieran en la habitación con dos cubos de pollo grasiento, aromático y gloriosamente frito, estaba recostado contra la pared de la cabecera de la cama, chupándome los dedos en vano. A aquellas alturas, solo una ducha de agua bien caliente me limpiaría la piel aceitosa y brillante. Algunas manchas descarriadas de grasa me habían llegado hasta los codos.

Andrea se había marchado, emplazada por el mismo caballero paliducho de antes, que parecía algo más cómodo ahora que el sol había empezado a bajar. La madre de Andrea había pedido comida china y estaba esperando a su hija pacientemente, le había dicho el hombre con unos modales bastante bruscos, así que se fueron. Distinguí el bulto de un arma bajo su americana informal y eso me alivió un poco.

—¿Has comido bastante? —me preguntó mi madre, que estaba sentada en la esquina más alejada de la cama—. Aquí hay un cubo casi entero todavía. —Señaló el recipiente de cartón que descansaba sobre la cómoda, con el tercio inferior oscurecido por la grasa que se filtraba.

—Mamá, ¿querías rellenarme como un pavo para que hiciera mejor de cebo?

Me froté la barriga e intenté reírme, aunque sabía que había sido una broma terrible, malísima.

—No tiene gracia.

Le lanzó a mi padre una mirada tan cargada de rabia que podría haberle chamuscado las cejas.

—Perdón —me disculpé—. Pero ¿no podéis contarme qué está pasando? ¿En qué consiste el plan?

—David, escucha…

Mi madre interrumpió lo que iba a decirme cuando mi padre se levantó de la silla y se acercó a ella. Se quedó de pie a su lado, amenazante, con la cara contraída e irritada. Ella se acobardó, apenas un ligero estremecimiento, pero a mis ojos fue como si la hubiera abofeteado. ¿De qué iba todo aquello? Primero con la policía y ahora en mi habitación del motel, mi padre montándole el numerito de macho alfa a mi madre. Nunca lo había visto actuar así.

—¿Qué es…?

No fui capaz de encontrar las palabras para plantear la pregunta.

Mi madre tenía la vista clavada en el suelo, evitando mirar a mi padre a los ojos, pero entonces la levantó hacia mí.

—Todo irá bien, hijo. Ya verás. Esa tontería del cebo no es tan horrible como parece.

—Creo que lo mejor será que David y yo charlemos un rato —dijo mi padre en un tono de advertencia mal disimulado y a todas

luces dirigido a ella—. ¿Por qué no te vas a nuestra habitación? Yo iré enseguida.

Mi madre se levantó, se sacudió la ropa, se alisó la blusa. Y entonces tuvo el mérito de mirar a mi padre a los ojos, tan de cerca que estuvo a punto de rozarle la nariz con la suya.

—Si mi hijo sufre algún daño —dijo, haciendo que el tono anterior de su marido quedara a la altura del de un conejo de dibujos animados—, te juro por lo más sagrado que nunca habrás visto una ira semejante.

Sin más, se acercó a mí, me dio un beso en la mejilla y salió de la habitación sin volver a mirar a mi padre. Cerró de un portazo a su espalda y el estruendo fue como un grito en el silencio de su estela. Mi padre tardó un rato en recuperarse y no apartó la vista de la puerta cerrada hasta un buen rato después de que ella se hubiera marchado.

—Papá —dije—, ¿qué está pasando? Nunca os había visto así a mamá y a ti.

Respondió dejándose caer sobre la cama. Se sentó en el borde, con la cabeza apoyada en las manos.

—Uf, hijo, en este mundo hay cosas que no podrías…

No terminó la frase, pero me molestó de todos modos. No hay nada tan condescendiente como que un padre te diga que hay cosas que es imposible que entiendas hasta que seas mayor. Aunque sea cierto, deja que nos demos cuenta nosotros solos, pensaba siempre de pequeño. En mi opinión, utilizarlo como respuesta a preguntas o preocupaciones reales no era más que una forma de escurrir el bulto. Aunque a lo largo de las décadas he pasado a creer en lo que tanto odiaba, al menos nunca les he dirigido esas palabras en voz alta a mis hijos.

—¿Qué, papá? —insistí cuando se quedó callado.

Levantó la cabeza y se volvió hacia mí.

—A ver, te doy mi palabra de que algún día te lo contaré todo. Hay una… historia compartida entre nuestra familia y los Gaskins. Una historia oscura. Todavía no soy capaz de explicártela, pero eso no es lo importante.

Alarmado por sus palabras, guardé silencio.

Mi padre estaba sin duda frustrado, sudaba y le temblaban las manos.

—Escúchame, hijo. Lo único que puedo decirte es que… tenemos que encontrar a Tapón. ¡Tenemos que encontrarlo! ¿Me entiendes? Tenemos que dar con él esta noche. Mañana. Pasado mañana a más tardar. Tenemos que encontrarlo y acabar con esto. Sé que no es justo para ti, en absoluto. Pero te juro por la vida de mis antepasados, por mi padre, por mi madre…, te juro por la vida de tus hermanos y de mi querida mujer que no dejaré que os hagan ningún daño ni a ti ni a Andrea. ¿Me oyes? Estarás a salvo.

El temblor de las manos le había trepado por los brazos hasta invadirle todo el cuerpo. En una extraña yuxtaposición, me recordó a ese ligero escalofrío de la mañana de Navidad que, cuando era pequeño, nunca conseguía hacer que cesara.

—¿Por qué es tan importante encontrarlo? —pregunté—. Además de por lo obvio, claro. ¿Qué historia comparten nuestras familias? Ni siquiera sabía que tenía un hijo.

Ese último comentario le hizo apretar los puños y agitarlos por encima del regazo.

—Es que él no tenía que…

No terminó, decidió canalizar sus frustraciones a través de un enorme gruñido.

Me sentí… extraño. Como si un fino velo que siempre hubiera mantenido oculto el verdadero rostro de mi padre estuviese a punto de levantarse y dejar al descubierto a una persona muy distinta de la que siempre había imaginado.

Se levantó de golpe, mirando al suelo.

—Como ya te he dicho, algún día te lo explicaré todo, ¿vale? Te lo prometo. Pero ahora mismo solo tienes que esperar y hacer lo que se te diga. Vamos a atrapar a ese hijo de puta y acabar con esto de una vez por todas. Si tengo que hacerlo yo solo, te juro que lo haré.

Se encaminó hacia la puerta, aún sin dedicarme siquiera una mirada.

No podía creerme la inmensidad de cosas que quedaban sin decir. Traté de encontrar una pregunta entre todas las que acuciaban y solté la primera que se me vino a la cabeza:

—Bueno, ¿cuál es el plan? ¿Cuándo vais a ensartarme como un cebo?

Mi padre tenía la mano en el pomo de la puerta, ya lo había

girado, pero se quedó paralizado al oír mis palabras. Durante varios segundos permaneció así, inmóvil. Luego volvió despacio la cabeza para mirarme.

—Hijo, eso ya ha pasado. ¿Qué crees que hacemos aquí, pegarnos unas vacaciones? Ya estás colgado del anzuelo. —Se quedó callado, tal vez arrepentido de haberme contestado en ese tono—. Lo siento, David. Te quiero más de lo que soy capaz de expresar con palabras. Pero… tenemos que pasar por esto. —Abrió la puerta y dio un paso hacia el otro lado del umbral.

—¡Papá, espera! —grité—. ¿Cómo que ya estoy en el anzuelo?

Se detuvo y se giró hacia mí de nuevo.

—Ya te lo dije, hijo. No tenemos más remedio que usarte como cebo para acabar con esto. Perdona la horrible imagen, pero te tenemos colgado del anzuelo. —Cogió aire—. Y ahora vamos a lanzar el sedal hacia la parte más podrida de la ciénaga, como haría cualquier buen pescador. Sé obediente y haz lo que te digan.

Cerró la puerta antes de que pudiera responderle.

CAPÍTULO 15

Julio de 2017

1

No sabía qué hacer.

No paraban de asesinar a gente por todo el pueblo. Habían degollado a un policía justo delante de la casa de mi hermana, con mi hijo dormido dentro. Y ahora teníamos a dos agentes de la ley vigilándonos, uno en el patio delantero y otro en el trasero, mientras nosotros estábamos encerrados en la casa en la que crecí sin hacer nada. Mis cuatro hijos estaban aburridos como ostras y tenían todo el tiempo del mundo para pensar en las cosas aterradoras que estaban ocurriendo ahí fuera, en las ciénagas y los bosques que nos rodeaban. Mi madre hacía todo lo que podía: jugaba, preparaba comida, buscaba cosas que ver en la tele. Mi padre había salido a hacer unos recados pese a las protestas de su mujer, a las que había respondido que si Dicky Gaskins quería buscarle las vueltas, que así fuera.

En algún momento de la tarde, decidí que estaba a cinco minutos de la locura. No sabía qué hacer… No, peor aún: sabía que no podía hacer nada. Que no debía hacer nada. No iba a volver a ser como cuando era un chaval, cuando los adultos habían perdido la cabeza y habían decidido dejar que un adolescente sirviera de cebo para un asesino en serie. Esta vez lo dejaríamos en manos de la policía y esperaríamos. Había muchas, muchísimas cosas peores que el aburrimiento. Pero, aun así, estaba a tres pasos de volverme majareta, como había dicho Hazel una vez que llovió durante toda una semana en Atlanta.

Acorralé a Andrea en la cocina cuando la encontré allí fingiendo

buscar algo en la nevera. Sabía que la verdadera razón por la que había abandonado el salón era que Mason le había pedido que jugara al Monopoly otra vez.

—Ah, ahí está la… mayonesa —dijo cuando por fin se dio cuenta de que estaba a su lado, con los brazos cruzados y lanzándole una mirada cómplice. Sacó el tarro medio vacío y estudió el contenido—. Vale, bien, parece que hay bastante.

—¿Ah, sí? —pregunté—. ¿Qué quieres preparar? ¿Galletas saladas con mayonesa?

Puso los ojos en blanco y devolvió el tarro a la nevera.

—Necesitaba un descanso.

—Yo también. Los niños son maravillosos, sobre todo cuando están en el colegio o durmiendo.

—Muy gracioso. Más vale que no subestimes el valor de esas preciosas criaturas, capullo insensible. —Apartó una silla de la mesa y se sentó; luego apoyó un codo en la mesa y posó la barbilla en la palma de la mano abierta mientras resoplaba—. Pueden ser agotadores, lo reconozco. A ver, ¿quién inventó el Monopoly? Espero que ese sádico hijo de puta se esté pudriendo encima de un montón de dinero falso.

Me senté a su lado.

—Estoy seguro de que ganó mucho dinero de verdad.

—Sí, muy bien. Un cerdo capitalista.

Wesley entró en la cocina, nos echó un vistazo y luego abrió la nevera y empezó a examinar lo que había dentro.

—¿Qué pasa, grandullón? —le pregunté.

—Que estoy a punto de pegarle una patada a Logan para que salga volando por la ventana, eso es lo que pasa. —Sacó una barra de mantequilla, cosa que me dejó de piedra. ¿Qué pensaba hacer con ella?—. Si ese crío se queja de una sola cosa más, lo haré. Yo pago los cristales rotos. —Cerró la puerta de la nevera y dejó la mantequilla en la encimera.

—Esto… ¿Wesley? —pregunté—. Por favor, dime que no vas a comerte esa barra de mantequilla con cuchillo y tenedor.

—Al menos úntale un poco de mayonesa primero —dijo Andrea, que a continuación se rio de su propia broma, aunque Wesley no la pilló.

Mi hijo inspiró y dejó escapar un suspiro profundo.

—Iba a hacer unas tostadas.

Lo dijo igual que si acabara de anunciar que le quedaban tres semanas de vida, y luego se quedó allí plantado mirando la encimera.

La culpa me invadió. De nuevo, supe que Wesley necesitaba un terapeuta, un orientador, alguien con quien hablar de la experiencia que había sufrido. Tenía la intención de hacerlo realidad lo antes posible: después de la tormenta, después del viaje, después del arresto de Dicky Gaskins. Después, después, después. Mi hijo necesitaba algo ya. Pero, como con todo lo demás en aquel largo e interminable día, no sabía qué hacer.

Me levanté y me acerqué a él, le puse una mano en el hombro.

—Oye, ¿estás bien? Es decir, ya sé que ahora mismo nada va bien, pero… Lo siento. Ojalá pudiera hacerte sentir mejor.

—Papá, no pasa nada. —Me miró y lo único que le vi en los ojos fue tristeza—. Es solo que he decidido que al final no quiero tostadas. Estoy bien. —Pero no apartó la mirada.

Lo envolví en un abrazo y le di unas palmaditas en la espalda como si tuviera dos años.

—Este viaje está siendo una mierda, ¿no? Pero una mierda de verdad.

—He pasado cosas peores. —Se apartó de mí e intentó sonreír—. De todas formas, ¿cuándo podremos irnos a casa?

La pregunta se me clavó en el pecho.

—Dicen que la tormenta terminará mañana. —Suspiré—. Mira, pensaba que encontrarían a Dicky y que todo se solucionaría. Pero ahora me siento idiota. Tengo una idea: intentaré convencer a los abuelos para que se vengan con nosotros a Atlanta. Y a lo mejor también a Evelyn y los demás. Este sitio nos lo han fastidiado para una buena temporada, ¿eh?

—Sí, podría decirse que sí.

Andrea se acercó y le dio un buen abrazo.

—¿Puedo ir yo también?

—¿En serio? —respondió enseguida Wesley. Lo dijo con tanto entusiasmo y autenticidad que me levantó el ánimo.

—¡Claro que iré! Pero solo si el tacaño de tu padre promete llevarnos a un par de partidos de los Braves.

Ambos me miraron. Estaba un poco aturdido por lo rápido que

se habían disipado las sombras oscuras de la habitación. La paz me invadió, y de pronto me moría de ganas de que nos echáramos a la carretera al día siguiente.

—Pues me parece que tienen que jugar contra los Nats —dije—. Juro solemnemente en nombre de la ley que iremos a ver los tres partidos de la serie. Y en primera fila. —Esa frase casi se me atasca en la garganta antes de lograr escapar y salir por la boca—. Es que, a ver, en serio. ¿Qué padre en la historia de la humanidad ha hecho una promesa así?

—Abrazo de grupo —propuso Andrea.

Lo hicimos, y los brazos que me rodearon me parecieron celestiales.

—Eso sí, tengo una pequeñísima condición —advertí cuando terminamos, y coloqué el pulgar y el índice a un milímetro de distancia el uno del otro.

—¿Cuál? —preguntaron los dos a la vez.

—Un Monopoly. Ahora mismo. Con todas las reglas, sin atajos, nosotros tres y Mason.

Por la cara que pusieron, cualquiera habría pensado que había exigido que ambos se cortaran un dedo de la mano y otro del pie. Pero me mantuve firme y esperé su respuesta.

—Me pido la carretilla —dijo Wesley.

—Vale.

—¿Quién diablos quiere ser la carretilla? —soltó Andrea mientras nos dirigíamos hacia la habitación delantera.

—La necesito para guardar todo el dinero que voy a quitaros —fue la respuesta perfecta de Wesley.

En ese mismo momento, me juré ayudar a Mason a ganar.

El mundo volvía a girar sobre el eje adecuado.

2

Mason no ganó. Wesley tampoco. Y yo ni de coña.

Andrea nos pegó una paliza tremenda. Y no le importó nada regodearse, llegó incluso a hacer el gesto de «levantar el tejado», subiendo y bajando ambas manos hacia el techo como un gorila desquiciado. Fue tan peculiar y adorable que ni siquiera me molesté en burlarme.

Mi padre había pasado toda la tarde fuera y regresó a casa con tantos cubos de pollo frito como para alimentar a medio condado de Sumter. Aquello me trajo recuerdos de un día de hacía mucho tiempo que llevaba esforzándome por olvidar todos los años transcurridos desde entonces, pero mi boca y mi estómago no se quejaron para nada mientras engullía dos muslos, un ala, dos contramuslos y hasta el último trozo de la pechuga más grande que jamás se haya sacado de un pollo.

Daba la sensación de que la lluvia estaba amainando. El leve repiqueteo que nos llegaba desde el tejado casi nos sorprendía: nos habíamos acostumbrado tanto al rugido constante del aguacero que nuestros oídos no sabían cómo interpretar ese ruido nuevo. Me asomé a la ventana para ver las gotas de lluvia dispersas que salpicaban los miles de lagos del patio delantero. Aquello era casi como Minnesota. Un día más así y se habría producido una inundación grave.

Andrea se acercó a mí y me frotó la espalda un segundo.

—Parece que hay luz al final del túnel. ¿Estás seguro de lo de marcharte mañana?

—Uy, sí —respondí—. No sé por qué no se me ha ocurrido antes lo de llevarme a mis padres. Nos han fastidiado este sitio durante un tiempo.

«Tal vez para siempre», no lo dije en voz alta. Quizá el abuelo Fincher estuviera justo encima de nosotros, escuchándonos con sus oídos de fantasma.

—Y… —titubeó—. ¿Estás seguro de lo de que me vaya con vosotros?

Me conmovió que me hiciera esa pregunta, que dudara, que su voz traicionara lo mucho que deseaba ir. Me volví hacia ella.

—¿Estás de coña? Saldré ahí fuera, me pondré de rodillas en un charco y te rogaré que vengas con nosotros si es necesario.

Me abrazó y yo le devolví el gesto. A lo mejor, después de tantos años…

—Todo el mundo está de buen humor —susurró—. Si vas a decírselo a tus padres, este es el momento. Necesitan muchas horas para meter en la maleta todas sus cosas de viejos.

Me reí del comentario, puede que con un poco más de entusiasmo del que merecía.

—Tienes razón. Pero estoy nervioso. A mi padre le gusta viajar casi tanto como le gusta Richard Nixon. Y sí, todavía habla de Richard Nixon. No se te ocurra preguntarle por él.

—Venga, deja de comportarte como un crío y ponte manos a la obra.

La besé, allí mismo, delante de toda la familia. Para cuando terminé, todo hombre, toda mujer y todo niño presente en la sala nos miraba con los ojos como platos. Había funcionado a la perfección. Me aclaré la garganta y planteé la pregunta:

—¿Qué os parecería que los abuelos hicieran las maletas y los secuestráramos para llevárnoslos a Atlanta? —Mis cuatro hijos estallaron en una ovación, incluso Logan, que solo imitaba a Mason —. También les pediremos a Jeff y Evelyn que vengan.

Más vítores. Mi madre sonreía encantada, como si llevara tiempo esperando a que espabilara de una puñetera vez y sugiriera que nos largáramos pitando. Mi padre parecía pensativo, pero asentía muy despacio y tenía los labios apretados, como si acabase de escuchar una idea tan sabia que no pudiera creerse que no se le hubiese ocurrido a él antes. «Pues parece que hay trato», pensé.

—Genial —dije—. Nos marcharemos a primera hora de la mañana. Ahora, cinco dólares para el que sea capaz de zamparse otro trozo de pollo…

3

Esa noche decidí acostar a cada niño de forma muy individual. Era la última que pasaríamos en casa de la abuela durante un tiempo —«para siempre, tal vez», me esforcé mucho por no pensar— y ese hogar era terreno sagrado para mí. Quería que los cuatro preciosos seres que conformaban mi prole sintieran lo mismo, y detestaba que la dichosa familia Gaskins hubiera hecho todo lo posible por destrozarme ese sueño. Pasaríamos una última, maravillosa, pacífica, hermosa y memorable noche. Intentaríamos olvidar que fuera había policías apostados y un lunático suelto.

Logan fue el primero. Mis padres llevaban por lo menos una hora haciendo maletas, comportándose como si estuvieran a punto de zarpar en el *Titanic*. No me habría sorprendido lo más mínimo que mi madre hubiera sacado el viejo baúl de la abuela Fincher,

pero, por suerte, se conformó con una maleta del tamaño aproximado del baño de un avión. Wesley estaba en la ducha, Hazel leyendo un libro y Mason estudiándose las reglas del Monopoly (seguro que creía que sería capaz de encontrar un tecnicismo que anulara la gran victoria anterior de Andrea). Ella estaba sentada en el sofá mirándolo con desconfianza.

Yo tenía a Logan envuelto en varias mantas en el suelo, justo al lado de la chimenea.

—¿Cómo está mi Lobezno? —le pregunté.

Nadie había encendido aún los ventiladores, así que no tuve que gritárselo a pleno pulmón.

Bostezó —aquel enano parecía más un león que un lobezno— y se estiró; luego se hizo un ovillo y cerró los ojos tras taparse con su manta favorita hasta la barbilla. Consistía en dos capas de franela y estaba rellena, acolchada y cubierta de personajes de *La guerra de las galaxias*. También habría sido mi favorita. Le hice cosquillas en la espalda.

—Eh, Logan, ¿te ha comido la lengua el gato?

Emitió un sonido que me recodó hasta cierto un punto a un «¿eh?».

—Te he preguntado que cómo estás, colega.

—Bien, papá. Gracias.

Eso me hizo reír, ni siquiera sé por qué.

—¿Te hace ilusión nuestro gran viaje de mañana?

Abrió los ojos de golpe.

—Sí. ¿Podremos beber Mountain Dew?

—Hasta que os hartéis. Guardaremos la botella para que hagas pis dentro.

Soltó una risita como la que habría soltado cualquier niño pequeño ante la mención de un fluido corporal.

—¿Y la caca?

—Supongo que en ese caso tendríamos que parar. Sería difícil acertar a meterla en la botella sin montar un desastre. Pero puedes eructar todo lo que quieras.

—Puaj —dijo Andrea desde el sofá con cara de asco—. ¿En serio? ¿Cuál de los dos es el niño de cuatro años? Logan, tu padre es un cochino.

A Logan le gustó la respuesta y se rio con más ganas. Yo mostré

mi descontento acercándome al ventilador más próximo y activándolo a tope. La maravillosa brisa y el sonido relajante hicieron que me entraran ganas de recostar la cabeza junto a la de Logan y darle la bienvenida a la dulce dicha del sueño. Pero todavía me quedaban tres hijos.

—Oye, Lobezno —le susurré al oído. Levantó la cabeza para mirarme y volvió a emitir esa especie de «¿eh?» gruñido—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

—¿Cuánto?

—Hasta el techo de la sala de los sofás verdes y… toda la vuelta al mundo.

Esa frase es sagrada en nuestra familia, pero no voy a describirte su origen. Algunas cosas las guardaré para siempre en mi corazón.

—Bien —dije—. Porque yo también te quiero todo eso.

Abracé al pequeñín, lo achuché con fuerza mientras rogaba que ese precioso niño no tuviera que experimentar nunca los horrores que su hermano y yo habíamos presenciado.

—Buenas noches, Lobezno.

—Buenas noches, papá.

Y ahora, Hazel.

4

Fue tan dulce como siempre, mi niña. Después de leerme en voz alta parte de su última conquista —*Matilda*—, por fin soltó el libro y se acurrucó entre mis brazos.

—Apenas me oigo pensar con ese ventilador encendido —dijo—. Sé que no me has oído leerte.

Lo que seguro que no sabía era que hablaba como una mujer de cincuenta años.

—¿Quieres que lo apague? —pregunté.

—¿Estás loco? Prefiero apagarme el cerebro.

—Esa es mi niña.

La abracé un poco más fuerte. Mis hijos sí que sabían cómo hacerme feliz.

—¿Papá?

—¿Sí, cariño?

—A veces me siento mal porque me olvido de cosas de mamá.

La besé en la coronilla, sorprendido de lo mucho que me había dolido el comentario.

—No pasa nada, Hazel. Te lo prometo. Siempre tendremos las fotos y los vídeos para que nos la recuerden. Ella está en algún lugar, acordándose de ti, y esa… bondad basta para llenar todo el universo. Ojalá pudieras entender cuánto te quería. Puede que algún día tú también tengas hijos y comprendas lo que es querer tanto a alguien que en realidad se parece un poco al dolor.

—Ya lo entiendo.

No dio más detalles, y los ojos se me llenaron tanto de lágrimas que una se desbordó y le cayó en el pelo.

—Eres muy madura para tu edad —comenté.

—Siempre me dices eso.

—Porque es verdad. Eres lo bastante inteligente como para llegar a ser presidenta.

—¿Soy lo bastante inteligente como para llegar a ser tú?

—Vale, ahora ya está claro que solo intentas conseguir algo. ¿Necesitas que te preste dinero?

Se le escapó una risita y, si mi objetivo para antes de dormir era hacer que todos mis hijos se rieran, ya estaba a mitad de camino de lograrlo.

—¿Qué vamos a comer durante viaje? —preguntó.

Los niños podían cambiar de tema en un abrir y cerrar de ojos, un don mágico, sobre todo cuando había comida de por medio.

—Hum, no sé. Me apetecen galletas saladas rellenas. De las que saben a pizza.

—Son asquerosas. Yo había pensado más bien en unos Doritos Cool Ranch.

—Ah, ¿así que quieres matarnos a todos con tu aliento? Vale, muy bien.

—Al menos no me entran gases, como a Mason y a ti.

Si tenía el objetivo adicional de incluir las flatulencias en mis conversaciones de antes de dormir con todos mis hijos, entonces llevaba dos de dos.

—Al menos los míos no apestan tanto como los de Mason —dije con la mayor solemnidad posible.

Volvió a reírse y pensé que mi misión allí ya estaba cumplida.

Pero no me apetecía soltarla.

—¿Estás cansada, cariño?

—Sí. —Se zafó de mi abrazo y se acercó la almohada como si fuera un oso de peluche—. Será mejor que duerma como es debido para el viaje de mañana.

Con una sonrisa de oreja a oreja, le di un último beso en la cabeza.

—Sí, buena idea. No quiero que te pases todo el camino hasta casa dando la lata.

Ella sonrió, ya medio dormida. La dejé tranquila.

5

—Lo pone aquí, papá.

Mason señaló una regla sutilmente enterrada entre las minucias menudencias de las instrucciones del Monopoly. Estábamos en la alfombra, en algún punto entre Hazel y Logan, que ya exhalaban los profundos suspiros del sueño. Al menos eso me parecía: no oía gran cosa por encima del ruido del ventilador.

Mason miró con suspicacia a Andrea —que estaba leyendo un *National Geographic* viejo y polvoriento en el sofá— y luego se dio la vuelta para quedar de espaldas a ella. Me asomé por encima del hombro de mi hijo para leer la línea que había indicado.

—Ajá.

—No dice nada de poner quinientos dólares en el medio. Ni de los impuestos y tasas. ¡Caer en el aparcamiento gratuito no tiene nada que ver con ese dinero!

Me impresionaron la determinación y las habilidades investigadoras de mi hijo. Andrea había insistido en utilizar la vieja regla inventada a pesar de que Mason insistía en que no aparecía en las instrucciones oficiales. Por lo visto, el niño tenía razón.

—Díselo con delicadeza —sugerí. Le lancé una mirada divertida a Andrea, que sabía muy bien lo que estaba pasando—. ¿Y si te esperas al viaje de vuelta? Así no podrá escapar cuando se lo restriegues por la cara.

—Buen plan.

—Venga, échate a dormir, ¿vale? Mañana será un día largo.

—Vaaale. —Alargó la palabra con voz quejumbrosa mientras

doblaba las instrucciones del Monopoly y las dejaba a un lado—. Supongo que puede pasar una noche pensando que ha ganado. Pero me muero de ganas de chincharla en el coche. ¡Y tenemos que jugar la revancha!

Pensé que tal vez necesitara medicación cuando se produjera esa revancha, pero ya me preocuparía por ella cuando llegara.

—Apostaré por ti. Y ahora, a dormir.

Murmuró algo ininteligible y lo dejé con sus dulces sueños, sueños repletos de fajos de dinero y hombres con monóculo y sombrero de copa.

6

Wesley ya se había dormido cuando me senté en el reposabrazos del sillón de mi padre. Bajé la mirada hacia él y observé sus rasgos: el pelo bien peinado, la piel aceitosa de la adolescencia, la línea de la mandíbula cada vez más marcada. Nunca te fijas en los cambios que experimentan tus hijos de un día para otro, pero, de vez en cuando, en momentos así, te das cuenta de golpe de lo mucho que han crecido. ¿Cómo era posible que el bebé al que una vez sostuve en mis brazos y al que le cambié los pañales se hubiera convertido en aquel hombre-niño que tenía delante? Ahora necesitaba mover considerablemente la cabeza para que mi mirada lo recorriera desde el pelo hasta la punta de los pies, cuando antes le veía todo el cuerpo de un solo vistazo.

Mi niño había crecido.

Cogí la manta que había doblada sobre el respaldo del sillón y tapé a Wesley con ella; luego se la ajusté bien debajo de la barbilla, como en los viejos tiempos, cuando dormía en una cama infantil con forma de coche. Se puso de lado, llevándose la manta con él, y me dio la espalda.

—Buenas noches, campeón —dije.

El otro ventilador estaba al lado del sillón; lo encendí.

Andrea se acercó, me cogió de la mano y me llevó con ella hasta la cocina. Mi madre estaba allí, vaciando el lavavajillas. Cuando Andrea la vio, me dio la sensación de que se llevaba una decepción. A lo mejor tenía planeado que nos enrolláramos mientras picábamos algo; aquel me parecía un momento tan bueno como

cualquier otro para romper el hielo y volver a nuestros años de gloria adolescente.

—Hola, chicos —nos saludó mi madre como si me hubiera leído el pensamiento y quisiera seguirme la corriente—. Creo que tu padre y yo por fin hemos terminado de hacer las maletas y estamos preparados para marcharnos. Acaba de salir a comprobar unas cuantas líneas de riego para asegurarse de que la inundación no ha roto nada.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Ahora? Es noche cerrada.

Mi madre le quitó importancia a mis palabras con un gesto con la mano, como si dijera: «¿Qué se le va a hacer?».

—¿Salgo a ayudarlo?

—No. Creo que necesitaba pensar un rato antes de que nos vayamos a tu casa.

—¿Sabes si los policías están con él? Será mejor que me cerciore de que lo tienen controlado.

—David —dijo mi madre con firmeza—. No va a pasarle nada a tu querido padre. Se ha llevado la pistola.

Se echó a reír, y eso me hizo preguntarme si no se habría tomado un *gin-tonic* o dos después de que mi padre se fuera.

—Bueno, ¿por qué no te vas ya a descansar? Venga, que ya terminamos nosotros de guardar todo esto.

Nos dio las gracias y se marchó. Nos quedamos a solas.

—No me extraña que haya salido —comentó Andrea mientras cogía una fuente de horno y la colocaba en un sitio que parecía haber escogido al azar—. Esta casa es tan pequeña que no consigo quedarme a solas contigo ni a tiros, y con todo lo que ha llovido, creo que todo el mundo está un poco claustrofóbico.

Apilé unos cuantos platos y luego los guardé en la alacena correspondiente.

—Querías quedarte a solas conmigo, ¿eh? *Oh là là*.

Sacudió la cabeza con cariño.

—Eres adorable. En realidad quería enseñarte una cosa que he encontrado en internet. Deben de haber arreglado la conexión ahora que la tormenta está en las últimas.

Me quedé quieto, todos mis demás pensamientos se desvanecieron con un chasquido.

—¿Sí? ¿Qué has encontrado?

—Una página muy antigua que habla de… cosas raras. Cosas rarísimas. La mayoría son historias del Sur, sobre todo de Carolina del Sur. Por ejemplo, el Hombre Lagarto… ¿Te acuerdas de que el Abuelo siempre nos daba la tabarra con esa historia en el festival de otoño? Hay una página entera sobre él. Sobre eso. Como sea, ya me entiendes.

Mis esperanzas de obtener información útil se derrumbaron como un castillo de naipes.

—Ah —fue lo único que logré decir.

—Pero hay algo más.

Cogió la cesta de los cubiertos —cosa que me llenó de alegría, porque odiaba guardar los tenedores, las cucharas y los cuchillos—, se acercó al cajón correcto y lo abrió. Entonces me di cuenta de que recordaba aquello de nuestra infancia, de las muchas veces que había estado en mi casa. Mis padres no habían cambiado nada en todos esos años.

—¿Qué es? —pregunté, ya apoyado en la encimera, puesto que habíamos terminado nuestra tarea.

—Vamos a mi habitación y te lo enseño. —Cerró el cajón de los cubiertos con un golpe suave y volvió a meter la cesta en el lavavajillas—. Tengo allí el iPad.

—Sí, claro —dije—. Ya entiendo lo que está pasando aquí.

—Ay, por favor.

Otro meneo de cabeza —que sin duda me merecía—, pero luego me besó en la mejilla al pasar junto a mí. La seguí a toda prisa.

7

Unos diez minutos después de nuestras correrías con el lavavajillas en la cocina, Andrea y yo estábamos recostados en la cama de Patsy —pobre Patsy, nunca estaba allí para defender su antiguo territorio —, acurrucados, ambos mirando de hito en hito la parte brillante del iPad de Andrea. Ella movía los dedos con destreza por la superficie luminosa, tan hábil como la adolescente más fan de la tecnología y empollona del lugar.

—Es aquí —indicó.

Seguí mirando la pantalla. El sitio web se parecía a los que se programaban en la década de 1990, sin apenas actualizaciones

estéticas desde entonces. La página de aterrizaje, llamada «Leyendas y mitos del Sur profundo», tenía cientos de líneas de texto, todas ellas subrayadas para mostrar que contenían un enlace a lo que se describía. La página era un caos de principio a fin, el tamaño de la letra era minúsculo, era el típico sitio web en el que empiezan a dolerte los ojos antes incluso de que hayas clicado en nada.

—Hay un montón de cosas raras —observó Andrea—. A veces solo hay que lanzarse y disfrutar del viaje. Tus antepasados estaban locos, básicamente.

—Eso es lo que nos hace especiales —murmuré—. Bueno, ¿qué estamos buscando?

Empezó a descender por la página; los enlaces subrayados no dejaban de aparecer por la parte inferior del iPad, como los créditos de una película.

—Este de aquí… Ese. —Señaló una línea embutida entre muchas otras.

Tuve que acercarme y entornar los ojos para ver aquella tontería. Decía:

LOS MALEFICIOS PURITANOS RIVALIZAN
CON SUS HOMÓLOGOS MÁS DEMONIACOS

La miré con la expresión más misteriosa que fui capaz de adoptar.

—Eeeeeh…

—¿Quieres callarte y leer el artículo? —me soltó, a todas luces molesta—. ¡Fíate un poco de mí!

—Perdón.

Empecé a leer y, párrafo a párrafo, dos cosas fueron cobrando cada vez más relevancia en mi cabeza: en primer lugar, que quienquiera que hubiese escrito el artículo o había abandonado los estudios o había dejado de intentar aprender gramática alrededor de segundo de primaria; y en segundo lugar, que Andrea debía de haberse fumado algo raro para pensar que esa locura tenía algo que ver con nuestra situación. Porque, a ver, aquella basura hablaba de puritanos y de cuáqueros, de maldiciones y de sacrificios sangrientos.

—Tú sigue leyendo —me insistió cuando no pude evitar volver a mirarla con aire inquisitivo—. Hasta el final.

Los antecedentes de la historia se remontaban nada más y nada

menos que a los tiempos precoloniales, cuando los nativos americanos aún dominaban el continente y los únicos que exploraban el extremo norte de lo que hoy es México eran en su mayoría europeos que huían de la persecución religiosa. Cuentos escolares sobre barcos como el *Mayflower* y lugares como Jamestown, hambre y enfermedades, batallas brutales contra los nativos de esta tierra, intentos inútiles de plantar cultivos y establecer asentamientos. Por muy glamurosa que la hiciera parecer aquella viñeta de *Snoopy*, la vida en aquel entonces era un auténtico infierno.

Sin embargo, al parecer las cosas no debían de resultarles ya lo bastante difíciles, así que se inventaron problemas nuevos, y en eso se centraba el artículo: en una rivalidad descabellada entre los puritanos y los cuáqueros. La hipocresía, incluso en aquel artículo tan mal redactado, me dejaba estupefacto. Los puritanos se trasladaron hasta aquí porque en sus países de origen los perseguían, ¿y qué fue una de las primeras cosas que hicieron cuando tuvieron algo similar a un nuevo hogar en un nuevo mundo? Comenzaron a perseguir a los que decían ser cuáqueros. Y cuando digo perseguir, me refiero a hacer cosas crueles, terribles y horrorosas como descuartizar los cadáveres y enviarles los pedazos ensangrentados a sus familiares o viejos clásicos como quemar viva a la gente en la hoguera.

Y había elementos aún más oscuros, historias sobre maldiciones y maleficios lanzados contra los cuáqueros, relatos que recordaban más al satanismo o la brujería que a peregrinos cristianos correteando por ahí con sus crucecitas de madera. La que primero me llamó la atención fue una maldición que los santones puritanos les echaron las mujeres cuáqueras embarazadas: según la locura que estaba leyendo, sus bebés nacían con la piel al revés, sin ojos, sin lengua, sin dedos en las manos ni en los pies. «Vaya», pensé. Otra se describía como un maleficio que se aplicaba a los padres y los llenaba de una sed de sangre insaciable, con independencia de a cuántos miembros de su propia familia y personas de su pueblo asesinasen. Todo eso me intrigó lo suficiente como para que me comprometiera a investigar más adelante, por pura curiosidad.

Aun así, no se me ocurría qué podía tener que ver todo aquello con mi familia o con el asesino en serie que andaba suelto por el

condado de Sumter. A pesar de que el artículo me intrigaba, lo único que quería era hacerme un ovillo con Andrea y echarme a dormir. Fuera como fuese, al día siguiente dejaríamos atrás todos esos disparates de mi pueblo natal. Me distraje y empecé a saltarme trozos mientras me preguntaba cuántas cosas sádicas podrían habérsele ocurrido con exactitud a aquellas personas.

Mi mirada se detuvo en una sola palabra. Se detuvo tan de pronto como si una especie de muro mágico y visual se hubiera erigido en su camino.

La palabra era «Gaskins».

—¿Qué co…? —susurré.

—Te lo dije —respondió ella.

Tuve que retroceder, porque me había saltado tantas líneas que no tenía ni idea de en qué contexto acababa de aparecer esa losa de nombre. Volví a la última parte que sabía que había leído con concentración —algo sobre echarle un maleficio a la leche de vaca para que cualquiera que la bebiera sufriera un caso de diarrea tan extremo que terminaría muriendo de deshidratación— y empecé a repasar el texto, prestando mucha atención a todas y cada una de las palabras de la página digital.

Varias familias de esos tiempos difíciles decidieron que ya estaba bien y se separaron de los principales asentamientos tanto de los puritanos como de los cuáqueros. Fueron familias de ambos bandos, que sellaron un pacto de paz a pesar de saber que sus respectivos pueblos verían esa alianza secreta como una herejía. Se apartaron y huyeron hacia el sur, se alejaron todo lo que pudieron y al final se asentaron en los cenagosos terrenos centrales de las Carolinas. A continuación el artículo enumeraba los apellidos de algunas de estas familias, entre las que se contaban los Gaskins. Los Player no aparecían: leí la breve lista dos veces para asegurarme.

Andrea, obviamente, se moría de ganas de conocer mi opinión sobre lo que había leído, aunque ni siquiera hubiera sido capaz de pasar del apellido de Tapón y Dicky.

—¿Y bien? —me preguntó—. ¿Es posible que alguno de esos apellidos sea el de algún pariente vuestro? Quizá por parte de la madre de tu padre, o por parte de cualquiera de tus abuelos maternos.

No tenía respuesta: la genealogía no era mi fuerte. Fincher y

Player eran casi los únicos apellidos que conocía. Lo único que conseguí decirle fue:

—¿Cómo has encontrado este artículo?

—Google es tu amigo —contestó—. He tenido que hurgar entre un montón de basura, pero al final he dado con esta joya.

Dejé escapar un suspiro de cansancio.

—Tampoco es que nos aclare gran cosa. Es decir…, ¿qué piensas, que la familia Gaskins está maldita o algo así? ¿Que les echaron la maldición y ahora tienen que perseguir a la gente y cortarle la cabeza?

—No te hagas el listillo —replicó al mismo tiempo que me arrancaba el iPad de las manos como si no me lo mereciera—. La clave es que la familia Gaskins se remonta a hace muchísimo tiempo, y sabemos que la tuya también. Y sí, ir por ahí cortándole la cabeza a la gente es grotesco, espantoso e inusual para cualquiera. Así que el hecho de que hayamos encontrado un artículo raro de narices sobre unos puritanos y unos cuáqueros que se echaban maleficios los unos a los otros y que huyeron adonde nosotros vivimos ahora…, y de que en él aparezca el apellido de la familia del tipo que lo está haciendo ahora y, por tanto, el de su padre, que lo hizo antes que él…, y de que esos dos chiflados parezcan tener debilidad por tu familia… No sé, a ver. A lo mejor significa algo.

—Sí, supongo. —Un bostezo enorme me brotó del pecho y no tuve fuerzas para contenerlo, así que abrí la boca de par en par—. Lo siento. Es que estoy hecho polvo. Y no creo que nada de esto vaya ayudarnos esta noche. ¿Lo dejamos para otro momento?

Pareció muy decepcionada.

—Es tu familia, no la mía.

La abracé.

—Perdóname, de verdad. Significa mucho para mí que estés investigando todo esto. Y aún más que estés aquí. Mis hijos te adoran.

—Puede que hasta les caiga mejor que tú —dijo.

—De hecho, creo que, si hiciéramos una apuesta, no la perderías.

Respiró hondo y luego expulsó el aire. Sentirla contra mi pecho me produjo una increíble sensación de paz. A pesar del intenso

reclamo del sueño, estaba impaciente por que emprendiéramos camino por la mañana, sobre todo sabiendo que Andrea nos acompañaría en el viaje.

—Vamos a la cama, entonces —susurró.

—¿Juntos?

—Ni de broma. Menudo cacao se les montaría a tus hijos en la cabeza.

Lo dudaba. Me pareció la típica frase que se decía en la televisión o en las películas, pero no quise insistir. Además, aún teníamos que superar un pasado muy oscuro antes de poder dar demasiados pasos hacia delante.

—Me voy al sofá —dije, y le di un último apretón—. Aquí no hay ventilador, de todas maneras, así que nunca habría funcionado.

Respondió con una carcajada sincera y me recordó a un viejo episodio de *Seinfeld* en el que George aprendía a marcharse de inmediato cuando un chiste hacía gracia. Me puse de pie y levanté las manos hacia el techo.

—¡Muy bien! ¡Yo con esto me voy! ¡Sed buenos!

Me miró como si me hubieran salido cuernos.

—¿*Seinfeld*? —pregunté esperanzado.

—Uf. Odiaba esa serie.

Con un suspiro exagerado, le respondí:

—¿Primero Led Zeppelin y ahora *Seinfeld*? No pasa nada. Te perdono.

—Buenas noches, mi dulce David.

Sonrió.

—Buenas noches.

Sintiéndome como un adolescente, salí de su habitación y cerré la puerta.

8

La oscuridad reinaba en la casa.

Me tumbé en el sofá, me sumergí en su comodidad y en el zumbido relajante de los dos ventiladores que levantaban corrientes de aire contradictorias por la estancia. No sabía si mi padre había vuelto a casa o no, pero estaba demasiado exhausto para

comprobarlo. Me imaginé que estaba bien, porque, si no, mi madre ya habría montado un buen alboroto. Teníamos dos policías apostados fuera. Y otros patrullaban las calles de Lynchburg y de todo Sumter. Era imposible que Dicky Gaskins fuese tan valiente o tan necio como para intentar acercarse al hogar de mis padres.

Al día siguiente nos despertaríamos con los ánimos bien altos. Mis padres nos prepararían juntos un desayuno espectacular: habría de todo, vaciarían todos los manjares de la nevera y de los armarios para que disfrutáramos de un último festín antes de nuestro viaje. Meteríamos las cosas en los coches, organizaríamos la distribución de los asientos, descargaríamos películas en una plétora de dispositivos electrónicos y habría auriculares enredados por doquier. Sonrisas y alivio y sueños de nuevos comienzos. La oscuridad del pasado que había hecho que Andrea y yo tomáramos caminos distintos…, esa oscuridad terminaría. Podríamos ser lo que siempre deseé que fuéramos. Amigos. Mejores amigos. Familia. Y si el mundo giraba sobre un eje perfecto, inclinado según todas las leyes conocidas de la física y del amor, entonces tal vez ocurriera algo mágico. Quizá el dolor eterno de haber perdido a mi mujer se suavizara hasta convertirse en algo dulce y lleno de buenas intenciones. Tal vez, solo tal vez, Andrea pudiera ser mía y yo pudiera ser suyo, a pesar de nuestra horrible separación de hacía dos décadas.

No tengo claro si realmente me creía esas cosas que me decía a mí mismo. Si algo me había demostrado la vida, era que los Gaskins eran capaces de superar cualquier obstáculo en el mundo con tal de traumatizar a mi familia. Aun así, puedo decirte con honestidad que me sentía a salvo. Contento. Esperanzado. No tenía derecho a ello. Ahora estoy convencido de que en lo más profundo de mi ser debía de haber algo que pedía atención a gritos, que me arañaba las paredes más duras del corazón para suplicarme que lo escuchara. No lo hice, y tampoco sé si tuvo la más mínima importancia, salvo por esto: ahora no puedo afirmar con certeza que hice lo posible por evitar los acontecimientos que estaban a punto de producirse de forma fulminante. Y eso es un verdadero puñal.

Si alguno de estos pensamientos proféticos estaba presente mientras estaba allí tumbado, en la oscuridad, satisfecho y cansado, cómodo, disfrutando de la brisa y el arrullo de los ventiladores, de

la presencia de mis hijos, del capullo protector del hogar de mi infancia, lo estaba a un nivel tan subconsciente que ahora solo puedo intentar adivinarlo. En ese instante, mi mente se dejó llevar por la felicidad.

Me quedé dormido.

CAPÍTULO 16

Junio de 1989

1

Un ruido en el baño que había al fondo de mi habitación de motel.

Seguía sentado en la cama, incapaz de dormir después de las cosas que me había dicho mi padre antes de dejarme solo. Cosas sobre un cebo y un anzuelo y sobre hacer lo que me dijeran. Había dado un par de cabezadas, pero me había despertado al instante. No quería dormir hasta saber algo del plan. Cualquier cosa. Más de una vez había estado a punto de levantarme, dispuesto a salir y exigir ver a Andrea, a llamar a todas las puertas si era necesario. Pero en ningún momento había reunido el valor para llevar a cabo ese heroico acto, de modo que permanecí inmóvil en el silencio. Hasta el zumbido grave del aire acondicionado, montado bajo la ventana, había parado.

Y ahora, un ruido.

Arañazos. Como una rama sin hojas rozando la mosquitera de una ventana.

La lámpara de mi mesita de noche seguía emitiendo un brillo amarillo opaco, y me alegré de ello. Estando a oscuras, ese ruido me habría hecho pensar en cualquier cosa: desde en Freddy Krueger, con las cuchillas de las garras extendidas, hasta en la Parca, señalándome con un dedo de hueso bajo la túnica negra. Pero, con aquella luz, supuse que una rata se había desmandado o que tal vez uno de los guardias estuviese fuera, patrullando por el callejón de detrás del motel.

El ruido cesó y no volví a pensar en él.

2

En algún momento me quedé dormido de verdad, con el cuerpo vencido hacia un lado, de espaldas al baño. El ruido de arañazos volvió, esta vez más fuerte. Al principio se coló en mis sueños: unos leñadores aparecían de repente en el festival de otoño y serraban un tronco gigantesco con una de esas sierras anchas para dos personas. Adelante y atrás, adelante y atrás, su cara todo sonrisas…

Me desperté de golpe y me giré de inmediato para mirar hacia el fondo de la habitación, al espejo, a la puerta abierta del baño. No vi nada. Pero el ruido de algo duro y áspero rasguñando contra metal o madera —no sabía qué exactamente— invadía el aire, un ritmo regular, idéntico al de los leñadores que serraban el tronco en mi sueño. El sonido rebotaba contra las paredes y el techo, por lo que era imposible saber con precisión de dónde procedía. En cualquier caso, era estruendoso. Se me escapó un gemido de miedo.

—¿Hola? —pregunté, aunque me sentí idiota al oír mi voz.

El ruido se extinguió casi de inmediato. Eso no hizo que me sintiera mejor.

Sin apartar la vista del cuarto de baño —¿no era ahí donde aguardaba siempre el asesino, escondido detrás de la cortina de la ducha a la espera de que la abrieras de un tirón?—, me escabullí hasta el otro extremo de la cama y busqué el teléfono de la mesilla. Lo levanté de la horquilla con la mano. Lo agarré con firmeza. Aunque no quería desviar la mirada, lo hice para estudiar rápidamente los botones del teléfono. De pronto, todo el teclado de marcación me pareció un galimatías, otro idioma, no tenía sentido. Luego vi un botón etiquetado como «RECEPCIÓN».

Lo pulsé, oí unos cuantos timbres de llamada y luego un clic. Nada se movía en mi habitación, ni siquiera una sombra.

—¿Hola? —preguntó una voz tranquila al otro lado de la línea.

—Sí, ¿puede ponerme con la habitación de mis padres, por favor? Está justo al lado de la mía. Es la ciento diecinueve.

—¿Esa es su habitación o la de al lado?

—La de al lado. A la que quiero que llame.

—De acuerdo, enseguida. ¿Puede decirme a nombre de quién está reservada la habitación?

—Eh, sí. Eh…, Edgar Player.

Me sobresalté cuando volví a oírlo, esta vez un único arañazo largo y lento antes de que se detuviera, como un trocito de metal arrastrado por una superficie de cemento áspero. Estaba claro que venía de la parte de atrás del motel, detrás de mi habitación. En el exterior, alguien que rozaba la pared. El empleado del motel seguía sin responderme.

—Oiga —dije, apenas capaz de hablar por encima de mi creciente miedo—, estoy aquí bajo protección policial. ¿Puede decirles que está ocurriendo algo raro justo al lado de mi habitación? En la parte de atrás.

Raaaaaaaaas. Clinc. Clinc. Clinc.

Dejé escapar un grito.

—¡En serio! ¡Creo que hay alguien intentando entrar en mi habitación!

El tipo del otro lado de la línea no dijo una sola palabra.

—¿Hola? ¿Hola?

Nada.

Colgué el teléfono de golpe, bajé de la cama de un salto y corrí hacia la puerta de mi habitación. Sintiendo un frío glacial, como si tuviera a alguien justo detrás, a punto de tocarme el hombro, abrí la puerta de golpe y casi solté un grito cuando me topé con un policía plantado justo delante de mí.

—Eh, eh, tranquilo, chico —dijo, y levantó las manos hacia el frente como si acabara de ver a un lunático con un rehén. No conocía a aquel agente: era regordete, llevaba un uniforme marrón y tenía los ojos inyectados en sangre como si se hubiera pasado la noche bebiendo a escondidas de una petaca—. No pasa nada. Te he oído gritar. ¿Qué está pasando ahí dentro?

Me parecía increíble lo mucho que me costaba respirar, y hablar era una lucha.

—Hay alguien… intentando… entrar en mi habitación. Desde la parte de atrás.

—¿Un allanamiento? —Miró hacia el cuarto con el ceño fruncido, inclinándose hacia uno y otro lado—. ¿Estás seguro?

La pregunta me pareció absurda.

—¡Sí! —grité—. ¿No lo oye?

Pero, por supuesto, el ruido había cesado. El policía no se rio de mí ni me dio una palmadita en la cabeza, eso hay que

reconocérselo. Se limitó a asentir y dijo:

—Voy a echar un vistazo. ¿Puedo?

Enarcó las cejas y volvió a mirar al interior. Di un paso hacia la izquierda y él entró tan campante, como si fuéramos a ver la tele juntos.

—Sonny está patrullando el callejón de atrás —comentó cuando llegó a la puerta del baño. Sin detenerse, entró, encendió la luz y apartó la cortina de la ducha. Se estremeció de manera casi imperceptible antes de que ambos comprobáramos que estaba vacía —. Acabamos de comunicarnos por radio… No pueden haber pasado más de, bueno, cinco o seis minutos, creo.

No me gustó lo que insinuaba —que lo había soñado, que eran imaginaciones mías—, pero ¿qué podía decir?

—Bueno…, le aseguro que he oído algo. Un ruido como de arañazos muy fuertes, como… Más bien como si fuera una sierra, como si alguien intentara cortar la mosquitera de la ventana o puede que incluso la pared.

—Ajá —asintió el policía, que se puso de puntillas para asomarse por la ventanita—. No veo ni rastro de nadie ahí fuera. No tengo claro que un hombre pudiera colarse por esta ventana, la verdad. Aunque a lo mejor un bebé sí.

Se rio con ganas de su comentario y de repente me sentí ofendido. Dentro de mí, el miedo quedó anegado por la ira.

—¡No me lo estoy inventando! ¡Hay alguien ahí fuera! ¡Llame a su… amigo por radio!

No sé qué me entró para ser capaz de gritarle así a un agente de la ley.

Se dio la vuelta y esperé a que me diera una bofetada con el dorso de la mano por faltarle así al respeto. Sin embargo, solo tenía una pequeña sonrisa dibujada en la cara. Me sentía furioso, pero me obligué a guardar silencio.

—Oye, oye, que no hace falta ponerse chulo, jovencito. — Terminó de inspeccionar el baño, salió, le echó un vistazo al pequeño tocador y después asomó la cabeza al interior del armario. No había mucho más que investigar—. Mira, no hay ni la más remota posibilidad de que alguien vaya a colarse por esa ventana para venir a por ti. De todas formas, no te muevas, que voy a llamar a Sonny por radio. A ver si así te quedas más tranquilo.

Aún hoy siento la condescendencia de aquel hombre, irradiaba de su cuerpo como si fuera una microonda.

—¿Y si no responde?

—Entonces yo mismo iré ahí fuera para ver cómo están las cosas… —Había echado a andar hacia la puerta, pero se detuvo y se quedó mirándola—. Hijo, ¿la has cerrado tú al entrar?

Alguien la había cerrado, eso estaba claro, pero era incapaz de recordar si había sido yo o no.

—¿Supongo que sí? —Lo pronuncié con la entonación de una pregunta, casi sintiendo que había hecho algo malo.

—Ajá —fue la única respuesta que obtuve.

El miedo volvió de improviso, sustituyendo la ira. Era como si solo fuera capaz de sentir o una cosa o la otra. La habitación no tenía escondites, pero desvié la mirada hacia la cama y me pregunté…

—¿Y si está ahí debajo? —pregunté.

El policía se acercó, se arrodilló, levantó las mantas arrugadas y echó un vistazo.

—No —dijo. Volvió a caerme bien por al menos haberse asegurado—. Déjame llamar a Sonny, venga. Seguro que está ahí atrás más aburrido que una ostra. A lo mejor se había puesto a hacer algo raro para matar el tiempo y te ha dado un susto.

«¿Cómo qué? —me pregunté mientras se sacaba el *walkie-talkie* del cinturón—. ¿Serrar madera para encender una fogata?». Fuera estábamos a más de treinta grados.

Giró un dial hasta sintonizar un determinado canal; luego se acercó el aparato a la boca y pulsó el botón lateral.

—Sonny, Sonny, aquí Jessie desde la parte delantera. ¿Cómo lo llevas, colega? Cambio. —La radio crepitó, pero no hubo respuesta. Los diez segundos que esperamos me parecieron tres minutos—. Sonny, deja de rascarte la barriga a dos manos y contesta. Aquí Jessie desde la parte delantera. ¿Va todo bien ahí atrás? Cambio.

Otra crepitación. Otros diez segundos de silencio.

—¿Sonny? ¿Sooonny? Venga, tío. Contesta.

Crepitación. Silencio.

—Sonny, voy a montar la de Dios es Cristo si no contestas en tres, dos, uno…

Crepitación. Silencio.

El agente dejó caer a un lado la mano con la que sujetaba la radio.

—Estoy tan cabreado que pienso molerlo a palos —susurró. Pero tenía una expresión de verdadera inquietud grabada en el rostro—. Oye, voy a llamar a alguien para que venga a vigilar tu habitación, y después iré a ver qué narices le pasa a Sonny. Deja el pestillo echado en la puerta, ¿entendido? No te preocupes, no me marcharé hasta que haya otro compañero vigilándote.

—Vale.

No quería que me dejara solo, me asaltó la absurda idea de agarrarlo del brazo y colgarme de él, de decirle que tendría que llevarme consigo a rastras.

Debió de verme el miedo en los ojos.

—No te preocupes, hijo. Tenemos…

Raaaaaaaaas.

El ruido prolongado colmó el aire; era la banda sonora de cualquier casa embrujada. El agente se interrumpió a media frase y, obedeciendo un instinto, agarró su pistola, la desenfundó y empezó a moverla de un lado a otro por la habitación como si esperara una emboscada. Sentí una ráfaga helada de pánico y me subí a la cama de un salto, un acto reflejo, como si nuestra mayor amenaza fuese que la moqueta se convirtiera en lava, un juego al que jugaría con mis hijos en un futuro lejano.

—¿Qué coño ha sido eso? —exclamó el policía.

Raaaaaaaaas.

Era un sonido horrible, espantoso, sobre todo porque no sabía lo que era. Experimenté un breve e irracional arrebato de alegría porque hubiera quedado demostrado que no mentía y grité:

—¡Se lo dije!

Raaaaaaaaas.

De golpe resultó obvio de dónde procedía el ruido. De encima de nosotros. Recurriendo a la memoria inmediata, mi mente reajustó cómo había percibido los sonidos. La primera vez había sido encima del baño; la segunda, en algún punto entre el anterior y el centro de la habitación. La tercera…

Con una lentitud casi cómica, el agente levantó la vista hacia la parte del techo que le quedaba justo encima de la cabeza. Seguí su mirada y vi una extensión de baldosas blancas allá arriba, la

mayoría amarillentas, muchas con manchas oscuras de un centenar de tormentas pasadas que habían sido demasiado para que el tejado las aguantara.

Ras.

Fue corto y rápido, sin duda procedente de justo encima del policía.

El agente me lanzó un vistazo y se llevó un dedo a los labios en el gesto internacional de «Cállate, yo me ocupo de esto». Asentí, a esas alturas muerto de miedo, temblando como si la temperatura hubiera caído en picado. Esperando a ver qué ocurría a continuación.

El policía levantó el brazo con lentitud y por fin apuntó con el arma al punto situado justo encima de él.

—¿Quién hay ahí arriba? —gritó.

Pegué el mismo respingo que si hubiera disparado una bala.

El techo crujió un poco, y luego otra vez. Mi mente saltó de inmediato a la conclusión más ridícula: que el fantasma del abuelo Fincher había decidido abandonar la granja y marcharse a rondar aquel motel. Aunque suene ridículo, durante al menos tres o cuatro segundos me planteé en serio la posibilidad, tuve la esperanza de que fuera cierta: era mucho mejor que la alternativa.

—He dicho que quién hay ahí…

Las baldosas que tenía encima se derrumbaron, una explosión descendente de yeso y metal y aislante que cayó sobre el agente como piedras volcadas desde una excavadora. En medio de toda esa cascada de escombros, vi dos pies, dos piernas, un cuerpo. Todo sucedía tan rápido, en una neblina de movimiento y color, que mis pensamientos eran incapaces de seguir el ritmo de lo que veían mis ojos. Me pareció increíble, pero vi que la persona que había saltado del techo aterrizaba sobre los hombros del agente, que le rodeaba el cuello con los muslos desde atrás, que las piernas le colgaban sobre el pecho del policía como si se estuvieran preparando para una pelea en una piscina.

El intruso, una mera sombra entre el enorme remolino de polvo, levantó un brazo y vi un destello de metal cerca de su mano, un cuchillo. Lo descargó hacia abajo, la hoja se hundió en la carne blanda del cuello del agente, justo por debajo de la barbilla, justo en el hueco entre las clavículas. El policía gritó, un gorgoteo que

por alguna razón fue peor que los tres chorros de sangre que brotaron de la herida. Cayó de rodillas, con el asesino aún encaramado a los hombros, y se llevó las dos manos al cuello para intentar impedir que se le escapara la vida a borbotones. Me sentía tan horrorizado que retrocedí en la cama hasta chocar de espaldas contra la pared, incapaz de dejar de mirar la sanguinaria escena que tenía delante.

El policía volvió a gorgotear, emitió una especie de tos que le arrancó un reguero de sangre de la boca. Luego cayó hacia delante y el asesino se bajó de su cuerpo como si siempre hubiera tenido la intención de descender de esa manera. El rostro del agente, agónico y moribundo, se estampó contra el duro suelo enmoquetado. Por fin, por fin, fui capaz de apartar la vista, mirar hacia arriba, ver qué engendro del mal había caído desde el cielo de yeso.

El hombre llevaba una bolsa de plástico de supermercado en la cabeza.

Atada al cuello, pegándosele con fuerza a la piel con cada inhalación, hinchándose con cada exhalación, con ese sonido crepitante que tan bien conocía tras nuestro encuentro en la Mina. La pequeña raja a la altura de la boca revelaba lo justo para que atisbara la mueca que había debajo. Supe que era Tapón, lo deduje por la estatura, la postura, los labios. Me miraba fijamente a través de la bolsa, cerniéndose sobre su víctima, recuperando el aliento. La sangre goteaba de la punta del cuchillo que sostenía a un costado, con el mango todavía aferrado en el puño apretado, como si quisiera una presa más. Me habló con la misma voz rasposa de las otras veces:

—Esta noche es la noche. Querías ser el cebo, así que he venido a morderlo y engullirlo. —Se volvió para mirarme de frente, me señaló la cabeza con la hoja húmeda y carmesí—. Pero no hay anzuelo. No tienes idea de cuántos parientes tengo en este condado, chaval. La locura me viene de familia.

Algo estalló dentro de mí, me sacó de aquel estado de estupefacción con la misma violencia que si alguien me hubiera tirado un cubo de agua helada por encima. Una oleada de adrenalina abrasadora me impulsó a bajar de la cama y correr hacia la puerta de la habitación, pero él se había anticipado a ese movimiento y se interpuso en mi camino blandiendo el cuchillo en

un arco que me obligó a tirarme al suelo para evitarlo. Ni siquiera había aterrizado del todo cuando empecé a agitar los brazos y las piernas, como un perro caído en un charco de barro, y al final conseguí la tracción suficiente para catapultarme en la dirección opuesta, esta vez hacia el baño. En cuanto recuperé el equilibrio necesario para poder mantenerme en pie, me lancé hacia la puerta entornada, sintiendo que Tapón me pisaba los talones.

Conseguí entrar, me agarré al borde de la puerta y apoyé todo el peso contra ella para cerrarla. Se encajó de golpe, pero antes capté un breve atisbo del hombre cargando contra mí. En cuanto oí el clic de la puerta, su cuerpo embistió la madera barata y dio la sensación de hacer temblar el edificio entero. Grité, busqué el pomo a tientas y giré el botón para echar el pestillo… justo a tiempo. El tirador traqueteó cuando Tapón intentó abrirlo desde el otro lado. Entonces aporreó la puerta con ambos puños, implacable, atronador, sin parar.

—¡Déjame en paz! —grité—. ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! —Vociferé esa frase una y otra vez, golpeé la pared trasera de la ducha con la esperanza de despertar a mis padres. Me pareció imposible que siguieran durmiendo después de tanto alboroto y me invadió un temor gélido a que estuvieran muertos, apuñalados en el cuello como el policía regordete—. ¡Socorro! —volví a gritar, y sentí que se me iba a desgarrar la garganta del esfuerzo.

La puerta rebotó en el marco, chirrió contra las bisagras. Otra vez. Y luego otra. Se lanzaba contra ella utilizando el hombro a modo de ariete. Miré enseguida hacia la única salida posible, me encaramé a la tapa cerrada del retrete y giré la manija que mantenía cerrada la ventana que había encima. Luego empujé hacia arriba para abrir el cristal. Era una abertura pequeña, tan angosta que a la mayoría de la gente le habría resultado imposible salir por ella. Pero yo era bastante larguirucho y podría hacerlo. Tendría que hacerlo.

Entonces, de pronto, cobré conciencia del silencio absoluto, sin saber cuántos segundos hacía que había comenzado.

Me quedé quieto, agucé el oído, miré hacia la puerta y esperé contra toda esperanza que otros policías nos hubieran encontrado o que Tapón se hubiera rendido y hubiese escapado. Ambas opciones me parecieron ilógicas, absurdas. Con el corazón asediado por la

desesperación, volví a centrar mi atención en la ventana. Coloqué las manos en el alféizar inferior y doblé las rodillas, preparado para saltar, coger impulso y atravesarla contoneándome. Justo cuando salté, concentrando toda la fuerza en los brazos para que soportaran el peso de mi cuerpo, un rostro apareció en la abertura y me miró desde la oscuridad.

Un rostro oculto por una fina capa de plástico gris.

Grité y me retorcí. Perdí el control del cuerpo y me golpeé el hombro derecho contra el borde afilado del marco de la ventana. Entonces me desplomé contra el suelo, primero caí sobre el inodoro y luego sobre el suelo de linóleo. Con un escalofrío de horror, me arrastré hacia un lado hasta que choqué con la pared del fondo; la puerta cerrada quedaba ahora a mi izquierda, cerniéndose sobre mí. El rostro del espectro había desaparecido del exterior, pero sabía que no había sido producto de mi imaginación. Los amigos de Tapón estaban con él. El hijo. El primo. El padre. No tenía ni idea de quiénes eran esos monstruos.

Una fuerte descarga contra la puerta me hizo dar un respingo. Esta vez no fue un empujón, sino una descarga, algo más pequeño y concentrado que golpeaba la madera. Otra descarga. Otra. Me hice un ovillo, no se me ocurrían más opciones. Tapón volvió a golpear la puerta y esta se resquebrajó. La golpeó una vez más, y otra. Una descarga más y la grieta se convirtió en un agujero que se astilló hacia adentro. Vislumbré su puño. Dio otro golpe y luego cogió unos cuantos fragmentos de madera desprendida y los arrancó tirando hacia él para ampliar el agujero. Unos dedos ensangrentados asomaron entre la madera y agarraron más trozos, los arrancaron. El agujero irregular, justo en centro de la puerta, tenía ya unos quince centímetros de ancho y alrededor de treinta de alto. Me abandoné a la fatalidad, me arrastré hasta la bañera y me desplomé en su interior. Arranqué la cortina de ducha de las anillas y me cubrí con ella. Sufrí una regresión hacia mi yo de la infancia y me tapé con el borde de la lámina de plástico hasta la barbilla, buscando que me protegiera como lo hacían las mantas de mi niñez de los monstruos con colmillos que esperaban en el armario o debajo de la cama.

Mientras esperaba mi destino, clavé la mirada en el hueco roto de la puerta. De momento solo alcanzaba a distinguir el armario del

otro lado, el espejo largo de la puerta corredera en un ángulo que únicamente reflejaba el techo amarillento de arriba.

Entonces apareció la cabeza de Tapón, con el plástico arrugado ocultándole el rostro. Volvió a hablar, su voz semejante al gruñido de un cocodrilo:

—Tengo que enseñarte una cosa.

Desconcertado, quise cerrar los ojos, pero una curiosidad primitiva y morbosa me los mantuvo abiertos. Tapón desapareció, pero un objeto sanguinolento y terrorífico lo sustituyó de inmediato. Gemí, pues enseguida supe lo que era. La cabeza del policía, con la nariz destrozada, la boca abierta en un silencioso grito de terror, la cara rociada de pintura roja, mirándome con una expresión inerte, con los ojos abiertos pero desprovistos de vida.

Apartó la cabeza y reapareció la suya; solo intuía los rasgos de su rostro tras la fina lámina de plástico arrugado. Aunque al fin cerré los ojos, deseando que se marchara como si fuera una pesadilla, oí perfectamente sus siguientes palabras:

—A ti te voy a hacer algo mucho peor, chaval.

CAPÍTULO 17

Julio de 2017

Mientras dormía en el sofá rodeado de mi familia, a pocas horas del viaje de regreso a Atlanta que teníamos programado, soñé con esa noche de hacía casi treinta años. Había bloqueado los recuerdos de la mayor parte de lo ocurrido, pero en el sueño aparecía todo, hasta el último detalle. Aunque estaba lo bastante distanciado de mi yo adolescente como para saber que se trataba de un simple sueño, aunque más que revivirlo lo observé como un mero espectador, sentí el miedo y el terror de aquel pobre chaval. Sufrí por él como si fuera otra persona, no yo.

Entonces me desperté.

Estaba oscuro, solo se oía el ruido de los ventiladores gemelos.

Había alguien allí, mirándome.

Todavía era plena noche, reinaba una oscuridad absoluta, pero la silueta de un hombre se inclinaba sobre mi cuerpo, una cabeza sombría y sin rasgos que miraba hacia abajo, a solo medio metro de mi cara. Me estremecí y me revolví para levantarme, defenderme, luchar con uñas y dientes, pero entonces oí la voz de mi padre:

—No pasa nada, hijo. Soy yo.

Inquieto, bajé el brazo hacia la alfombra y busqué a tientas hasta rozar con los dedos el móvil que se me había caído antes de quedarme dormido. Lo cogí y activé la función de linterna, no quería seguir a oscuras ni un segundo más. Era poco más de medianoche.

—¿Qué pasa? —pregunté. Dirigí la luz hacia mi padre, pero no lo enfoqué a los ojos. Iba vestido con su pijama de anciano, se había enderezado y, extrañamente, tenía una mano escondida a la espalda, como si se hubiera llevado una sorpresa. Desvié la luz

hacia un lado y me incliné para ver lo que ocultaba, pero él se movió para asegurarse de que permanecía fuera del alcance de mi vista—. ¿Papá?

No respondió, se limitó a mirarme con una expresión extraña, algo distante quizá, como si estuviera sonámbulo. Bajé las piernas al suelo, apoyé ambas manos en el sofá para coger impulso y luego me puse de pie. Mientras lo hacía, él se alejó un par de pasos y volvió a asegurarse de que quedaba encarado a mí. Estiraba el brazo hacia atrás más de lo necesario, resultaba casi cómico.

—Papá. ¿Qué pasa? ¿Va todo bien? ¿Qué tienes ahí atrás?

—Todo acabará. —Fue un balbuceo apenas audible por encima del rugido de los ventiladores. Casi tuve que leerle los labios—. Se acabaron los rituales. Se acabaron los pactos. Se acabaron los asesinatos. Juro por mi propia vida que le pondré fin. De una vez por todas.

Temblaba al hablar, con los ojos aún distantes. Era como si estuviese en trance.

—Papá, me estás asustando. ¿De qué va esto?

En lugar de responder, se dio la vuelta y salió corriendo hacia el pasillo que llevaba a la cocina y a su dormitorio. Mi primera reacción fue intentar agarrarlo, pero ya era demasiado tarde. Huyó de mí, saltó de forma mecánica por encima del cuerpo dormido de Mason y se olvidó de retirar la mano de la espalda, que ahora me quedaba al alcance de la vista. Enfoqué el haz de luz hacia el puño cerrado que llevaba apretado contra el cuerpo y vi lo que llevaba sujeto.

Una jeringuilla.

Una jeringuilla con una aguja plateada que reflejaba la luz.

«¿Qué coño pasa?».

Recorrí la habitación con la luz rápidamente para asegurarme de que todos mis hijos estaban sanos y salvos. Wesley en el sillón. Mason, Hazel y Logan en el suelo, todos acurrucados en sus respectivas mantas. Cuando volví a iluminar a Wesley, ya casi preparado para seguir a mi padre, vi que tenía los ojos abiertos; los cerró en cuanto lo miré y trató de fingir que seguía dormido.

Me acerqué al sillón y me agaché hacia él.

—¿Wesley? —susurré—. ¿Estás bien? Creo que el abuelo está sonámbulo.

«Y que esconde una aguja y una jeringuilla a la espalda», no llegué a decirle.

Mi hijo se limitó a gruñir un poco y a darse la vuelta para ponerse de cara a la pared.

Me enderecé y volví a mirarlo. Notaba algo raro. Algo que no iba bien. El aire de la habitación había adquirido una solidez empalagosa a pesar de los dos ventiladores que funcionaban a plena potencia. Estaba tan agitado que casi tuve que sentarme.

Pero mi padre… Mi padre se había vuelto loco.

Con la esperanza de que, a saber cómo, los niños consiguieran seguir durmiendo, estiré un brazo por encima del cuerpo de Wesley y encendí la lámpara de la mesita auxiliar. Miré hacia abajo y lo vi esbozar una mueca de incomodidad, pero ese fue su único movimiento. Tenía que hacerlo, no soportaba ni un segundo más de oscuridad en esa habitación. Tras echar otro vistazo al salón, donde todo parecía estar bien y los niños dormían profundamente, fui tras mi padre, hacia la cocina, encendiendo todas las luces que encontraba a mi paso. Cuando la casa cobró vida, resplandeciente e iluminada, me sentí mucho mejor.

Mi padre no estaba en la cocina.

Continué hasta su dormitorio y abrí la puerta con delicadeza. No había apagado la linterna del teléfono, así que la enfoqué hacia el interior, donde vi a mi madre dormida como un tronco en su lado de la cama. Ni rastro de mi padre. A menos que se hubiera escondido en el armario, no estaba allí.

Cerré la puerta, me di la vuelta y me apoyé en ella. Cogí aire. Apagué la luz del teléfono y me lo guardé en el bolsillo de los pantalones cortos. Luego hice un registro rápido del resto de la casa: baños, dormitorios, armarios. Incluso miré en la habitación de Patsy, donde Andrea roncaba en la cama, pero mi padre no estaba allí. Había salido de la casa, aunque no me había parecido oír que ninguna puerta se abriera o cerrara. Era incapaz de imaginarme qué le habría dado a mi padre.

«Los policías que nos vigilan», pensé. A lo mejor había salido a hablar con ellos.

Volví a cruzar la casa en dirección a la cocina, donde una puerta daba al porche trasero. Estaba cerrada, aunque no con llave, y eso me hizo pensar que se habría escabullido en silencio para tratar de

engañarme. La abrí y la franqueé al mismo tiempo que encendía la luz del porche. Apenas había posado el pie derecho en el cemento liso cuando la vi. Una imagen que cambió la noche al instante.

Un policía yacía tumbado bocabajo sobre los escalones, con los brazos doblados en un ángulo extraño bajo el cuerpo. Tenía los ojos cerrados, la boca abierta y un hilo de baba unía su labio inferior con el escalón superior. No distinguí si estaba vivo o muerto, pero lo que tenía clavado en el cuello hizo que el corazón me diera un vuelco.

Era la jeringuilla, que sobresalía igual que un arpón insertado en el cuerpo de una ballena.

Mi padre. Mi padre se había vuelto completamente loco.

Esa idea estaba aún a medio formar cuando todas las sinapsis de mi cerebro se activaron a la vez por la misma causa, la única que importaba. Mis hijos. Algo maligno flotaba en el aire esa noche y tenía que proteger a mis hijos a toda costa.

Me aparté del policía incapacitado y eché a correr de nuevo hacia el interior, atravesé la cocina, recorrí el pasillo e irrumpí en el salón, donde ya distinguía a los tres niños que dormían en el suelo, todavía en la misma postura. Pero justo cuando mi corazón regresaba hacia la zona de seguridad del alivio, miré hacia el sillón más antiguo de mi padre, esa reliquia que nos acompañaba desde siempre.

Wesley no estaba.

«No, no, no, no, no, no, no, no…».

La palabra se convirtió en un cántico en mi cabeza, en un redoble de pánico, en una burla porque todo volvía a suceder. Giré sobre mi mismo para escudriñar hasta el último rincón de la estancia. No había ni rastro de mi hijo mayor por ninguna parte. Recorrí la puerta principal con la mirada y pasé de largo, pero enseguida volví atrás: la hoja estaba algo entreabierta, un centímetro como mucho. Saltando por encima de mis hijos, me precipité hacia ella, la abrí de un tirón y salí disparado hacia el porche delantero. Bajé los escalones, donde la luz halógena del patio delantero revelaba un efímero mundo de destellos lunares y ángulos de sombra, de reflejos cristalinos sobre los innumerables charcos creados por la tormenta. La mayoría de ellos estaban conectados, así que el patio parecía más un lago que otra cosa.

Miré a izquierda y derecha, di vueltas, busqué en todos los lugares que me permitía mi débil vista. Ni rastro de Wesley. Nada.

Entonces me quedé quieto y me fijé en otra cosa. No había rastro de nadie.

¿Dónde estaban los demás policías? ¿Dónde estaba nuestra protección? ¿Qué estaba pasando?

«En el baño —pensé—. A lo mejor Wesley está en el baño».

Volví hacia la casa, subí los escalones de un salto y crucé la puerta principal, que seguía abierta. Recordé aquella horrible noche de hacía solo una semana, experimenté un *déjà vu* horrible y volví a saltar por encima de mis hijos dormidos camino del baño más cercano. Casi me tropiezo en el umbral. Encendí la luz. Nadie. Fui al otro baño de la casa. Encendí la luz. Nadie.

«*Déjà vu, déjà vu, déjà vu*».

¿Y si seguía soñando? ¿Cómo iba a ser real que dos hechos distintos se parecieran tanto? ¿Cómo iba mi hijo a desaparecer dos veces en la misma semana delante de mis narices? ¿Qué estaba haciendo mi padre?

Demasiadas preguntas. Demasiada locura. El estrés amenazaba con pararme el corazón, la sangre se me revolvía en las venas, me resultaba imposible coger aire, sentía una opresión en el pecho…

Andrea. Necesitaba a Andrea. Ella era lo único a lo que podía aferrarme para mantenerme cuerdo. El pánico y el miedo amenazaban con romper mi último vínculo con la razón.

Volví a echar a correr. Dejé atrás el pasillo, entré en el salón, salté por tercera vez sobre el cuerpo de Hazel, luego del de Mason. Llegué a la habitación de Patsy, no me molesté en llamar, abrí la puerta.

—¡Andrea! —grité.

El nombre apenas había salido de mis labios cuando todas las luces de la casa se apagaron.

—¿David?

La voz de Andrea en la oscuridad abrupta, el silencio. La pérdida de potencia de los dos ventiladores en el salón me recordó a algo moribundo, añadió una nota de melancolía a todo lo demás. Mi punto de ruptura estaba cada vez más cerca.

—Estoy aquí —susurré mientras intentaba sacarme el teléfono del bolsillo para activar de nuevo la función de linterna. Conseguí

encenderla y dirigí la luz hacia la cama de Andrea. Ella se encogió y se protegió los ojos antes de levantarse—. Perdón.

Desvié la luz hacia el suelo.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

Estaba a punto de perder la cabeza. Apenas lograba respirar, apenas lograba pensar, tenía todos los músculos del cuerpo tensos, contraídos, estaba tan abrumado por el terror de lo que quizá estuviera sucediendo, por la incertidumbre de todo aquello, que casi me desplomo contra el suelo. No sabía qué hacer.

Andrea debió de notarlo, porque se acercó a mí y me agarró por los hombros.

—David, ¿qué ha pasado, cariño?

La amabilidad y la firmeza de su voz me alejaron del precipicio.

Respiraba inhalando ráfagas de aire breves, tensas, dolorosas.

—¡Se acaba de ir la luz! Mi padre se ha vuelto loco, ha intoxicado a uno de los policías y luego se ha largado. No encuentro a Wesley. Por Dios, Andrea, no está en la casa. No sé qué hacer. He salido y no he visto a ningún otro policía.

Hay que reconocerle a mi amiga el mérito de haberse saltado los habituales «¿De qué estás hablando?» o «¿Estás loco?». Me cogió la mano y me condujo hasta el salón, donde los niños seguían sin despertarse pese a mi frenético registro de la casa. Como no sabía qué otra cosa hacer, iluminé con la linterna el sillón vacío en el que había dormido Wesley.

—Vale, llama a emergencias —me indicó Andrea—. Así, como mínimo, pondremos ese recurso en marcha, luego ya seguiremos buscando a tu padre y a Wesley.

—De acuerdo —respondí, ya escudriñando el teclado de marcación del teléfono. Pulsé los tres números ominosos y me llevé el aparato a la oreja.

—¿Y tu madre? —preguntó Andrea.

Me costaba hablar, pero me obligué a pronunciar las palabras que necesitaba:

—Sigue en la cama. Estaría bien que fueses a buscarla y te la trajeras. Yo no puedo separarme de mis hijos ni un segundo. No pienso volver a hacerlo. Si vamos a buscar a Wesley, lo haremos en grupo.

Una mujer respondió a mi llamada al mismo tiempo que Andrea

salía corriendo de la habitación:

—Hola, ¿cuál es su emergencia?

Le dije que mi hijo había desaparecido y luego escupí los detalles lo más rápido que pude: le expliqué que ya teníamos agentes vigilando en la casa, pero que a uno lo habían atacado y que al otro no lo encontraba. Le rogué que se diera prisa, que nos consiguiera ayuda, y luego colgué. Mientras hablábamos, caí en que tenía que llamar al *sheriff* Taylor, seguramente debería haber empezado por ahí.

Andrea entró en la habitación con mi pobre madre caminando a su lado, aturdida y asustada, con los ojos todavía cargados de sueño. Les hice un rápido gesto de saludo con la cabeza y llamé al *sheriff*. Oí siete tonos de llamada y me saltó el buzón de voz. Frustrado, colgué, pero luego volví a llamarlo enseguida, esperé los interminables pitidos y le dejé un mensaje:

—*Sheriff*, soy David Player. Aquí está pasando algo muy raro, llámeme lo antes posible, por favor. Mi padre y Wesley han desaparecido.

Apreté el botón rojo de «Finalizar llamada» y me acerqué a toda prisa a mi madre para abrazarla. Mis palabras le habían dado un susto de muerte.

—Todo va bien, mamá —dije, aunque odié aquellas palabras incluso antes de terminar de decirlas. Nada iba bien—. Solo tenemos que resolver esto.

—¿Resolver qué? —medio gritó. Con los ventiladores apagados, como los demás aparatos de la casa, su voz hizo añicos el aire—. ¿Qué les ha pasado?

Toda aquella locura traspasó al fin la barrera del sueño de mis hijos. Los tres empezaron a revolverse en el suelo, entre sus mantas. La ansiedad me inundó hasta el punto de ruptura: la preocupación por Wesley y por mi padre mezclada con la necesidad imperiosa de proteger a los más pequeños, tumbados a mis pies. No sé si en toda mi vida he vuelto a experimentar la incertidumbre como un peso tan aplastante como el que sentí entonces.

—No lo sé —susurré, una frase cargada de diversos niveles de significado.

Andrea pasó a la acción y cogió a Logan en brazos, con mantas y todo, y luego se dejó caer en el suelo junto a Mason. Con Logan

acurrucado en el regazo, sacudió a Mason con delicadeza para terminar de despertarlo. Él la miró con los ojos entornados y extrañados. Salí de mi estado de entumecimiento, le di la mano a mi madre y me acerqué a Hazel; tiré de mi madre hacia abajo para que se sentara en el suelo conmigo, muy cerca de donde estaban Andrea, Mason y Logan. Dejé el móvil en el suelo para que el haz de luz se dirigiera hacia el techo y bañara la habitación en un resplandor inquietante y tenue.

—Cariño —susurré dándole unas palmaditas a Hazel en el hombro—. Hazel.

Se dio la vuelta y me miró con los ojos menos empañados por el sueño que los de Mason. Sonrió, aún ajena a lo que estaba ocurriendo a nuestro alrededor, feliz de que la despertara, puede que emocionada por el inicio de nuestro viaje a Atlanta.

—Ven aquí.

La rodeé con los brazos y la acerqué a mí. Sin decir una palabra, los seis nos arrimamos los unos a los otros por instinto, cambiamos de postura cuando era necesario, nos arrastramos aquí y allá, hasta que al final nos apretujamos lo máximo posible, con la espalda pegada a la parte delantera del sofá. Yo estaba sentado en el centro y extendí los brazos para atraerlos a todos hacia mí, como una gallina con sus polluelos. Deseé tener alas de acero para protegerlos.

No iba a separarme de esos niños de ninguna de las maneras. Wesley tenía dieciséis años, le faltaban pocos meses para que el mundo lo llamara adulto y, hasta cierto punto, era capaz de valerse por sí mismo. Mi padre había pasado a ser la última de mis prioridades de esa noche. Pero esos pequeños… Ni hablar. Me quedaría donde estaba, esperaría con impaciencia a oír el ulular de una sirena o el zumbido de mi móvil. Haber tomado una decisión, cualquier decisión, me proporcionó algo de paz. Cerré los ojos y respiré más honda y plenamente que en toda la noche.

La casa estaba tan inmóvil y silenciosa como una catedral vacía, la única vela de mi teléfono iluminaba las antiguas baldosas blancas del techo con su llama azulada.

—Hijo —dijo mi madre—, no entiendo qué está pasando.

—La policía no tardará en llegar —respondí. No estaba de humor para hablar—. A lo mejor papá y Wesley han tenido que

ocuparse de una emergencia, no lo sé.

No tenía ninguna explicación para lo que estaba sucediendo y tampoco quería inventármela.

—Vale —aceptó en voz baja, y me agaché para besarle la frente, agradecido de que se dejara guiar por esa intuición: la de permitir que los acontecimientos siguieran su curso, la de evitar todas las conversaciones y especulaciones innecesarias.

Andrea encontró el hueco que formaban mi cuello y mi hombro y apoyó la cabeza en él. Sentía incluso el rebotar de mi arteria contra su cráneo al ritmo de los latidos acelerados de mi corazón. Estaba sentada a mi derecha, con Logan en brazos; Hazel estaba entre los míos y Mason incrustado entre los dos en el suelo, casi aplastado. Mi madre estaba a la izquierda, agarrándose a mí con fuerza, un salvavidas que la mantenía a flote en aquella marea de terror que amenazaba con destruir nuestra casa, nuestro hogar, nuestra vida.

Me sorprendió que mis hijos apenas hablaran. Me esperaba un bombardeo de preguntas y quejas, gemidos y lágrimas. No eran tontos —ni por asomo—, así que, con independencia de lo que hubieran oído o dejado de oír, sabían que esa noche estábamos con el agua al cuello. Sabían que nos habíamos metido en un lío de los gordos.

Y esa era la parte más enloquecedora para mí. Yo también sabía que estábamos metidos en un lío, pero no tenía ni idea de qué significaba eso. La agonía de mi ignorancia hacía que me entraran ganas de gritar.

«Mi monovolumen».

La idea me vino a la cabeza con tanta claridad como si alguien me hubiera encendido fuegos artificiales en el cerebro para deletrearla con llamas chispeantes y restallantes. «Mi monovolumen». Estaba justo delante de la puerta principal. Podía coger la escopeta de mi padre, seguir estrechando a mis preciosos hijitos en un abrazo apretado, formar una especie de melé, unos encima de otros para protegernos mutuamente, salir por la puerta, bajar los escalones y llegar al monovolumen. Si alguien se abalanzara sobre nosotros, lo haría saltar por los aires con la escopeta. Entrar en el coche, cerrar las puertas, darle a Andrea la escopeta, encender el motor y largarnos de allí como alma que lleva

el diablo, conducir a toda velocidad hasta que estuviéramos lejos, muy lejos, a salvo. Eso era lo que teníamos que hacer.

Había llegado el momento de pasar a la acción.

—Niños, todos, levantaos. —Aparté los brazos de Andrea y de mi madre, aunque me sentí mal porque acabábamos de acomodarnos—. Venga. Levantaos. Voy a vestirme en un segundo.

Parecía absurdo, pero pensaba ponerme unos vaqueros y unos zapatos. Muy deprisa. No era capaz de imaginarme conduciendo con los pantalones cortos del pijama. Nadie se quejó mientras se movían y se preparaban para levantarse del suelo; la extrañeza de la noche los inducía al silencio, a apagar la mente y hacer lo que se les pedía.

—No os mováis de ahí —dije—. No os separéis.

Ya se habían puesto todos en pie y se acercaron los unos a los otros para fundirse en un abrazo grupal. Andrea me miró con una expresión llena de preguntas, pero me di cuenta de que sabía que lo único que conseguiría con una discusión sería asustar a los niños. Confió en mí, y eso me conmovió.

Mi bolsa de viaje estaba junto a un extremo del sofá, casi oculta entre las sombras. Había tirado los vaqueros encima de ella cuando me los había quitado, y ahora los cogí y me los puse dando saltitos sobre una y otra pierna mientras me los subía. Me abroché la cremallera y el botón y luego sentí el bulto tranquilizador de las llaves en el bolsillo delantero.

—¿Estáis bien? —susurré mientras hurgaba en la bolsa en busca de unos calcetines. No había oído un silencio tan absoluto en esa casa en toda mi vida—. Vamos a meternos en el monovolumen y a largarnos de aquí, ¿vale?

Encontré unos calcetines. Me los puse. Me puse los zapatos. Me los até. Durante ese tiempo, mi madre no paró de intentar convencerme de que no podíamos marcharnos sin Wesley y mi padre. Andrea hizo todo lo posible por decirle que se callara sin que los niños la vieran. Yo también la fulminé con la mirada, tratando de transmitirle telepáticamente que cerrara el pico. Al final captó el mensaje y guardó silencio. Me sentí muy mal por ella, pero no sabía qué otra cosa hacer.

Cogí el móvil y alumbré la alfombra.

—Vale, ahora os toca a vosotros.

Perdimos otro par de minutos caminando de un lado a otro en grupo para que todos se pusieran al menos unos pantalones y unos zapatos. Sabía que se sentirían más cómodos así, y yo estaba desesperado por encontrar cualquier cosa que contribuyera a aliviar la incomodidad nivel pez fuera del agua de aquella noche.

No más de cinco minutos después de que nos hubiéramos levantado de nuestro refugio junto al sofá, todos estábamos de pie junto a la puerta delantera. Yo sostenía la escopeta de mi padre con las dos manos e intentaba ignorar las miradas de terror que mis hijos le lanzaban de vez en cuando. A mi madre le rodaban las lágrimas por las mejillas, pero intentaba por todos los medios reprimir los sollozos que las acompañaban. Andrea me había puesto una mano en el codo y me lo apretaba con los dedos para mostrarme su apoyo. Miré a mis hijos uno por uno. Hazel. Mason. Logan, envuelto en los brazos de su abuela.

Aunque estaban asustados, un destello de valentía les iluminaba la cara, y la confianza que depositaban en mí —completa, total, incuestionable— bastó para emocionarme.

—Os prometo que todo irá bien —dije—. Os quiero, chicos.

—Te quiero, papá —respondió Hazel.

Logan apoyó la cabeza en el hombro de mi madre; Mason hizo lo posible por sonreír.

—Vale, muy bien.

Sujeté la escopeta con un brazo —apoyando un dedo en el gatillo, apuntando el cañón hacia el suelo— y abrí la puerta de entrada con el otro, lo justo para asomarme al exterior.

Había un hombre de pie en nuestro porche.

Llevaba una bolsa en la cabeza.

CAPÍTULO 18

Junio de 1989

Tapón Gaskins se arrodilló justo delante de mí, tras arrancarse la bolsa de la cabeza, y me miró con unos ojos besados por el diablo.

—Es hora de dar un paseo, David.

Abandonó la voz rasposa y lo dijo en un tono tranquilo y espeluznante que daba mucho más miedo.

Después de que me hubiera enseñado la cabeza del policía a través de la puerta reventada del baño del motel, y de que hubiese asomado la suya por el agujero para anunciarme que a mí me haría algo peor, no se me había ocurrido ninguna otra opción. Ni una. Me había quedado allí sentado, en el suelo, abrazándome las rodillas contra el pecho y temblando. El terror me había consumido hasta tal punto que casi no lo sentía, anestesiado; era como el agua abrasadora de un *jacuzzi* que al cabo de diez minutos parece estar tibia, apenas perceptible. Temblé y esperé mi destino.

Tapón había metido la mano por el agujero y quitado el pestillo de la puerta; después la había abierto. Entró y me miró fijamente a través del fino velo de la bolsa de plástico, inspirando y espirando. Tras una espera atroz, durante la que al final dejé de mirarlo y me concentré en el suelo, agarró un lado de la bolsa que llevaba en la cabeza y se la arrancó. Volví a levantar la vista hacia él enseguida.

Y entonces se había arrodillado y me había dicho que nos íbamos a dar un paseo.

—¿Adónde? —conseguí preguntar.

Tardó un segundo en responder. Tenía el pelo grasiento y enmarañado por la bolsa, ralo en la coronilla. Las cicatrices de granos que le afeaban las mejillas empeoraban aún más a causa de una barba incipiente y esporádica que parecía moho. Un aliento

pernicioso le emanaba de la nariz torcida y de la boca también torcida, que estaba medio abierta y dejaba al descubierto unos dientes amarillentos con restos de blanco en cada juntura. Era tan bajo como lo recordaba, pero, por primera vez, me fijé en los músculos abultados que tenía en los brazos, el cuello y los hombros.

«Cortar cabezas es un buen ejercicio físico», pensé.

—Ya lo verás —dijo al fin—. Ha llegado el momento de que mi familia se vengue de lo que nos ha hecho la tuya.

—¿Qué dices…?

Movió el brazo como si fuera un látigo y lo hizo restallar contra mi mejilla. Grité y me llevé una mano a la cara. Cuatro descargas de dolor con forma de dedo me palpitaban bajo la piel suave.

—No vuelvas a hablar, muchacho. ¿Me oyes? No vuelvas a hablar a menos que yo te lo indique.

Ni siquiera asentí con la cabeza, pues no sabía qué podría hacerlo saltar. Aunque ya lo odiaba desde mucho antes de aquel día, el escozor de la bofetada lo convirtió en algo visceral, monstruoso, transcendental. Lo odiaba tanto que en el futuro me aguardaban muchas noches de insomnio en las que me pasaría horas despierto imaginándome mis manos en su garganta, apretando hasta que la cara se le ponía morada y la vida le desaparecía de los ojos.

Tapón me agarró por la camisa y me hizo levantarme al mismo tiempo que él.

—Sígueme —dijo—. Si te oigo siquiera piar, le cortaré el cuello a tu madre. Si intentas huir, le cortaré el cuello a tu madre. Si intentas hacerme daño, le pegaré una paliza a tu madre y luego le cortaré el cuello. ¿Entendido?

Esta vez asentí, no me atreví a dejar su pregunta sin respuesta. ¿Qué les había pasado a mis padres? Sabía que no estaban en la habitación de al lado, durmiendo tan tranquilos pese a todo aquel alboroto. Sentí una convulsión de pánico que me dejó sin aliento.

—Venga, vamos.

Salió del baño. Lo seguí. Se dirigió hacia la puerta del motel, la franqueó… No dudó, no se tomó unos segundos para asomarse y asegurarse de que no había ningún miembro de las fuerzas especiales apuntándole a la cabeza con un rifle. Salió de la habitación como si fuera el dueño del lugar, y algo me decía que lo

era. O que al menos pertenecía a algún pariente suyo y, a juzgar por cómo hablaba de ellos, esa distinción no suponía ninguna diferencia. Lo seguí.

Atravesamos el aparcamiento hasta llegar al extremo contrario, donde había dos coches con el motor en marcha y una persona en cada uno de los asientos del conductor. No alcancé a ver más que cabezas y hombros de sombra. Tapón se detuvo junto a la parte de atrás del primero, un Mercury Tracer blanco con portón trasero que tenía pinta de que llevaran sin lavarlo por lo menos desde mi duodécimo cumpleaños. La enorme luna de atrás estaba cubierta de polvo, pero varias personas habían grabado frases ingeniosas en los residuos.

POR FAVOR, LÁVAME
MI CONDUCTOR ES GILIPOLLAS
CLEMSON ES LO PEOR

Justo debajo del cristal, en el parachoques, un par de pegatinas simbolizaban el alto coeficiente intelectual del propietario del vehículo.

LLAMA AL 555-5555 SI QUIERES QUE TE J**
ODIO A LOS LIBERALES

Los mensajes garabateados y las frases de las pegatinas me pusieron enfermo, un atisbo de oscuridades de las que yo había estado relativamente protegido. En ese momento sentí, incluso con más intensidad que en el motel, que solo quería estar en casa, sano y salvo, con el mundo terrible y odioso a un millón de kilómetros de distancia.

Tapón se agachó y apretó el botón que hacía que el maletero se abriera; el sistema hidráulico siseó mientras alzaba el gran portón hacia el cielo. Yo tenía la vista clavada en el suelo, sobre el que vi caer dos lágrimas que me habían brotado de los ojos, casi a cámara lenta, para acabar deslizándose hasta el asfalto a mis pies. Pero, cuando el portón terminó de abrirse, por el rabillo del ojo vi brazos y piernas dentro del maletero, así que levanté la vista de inmediato.

Cadáveres.

Di un paso atrás, avergonzado por el jadeo del tamaño de Texas

que se me escapó. Me llevé las manos a la boca a toda velocidad, como una anciana que vislumbra a unos tortolitos entre los arbustos.

Cadáveres. Al menos cuatro, enmarañados como un equipo de lucha libre, ataviados con sangre, pelo enmarañado y ropa desgarrada. Dos de ellos eran policías, los otros dos no. Antes de que aquella horrible idea pudiera pasárseme por la cabeza, me percaté de que no eran mis padres, ni Andrea ni ninguna otra persona que conociera.

—Uy, uy, uy —dijo Tapón—. Me he equivocado de coche.

Levantó la mano, agarró el borde de la puerta del maletero y la cerró de golpe. El ruido me sobresaltó igual que el de un disparo. Tembloroso, seguí a Tapón mientras se acercaba a la parte trasera del otro coche en marcha, que estaba un poco más limpio, pero era mucho más viejo. Parecía un barco con neumáticos, era un Cadillac de los setenta, plateado y con un maletero más grande que el armario de mi habitación. Tapón se sacó una llave del bolsillo y la insertó en el ojo de la cerradura, la giró hasta que se oyó un clic. Cuando el portón se levantó y se abrió por sí solo, me preparé para ver más muertos.

El maletero estaba vacío.

—Métete ahí dentro —ordenó Tapón, y señaló la inmensa caverna que se había abierto ante nosotros con un gesto de fastidio —. No pienso repetírtelo.

Dudar o hacer preguntas tontas habría sido estúpido, de modo que obedecí y levanté la pierna por encima del parachoques y el borde del maletero hacia el voluminoso espacio. Se me ocurrió el irracional pensamiento de que, al menos, estaba tapizado en lugar de ser de metal a la vista, de que a lo mejor hasta era un viaje cómodo.

Me di la vuelta y miré a Tapón, pero no me devolvió el gesto. Se limitó a cerrar el portón con brusquedad, otro golpe seco que hizo que el corazón me diera un vuelco y me sumió en la más absoluta oscuridad.

Las lágrimas me asaltaron con tal fuerza y rapidez que hasta me dolió. Rompí a llorar, hecho un ovillo, mientras luchaba contra el impulso de patalear y gritar, de golpear con los puños el metal que tenía encima de la cabeza. Sollocé durante varios minutos

preguntándome qué horrible destino me aguardaba, esperando a que el coche empezara a circular. Pero no pasó nada; no nos movimos. La vibración del motor en marcha seguía siendo suave y constante, la sentía hasta los huesos. Perdí la noción del tiempo, pero me pareció que había pasado al menos media hora cuando oí el tintineo de una llave que se introducía de nuevo en la cerradura del maletero.

Se abrió, se elevó hacia el cielo.

Allí estaba Andrea, con el rostro oculto por las sombras.

—Métete ahí —oí decir a Tapón—. No me hagas repetírtelo.

Como había hecho yo, se encaramó al maletero sin rechistar ni dudar. Tapón cerró la tapa de golpe y Andrea y yo nos abrazamos de inmediato en busca de consuelo, sollozando sin hablar. Una puerta cercana se abrió y se cerró.

Y esta vez sí, el coche arrancó.

CAPÍTULO 19

Julio de 2017

El hombre estaba plantado en el porche, con una bolsa de la compra atada a la cabeza —igual que en los viejos tiempos, con una raja a la altura de la boca— y los ojos ocultos tras el plástico fino. Al verlo se me había escapado un sonido trémulo, casi un resuello, un ruido que incluso en ese momento de terror me hizo sentir vergüenza. Hazel, Mason y la abuela gritaron al unísono, como si lo hubieran estado practicando junto a un piano. Logan no lo vio porque tenía la cara enterrada en el cuello de mi madre.

No vi ni oí que Andrea reaccionara de ninguna forma, pero enseguida se llevó a todo el mundo al salón, tirando y empujando cuando era necesario, hasta que volvieron a acurrucarse al lado del sofá. Yo no había movido ni un solo músculo, paralizado por mis miedos infantiles. Miraba de hito en hito al intruso mientras él hacía otro tanto conmigo. La bolsa se inflaba, se desinflaba, se inflaba, se desinflaba, y su nariz se volvía prominente cada vez que el plástico se le comprimía contra la cara.

No pretendía hacerme el valiente, pero yo tenía un arma y aquel hombre no.

La levanté para apuntar con el cañón a nuestro visitante. Me apoyé la culata en el cuerpo mientras estiraba el brazo libre para abrir la mosquitera con la mano y luego empujarla con una patada. Salí al exterior, ya sujetando la escopeta con las dos manos, y la alcé para apuntarle a la cara.

—¿Quién eres? ¿Dicky? ¿Eh? ¿Qué está pasando? ¿Dónde está mi hijo?

Pronuncié cada palabra con más fuerza que la anterior. No obtuve más respuesta que la siguiente: el hombre ladeó la cabeza,

un gesto que le había visto hacer treinta años antes a Carabolsa mientras se erguía sobre un cuerpo sin cabeza en la Mina.

No pude impedir que empezaran a temblarme los brazos; la escopeta se agitaba tanto que volví a apoyármela en el pecho para estabilizarla. Aun así, seguía apuntada hacia los ojos ocultos del intruso.

—¿Quiénes eres? —grité—. ¡Voy a volarte los sesos!

Sin decir una palabra, el hombre bajó la cabeza y luego se dio la vuelta despacio hasta quedar de espaldas a mí. Eché el cañón hacia delante y le di un golpe entre los omóplatos; trastabilló uno o dos pasos, pero no reaccionó. Tras unos instantes, rompió a andar, lenta y prudentemente, sin mostrar prisa ni miedo a mi arma. Bajó los escalones y empezó a cruzar el patio. Lo seguí, con la ancha culata del arma apuntalada contra la parte superior del hombro, mirando a lo largo del cañón hacia la amenaza que se alejaba, aunque tampoco podía decirse que necesitara mucha puntería con un arma para cazar ciervos como la que llevaba. Intenté obligarme a disparar.

Pero no lo conseguí.

No podía disparar a un hombre por la espalda.

—¡Eh! —grité—. ¡Eh! ¿Dónde está mi hijo?

Siguió caminando sin girarse, sin prisa. Estuve a punto de disparar al aire, pero no quería aterrorizar a mis hijos más de lo que ya lo estaban. Sin luz en el porche y sin farolas en kilómetros a la redonda de nuestra casa, el siniestro visitante no tardó en desaparecer en la oscuridad. No lo veía por ninguna parte.

Mi respiración era superficial y dolorosa. Me di la vuelta, volví a entrar en casa, vi a Andrea y a los demás en el sofá, tan apretados los unos contra los otros que parecían un gigante con múltiples brazos y piernas.

—Vamos —dije—. Todos corriendo al coche. Deprisa.

Andrea se levantó como pudo, con Hazel en brazos, y empujó a Mason para que se pusiera delante de ella. Mi madre estaba a su lado, abrazando al pequeño Logan, cuyos gemidos sentí que acuchillaban mi pecho. Agarré la escopeta con fuerza y me juré que la próxima vez no dudaría: si alguien, cualquiera, volvía a interponerse en nuestro camino, le abriría un agujero en el pecho.

Salimos por la puerta, un grupito de almas aterrorizadas, yo

delante, todos los demás justo detrás. Con la escopeta alzada, escudriñé el porche, los escalones, el patio. Andrea llevaba mi móvil y apuntaba con la linterna hacia delante, aunque su brillo se disipaba enseguida en el amplio patio y el aire nocturno. Moví el cañón del arma hacia la izquierda y hacia la derecha, hacia la izquierda y hacia la derecha, y todos nos acercamos al borde del porche, bajamos los escalones. Aparte de los grillos y las cigarras, que emitían su canto musical y obsesivo en la oscuridad, los únicos ruidos procedían de mis hijos: lloros, gemidos y quejidos.

El monovolumen estaba a unos cinco metros de distancia, aparcado en el camino de grava que atravesaba el patio delantero formando un semicírculo. Nos encaminamos hacia él y de pronto deseé con todas mis fuerzas tener ojos en la nuca para poder ver todo lo que nos rodeaba.

—Sácame las llaves del bolsillo —le susurré a Andrea.

Se cambió a Hazel al otro brazo —una hazaña nada desdeñable, deja que te diga, porque esa niña crecía un centímetro al día— y me metió una mano en el bolsillo derecho. Las llaves tintinearon cuando las sacó, y luego un pitido resonó en la noche cuando abrió las puertas. Las luces también parpadearon, casi cegadoras; tuve que entrecerrar los ojos y bajar la vista un segundo.

Cuando volví a levantarla hacia el monovolumen, algo se movió al otro lado del vehículo y asomó por el borde como uno de esos payasos de las cajas sorpresa. Grité y vi el plástico brillante y arrugado de otro Carabolsa, que lanzó los brazos al aire y gritó:

—¡Bu!

Mis hijos chillaron, todos y cada uno de ellos. Andrea gritó mi nombre. Mi madre soltó un aullido, el sonido más inhumano que había oído nunca. Mis últimas reservas, mi último vínculo con la acción racional y humana, se quebraron. Dejé escapar un alarido de frustración, agarré la escopeta con todo mi ímpetu y rodeé el coche deprisa justo cuando el segundo intruso echaba a correr en dirección al maizal del lado norte de la casa. Levanté el cañón y apunté hacia delante.

—¿Dónde está mi hijo? —rugí.

No hubo respuesta. Solo corrió, alejándose de espaldas a mí, a punto de desaparecer.

Disparé.

El estruendo y el destello desgarraron la noche, como si todos los truenos y los relámpagos hubieran caído a la vez astillando el aire a nuestro alrededor.

También abrieron decenas de agujeros sanguinolentos en el hombre que huía. Se precipitó hacia delante y cayó de bruces al suelo, con un uf y un chapoteo. Entonces el mundo volvió a la oscuridad, los grillos, las cigarras. Los lloros y los gemidos suaves de mi familia. Todo ello apenas audible por encima de mi respiración, como el jadeo de un perro sin aliento, mientras permanecía allí de pie, contemplando lo que acababa de hacer. Aunque no veía gran cosa, el tipo no se movía ni emitía ningún ruido. Nada.

Por segunda vez en mi vida, había matado a un ser humano.

CAPÍTULO 20

Junio de 1989

El trayecto fue accidentado.

Nunca había tenido motivo para viajar en el maletero de un coche, y mucho menos con el portón cerrado, el vehículo moviéndose a gran velocidad y el cuerpo sacudido por hasta la última piedra y el último bache que pasábamos. Al menos tenía a Andrea allí conmigo, rodeándome con los brazos al mismo tiempo que yo la rodeaba con los míos. Me habría gustado poder verle la cara, pero la posibilidad de aferrarme a ella me bastaba para mantener la cordura. Nos deslizábamos por el tapizado desgastado del maletero con cada volantazo y giro brusco, nos golpeábamos la cabeza, nos lastimábamos las rodillas, rodábamos, volvíamos a golpearnos la cabeza. A cada empujón y cada porrazo, nos agarrábamos más fuerte el uno al otro, hasta que pensé que a lo mejor la mataba a apretones y les ahorraba la molestia a nuestros captores.

Cuando llegamos a un tramo de carretera recto, los cuerpos se estabilizaron y sentí el aliento cálido de Andrea en el oído al susurrarme:

—¿Qué vamos a hacer?

Estoy seguro de que había visto muchas películas en las que al héroe le ocurría eso mismo… Pero no se me ocurría ninguna solución concreta. Por lo tanto, teniendo en cuenta que Hollywood era mi único recurso, no podía aportar nada.

—Ni pajolera idea —murmuré, intentando buscar en lo más profundo de mi ser estresado, tenso y dolorido para dar con el más mínimo resquicio de humor—. Pero estoy asustado, eso te lo aseguro.

—Yo también.

Deseaba con todas mis fuerzas que Andrea siguiera hablando. Como mínimo, necesitaba su voz. Pero se quedó callada, con la boca y la nariz hundidas en mi cuello, mojándome la piel con su aliento. ¿Qué quedaba por decir? Puede que hubiera decenas de miles de palabras almacenadas en algún lugar de mi subconsciente, pero no conseguía componer ni siquiera una frase sencilla que nos consolara a cualquiera de los dos.

Seguimos circulando, con la sensación de que el zumbido del motor y el traqueteo de la calzada bajo las ruedas nos tomaban el pelo, ya que en cualquier otra situación esos sonidos me habrían arrullado hasta que me durmiera.

—¡David! —susurró-gritó Andrea unos minutos después—. ¡David!

—¿Qué? —contesté enseguida—. ¿Qué, qué, qué?

Se desenmarañó de mis brazos y se incorporó apoyándose en un codo. La silueta de su sombra me miró un poco provocativamente en el reducido espacio.

—Esto es un maletero. Y eso significa que seguro hay una rueda de repuesto justo debajo de nosotros, bajo el tapizado. Donde hay una rueda de repuesto, hay una palanca.

Una palanca. La idea me resultó estimulante y aterradora a un tiempo. Yo estaba muy lejos de tener las agallas necesarias para blandir una palanca contra cualquier persona, y menos aún contra un grupo de asesinos lunáticos. A lo mejor Andrea perdía los estribos como lo había hecho en la Mina.

—Vale —dije como un tonto.

—Pues muévete.

El siguiente minuto y medio fue un ejercicio de contorsión y flexibilidad corporal. Primero tuvimos que arañar una esquina para levantar el tapizado, tirar de él hacia nosotros mientras nos alejábamos lo máximo posible, deslizar el material por debajo de nuestras rodillas y luego tantear con las manos las frías superficies metálicas que teníamos debajo. Todo ello mientras reptábamos el uno por encima del otro, ciegos a los movimientos ajenos, con un buen bache en el camino de vez en cuando para que no nos relajáramos. Después de un golpe bastante fuerte, noté que tenía el pelo húmedo, me lo toqué con un dedo y esbocé una mueca de

dolor ante el escozor y el pringue de la sangre.

—¿Encuentras la rueda? —me preguntó.

Acababa de rozar con los dedos la goma dura.

—Sí. ¿Y si nos oyen?

—Es imposible —afirmó con tal convicción que decidí creerla.

Nos dimos por lo menos tres cabezazos mientras palpábamos el neumático y metíamos los dedos en cualquier hendidura posible para intentar encontrar una puñetera palanca. Lo único que conseguí a cambio de mis esfuerzos fue hacerme un rasguño en el pulgar que también me empezó a sangrar. Aquella mierda de maletero estaba resultando ser un enemigo aún peor que el hombre que nos había encerrado en él, aunque sabía que eso cambiaría muy pronto.

—¡Hostia! La he encontrado —gritó Andrea en voz demasiado alta.

Apenas había terminado de pronunciar la frase cuando el conductor pegó un frenazo tremendo. Ambos salimos catapultados hacia delante y chocamos el uno contra el otro y contra la parte delantera del maletero al mismo tiempo; de pronto sentí dolores y molestias incluso en lugares que había olvidado que existían. Oí el ruido metálico del arma que Andrea había encontrado cuando se le escapó de entre las manos, salió volando y rebotó contra el techo para volver a caer sobre el metal que habíamos dejado al descubierto.

Mi amiga gimió. Yo gemí. El conductor del coche apagó el motor y el silencio resultó tan profundo que un pitido agudo me invadió los oídos. Tenía a Andrea prácticamente aplastada debajo de mí, así que rodé sobre mí mismo hasta quedar tumbado de espaldas, con el cuerpo acalambrado y dolorido.

—Tenemos que colocar el tapizado donde estaba —dije lo más bajo que pude.

Ella gruñó para mostrar su acuerdo y, una vez más, iniciamos el proceso de las contorsiones corporales necesarias para estirarlo y ocultar la rueda de repuesto. Me relajé, de nuevo con la espalda sobre el tapizado y mirando hacia arriba.

—Cámbiame el sitio —me susurró Andrea.

En ese momento yo estaba más cerca de la parte trasera del coche, por donde se abriría el maletero.

Agucé la vista para intentar verla, pero la oscuridad era total.

—¿Por qué?

—Voy a reventarle la cabeza a quienquiera que abra esa puerta.

—Es una idea terrible.

—¿Por qué?

—¡Porque a lo mejor nos matan!

Susurrábamos en voz tan baja que ni se me pasó por la cabeza que nadie, ni de dentro ni de fuera del coche, pudiera oírnos. Pero entonces se abrió una de las portezuelas, seguida por el din-din-din del sistema de aviso automático del vehículo —o las luces estaban encendidas o las llaves seguían en el contacto—, y la puerta no se cerró. Los pasos sobre la grava nos dijeron que alguien se acercaba a la parte trasera del coche; el sonido parecía indicar que se trataba del conductor. Quienquiera que fuese se detuvo justo al otro lado del metal sobre el que yo yacía, bocarriba y vulnerable.

—Pásame la palanca —le pedí con pánico.

—¡Cámbiame el sitio! —repitió ella.

—¡No hay tiempo! Pásamela ya.

—Ábrelo —dijo una voz justo encima de nosotros, amortiguada por el metal.

Se oyó un clic y el portón del maletero se levantó unos centímetros; una luz tenue desgarró las tinieblas. Lo justo para que pudiera ver un objeto largo y delgado flotando justo delante de mis ojos.

La palanca.

Se la quité a Andrea de las manos y me la metí debajo de la pierna.

Justo a tiempo. Un hombre abrió la puerta del maletero hasta el tope y nos miró con fijeza. Sus rasgos faciales quedaban ocultos entre las sombras, pero al menos alcancé a distinguir que no llevaba una bolsa en la cabeza.

—Hemos llegado —dijo. No reconocí la voz. No era Tapón—. Salid de ahí, todavía nos queda un paseíto.

—Vale —asentí como un tonto.

Con un gruñido, pasé las piernas por encima del borde del maletero y luego me arrastré por el tapizado para acercarme al resalte. Mantuve una mano oculta a mi espalda en todo momento, aferrada con firmeza a un extremo de la palanca. Sabía que me

quedaban menos de tres segundos para decidir si tenía o no tenía el valor de usarla como arma, y los pensamientos desfilaban por mi mente como los fotogramas de una película. Mi vida estaba en peligro. La vida de Andrea estaba en peligro. Y también la de mis padres, que, hasta donde yo sabía, tal vez ya estuvieran muertos. Además, quizá esa noche no se me presentaran más oportunidades de tener a mi alcance una barra de metal sin que el desconocido que estaba a medio metro de mí lo supiera.

—Baja de una vez, cacho mierda —espetó el hombre—. Me parece a mí que eres tan tonto como tu madre.

Tomó la decisión por mí. Apoyé las piernas en el parachoques para coger impulso, flexioné el cuerpo allá donde fue necesario flexionarlo y saqué la palanca del maletero trazando un arco en el aire; el extremo acabado en dos garras afiladas le dio en el hombro. El desconocido dejó escapar un grito de dolor y retrocedió un par de pasos mientras se frotaba la zona del impacto. Bajé del coche de un salto y fui tras él. Volví a levantar el arma, pero me pegó un puñetazo justo en la boca del estómago; me desplomé contra el suelo, en pleno ataque de tos, mientras intentaba coger bocanadas de aire a la misma velocidad a la que se me escapaban los resuellos. Las náuseas me arrasaban las entrañas. La palanca estaba tirada en la grava, justo delante de mis ojos.

El hombre me dio una patada suave en las costillas.

—Ya te lo decía yo, tan tonto como tu madre. Y ahora vas a pagar las consecuencias.

Me preparé para recibir otra patada o algo peor. Sin embargo, se giró —las piedrecitas crujieron bajo sus zapatos— y volvió a acercarse al coche. Levanté la vista del suelo, donde continuaba hecho un ovillo, abrazándome el estómago, justo cuando metió la mano en el maletero abierto y tiró bruscamente de algo asiéndolo con ambos brazos.

Andrea.

Agarrándola del pelo, la sacó del hueco amplio y oscuro y la arrojó al suelo, a unos tres metros de mí. Mi amiga cayó con un golpe sordo y dejó escapar un grito, pero luego, no sé ni cómo, cambió de postura para mirarme a los ojos. La expresión de su rostro era gélida, estaba cargada de valentía; supuse que la mía transmitía justo lo contrario. Sabía que Andrea quería que hiciera

algo, pero no tenía ni idea de qué y, aunque lo hubiera sabido, dudaba que hubiese tenido el coraje necesario para hacerlo.

Rompió el contacto visual e intentó ponerse en pie. El hombre le asestó una patada en la parte baja de la espalda y la tiró de nuevo al suelo. La mejilla de Andrea se estampó contra la grava. El desconocido no apartó el tacón del zapato de donde la había golpeado y apoyó su peso en él. Andrea gimió y luego gritó, sin dejar de retorcerse para intentar liberarse, en vano.

El hombre volvió la cabeza hacia mí y entonces pude vislumbrar sus facciones y cerciorarme de que no lo había visto nunca. Tenía la cara aplastada, la nariz chata, el pelo estropajoso.

—Chaval —me dijo—, piensa que a ti te necesitamos esta noche, pero que esta mocosa no es más que un seguro. ¿Me entiendes?

Se acuclilló, colocó las rodillas sobre los muslos de Andrea —una en cada uno— y luego le puso las manos en la nuca. Miré la palanca de soslayo… La tenía muy cerca. Estaba claro que el hombre no me tenía ningún miedo, que sabía que era demasiado cobarde o demasiado débil para contraatacar, para hacerle daño. Despacio, me saqué una mano de debajo de la barriga y fui acercándola cada vez más al mango de la palanca.

Ahora el atacante de Andrea le había rodeado el cuello con ambas manos, y me di cuenta de que estaba apretando porque mi amiga profería gritos ahogados y movía el tronco, agitaba los brazos, sacudía la mitad inferior de las piernas. Todo ello en vano. El hombre pesaba tanto como para mantenerla inmovilizada en el suelo, tenía la fuerza suficiente para matarla. Yo dudaba que fuera a llegar tan lejos, al menos tan al inicio de la noche, pero no podía permitirme el lujo de darlo por sentado.

Andrea tenía arcadas, tosía sobre el polvo y las piedras, daba patadas con los pies. Pero sus esfuerzos se habían debilitado.

—Chaval —me gritó el hombre—. ¿La tonta de tu madre te ha contado alguna vez de dónde vienen los niños? Mejor aún, ¿te ha enseñado cómo se hacen?

Algo se rompió dentro de mí. Mi mente se rompió. El mundo se derrumbó hasta formar un único *collage* de imágenes horribles que me flotaban detrás de los ojos. Mis padres, muertos, decapitados. Andrea, violada, asesinada, decapitada. A mí me dejaban vivo y solo para que lo viera, para que viviese con ello. Estallé.

Agarré la palanca como si fuera lo único que me mantenía unido a mi propio corazón, me puse en pie de un salto y corrí lo más rápido que pude para salvar la distancia que me separaba del atacante de Andrea. No grité, no chillé, sino que vertí toda esa energía, toda la fuerza que conocía y alguna más que no, en mi escuálido brazo. La canalicé junto con la rabia que amenazaba con explotarme dentro del pecho.

El hombre me vio venir. Sin inmutarse, soltó el cuello de Andrea y volvió a ponerse de rodillas en el suelo, preparado para levantarse de un salto y espantarme como a una mosca. Pero ya era demasiado tarde. Algo me había cambiado, me había transformado en un ser monstruoso y fuerte por un instante. Rebosante de odio e ira, levanté la palanca por encima de mí y la hice descender con cien veces más ímpetu que antes. Él levantó la mano para protegerse, pero también era demasiado tarde para eso.

El extremo acabado en garra de la palanca le impactó en la coronilla con un retumbo sólido y se hundió hasta el inicio de la barra propiamente dicha. Él gritó. Yo grité cuando la extraje de un tirón, arrancando sesos, cráneo, piel, pelo. Luego lo golpeé de nuevo, esta vez justo en la sien. Sus gritos se interrumpieron y se desplomó hacia un lado en una posición antinatural, apartándose al fin del cuerpo de Andrea. Se quedó quieto, absolutamente inmóvil. Lo golpeé una última vez, solo para estar seguro, y luego me quedé allí plantado, jadeando con fuerza.

Andrea se había alejado a gatas de la escena, mirando en dirección contraria, resollando y escupiendo. Dejé caer la palanca, tan poseído por la adrenalina que no tenía ni idea de cómo iba volver a la Tierra desde los reinos del violento éxtasis en el que flotaba.

Sentí una presencia a mi espalda. Me giré para mirar y el mundo me dio muchas más vueltas de las que habría cabido esperar. Había tres personas junto al coche. No, solo una: sus formas temblaron, pero luego se fundieron. A mi vista le costaba mucho seguir el ritmo de mi agitado metabolismo.

Tapón me estaba mirando de brazos cruzados, sin mostrar la menor emoción. Lo había visto todo, lo supe de inmediato. Lo había visto todo y no había intentado detenerme. Entonces me habló:

—La llevas en la sangre, hijo. Lo sabes, ¿no? La violencia. La

llevas en la sangre. Esa es la verdadera razón por la que has sido capaz de matarlo. El pobre primo T-Bone tampoco valía para mucho, de todas formas. Que se pudra en paz.

Se me había empezado a ralentizar el corazón, un poquito, pero no tanto como para poder hablar.

Tapón sacó una pistola de detrás de él y me apuntó con el cañón.

—Venga, es hora de irse. Es un paseo corto. Tráetela si quieres. —Señaló con la cabeza a Andrea, que parecía estar recuperándose, aún sentada en la hierba justo al lado del camino de grava.

—¿Adónde? —conseguí decir.

Y entonces respondió algo que no me aclaró nada:

—A la Casa de las Lenguas.

CAPÍTULO 21

Julio de 2017

Después de pegarle un tiro al Carabolsa que huía hacia el maizal y de llenarle la espalda de perdigones de plomo, eché a correr hacia Andrea, mi madre y mis hijos. Di una vuelta completa apuntando con la escopeta en todas direcciones, escudriñé hasta el último rincón en busca de indicios de alguien o de algo sospechoso. Nada.

—Subíos al coche —les insté—. Rápido.

Todos nos pusimos en marcha. Cogí a Logan de entre los brazos de mi madre mientras ella abría la portezuela lateral automática que nos quedaba más cerca. En cuanto la puerta se deslizó lo suficiente, Andrea apremió a Mason y a Hazel para que entraran. La abuela fue la siguiente. Cuando se sentó, le pasé a Logan y luego accioné la palanca para que la puerta se cerrara. Andrea rodeó corriendo el monovolumen hacia el lado del copiloto y, unos segundos después, los dos cerramos nuestras respectivas portezuelas justo al mismo tiempo. Antes de nada, activé las cerraduras de seguridad de todo el vehículo, y la simultánea serie de clics me hizo experimentar un ápice de alivio. Con la llave en el bolsillo, lo único que me quedaba por hacer era pulsar el botón de arranque: el motor del monovolumen cobró vida con un rugido intenso, seguido de un zumbido constante.

—¡Cinturones de seguridad! —grité, aunque luego me sentí un poco ridículo.

Metí la marcha y pisé el acelerador, ansioso por alejarme de mi casa de la infancia por primera vez desde que tenía uso de memoria. Los neumáticos levantaron unos cuantos guijarros y nubes de tierra y después cogieron tracción y nos impulsaron hacia delante. Salimos disparados hacia donde el hombre había caído de

bruces —nuestros faros iluminaron los brillantes lunares de sangre que le ensuciaban el cuerpo—, pero luego la curva del camino de grava nos alejó de él para llevarnos hacia la carretera que pasaba por delante de la casa. Estaba a punto de pisar el acelerador a fondo y largarme pitando de allí cuando, por el rabillo del ojo izquierdo, vi que algo se movía. Una figura, una persona.

Frené de golpe, por puro instinto; la curiosidad se había impuesto a la cordura.

—¿Qué haces? —me espetó Andrea.

La ignoré y miré por la ventanilla. Un Carabolsa había salido del maizal, había emergido de entre los tallos como Malachai en *Los chicos del maíz*, igual de escalofriante. No iba armado, que yo viera, aunque era sobre todo la periferia de los faros lo que lo iluminaba. Con pasos lentos y firmes, casi rituales, se acercó a su amigo, a su primo, a su hermano, a quienquiera que fuese el que yo acababa de matar. Luego agachó la cabeza para mirar hacia abajo y permaneció así unos segundos, contemplando la muerte sangrienta a través del fino velo de una bolsa de supermercado barata que palpitaba con cada una de sus respiraciones.

—¡David, sácanos de aquí de una puñetera vez! —gritó Andrea, y me dio un golpe en el brazo.

Tenía razón. Por supuesto que tenía razón. Aparté el pie derecho del freno y lo coloqué sobre el acelerador. Hicimos un pequeño trompo y luego volvimos a avanzar dejando a nuestra espalda una estela de polvo y piedras voladoras para el nuevo desconocido salido de entre los campos. Cuando lo miré por última vez, había levantado los brazos para ponerse las manos a ambos lados de la boca y su lenguaje corporal sugería que nos estaba gritando lo más fuerte que podía, inclinado hacia delante por el esfuerzo.

Pero no lo oí, no capté ni una sola palabra. Y si se me ocurría detenerme de nuevo, seguro que Andrea me echaba a patadas, se sentaba al volante ella misma y me dejaba tirado. Aun así, estuve a punto de hacerlo, pues pensaba que a lo mejor lo que gritaba tenía algo que ver con Wesley o con mi padre. Era una pista. Una indicación.

O una trampa. Una distracción. No era el momento de convertirme en un idiota redomado.

Salimos a la carretera, derrapamos un poco en mi excesivo

entusiasmo por girar hacia la izquierda y luego los neumáticos regresaron a su hogar sobre el asfalto. Circulábamos a toda velocidad, con las luces creando un consistente halo de neblina blanca en la distancia corta, como si la noche fuera tan oscura que mis faros solo pudieran penetrar su superficie exterior. Me temblaban las manos, así que agarré el volante con todas mis fuerzas para obligar a mis dedos a estarse quietos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Andrea.

Pensé en mi hijo. Pensé en mi padre. En mi madre, que estaba justo detrás de mí.

Pensé en mis tres hijos, sentados a su lado.

—No lo sé.

Los restos de la lluvia embadurnaban la carretera, llenaban los huecos y baches. Había charcos y prácticamente lagos que nos asediaban desde las cunetas, pues la ciénaga que veteaba nuestro pueblecito había crecido más de lo que la había visto hacerlo desde el huracán Hugo. Otro par de días de tormenta y nos habríamos transformado en Venecia. Los neumáticos silbaban sobre la humedad, la oscuridad nos cubría como un velo que ocultaba el mundo, un mundo que se había reducido hasta incluirnos solo a nosotros, encerrados en una luz lunar que se movía cuando nosotros nos movíamos.

«Wesley —pensé—. Mi hijo».

El dolor y la culpa me atormentaban por igual. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué coño estaba haciendo? Pegué un frenazo y me detuve derrapando tras un giro de noventa grados que aterrorizó a mis hijos. Los gimoteos y los quejidos se convirtieron en alaridos y gritos.

—Lo siento —susurré.

—¿Qué pasa? —preguntó Andrea con un tono sorprendentemente sereno.

—¿Qué pasa ahora? —dijo mi madre al mismo tiempo, fingiendo estar tranquila.

Me agaché hasta apoyar la frente en el volante. Cuando hablé, se me quebró la voz de la emoción:

—No sé qué hacer. La policía no llega, el *sheriff* Taylor no está, papá no está, Wesley no está. ¿Qué debo hacer? —Con esa última pregunta, me eché de golpe hacia atrás en el asiento y estampé los

puños contra el salpicadero—. Tenemos que volver, tenemos que encontrarlos. ¿Cómo vamos a marcharnos?

—Estás asustando a los niños. —Mi madre me lo susurró tan cerca del oído que me hizo dar un respingo.

—¡Es que deben estar asustados! —grité. Cerré los ojos y deseé poder tragarme esas palabras de inmediato—. Lo siento, chicos. Perdón.

Andrea se acercó y me cogió la mano. Me la apretó.

—¿Hay algún lugar seguro en el que podamos dejar a tu madre y a los niños? Podríamos llevarlos y luego venir a buscar a tu padre y a Wesley. O averiguar dónde se ha metido la policía en este diminuto pueblo.

—En casa de Evelyn, supongo.

Pero no había terminado de decirlo cuando me vino a la cabeza la imagen del policía muerto, desplomado contra la ventanilla de su coche. No había ningún lugar seguro. Ninguno.

—David.

Nunca había oído pronunciar mi nombre en un tono tan funesto. Era la voz de Andrea, y enseguida supe que algo iba mal. Levanté la mirada hacia el espejo retrovisor. Unos faros que se acercaban a toda prisa.

—Mierda —susurré, aunque no tenía forma de saber si era algo malo.

Era incluso poco probable: ¿cuánta gente podía haber conduciendo por esa carretera y por cuántas razones? A lo mejor, tal vez, con suerte, hasta era un policía o un agente del FBI.

Sin saber qué debía hacer, volví a poner el coche en marcha y me aparté hacia la cuneta encharcada de la carretera (solo unos metros, no fuera a hundirme en la ciénaga circundante). Me lo pensé un segundo y luego tiré del freno de mano. Era incapaz de tomar una decisión sobre si avanzar o retroceder. Incapaz.

Los faros que se aproximaban eran cada vez más grandes y brillantes, y empecé a pensar que pertenecían a una camioneta. Se me aceleró el corazón al ver que estaba a pocos metros de nosotros, que se apartaba un poco hacia la izquierda para dejar espacio, que llegaba a nuestra altura y empezaba a sobrepasarnos…

Los neumáticos de la camioneta chirriaron cuando frenó y dio un bandazo. La parte trasera derrapó hacia el lado contrario al

nuestro y la delantera se interpuso de pleno en nuestro camino. Metí marcha atrás enseguida, puse el pie en el acelerador y volví la cabeza hacia atrás para comprobar nuestra ruta de escape. Entonces Andrea me gritó:

—¡Espera! ¡No te vayas!

Me detuve, el pánico me recorrió de arriba abajo y la miré.

—¿Qué? —grité—. ¿Qué?

—¡Nos están enseñando un cartel!

Volví a mirar hacia delante y me concentré en la ventanilla del lado del copiloto que quedaba en el centro del haz de mis faros. Como Andrea acababa de anunciarme, alguien sostenía un cartel contra el cristal, un trozo grande de papel blanco que parecía brillar por sí mismo. En él había un mensaje garabateado, de manera apresurada pero cuidadosa, con un rotulador negro de punta gorda:

CASA DE LAS LENGUAS
YA
O WESLEY MUERE
SUBE, SOLO

Me quedé mirando el cartel, incapaz de apartar la vista o actuar. No sentía nada por dentro, era como si alguien me hubiera introducido en el sistema un *malware* humano que me hubiera borrado el disco duro. Al menos la parte que contenía los sentimientos, las emociones. En el coche todo el mundo guardaba silencio, incluso mis hijos. La parálisis que me había acometido al ver aquel mensaje no podía compararse con nada que hubiera experimentado hasta entonces.

Estaba recuperando la memoria. Era como cuando oyes una canción o percibes un olor que te transporta a otro tiempo y a otro lugar: me estaba trasladando a esa noche de hacía mucho tiempo en la que me habían llevado a la Casa de las Lenguas.

—¿David? —susurró Andrea, que debía de haberse dado cuenta de que me había sumido en una especie de trance.

—¿Sí? —respondí sin fuerzas.

—No puedes volver allí.

No pude contestarle, no pude decirle nada. Si tenía alma, se me había hundido en un abismo.

—Protege a mis hijos —le pedí—. Protege a mi madre. Llévate el monovolumen, marchaos. No pares hasta que lleguéis a la frontera con Georgia. Tienes una escopeta. Úsala si la necesitas.

—David —dijo con severidad.

Mi madre pronunció a la vez mi nombre de la misma manera.

Abrí la puerta.

—¡David!

Andrea estiró la mano y me agarró del brazo, pero me zafé de ella suavemente.

Entonces la miré con toda la fiereza que pude concentrar en los ojos.

—Protege a mi familia.

—¡David, no! ¡No!

Mi madre me gritó desde la parte de atrás:

—Cierra esa puerta y arranca el coche, David. ¡Ahora mismo!

La camioneta esperaba delante de nosotros, al ralentí, y un chorro de gases de escape se elevaba en la luz inquietante.

—¿Papá? —musitó Hazel con voz temblorosa.

—¿Papá? —Mason.

—¿Papá? —Logan.

Con el aviso de puerta abierta sonando, me di la vuelta y miré a mis hijos. Hazel, con su dulce rostro empapado de lágrimas y los ojos llenos de preguntas. Mason, pálido y asustado, encogido. Logan, al fondo, más confundido de lo que lo había visto en mi vida. Los quería lo indecible, pero no estábamos completos. No sin Wesley. No sin su hermano mayor.

—¿Confiáis en mí? ¿Habéis confiado siempre en mí?

Esperé a que asintieran, y lo hicieron uno por uno.

—¿Sabéis que os quiero más de lo que cualquier papá ha querido nunca a sus hijos?

Más gestos de asentimiento, unas cuantas lágrimas más.

—Os juro que estaré bien. Voy a salvar a Wesley y al abuelo y luego volveremos a estar todos juntos. Os lo prometo, ¿vale? Necesito que seáis valientes y os vayáis con la abuela y Andrea. Podéis rezar por mí si queréis. Y por vuestro hermano.

Más gestos de asentimiento, más lágrimas. Su valentía me dio una lección de humildad que ni siquiera creía posible y solidificó la promesa que acababa de hacerles. De un modo u otro, aunque

tuviera que meter el brazo por la garganta del mismísimo infierno y arrancarle el corazón a Satanás con mis propias manos, lo conseguiría. Cuando amaneciera, todos los miembros de mi familia estarían vivos y a salvo. Todos.

Miré a Andrea y ella me devolvió la mirada.

—No hay alternativa —dije.

Esperó. Asintió. Parpadeó y se le escaparon un par de lágrimas.

—David, no puedes hacerlo —suplicó mi madre—. No lo hagas.

—Mamá, te quiero. Te quiero más que a mi propia vida.

Salí del coche y cerré la puerta a mi espalda antes de que nadie pudiera decir una sola palabra más. Imaginé que se abriría una puerta, que alguien me perseguiría, pero no fue así. Andrea sabía lo que debía hacer y se había hecho cargo de los seres queridos que dejaba atrás. Me encaminé hacia la camioneta. Habían retirado el cartel de la ventanilla del copiloto, pero entonces una mano apareció en la tenue luz del interior. Se cerró en un puño, con el pulgar extendido como si estuviera haciendo autoestop, y señaló hacia atrás. No cabía duda de lo que quería decir.

Me agarré al borde de la caja de la camioneta con las dos manos, puse un pie en el parachoques y me encaramé a la parte trasera del vehículo. Me senté con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en el lateral. La camioneta arrancó, salpicando de barro el frontal de mi monovolumen, y luego se alejó a toda velocidad. Vi que mi coche se alejaba, pero las luces me deslumbraban demasiado como para que pudiera ver el interior. Como para que pudiera ver la cara de mi familia.

Levanté la mano derecha contra la resistencia del viento veloz.

Les dije adiós.

«Esta vez me toca a mí, Andrea», pensé al bajar el brazo.

«Esta vez me toca a mí».

CAPÍTULO 22

Junio de 1989

Íbamos caminando por el bosque, con Tapón justo delante. Él llevaba una linterna con la que iluminaba un estrecho sendero abierto entre la maleza y los matorrales. Detrás de nosotros había otro hombre con una bolsa en la cabeza, algo que a esas alturas ya me parecía casi normal. Él también llevaba una linterna y nos enfocaba con ella por si hacíamos algún movimiento brusco. Andrea y yo íbamos agarrados de la mano, con los dedos pegajosos por el sudor. Debía de hacer unos veinte minutos que nos habíamos separado del Cadillac gigantesco, a cuyos pies yacía un hombre muerto, con el cráneo reventado por una palanca.

Había matado a un hombre y, por ahora, no sentía ningún tipo de remordimiento.

Sí, me notaba enfermo por dentro, revuelto, sucio. Pero no arrepentido. Esas personas me habían hecho pasar un infierno y todos merecían una muerte similar. Peor. Y si pensaban que Andrea y yo íbamos a comportarnos como unos adorables corderitos a los que llevaban al matadero, no sabían lo que les esperaba. No es que una valentía monumental y heroica se hubiera apoderado de mí (lo cierto es que estaba muerto de miedo), pero ya me había hartado de sus payasadas, sentía que habíamos llegado a un punto en el que ya no teníamos nada que perder, un punto en el que solo había dos opciones: suplicar clemencia o caer luchando. Esperaba con toda mi alma ser capaz de elegir lo segundo cuando todo alcanzara un punto crítico.

Seguimos caminando sin parar a través del mal iluminado túnel de árboles.

—¿Adónde nos llevas? —preguntó Andrea.

Hacía varios minutos que nadie hablaba y su voz estuvo a punto de aniquilar el valor que llevaba rato intentando reunir; pegué tal bote que casi perdí los pantalones.

Tapón se detuvo. Nosotros también nos detuvimos, porque si no nos habríamos chocado contra él. Sin girarse, respondió con la voz cargada de fastidio:

—Ya os he dicho adónde vamos. A la Casa de las Lenguas.

—Vale, pero ¿qué leches es la Casa de las Lenguas?

Casi me puse a aplaudir al oír el tono desafiante de sus palabras.

Esta vez Tapón sí se dio la vuelta y se colocó la linterna debajo de la barbilla para crear la típica cara de espíritu maligno. Cuando habló, su rostro se crispó formando sombras espeluznantes:

—Es lo que indica su nombre. No soy poeta.

Se dio la vuelta y reemprendió la marcha. El Carabolsa que teníamos detrás nos dio un empujón en la espalda con la linterna y volvimos a avanzar a trompicones intentando seguir el ritmo que nos marcaban. Unos minutos más tarde, salimos de entre los troncos y llegamos a un pequeño claro, de unos diez metros de ancho, despejado no solo de árboles, sino también de maleza, arbustos y matorrales. De todo. Tanto Tapón como el Carabolsa iluminaron el entorno con la linterna, bien buscando algo, bien tratando de impresionarnos con la ubicación. Yo no me sentí nada impresionado.

Solo una cosa interrumpía el suelo desnudo del claro, y no tenía ni idea de qué era. Se trataba de una especie de pozo, parecido a una chimenea, hecho con piedras viejas y mortero, que se alzaba unos seis metros por encima del nivel del suelo. Era cilíndrico, más o menos igual de ancho que una de las enormes pacanas de nuestro jardín delantero, y se estrechaba un poco en la parte superior hasta terminar en un círculo irregular de piedras rotas. Me recordaba a una botella de cerveza que un camorrista hubiera roto contra la barra para protegerse de un enemigo borracho. La superficie del pozo parecía antigua, estaba cubierta de moho y de musgo y tenía un tono verdoso enfermizo mezclado con gris.

—Esto lleva aquí desde la Revolución, niños —comentó Tapón, que sonó como un fanático, como un docente perturbado en un museo—. La Casa de las Lenguas está justo debajo. Venga, vamos.

Echó a andar hacia allá, la luz de su linterna hacía que la

sombra de la estructura se balanceara de un lado a otro contra los árboles como un borracho. Lo seguimos hasta la otra punta del pozo y allí, en la parte baja, encontramos un agujero cuadrado, de no más de un metro de altura, sellado por una puerta de madera con adornos de hierro forjado. En conjunto, parecía la torre de un castillo; a lo mejor tenían a Rapunzel encarcelada en lo más alto, aunque no se veía ni rastro de su pelo.

Tapón sacó una llave antigua, la introdujo en el ojo de la cerradura y la giró; se oyó un clic y la puerta se entreabrió. El ruido me recordó al del maletero del Cadillac, y eso tornó aún más siniestra una situación ya siniestra de por sí. Tapón se agachó y posó la palma de la mano en la madera. Luego empujó hasta el fondo y la puerta chirrió. Una oscuridad total nos aguardaba al otro lado.

—Seguidme —dijo antes de ponerse a cuatro patas y franquear la entrada gateando.

Miré a Andrea, pero ella estaba demasiado ocupada escudriñando el cuadrado de negrura por el que acababan de desaparecer los pies de Tapón. El Carabolsa me clavó la punta de un dedo en las costillas.

—Entrad de una vez —ordenó con esa voz áspera que no oía desde la Mina.

Me sentía muy confuso en cuanto a quién era quién cada vez que me encontraba con esos psicópatas.

Andrea se me adelantó: se puso de rodillas y luego apoyó también las manos en el suelo para empezar a avanzar. La imité y me coloqué justo detrás de ella. En cuanto cruzó el umbral, una luz tenue apareció en el interior. Llegamos a una cámara diminuta y redonda que tenía un aspecto muy parecido al del exterior: toscos bloques de piedra unidos con mortero de forma descuidada, la circunferencia de la chimenea más estrecha cuanto más se alzaba. Unas cuantas bombillas fluorescentes tubulares colgaban de unos clavos oxidados como adornos navideños, con los cables zigzagueando por la cara curva de las rocas planas. El brillo era antinatural y molesto para los ojos.

Una escalera metálica de caracol descendía desde un pequeño rellano junto a la puerta. Tapón ya había bajado unos cuantos peldaños, de modo que sus ojos quedaron casi a la altura de los

míos mientras seguí arrodillado. Andrea estaba de pie en un escalón, a la derecha y por encima de él, con la mirada levantada hacia el hueco de la chimenea. Me uní a ella, agradecido de poder enderezarme y recuperar mi altura. Aquel sitio olía a humedad y a podredumbre, aunque el ambiente resultaba sorprendentemente fresco. Las luces zumbaban por encima de nuestra cabeza, un sonido desagradable que encajaba con todas las demás características del lugar. Carabolsa, el último en entrar, cerró la puerta a su espalda. Me sentí como si me hubieran encerrado en una tumba y esperé que no fuera así.

Sin decir nada, Tapón empezó a bajar a zancadas. Lo seguimos.

Los peldaños traqueteaban y la estructura metálica de la escalera de caracol temblaba y se agitaba mientras descendíamos a las profundidades. También se oían unos gemidos y chirridos metálicos que rebotaban contra las paredes; el eco ascendía por el pozo de piedra hasta llegar a la parte de arriba y retrocedía de nuevo hacia nosotros. Pronto se convirtió en una perturbadora cacofonía de reverberaciones y chillidos que me dieron dolor de cabeza. El ligero balanceo de la escalera me mareaba.

El hedor empeoraba con cada escalón que bajaba. Putrefacción. Descomposición. Una humedad mohosa. Ya habíamos dejado atrás veinte peldaños. Luego, cuarenta. Era incapaz de imaginar a qué propósito habría servido aquel lugar en los lejanos años en que lo habían construido, excavado en la tierra. Pero me daba miedo descubrir el origen de los olores nauseabundos. Las bombillas fluorescentes situadas por encima de nosotros habían perdido eficacia y la atmósfera se había oscurecido, pero percibí un resplandor rojizo procedente de más abajo. «Magma», fue la palabra que me vino a la cabeza, un río de lava, como el del Monte del Destino en *El señor de los anillos*. Pero la temperatura estaba cayendo en picado, no al revés.

Llegamos al fondo.

Oí el roce de los zapatos de Tapón cuando abandonaron la malla metálica de los escalones para arrastrarse por un suelo de piedra polvoriento. Andrea y yo salimos de la escalera justo detrás de él y llegamos a un túnel largo y estrecho construido con los mismos bloques de piedra que el pozo por el que acabábamos de descender. Una bombilla roja colgaba del techo. Era la única fuente de luz y

daba miedo, como si la sangre de alguien se hubiera evaporado en el aire. Al final del pasadizo había otra puerta con adornos de hierro forjado, también cerrada.

Nadie dijo nada. Yo iba agarrado de la mano de Andrea y no recordaba cuánto tiempo llevábamos así. Tapón continuó caminando hasta alcanzar la puerta. Nosotros lo seguimos, con el Carabolsa armado pisándonos los talones. Aquella rutina empezaba a hacérseme pesada, pero eso no quería decir que me muriera de ganas de que terminase. Un terror visceral, algo más profundo y repugnante que cualquier otra cosa que hubiera experimentado hasta entonces, se me infiltró en los nervios y los huesos. La cruda constatación de que la muerte me esperaba al otro lado de la puerta… No sabía cómo soportarlo, temblaba de pánico.

Andrea me apretó la mano con más fuerza, se la llevó a los labios y me besó los nudillos.

—Todo saldrá bien —susurró.

Sus palabras me devolvieron la cordura, al menos por el momento. Ya estábamos delante de la amenazadora puerta, cuya madera agrietada y adornos de hierro oxidados parecían tan antiguos como Inglaterra.

—Esta es la Casa de las Lenguas —anunció Tapón en un susurro rasposo con cierto aire funesto—. Espero que mostréis respeto cuando entremos. ¿Entendido?

Me sentí muy impotente. Sabía que teníamos que luchar, que atacar a esos dos monstruos antes de que nos abrieran algo más que la puerta para darnos paso. Pero no podía. No era capaz de actuar.

Así que me limité a asentir.

—¿Vas a matarnos? —preguntó Andrea, que se aferraba a su dignidad—. ¿De verdad crees que vas a irte de rositas después de todo lo que has hecho?

—No —respondió sin el menor rastro de duda, como si hubiera aceptado las consecuencias de sus muchos asesinatos, como si sintiera que valdría la pena sufrirlas—. Bueno, ¿vas a ser respetuosa?

Andrea estaba furiosa, pero debió de intuir que todavía no había llegado la hora de plantar cara. Asintió lo más dócilmente que pudo.

—Bien.

Tapón abrió la puerta y la empujó.

Una brisa rancia escapó hacia el exterior, como si la cámara que había dentro hubiera exhalado después de llevar milenios conteniendo el aliento. Me dieron arcadas, me tapé la nariz y tosí intentando librarme de los mismos olores que ya nos habían embestido antes, pero ahora multiplicados por diez. Tapón se acercó al marco de la puerta y pulsó un interruptor cercano; unas luces chisporrotearon hasta cobrar vida al otro lado de la abertura, unas luces que emitían el mismo brillo zumbador que los fluorescentes de la escalera. Se detuvo en el umbral para volverse a mirarnos y luego nos hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiéramos. Entonces entró, y nosotros detrás, en una habitación de techo bajo, de unos seis metros cuadrados, forrada de estanterías de madera por todas partes. Del techo colgaban varias bombillas.

La mayoría de las estanterías no tenía nada, salvo las de una de las paredes, que estaban repletas de tarros de cristal sellados, alineados de un extremo a otro, todos ellos tocando a sus vecinos de ambos lados. Estaban llenos de un líquido de color ámbar y tenían un trozo grande de algo pálido flotando dentro. Cada uno de los tarros estaba etiquetado con una pegatina blanca, amarilleada por el paso del tiempo, y una caligrafía enrevesada garabateada sobre la superficie descolorida.

En mi vida he sentido muchas veces la presencia de la oscuridad verdadera, del mal, de cosas que me han atormentado y seguirán atormentándome hasta el último de mis días. Pero en el primer puesto de la lista, muy por encima de lo que sea que venga después, está la sensación que experimenté en esa sala al mirar aquellos estantes atestados de tarros sellados y polvorientos.

Tapón levantó un brazo en el aire y lo movió despacio de izquierda a derecha, como si quisiera abarcar todos los tarros, como si le estuviera mostrando un flamante coche al ganador de un concurso.

—Contemplad —dijo con voz reverencial— las lenguas de nuestros antepasados.

CAPÍTULO 23

Julio de 2017

El aire cálido me fustigaba la piel y me alborotaba el pelo mientras la camioneta surcaba la noche. Sentía las curvas antes de que llegaran, cambiaba el cuerpo de postura para anticiparlas a pesar de que ahí solo había estado una vez en mi vida. Los recuerdos estaban volviendo con fuerza y rapidez —algunos de ellos disfrazados de intuición— y sin seguir ningún tipo de orden que tuviera sentido.

Pero me acordaba de esa especie de torre de castillo, con su corona de dientes rotos. Me acordaba de las puertas con adornos de hierro forjado. Me acordaba de la escalera de caracol hecha de metal y óxido. Y lo peor de todo, me acordaba de la pared repleta de tarros de cristal, todos llenos del líquido ambarino que mantenía su preciosa carga protegida, flotando y conservada.

Lenguas.

Me estremecí al pensarlo, al recordarlo. Sin embargo, seguía sin saber cuál era el propósito de aquellas lenguas. ¿Por qué las tenía Tapón? ¿Qué había dicho al respecto esa horrible noche de hacía tanto tiempo? No conseguía acordarme. Todavía no. Pero el recuerdo aguardaba, paciente, ansioso, al otro lado de un velo que no comprendía.

La camioneta redujo la velocidad y giró para enfilar un camino de tierra casi imperceptible que desapareció de inmediato en una zona muy boscosa. El dosel de ramas y hojas parecía una cueva bordeada por los faros del vehículo, su destino oscuro y premonitorio. Aunque era imposible, todo me resultaba familiar: aquel árbol, ese arbusto, las piedras del sendero, la lenta curva hacia la derecha. En mis innumerables visitas a casa desde que me gradué en el instituto, no había vuelto a ese sitio, ni siquiera a esa

zona en general. El follaje del bosque debía de ser muy diferente al de cuando yo era adolescente. Aun así… Estaba volviendo al lugar donde mis horrores culminaron, se marinaron en la carne de mi ser.

Tenía miedo, como el crío que era entonces.

La camioneta se detuvo.

Una nube de polvo nos envolvió, brilló como la niebla ante los faros y luego se disipó. Las puertas de la camioneta se abrieron y bajaron dos hombres, ambos con el mismo uniforme que antaño, el más ridículo que podía imaginarme para unas personas de tanta maldad: una bolsa de supermercado en la cabeza, con las asas atadas al cuello y una raja abierta para poder respirar.

Como ya había pasado por todo aquello, encontré una semilla de valentía en mi interior.

—¿En serio? —solté, tiñendo mis palabras de todo el desprecio posible—. ¿Otra vez con la tontería de la bolsa en la cabeza? ¿Qué es esto, la guardería? Dad la cara, cobardes. —El que había conducido me miró a través del fino velo de plástico. Ladeó la cabeza. ¿Cuántas veces había visto ese gesto?—. ¿Dónde está mi hijo?

Algo empezaba a penetrarme con lentitud en las venas, los músculos y el corazón. Desesperación. Aquellos cabrones no lo sabían, pero en cuanto viera a mi hijo, en cuanto viera la más mínima señal de que estaba vivo y bien, arrasaría con todo, mataría como un demonio hasta que liberaran a Wesley. Ni él ni yo teníamos ya nada que perder. Terminarían matándonos pronto. Y yo lo sabía.

Los Carabolsa no respondieron. El conductor rodeó la camioneta y se colocó junto a su compañero. Luego señaló hacia el bosque, en una dirección que yo ya conocía. El camino que llevaba a la Casa de las Lenguas.

—¿Está allí? —pregunté—. ¿Lo habéis llevado allí, le habéis hecho lo que intentasteis hacerme a mí?

Ya sabía la respuesta, pero lo pregunté de todos modos porque necesitaba que me lo confirmaran, necesitaba el visto bueno para mi inminente arrebato.

El Carabolsa que había viajado en el asiento del copiloto al fin se dignó a hablar. Utilizó la voz de antaño, la voz disfrazada, la voz de piedras que se restriegan:

—No vamos a pelearnos contigo. O nos sigues o el chaval muere.

Ninguno de los dos esperó a que les contestara. Se dieron la vuelta y empezaron a alejarse por un diminuto sendero abierto por los ciervos en el que no me había fijado hasta que se internaron entre los arbustos que enmarcaban la entrada. Los dos hombres quedaron rápidamente sustituidos por la oscuridad y el crujir de las ramas.

Bajé de la camioneta de un salto y eché a correr tras ellos, adentrándome en la espesa vegetación. Ya no podía pensar. Solo actuar. Al contrario que en aquella noche de hacía tantos años, no sentía miedo por mi propia seguridad. Tendría que haberlo sentido, porque tenía otros tres hijos que dependían de mí, pero el aletargamiento era total. Continué avanzando. Avanzando. Avanzando.

Alcancé a los Carabolsa, seguí adelante pisándoles los talones. Sus respectivas linternas proyectaban un chorro esporádico de luz sobre las ramas bajas que teníamos encima, inquietante y vertiginoso. Ellos no hablaban, yo tampoco. Los insectos de la noche nos agasajaban con su canto nocturno; las hojas y la pinaza empapadas se hundían bajo nuestros pies. Estudié la complexión de ambos hombres, me pregunté si sería capaz de enfrentarme a los dos y ganar. En cuanto Wesley apareciera en mi campo de visión, pensaba hacer lo que fuese necesario para acabar con ellos.

Llegamos a un claro, el claro de mi infancia. La torre de bloques de piedra seguía alzándose en el centro, aunque me pareció la mitad de alta de lo que la recordaba. Los dos Carabolsa dirigieron el haz de luz hacia el pozo redondo: la corona seguía siendo irregular, la superficie seguía estando asquerosa, tapizada de musgo; parecía la chimenea de una fábrica de la época de la revolución industrial. Verla hizo que se me helara el corazón.

—¿Mi hijo está ahí abajo? —pregunté.

Las imágenes de la Casa de las Lenguas me destellaban a toda velocidad en el cerebro, los recuerdos iban encajando como las piezas de un puzle.

Los dos hombres se volvieron para mirarme y las bolsas que llevaban en la cabeza crujieron con el movimiento. No dijeron nada, solo me observaron a través del plástico. Estaba harto. Harto de cómo me habían tratado de adolescente, harto de cómo me estaban

tratando en ese momento.

—¿Por qué me hacéis esto? —inquirí mientras me esforzaba por mantener la calma—. ¿Qué tenéis contra mi familia? ¿Contra mí? ¿Qué les he hecho yo a los puñeteros Gaskins?

Respiraba con jadeos rápidos y superficiales, me costaba llenarme los pulmones de aire.

Uno de los hombres dio un paso en dirección a mí, luego otro. Se echó hacia delante, hasta dejar el rostro embolsado y ensombrecido a apenas unos centímetros del mío.

—Tu familia está maldita —dijo sin intentar disimular su voz. Era Dicky. Supe que era Dicky. Pronunció la última palabra marcando las sílabas con un énfasis exagerado: mal-di-ta—. Y durante doscientos años, también nos habéis maldecido a nosotros.

Sus palabras no me desconcertaron, no me confundieron. Solo me enfurecieron. Me estremecí de rabia al hablar:

—Me alegra que los Gaskins, paletos, endogámicos e idiotas perdidos, os sintáis mejor culpando de todo lo que habéis hecho a cualquier cosa y a cualquier persona que no seáis vosotros mismos, pero eso se acaba esta noche. Juro que se acaba esta noche. —Inhalaba y exhalaba con tanta intensidad como si acabara de correr un kilómetro sin parar. Los Carabolsa se quedaron allí plantados, sin contestar. Pasaron varios segundos—. ¿Dónde está? —grité—. ¡Decidme dónde está!

Nada.

Furioso, cargué hacia delante para pasar justo entre los dos hombres; los empujé con los hombros y les hice perder el equilibrio. Pero no me detuve, me encaminé hacia la pequeña puerta cuadrada que sabía que me esperaba al otro lado de la torre de piedra.

—Puede que no te guste lo que encuentres ahí abajo —advirtió Dicky a mi espalda.

Entonces sí me detuve, no pude evitarlo. Me giré para encararme a ellos.

—Quitaos esa mierda de bolsa —le espeté—. ¡Dejad de actuar como putos críos y quitáosla! —No sé cómo describir la cantidad de ira que me corría por dentro en esos momentos sin repetirme de forma incesante. Pero era algo vivo, algo que me consumía—. ¡Quitáosla! —grité, y de repente había echado a correr hacia ellos.

Llegué hasta Dicky y lo agarré por la cabeza. No se resistió.

Busqué con los dedos el punto en el que se había atado la bolsa al cuello, me aferré al plástico fino, tiré. Siguió sin resistirse, ni siquiera cuando el ímpetu de mis esfuerzos lo desplazó un par de metros. No me separé de él, continué intentando rasgar el material con ambas manos. Al principio el plástico se hizo de rogar, pero, en cuanto conseguí hacer el primer corte, se rasgó entero y los jirones endebles le cayeron sobre los hombros.

El hombre era…

Era mi padre.

No lo entendía. No entendía nada.

Retrocedí trastabillando, dos pasos, tres, cuatro. Con la mirada clavada en mi padre, que tenía el pelo revuelto y sudoroso, el rostro demacrado. No decía nada, solo me devolvía la mirada más distante que jamás le había visto en la cara, tan inexpresiva que durante unos segundos dudé de si era él. Pero era mi padre. Una inmensa confusión me embargó. Y él continuaba callado.

Perplejo, miré al otro Carabolsa —al que tenía que ser Dicky— como si fuera a explicármelo y a arreglarlo todo. Aquello no era más que un error inocente, una broma, una travesura. No podía ser, no existía explicación posible, no había ninguna circunstancia en el mundo bajo la cual mi padre pudiera estar allí, con Dicky Gaskins, disfrazado con la absurda capucha de mis enemigos de toda la vida.

—¿Qué está pasando? —pregunté en voz baja y sin saber muy bien si me dirigía a la hierba, a los árboles o a quién.

Nada, absolutamente nada, tenía sentido en mi vida en ese instante.

Pero Dicky respondió de todos modos; se dejó la ridícula bolsa en la cabeza, pero no intentó enmascarar su voz:

—Nuestras familias siempre estarán enzarzadas, David —dijo como si le hubiera pedido indicaciones y estuviera obligado a contestarme—. Da igual cuántas décadas dediques a intentar olvidar, a negarlo. Estamos más enredados que el moño de una vieja, tío. Y nada puede cambiarlo.

Me quedé mirándolo, pasmado.

—Pero ¿qué dices, Dicky? Te juro que si le has hecho algo a mi hijo…

—¡Ja! —Fue una risa ladrada, sin un ápice de humor—. Que si le he hecho algo a tu hijo. Qué jeta tienes, David. Tu familia se ha

pasado doscientos años haciéndole cosas a mi familia, pero tú solo piensas en esa personita. En una de entre cientos. No eres más que un cabrón hijo de puta.

No lo soportaba ni un segundo más. Me abalancé sobre él y lo agarré por la camisa con las dos manos. Lo acerqué a mí hasta que el rostro oculto por la bolsa quedó a escasos centímetros del mío.

—¡Déjate ya de acertijos! —vociferé, y mis gotas de saliva salpicaron el plástico fino—. ¿Dónde está? ¿Qué le has hecho? ¿Lo has matado? ¿Eh? —Lo dije todo gritando, pero Dicky no hizo ademán de defenderse. Sentía su peso casi inerte bajo mi presa.

Seguro que solo para ponerme nervioso, contestó con aquella voz áspera, como de Batman:

—Pues claro que no lo hemos matado, imbécil. A un hombre se le pueden hacer cosas mucho peores que matarlo. A un hombre o a un crío, eso da igual.

Le solté la camisa y lo tiré al suelo; cayó de espaldas y dejó escapar un gruñido de dolor.

—Te lo pregunto por última vez —dije, y capté el deje de peligro que transmitía mi propia voz—: ¿dónde está mi hijo?

Dicky se incorporó apoyándose en un codo.

—Está justo debajo de nosotros, David. —Señaló con un pulgar hacia la tierra y la maleza que tenía bajo el cuerpo, como si señalara el infierno—. Está ahí abajo haciendo lo que llevamos dos siglos haciendo.

—¿Qué, Dicky? ¿Qué está haciendo mi hijo? ¿Por qué no me iluminas?

Tardó unos segundos en responder, así que ya estaba a punto de darme por vencido —acababa de empezar a darme la vuelta hacia la torre destrozada, la puerta, la escalera de caracol, mi hijo— cuando Dicky pronunció dos palabras que me pusieron los pelos de punta:

—Está serrando.

CAPÍTULO 24

Junio de 1989

Después de que Tapón nos guiara hasta el interior de la sala de ladrillo, alargada y húmeda, con sus estanterías de lenguas humanas en conserva, el Carabolsa que había bajado con nosotros nos agarró a Andrea y a mí por los brazos y nos condujo hacia el fondo para obligarnos a tomar asiento en sendas sillas de madera con el respaldo pegado a la pared. La revelación de que los tarros de cristal contenían lenguas me había alterado mucho, me había revuelto el estómago. Atónito, me senté sin oponer resistencia ni rechistar y le agarré la mano a Andrea en busca de apoyo. De un lazo de unión con la cordura, con la razón, con algún tipo de esperanza.

Tapón se llevó las manos al cuello, desató las asas de la bolsa de plástico y se la quitó de la cabeza. Luego se pasó los dedos por el pelo cortado al rape. Lo observé: la cara llena de cicatrices, los ojos de comadreja, la figura delgada y nervuda. Una costra enorme y un moratón marcaban el lugar donde Andrea lo había golpeado con la piedra. Llevaba unos vaqueros andrajosos, una camiseta vieja con un nombre tan descolorido encima del bolsillo que no conseguí leerlo y unas botas de trabajo llenas de polvo. De pie ante nosotros, se cruzó de brazos y miró al suelo. Pasamos alrededor de medio minuto en silencio; el otro Carabolsa no se quitó el disfraz y se colocó de pie junto a la puerta por la que habíamos entrado. El perro guardián más extraño del mundo.

—¿Por qué nos has traído aquí? —preguntó Andrea.

No se había dado por vencida con las preguntas, aunque todos los presentes en la sala sabíamos que no iban a llevarnos a ninguna parte. Pensé que exigir información era su forma de mostrar

valentía, de dejarles claro que no pensaba acobardarse.

Tapón desvió la mirada hacia ella.

—A ver, tú no tenías por qué formar parte de esto. Esto es entre la familia Player y la mía, no la tuya. Por mí, como si tu madre y tú os volvéis a México, pero aquí estás, ¿no? Una putada, diría yo. Pero es lo que has ganado por tocarme los cojones en la Mina.

—Soy tan estadounidense como tú —le replicó, desafiante.

Aquello enfureció a Tapón. Se acercó a ella y la abofeteó por segunda vez en una semana. Andrea ni siquiera gimió, solo volvió a enderezar la cabeza y lo fulminó con la mirada. Me odié a mí mismo por ser demasiado cobarde como para hacer algo.

—Parece que no te ha hecho mucho efecto —dijo Tapón.

Y entonces me abofeteó a mí con la misma fuerza. Me cruzó la cara hacia la derecha, el dolor fue tan abrasador como una ráfaga de gas encendido. Sentí el escozor de las lágrimas en los ojos.

—¡Para! —gritó Andrea.

Me preparé para recibir otra torta, pero no llegó. Tapón, ahora con la piel enrojecida y sudorosa, dio un paso atrás y se cruzó de brazos.

—Chavales, si os creéis que todo esto va a terminar con algo tan fácil, rápido y limpio como la muerte, ya podéis ir sacándooslo de la cabeza. Qué va. Esto no va así, ni mucho menos. No, señor. No, señora. No, no. Esto va de torturas. Va de venganza. Va de equilibrar las cosas entre nuestras familias. ¿Entendido?

Me miró a los ojos con intensidad, como si esperara una respuesta.

—No, no lo entiendo —dije en tono dócil.

—Eso es porque tu padre es demasiado débil para decirte la verdad, para contarte tu historia. Tu abuelo Player también era un cobarde. Toda tu puñetera línea familiar ha sido demasiado cobarde para cumplir con nuestro pacto, para hacer que las cosas continuaran siendo… manejables. Se pasan la vida intentando endilgárnoslo todo a nosotros, unilateralmente. Eso basta para hacer que un hombre… se enfade.

Quería preguntarle. Quería hacerle la pregunta más obvia y sencilla, pero era incapaz de hablar. Tapón tuvo el detalle de contestar a lo que callé:

—Es una maldición, muchacho. Una maldición que les echaron a

nuestros ancestros, tanto a los tuyos como a los míos. Fueron esos capullos, los puritanos. Los estudiáis en el colegio, ¿no? ¿Sabes qué coño es un puritano?

Asentí al mismo tiempo que le apretaba la mano a Andrea. Teníamos que hacer algo. Ya. La tensión que flotaba en el aire era espesa, había algo horrible y oscuro a punto de hacer que saltara por los aires. Aquel hombre era una bomba de relojería.

—¿Sabías que eres cuáquero? —preguntó Tapón.

La pregunta me pilló tan por sorpresa que hasta encontré mi voz:

—¿Cuáquero?

Tapón centró su atención en Andrea.

—Chavala, tú sabes lo que son los puritanos y los cuáqueros, ¿no?

Vi que asentía, nada más. Pero sabía muy bien que la cabeza le iba a mil por hora, que estaba intentando encontrar la manera de escapar de aquel caos terrible.

—Nos odiaban —dijo Tapón—. Nosotros también los odiábamos a ellos, pero los puritanos tenían todo el poder. Y cuando digo todo es todo. —Se quedó callado un momento—. Quiero leeros un pasaje sagrado. Seguro que estáis demasiado ocupados cometiendo actos impuros en el bosque como para leer mucho la Biblia. Pero este lo vais a escuchar. ¿Entendido?

Esperó. Asentí. Andrea asintió.

—Proverbios —dijo, y noté que se había calmado, pues había vuelto a la voz reverencial que adoptó cuando entramos en la sala —. Proverbios, capítulo 10, versículo 31. ¿Alguno de los dos lo conoce?

Esperó. Negué con la cabeza. Andrea negó con la cabeza.

Luego recitó el pasaje como si todas y cada una de las palabras fueran tan sagradas como la tumba de Jesús.

—«La boca del justo profiere sabiduría, pero la lengua perversa será cercenada».

Se quedó callado, quizá con la esperanza de que reflexionáramos sobre el significado del versículo. Inconscientemente, desvié la mirada hacia los tarros que abarrotaban las estanterías del otro lado de la habitación, llenos de lenguas, según Tapón. No tenía ni idea de a qué clase de malignidad nos enfrentábamos allí.

—Nos maldijeron con el asesinato —continuó Tapón—. Nos maldijeron con derramar la sangre de nuestros semejantes, con la comisión del mayor pecado. La lengua perversa lo ha transmitido de generación en generación cuando nos la arrancan de la garganta, y luego lo cura cuando nos la cortan. Es nuestra maldición y nuestra bendición. También es la razón por la que le quitamos la cabeza a los pecadores, porque es la morada de su perversa lengua. Nos convertimos en su maldición y en su bendición.

«No es solo que esté loco —pensé—. Es que está loco… y le encanta».

—Ahora vais a ver el ritual —dijo Tapón apenas susurrando—. La Reticencia y el Despertar. El paso y la cura, todo en una noche. Después te tocará a ti llevar la voz cantante durante un tiempo. ¿A que suena divertido? —Se volvió para mirar a su espalda, hacia el Carabolsa que montaba guardia—. Traedlo.

El hombre asintió y abrió la puerta para dejar entrar en la sala a un chico de más o menos nuestra edad. Era bajo y delgado, y llevaba el pelo castaño, despeinado y grasiento, lo bastante largo como para que le cayera alrededor de los ojos. Tenía la cara magullada y maltrecha, como si le hubieran pegado una paliza hacía poco tiempo: era el Carabolsa al que yo mismo había machacado en la Mina. Al principio pensé que tenía los ojos desorbitados por el miedo, pero después comprendí que se trataba más bien de algo parecido al fanatismo. Saltaba con la mirada de un lado a otro a toda velocidad y movía las manos junto a los costados con agitación; tenía el cuerpo tenso debido a una especie de excitación.

—Este es mi hijo, Dicky —anunció Tapón—. Debéis de tener casi la misma edad, diría yo, aunque no sé en qué año nació. Tampoco es que importe. Ha venido para ayudar con algo maravilloso. Las cosas ya llevan mucho tiempo igual. Esta noche vamos a darle la vuelta a la costilla, o como demonios sea ese puñetero refrán.

Le lancé una mirada a Andrea, con las cejas arqueadas hasta el techo. No tenía ni idea de qué estaba pasando y, a juzgar por la expresión de desconcierto de mi amiga, ella tampoco. Pero en su semblante había algo que me dio que pensar. No habría sabido identificar por qué, pero Andrea parecía estar a punto de atacar, como una serpiente enroscada ante un ratón. Ya la había visto así

una vez.

—Ven aquí, Dicky —ordenó Tapón—. Ponte aquí. Quiero que estos chicos nos vean bien mientras pasamos página en el viejo libro de los Player. Ha llegado la hora del capítulo de los Gaskins, ¿a que sí?

Dicky, todavía temblando de expectación, se acercó para colocarse al lado de su padre, de manera que ambos quedaron a poco más de un metro de nosotros. Tapón le puso una mano en la cabeza al chaval y le dio unas palmaditas, como si fuera el perro de la familia.

—¿Te acuerdas de lo que hemos repasado? —preguntó Tapón.

Dicky asintió.

—Sí, señor.

—Bien. —Se dirigió hacia una bolsa de tela que descansaba contra la pared, se arrodilló junto a ella y rebuscó en su interior. Entonces sacó un tarro de cristal (lleno del mismo líquido ámbar que los que atiborraban las estanterías, aunque sin nada flotando dentro) y un cuchillo de caza, cuya hoja brillante medía más de quince centímetros de largo y tenía el filo dentado para cortar piel y carne. Levantó los dos objetos para que todos los viéramos y luego los dejó en el suelo junto a la bolsa. A continuación se levantó y volvió a ocupar su lugar al lado de Dicky—. Vamos a empezar ya. ¿Estás listo?

—Estoy listo —respondió el chico.

Me quedé mirándolos con una fascinación enfermiza, casi ajeno a las circunstancias. Andrea y yo seguíamos agarrados de la mano, con los dedos tan mojados como si los hubiéramos sumergido en una piscina. Un rápido destello de miedo le iluminó la cara a Dicky, pero enseguida desapareció.

—Allá vamos —dijo Tapón, que adoptó una postura estable y firme, como si esperase que la habitación fuera a empezar a temblar por un terremoto, y extendió las manos ante él.

Se concentró en las manos y yo medio me pregunté si no estaría a punto de hacer un truco de magia. Luego se las llevó a la boca, que había abierto de par en par, y se metió varios dedos dentro para echarse la lengua hacia atrás. Siguió avanzando, gruñendo, introduciéndose las manos cada vez más adentro, empujándose la lengua hacia el fondo de la garganta. Empezó a tener arcadas, se

atragantó, tosió, pero no dejó de hacer lo que fuera que estaba haciendo. Dicky lo miraba admirado, con los ojos como platos.

Entonces debió de ocurrir algo, porque de pronto Tapón se quedó callado del todo, se sacó las manos de la boca y dejó caer los brazos a los lados. No cerró la boca, tenía las mejillas un poco hinchadas, estaba claro que algo iba mal. Su rostro expresaba incomodidad. Le dio un golpecito a su hijo en el hombro y luego se señaló desesperadamente a sí mismo, apuntando a la garganta.

—Acaba de ahogarse —susurró Andrea con una voz tan firme que me resultó espeluznante.

Supe que tenía razón, pese a que no entendía el porqué.

Tapón Gaskins acababa de tragarse su propia lengua.

CAPÍTULO 25

Julio de 2017

Las palabras de Dicky me habían dejado paralizado durante unos segundos, me había dicho que mi hijo estaba en la Casa de las Lenguas serrando algo. Lo miraba boquiabierto, de pie junto a mi padre, que parecía tan fuera de su elemento que casi hacía gracia. Las piezas del rompecabezas de mis recuerdos habían ido encajando gradualmente, pero todavía había varias cosas que permanecían borrosas. Tampoco importaba. Significara lo que significase lo que Dicky acababa de decirme, no podía tener nada de bueno.

Al final recuperé la compostura y me di la vuelta; eché a correr hacia la torre de piedra y su puerta del otro lado, como había sido mi intención hacía un minuto. Dicky tenía una pistola y yo lo sabía, pero había sido él quien había orquestado toda esa noche, así que, si me hubiera querido muerto, ya lo estaría. No sabía cuál era su objetivo final y me daba igual, porque mi mente solo permitía una salida hacia delante antes de que pudiera ocurrir cualquier cosa más: reunirme con Wesley.

Llegué a la columna rota de bloques de piedra y la rodeé, me detuve ante la puerta de madera con sus adornos de hierro forjado. La puerta, que me llegaba a la altura de la cintura, estaba entreabierta y la tenue luz que brillaba desde el interior trazaba una larga línea amarilla sobre las malas hierbas del claro. Me arrodillé, empujé la puerta y entré a gatas. Todo lo relacionado con aquel lugar me volvió de golpe justo antes de que lo experimentara de nuevo: los olores a podredumbre y moho, el interior húmedo y sucio, los tubos fluorescentes colgantes y zumbadores, los ruidos de las escaleras traqueteantes. Me puse en pie de un salto en cuanto traspasé el umbral y bajé las escaleras de caracol lo más deprisa que

pude.

Salvé los tres últimos escalones de un brinco y aterricé en el suelo de cemento, corrí por el pasillo hasta la siguiente puerta, también hecha con tablas agrietadas que se mantenían unidas gracias al hierro oxidado. Estaba cerrada. Sin aminorar la marcha, estampé el hombro izquierdo contra la superficie deformada, aprovechando hasta el último gramo de mi peso, separando incluso las suelas de los zapatos del suelo.

Crac.

Dos de las tablas se astillaron al mismo tiempo que la puerta entera se hundía hacia dentro, se abría por completo y se estrellaba contra la pared del otro lado. Caí al suelo, pero ni siquiera había aterrizado del todo cuando empecé a intentar levantarme. Recordaba aquella sala, las estanterías, los escasos muebles, los tarros llenos de líquido ambarino y lenguas, aunque había muchos menos que la última vez que estuve allí. Conseguí ponerme en pie, recuperar el equilibrio, observar lo que había en la habitación de mi atormentada infancia.

Sangre.

Cuerpos.

Muerte.

Hedor.

Mi hijo.

Cuando vi la escena de horror pesadillesco que se extendía ante mí, durante una milésima de segundo pensé que era irreal, un producto de mi imaginación o el escenario de una película macabra. Dando tumbos hacia un lado y luego hacia atrás, choqué contra las estanterías de frascos que llevaban décadas allí y varias de ellas se desplomaron contra el duro suelo, crujieron al derramar su apestoso contenido por todas partes. Apenas me di cuenta de que mis manos buscaban un punto de apoyo, de que intentaban estabilizarme mientras mi mente tambaleante hacía lo mismo por dentro. No podía apartar la vista del despliegue de vísceras que me inundaba la visión, el tiempo se ralentizó mientras asimilaba los espeluznantes detalles.

Tres cuerpos. No, cuatro.

Tres de ellos estaban muertos, de eso no cabía duda, y la razón era evidente: les habían serrado la cabeza del torso. La cabezas

reposaban junto a los cuerpos, con hilos de carne y hueso y vísceras ocupando el espacio por el que una vez habían estado unidos. La cantidad de sangre era asombrosa, tan espesa que en un primer momento parecía una charca de color carmesí, lo bastante profunda como para entrar en ella, zambullirse en ella, saltar en ella con las piernas abrazadas para hacer una bomba.

Y luego estaba el cuarto cuerpo. El que Wesley mecía en su regazo. Miré a mi hijo, y a la persona allí acunada, con tal desesperación que mi vida estuvo a punto de terminar junto con la de los que ya habían expirado y yacían esparcidos por la habitación como basura abandonada.

Wesley estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas ante sí y la espalda de una mujer sobre los muslos. La cabeza de la chica colgaba de una de las rodillas de mi hijo mayor, el pelo se le desparramaba por el cemento formando un abanico y tenía las piernas extendidas hacia el lado contrario. Se movió un poco, un ligero espasmo que quizá fuera cosa de mi imaginación, pero la muerte parecía haberle vidriado los ojos. Noté un movimiento cerca de su cuello, algo espantoso que mi mente racional intentó bloquear a primera vista. Después no me quedó más remedio que concentrarme, no me quedó más remedio que ver lo que estaba ocurriendo, que ver la verdad, que ver el horror.

Wesley tenía un serrucho en la mano, agarraba el mango con tanta fuerza que el blanco de sus nudillos brillaba entre la humedad carmesí. Serraba de un lado a otro, de un lado a otro, siguiendo un ritmo tan constante que mi corazón me decía que estaba poseído, hipnotizado, bajo una especie de hechizo demoníaco, aunque yo no creía en ninguna de esas cosas. Pero dentro de mi esfera de comprensión no existía ningún motivo posible que explicara lo que mi hijo de diecisiete años estaba haciendo. Ninguno.

—Wesley —lo llamé, y su nombre se me quebró en la garganta. Me la aclaré—. Wesley. —Más alto, con más fuerza—. ¿Qué…? No sé qué te han hecho, pero tienes que parar. Ahora mismo. Deja de… hacerle eso. Ya le has hecho bastante daño.

Lo que en realidad quería gritar era: «¡Cómo has podido! ¿Cómo has podido hacer esto, Wesley?». Pero sabía que estaba sumido en algún tipo de trance, que toda su psique se tambaleaba sobre una frágil y fina capa de hielo.

Levantó la mirada despacio hacia mí. El brazo con el que movía la sierra empezó a moverse con más lentitud.

—¿Papá? —murmuró con una voz inocentemente perpleja.

Daba la impresión de que no era capaz de reconciliar lo horrible de ese lugar con su otra vida, su vida real, aquella en la que yo era su padre. ¿Cómo había conseguido Dicky hacerle algo así en tan solo unos días? ¿Cómo?

—Sí, Wesley. Soy yo. Tu padre. —Me acerqué a él tomándomelo, literalmente, paso a paso. Di otro, aunque tuve que levantar el pie sobre la pierna de una mujer muerta que yacía despatarrada en medio de la habitación, bocabajo, sin cabeza. Estaba a unos tres metros de mi hijo—. Por favor, escúchame, ¿vale? Los Gaskins te han hecho algo. Este no eres tú, tu verdadero yo. No sé qué mierdas te han hecho, pero ya estoy aquí. Papá está aquí.

Dejó de serrar a la mujer que tenía en el regazo. Era evidente que ya no habría manera de salvarla, el espasmo que había visto era el simple movimiento de su cuerpo siguiendo la inercia de la sierra de mano que le cortaba los cartílagos y los huesos.

—Deja la sierra en el suelo, ¿de acuerdo? —le pedí al dar otro paso—. Ya resolveremos esto, vamos a sacarte de aquí. No dejaré que te ocurra nada malo. Te lo juro.

Cuando se volvió hacia mí con la mirada vacía, no pareció reconocerme, pero asintió de todos modos y dejó la sierra a un lado. La herramienta tintineó y se deslizó hasta detenerse en un charco de sangre. Entonces me abalancé hacia él, agarré a la mujer por la camisa para quitársela de encima —a esas alturas sin preocuparme por mostrar ningún tipo de delicadeza o respeto— y luego me dejé caer en el suelo junto a Wesley, lo rodeé con los brazos. No se resistió; sin embargo, tampoco me devolvió el abrazo. El hedor a carne humana y vísceras me provocó arcadas, pero las contuve. La sangre pegajosa me cubría las manos y la cara allá donde rozaba la de Wesley; la sangre me empapaba los pantalones desde el suelo.

—Vamos a sacarte de aquí —dije, tratando de mantener la cordura—. Venga. Ya lo solucionaremos todo de una manera u otra. —«A la cárcel. Van a mandar a mi hijo a la cárcel». Tenía que hacer acopio de hasta el último resquicio de mi voluntad resquebrajada para continuar adelante. Pasé un brazo por debajo del suyo y me preparé para levantarlo y ponerlo de pie—. Vamos, ayúdame.

Entonces oí el eco del traqueteo de las escaleras, a alguien que bajaba a zancadas por la espiral metálica del otro extremo del pasillo que llevaba a la sala. Dicky. Armado. Se acercaba para consumar el enfermizo destino que nos tuviera preparado esa noche, fuera cual fuese. No me quedó más remedio que apartar el brazo de Wesley y dejarlo allí solo, sentado en el charco de su propio delito. Me levanté de un salto.

Entonces lo recordé. Recordé los últimos detalles de aquella noche de hacía tanto tiempo con la misma claridad que si alguien hubiera proyectado una película de mi pasado en la pared de piedra.

Supe exactamente lo que tenía que hacer.

CAPÍTULO 26

Junio de 1989

Nunca me habían enseñado cómo hay que reaccionar cuando un hombre se embute la lengua en la garganta hasta cortarse el suministro de aire y privarse del sustento de la vida. Que era lo que Tapón acababa de hacer justo delante de nuestras narices. Así que solo fui capaz de mirarlo boquiabierto, de esperar que muriera lo antes posible. Andrea reaccionó temblando de manera casi incontrolable, pero yo no podía apartar la mirada de la espantosa escena que tenía ante mí. Tapón había caído al suelo de rodillas, rodeándose el cuello abultado con las dos manos, con el rostro amoratado. Los ojos —grandes, húmedos y blancos— amenazaban con salírsele de las órbitas.

De pronto Dicky se puso en marcha y el movimiento repentino provocó un gran sentimiento de decepción en mi interior antes de que me diera tiempo a entender el porqué. Pero lo supe enseguida. Iba a salvarlo. Iba a salvar a su padre, lo último que yo quería que ocurriera. Pero ¿actué? No, no hice nada. La cobardía me mantenía clavado a la silla. Andrea me soltó la mano y se levantó; tenía el cuerpo tenso, pero no se movió.

Ante nosotros, la escena se desarrolló como una tragicomedia. Estaba claro que a Dicky, que era tan joven como nosotros, le habían enseñado a enfrentarse a un caso de asfixia. Se colocó con calma detrás de su padre y le rodeó el pecho con los brazos. Luego apretó con fuerza, dos veces. Tapón emitió un leve sonido, una especie de crepitación, y después se dejó caer al suelo. Dicky se le sentó a horcajadas sobre el pecho, se echó hacia delante y le manipuló la cara: le apretó la mandíbula con fuerza, le metió una mano en la boca, escarbando como si buscara oro. Tapón tosió con

violencia, una explosión de flema y ruido, y Dicky se le quitó enseguida de encima. El padre rodó sobre sí mismo hasta quedar tumbado de lado en el suelo, jadeando, resollando y tosiendo mientras su piel iba recobrando poco a poco el color normal. A mi peor enemigo le habían sacado la lengua de la garganta y no había muerto. Sentí el extraño impulso de echarme a reír.

La habitación se sumió en el silencio mientras Tapón recuperaba la compostura. Yo seguía anonadado, totalmente perplejo por lo que acababa de ocurrir. Se puso en pie y bajó la mirada hacia su hijo, que seguía en el suelo de cemento respirando con dificultad. Luego miró a Andrea, que estaba de pie a apenas un par de metros.

—¿Te ha gustado, chica? —preguntó con la voz enrarecida tras el desquiciado incidente de la asfixia—. ¿Te daba miedo que papá Gaskins no sobreviviera?

Andrea estaba inmóvil. Ahora parecía relajada, se alzaba sobre mí mientras yo continuaba sentado como un cobarde. No se apreciaba ninguna tensión en ella; desde luego, no temblaba. Y no reaccionó a sus provocaciones.

Aquello pilló a Tapón por sorpresa.

—Vaya, qué valiente eres, ¿eh? —Continuó mirándola durante unos segundos más y luego se centró en su hijo—. Chico, levántate.

Dicky hizo lo que se le pedía. Intenté interpretar la expresión de su cara, pero no lo conseguí.

—Escúchame, y presta mucha atención —dijo Tapón—. Una vez que terminemos con la siguiente parte, no es que vaya a hablar mucho, ya me entiendes. ¿Ves ese tarro de ahí?

Señaló el que había sacado de la bolsa, junto a la pared, con el cuchillo de caza al lado.

Dicky asintió.

—Sí, señor.

—Voy a cortarme la lengua, hijo, y no quiero que me detengas, ¿me oyes? Da igual lo que pase, da igual cuánto grite, da igual cuánto llore. Voy a cortarme la lengua y luego voy a meterla en ese tarro de formol para que se conserve. Así de sencillo. Y cuando estés listo, cuando hayas acabado con todo lo que hay que hacer, te comerás un trozo de mi puta lengua. ¿Entendido?

Sentí que una negrura se abría dentro de mí, un abismo terrible al que quería caer. ¿Qué locura era aquella? ¿Con el sueño de qué

perturbado nos habíamos topado?

Estuve a punto de soltar un alarido cuando Tapón se giró hacia mí y me clavó una mirada de ojos brillantes.

—La Reticencia, chaval. La Reticencia y el Despertar, eso es lo que es. La maldición y la cura, justo delante de tus narices. Entonces será el turno de tu familia durante un tiempo. Os tocará a vosotros o juro por Dios que masacraré hasta al último hombre, mujer o niño vivo que tenga una sola gota de sangre Player corriéndole por las venas. Recuerda lo que te digo y no dudes de mis palabras, muchacho. Dile a tu padre lo que acabo de jurarte. Solo para demostrártelo, voy a matar a tu amiguita antes de terminar. Mejor ella que tu madre, ¿no?

—Estás loco —masculló Andrea, el tipo de afirmación que mis futuros hijos considerarían digna del «capitán Obvio»—. Estás loco y no vas a salirte con la tuya.

En lugar de responder, Tapón se acercó a la pared, se agachó y cogió el cuchillo de acero reluciente y filo dentado. Se lo colocó delante de la cara para examinar de cerca su potencial mortífero, y fue como un *flashback* del incidente de la Mina. Luego se desplazó hasta situarse a escasos centímetros de Andrea. Todos los sistemas naturales de alarma conocidos por la humanidad estallaron en mi interior para intentar que cobrara conciencia del horror que se acrecentaba ante mí, pero me limité a seguir sentado, asustado y débil.

Tapón adelantó la hoja, con el extremo puntiagudo dirigido a la cara de mi mejor amiga.

—No tienes ni idea —susurró—. No tienes ni idea del dolor que ha sufrido mi familia. Y todo por culpa de mis antepasados, de cosas con las que yo no tengo nada que ver.

—Venga ya, por favor —respondió Andrea—. Si de verdad piensas eso, entonces es que no has conocido a mi padre. Creo que deja a tus ancestros a la altura del betún en el concurso de gilipollas.

No daba crédito a su valentía, me impactó sobremanera.

—No son mis… —Tapón, sin duda frustrado, agachó la cabeza y suspiró—. A mis antepasados los maldijeron los puritanos. ¿No lo entiendes? No puedo matar a David porque su familia está tan metida como la mía en esta mierda. Pero sí puedo hacerle daño. Uf,

puedo hacerle daño de mil maneras, de formas peores que la muerte. —Desvió la vista hacia mí cuando pronunció la siguiente frase—: Durante doscientos años, los Player no han hecho otra cosa que intentar salirse del pacto, hacer que todo sea culpa de los Gaskins.

—No sé de qué estás hablando —dije en voz baja. Andrea cambió ligeramente de postura, plantó los pies en el suelo con firmeza, movió un brazo, todo muy sutil, pero perceptible desde mi posición inferior—. Ni siquiera sabía que nuestras familias se conocían.

Tapón me miró con dureza.

—Los pecados del padre se heredarán, dice la Biblia. Me da igual lo que sepas o dejes de saber. Pero todo esto termina con mi hijo, y eso es un hecho. —Volvió a mirar a Andrea y luego cambió la forma de sujetar el cuchillo: agarró el mango con el puño cerrado, como si pensara retroceder y clavarle la hoja en el ojo—. Ándate con mucho ojo, Davey. No se me permite matarte, pero puedo…

Antes de que tuviera ocasión de terminar la frase, Andrea hizo justo lo mismo que había hecho en la Mina. Retorció el cuerpo como si fuera un muelle al que hubieran intentado deformar y trazó un arco en el aire con el brazo desde atrás hacia delante. Tenía un trozo de ladrillo en la mano izquierda, sujeto con fuerza entre los dedos, un pedazo de arcilla roja, irregular, como un tumor en la palma de la mano. Tapón no tuvo ninguna oportunidad, ni la más mínima. Acababa de empezar a agacharse y a levantar el brazo para defenderse, pero ambas acciones llegaron demasiado tarde. Andrea le asestó un golpe violento, acertó en el mismo blanco que el día de la Mina. El ladrillo impactó contra un lado de la cabeza de Tapón con un terrible ruido sordo. El hombre se desplomó en el suelo sin emitir el menor sonido.

Andrea gritó, dio un paso adelante y volvió a levantar el ladrillo en el aire mirando a Gaskins. Mientras lo hacía descender de nuevo con todas sus fuerzas, se dejó caer de rodillas, justo al lado de donde estaba él. Un momento antes de que le estampara el ladrillo en la cara a Tapón —cosa que aún hoy estoy seguro de que lo habría matado—, Dicky la embistió desde la izquierda y la tiró al suelo. Él aterrizó encima. A Andrea se le escapó el arma de las

manos y la arcilla rojiza fue a parar al suelo de cemento, a menos de quince centímetros de la cara de Tapón. Este gemía, se tapaba la herida de la sien con ambas manos y se balanceaba de un lado a otro.

Me levanté. Corrí hacia donde Andrea forcejeaba con Dicky y lo empujé para quitárselo de encima. Ella se puso en pie enseguida, me lanzó una mirada llena de rabia y luego corrió hacia la pared de tarros de vidrio, donde empezó a sacudir los brazos como una loca. Tiró varios frascos de la estantería y se estrellaron contra el suelo, se hicieron añicos formando un coro ruidoso y fragmentado. Cayeron más, se rompieron más; el estrépito era insoportable, mezclado con el chapoteo del líquido, como si estuvieran exterminando a una bestia de cristal. Dicky había vuelto a ponerse de pie y se dirigía hacia Andrea con una expresión demoníaca en la cara. Me acerqué a toda prisa y estiré el pie para hacerle la zancadilla. Él no me había visto, tropezó y se desplomó hacia delante sin posibilidad de frenar la caída, se estampó de cara contra el cemento.

Sin embargo, el golpe no lo disuadió: se levantó aunque los cristales rotos del suelo le cortaron las manos. Se encaminó de nuevo hacia Andrea y yo me dirigí hacia él. Mi amiga tiró otros diez o doce tarros de los estantes. Saltaban cristales por todas partes; el líquido asqueroso salpicaba las paredes; las lenguas en conserva, grises y carnosas, chocaban y rebotaban. Dicky casi había llegado hasta ella; yo casi había llegado hasta él.

—¡Parad!

La palabra fue como un trueno, un estruendo de tal potencia que los tres obedecimos. Nos quedamos paralizados y nuestros últimos pasos crujieron sobre los cristales rotos al lado de los estantes de tarros, ya medio vacíos, con su contenido esparcido por la estancia.

Había un Carabolsa en la puerta. Nos estaba apuntando con una escopeta. La amartilló mientras lo observábamos, un estallido metálico que rebotó contra el techo bajo.

Utilizando aquella voz disimulada que para entonces yo ya había oído demasiadas veces, el hombre dijo:

—Alejaos de esa pared. Alejaos de los tarros. —Y señaló la pared opuesta con el extremo de la escopeta—. Ya.

Dicky, Andrea y yo hicimos lo que nos pedía, nos apartamos con

pasos precarios sobre el mar de cristal que se extendía a nuestros pies. Los crujidos invadieron el aire.

—Si cualquiera de vosotros hace un movimiento hacia mí o hacia el señor Gaskins, le lleno la cabeza de perdigones de plomo. No os gustará. Creedme.

A los tres nos costaba respirar, nos habíamos apoyado en las piedras frías de la pared. El Carabolsa también jadeaba y el plástico se hinchaba, se retraía. Entró en la sala y giró el cuerpo al pasar junto a nosotros para que el cañón de la escopeta continuara apuntándonos. Los cristales crujían bajo sus botas. Llegó hasta donde había caído Tapón: el hombre seguía tendido, gimiendo de dolor, tapándose la cara con los dedos.

Carabolsa se arrodilló a su lado y sujetó la escopeta con una mano mientras estiraba la otra hacia el suelo. Recogió el cuchillo que se le había caído a Tapón cuando Andrea le había dado en la cabeza con el ladrillo. Contempló la hoja unos segundos a través del plástico fino y después volvió a mirarnos.

—Venga, largaos —dijo con su voz gutural—. Id a buscar a la policía y traedla aquí. El viejo Tapón no va a marcharse ninguna parte.

Sus palabras me sorprendieron tanto que no estaba seguro de haberlas entendido. Ninguno de nosotros movió un músculo.

—¡Id a buscar a la policía! —gritó Carabolsa—. ¡Ya!

Eso nos hizo reaccionar, en especial a Dicky. El pobre chico parecía todavía más traumatizado que nosotros, quizá como si acabara de salir del trance que su padre le había impuesto. Nos dirigimos a toda velocidad hacia la puerta, hacia el pasillo, hacia la escalera de caracol que conducía a la libertad de más arriba. Fui el último en llegar al pie de la escalera, que traqueteaba bajo el peso de los dos que ya ascendían, y me volví para echar un último vistazo hacia el pasillo, todavía capaz de atisbar más allá de la puerta abierta por la que acabábamos de escapar. Lo que vi entonces fue una imagen que mi mente rechazó de inmediato, que se negó a creer que fuera real. Peor aún era el ruido que la acompañaba, que se abalanzó sobre mí como una bestia viviente. Creo que, para cuando llegué al aire libre apenas unos segundos después, mi maltratada psique ya había bloqueado todo el asunto. Pero, con el transcurso de las décadas, cuando volví a ese lugar, al

fin lo recordaría.

Carabolsa había cogido el cuchillo con una mano y le había abierto la boca de par en par a Tapón con la otra. Entonces empezó a cortarle la lengua mientras el herido gritaba como un demonio pataleante. Carabolsa no le hizo caso. Siguió a lo suyo.

Huimos de aquel antro del terror; huimos hasta estar a salvo.

Jamás volví a ver a Tapón Gaskins.

CAPÍTULO 27

Julio de 2017

1

Dicky.

Estaba bajando la escalera de caracol, sus pasos estrepitosos y chirriantes uno tras otro. Casi sentía el traqueteo del metal reverberando en el aire. Se acercaba con mucha seguridad, la misma seguridad que había condenado a su padre. Cogí un frasco de la estantería, me escondí en la parte interior de la puerta que daba al pasillo, que no se veía desde la escalera, y esperé que Wesley no me delatara.

Oí que Dicky llegaba al último escalón, que se apartaba de la retorcida estructura metálica, el roce de sus zapatos contra el cemento mientras venía hacia mí. Más cerca. Oí su respiración. Wesley seguía sentado donde lo había dejado, con un aire muy aturdido y triste. Cubierto de sangre. Me llevé el tarro de cristal lleno de líquido y lengua al pecho, lo agarré con más fuerza, lo sujeté con la mano derecha como si fuera un balón de fútbol americano. Esperé.

Dicky Gaskins, casi treinta años después de que lo viera por última vez en esa misma sala, franqueó el umbral y entró en la Casa de las Lenguas.

Eché el brazo hacia delante, tal como habría hecho para lanzar la pelota, pero en lugar de soltarlo, me aferré con fuerza al tarro redondeado, lo sujeté entre los dedos hasta que chocó contra un lado de la cabeza de Dicky. En cuanto impactó, en cuanto oí el batacazo húmedo, sentí el temblor del golpe subiéndome por el brazo, vi que se le abría la boca en un grito, una imagen cobró vida

en mi mente: Andrea haciéndole lo mismo a Tapón hacía mucho tiempo. La terrible rueda había dado una vuelta completa.

Dicky gritó y se resbaló dando tumbos, se estrelló contra la pared de frascos de cristal. Varios de ellos cayeron de los estantes y se estamparon contra el suelo duro. Fui tras él, levanté el brazo y lo bajé con intención de aplastarle el cráneo. Consiguió desviar parcialmente el golpe con el hombro, de modo que el frasco solo lo rozó. Entonces me pegó un puñetazo en el estómago, un gancho sólido levantando la mano desde abajo. Gruñí cuando el aire me abandonó de improviso, dejando tras de sí lo que parecía un vacío enorme. Entre arcadas, tratando de recuperar el aliento, rodé hasta quedar tumbado de espaldas, sujetándome el abdomen. Dicky se abalanzó sobre mí, me puso una mano en el cuello. No había ni rastro de entendimiento ni de lucidez en sus ojos, su rostro era una máscara de rabia pura y animal, disociada de la cordura. Gruñó como un perro rabioso, me rodeó el cuello con ambas manos y apretó.

Le golpeé los brazos con los míos, traté de agarrarle la mano, intenté hacer palanca. Su fuerza era impresionante, me estaba robando la vida, me inmovilizaba contra el suelo, me ahogaba. No podía respirar ni chillar, ni siquiera toser. Me dolía el pecho, pedía aire a gritos; unas manchas blancas bailaban por encima de mí, como pequeños fuegos fatuos que me invitaban al inframundo. El mundo real empezó a desvanecerse.

De pronto, cogí aire.

No sabía qué había pasado. Dicky ya no estaba encima de mí. Mis instintos corporales se habían disparado, tragaba una bocanada de aire tras otra. El dolor me arrasaba el torso, pero el alivio de tener oxígeno en los pulmones superaba a todo lo demás. Se me aclaró la visión.

Dicky había retrocedido hasta el marco de la puerta que daba al pasillo. Con la cara deformada por la agonía, miraba con rabia el mango del cuchillo que le sobresalía de la parte carnosa del brazo. Wesley se alzaba por encima de nosotros, pero, por algún motivo, parecía más pequeño, hacía años que no se me parecía tanto a un niño; las lágrimas le labraban caminos blancos en las mejillas ensangrentadas. Su expresión contenía todo el terror y todo el miedo que debía de sentir desde que todo aquello había comenzado.

—A mi padre no —dijo, un gemido que apenas consiguió articular—. Me lo prometiste.

—¡Ya me da igual! —le gritó Dicky—. ¡Mataré hasta al último miembro de la familia Player! ¡El pacto se ha acabado!

Fue esa palabra la que lo logró. «Pacto». Fue esa palabra la que me hizo sobrepasar el punto de no retorno.

Yo me convertí en rabia y la rabia se convirtió en mí.

Oí gritos, oí rugidos, supe que eran míos a pesar de que parecía que provinieran de otro ser, de otra dimensión. Tomé impulso apoyando las dos manos en el suelo y me precipité contra Dicky. Lo embestí con el hombro a la altura del pecho, lo estrellé contra la pared lo más fuerte que pude. Intentó recuperarse, intentó contraatacar, pero la oleada de adrenalina que había explotado en mi sistema me hacía invencible. Ni siquiera un león podría haberme detenido. Lo agarré por el pelo y le estampé la cabeza contra la pared, una, dos, tres veces. Cuando perdió el conocimiento, dejó de resistirse.

—¡Wesley, siéntate ahí! —Lo dije gritando, aunque esperaba que mi hijo entendiera cuál era el objeto de mi ira abrasadora. Señalé un lugar al lado de la mujer a la que Wesley le había estado serrando el cuello. La sierra ensangrentada seguía allí, en el suelo—. ¡Siéntate! ¡Ahí! —repetí.

Agarré a Dicky por la camisa, sujeté la tela con las dos manos y lo arrastré por el suelo, golpeando su cuerpo contra los otros cuerpos con una fuerza que sentía interminable, infinita. Respiraba aire puro, con los pulmones más llenos que nunca. La claridad me surcaba la mente y no sentía dolor en ninguna parte. Me había convertido en un dios de la energía.

—¡Siéntate! —volví a gritar.

Wesley se dejó caer junto a la cabeza de la pobre mujer. Solté a su lado a Dicky, que gimió, pero no se movió. Me arrodillé y le cogí la cabeza para colocármela entre los muslos. Aunque yo nunca me había creído ni me creería una sola palabra salida de la boca de Tapón, de Dicky o de mi padre sobre maldiciones y curas, lo único que importaba era que mi hijo sí creía en todo aquello. Esa era la única explicación.

—No te preocupes, Wesley —dije mientras cogía el serrucho—. Esto se acaba ahora mismo. Dicky te echó una maldición y esto hará

que desaparezca. Así de simple. Solo tienes que hacer lo que te diga, por muy raro que sea.

Wesley asintió, aunque no me miró a los ojos.

No sentí dudas ni vacilación ni miedo.

Con la mano izquierda, le apreté las mejillas a Dicky hasta que se le abrió la boca. En la derecha tenía la sierra. La tarea parecía logísticamente imposible con la herramienta de la que disponía, pero los tecnicismos no importaban. Un trozo. Solo necesitábamos un trozo. Le agarré la lengua viscosa y tiré de ella hacia fuera sin hacer caso al gruñido de dolor que se le escapó de la garganta. Con la punta —púrpura, salpicada de un blanco lechoso— expuesta lo justo para mis truculentos propósitos, ataqué con la sierra. Hubo sangre. Hubo gritos. Tuve que agarrarle la cabeza a Dicky y golpeársela contra el cemento para detener su violenta reacción al dolor. Le serré la lengua, me estremeció su consistencia gomosa.

Pronto tuve un trocito de carne en los dedos.

Muerto de asco, necesité hasta el último ápice de mis recién descubiertas aunque rápidamente decrecientes fuerzas para evitar vomitar lo que tuviera en el estómago. Wesley se quedó mirando el trozo de lengua con los ojos como platos, brillantes a causa de la revelación. Mi hijo sabía que, fuera lo que fuese lo que le habían hecho, si era real, también lo era la solución, la cura que tenía justo delante. Así había sido durante doscientos años y así era esa noche.

Después de todo lo que había pasado —después de toda la muerte y el horror, la sangre y el terror— hizo algo muy simple, muy absurdo, muy definitivo. Mi hijo tuvo la valentía de hacer una cosa que no tenía sentido.

Estiró el brazo y cogió el trozo de carne.

Se lo metió en la boca.

Masticó.

Tragó.

—Bien hecho, hijo —dije. Luego me levanté y le tendí la mano —. Vamos. Tú ya has hecho lo que tenías que hacer. Yo todavía no.

Me cogió la mano y se levantó. Lo hice salir, le dije que me esperara en la escalera de caracol, donde no me viera. Cuando hizo lo que le pedí, me encargué rápidamente de dos tareas en aquella habitación bañada de sangre.

Luego nos largamos de aquel lugar infernal y no he vuelto

jamás.

2

La lluvia había vuelto con más ganas que antes.

Se precipitaba a cántaros desde el cielo oscuro, el ruido del agua que caía se imponía a todo lo demás; fuera de la Casa de las Lenguas, el terreno se había convertido en un pantano que nos engullía los pies mientras corríamos hacia la camioneta que Dicky había dejado atrás. Mi padre estaba sentado en el asiento del copiloto, su forma no era más que una silueta que apenas alcanzaba a distinguir. Tenía que ajustar cuentas con él, pero no soportaba la idea de hacerlo delante de Wesley. Sin embargo, el destino de mi traicionero padre —un hombre al que siempre había querido y temido a partes iguales— había quedado determinado por la caída de una última gota en el vaso colmado.

Nos había dejado en manos de Dicky. Se había sentado en aquella puñetera camioneta y había dejado que Dicky bajara a acabar con nosotros, por no hablar de las innumerables y desconocidas cosas que ya debía de haber hecho antes. Todavía no me entraban todas en la cabeza. Ahora sabía casi con total seguridad que muchas veces, si no siempre, era él el Carabolsa que acompañaba a Tapón Gaskins, y me resultaba imposible entenderlo.

Pero el ajuste de cuentas no tardaría en llegar.

Durante el rato siguiente, mi única prioridad era salvar a Wesley.

—Ojalá no tuviera que pedírtelo, pero quiero que te montes en la parte de atrás —le grité a mi hijo mayor por encima del estruendo de la lluvia implacable—. Tendré que limpiar la sangre cuanto antes y sería mucho más difícil quitarla de dentro de la camioneta. A lo mejor la lluvia se la lleva por mí.

—¿Y tú qué? —gritó él a su vez.

Le brillaron los ojos en la oscuridad —te juro que fue así— y en ellos vi que volvía a ser el de siempre. Aquellas tres palabras no las había pronunciado el mismo zombi hipnotizado de allá abajo.

—Lo mío da igual —dije, ya consciente de mi futuro inmediato, aceptándolo con el más profundo de los pesares—. Tú confía en mí. Súbete a la caja.

Obedeció; vi que su sombra se encaramaba a la parte de atrás de la camioneta.

Abrí la puerta del lado del conductor, me senté en el habitáculo —con la ropa empapada como si me hubiera bañado en la ciénaga — y arranqué el motor sin mirar a mi padre ni decirle una sola palabra. Él permanecía quieto y en silencio, un hombre enfurruñado. Quitarle las llaves a Dicky había sido una de las dos tareas de las que me había encargado en la Casa de las Lenguas antes de salir de allí. La otra había sido apuñalarlo en el corazón con un cuchillo abandonado hasta que había dejado de respirar: lo más fácil que había hecho en mi vida.

Puse la camioneta en marcha y empecé a abrirme paso derrapando por el claro embarrado.

3

Avancé por la noche húmeda.

No dejaba de pensar en Andrea. No dejaba de pensar en Mason. Y en Hazel. Y en Logan.

Sobre todo, no dejaba de pensar en Wesley.

Una variedad infinita de opciones terribles me rodeaba, me atravesaba, me acuciaba. Ninguna de ellas era buena. Y solo una tenía sentido. Mientras pensaba en todas esas cosas una última vez, sentía la necesidad llamar a Andrea, de contarle lo que había pasado, de explicárselo todo, de escuchar las voces de mis otros tres hijos…, pero no podía. Todavía no. Solo necesitaba media hora más, una hora entera a lo sumo.

Llegamos a casa de mis padres.

4

Mi padre se quedó en la camioneta mientras yo limpiaba a Wesley.

Mi hijo se desnudó fuera de la casa, donde lo lavé con una manguera pese a que la lluvia ya había hecho la mayor parte del trabajo. Luego entramos y él se dio una ducha mientras yo quemaba su ropa en la pequeña chimenea de nuestro salón. Añadí tanta leña para asegurarme de que no quedaba ni rastro de ella que pensé que

había bastantes probabilidades de que ardiera hasta la casa. Más o menos las mismas probabilidades que de que a mí me diera igual.

Wesley salió vestido con ropa limpia, peinado. Para haber pasado por un infierno como el que acababa de vivir, tenía bastante buen aspecto. Lo senté. El sillón de mi padre me llamaba como el trono de Zeus y yo ni siquiera podía mirarlo, así que elegimos el sofá, donde había pasado las últimas noches abrazando a Hazel y compartiendo historias del fantasma del abuelo Fincher que vivía en el desván.

Me estremecí al pensar en el trauma que debía de sentir mi hijo, aunque ni siquiera sabía una décima parte de lo que había sufrido. Tenía claro que el estrés postraumático iba a afectarle, y mucho, pero lo único que podía hacer era concentrarme en el presente e intentar salvarlo.

—Wesley —dije.

Me miró a los ojos con aire inquisitivo.

—Ya tendremos tiempo para darnos respuestas más adelante —continué—. Tú a mí y yo a ti. Pero ahora mismo… —suspiré—. Ahora mismo debo asegurarme de una cosa. De lo más importante.

—¿De qué, papá? ¿Qué vamos a hacer? Yo… he matado a esas personas.

Se estremeció al decirlo.

—No digas ni una palabra más al respecto. Ni ahora ni nunca. Ni una palabra.

Eso le confundió, puede que incluso hiriera su sensibilidad, así que me apresuré a explicárselo. Tenía el corazón tan dolorido que me costaba hasta hablar, como si las palabras me lo arañaran al salir:

—Ni siquiera puedo fingir que entiendo de qué va esa maldición de la familia Player. Y de la familia Gaskins. Pero si tú crees en ella, entonces da igual que sea cierta o no. Te conozco, así que sé que te han hecho algo para obligarte a hacer esas cosas.

Empezó a responder, pero lo acallé levantando una mano.

—No. No digas nada. Escúchame. —Inhalé y exhalé, la opresión que sentía en el pecho aumentaba cada segundo que pasaba—. Te lo diré sin rodeos: si alguien cae por esto, ese alguien seré yo. Tu no vas a caer. Creo que con el tiempo también seré capaz de librarme, pero, por ahora, tenemos que salvarte a ti. Has estado aquí toda la

noche. No sabes nada, absolutamente nada, de ninguno de los asesinatos. Simplemente… nada. ¿Entendido?

—Papá, estás loco. ¿Cómo voy a…?

Le cogí las manos, temblando.

—Escúchame, hijo. No podría soportar… Sería incapaz de soportar que fueras a la cárcel. A un reformatorio. A un hospital psiquiátrico. Adonde fuera. Se me rompería el corazón en mil pedazos y moriría, ¿me entiendes? Ya perdí a tu madre, no puedo perderte a ti. Es… —Ahí me falló la voz, pese a mis esfuerzos por mantenerme fuerte. Las lágrimas me rodaron por las mejillas, el pecho se me llenó de algo tan enorme como el universo—. Si alguna vez has sentido el más mínimo resquicio de amor por tu padre…, por favor…, haz lo que te digo, ¿vale? Si acaso, estoy siendo egoísta, porque estoy haciendo lo que más me conviene. ¿De acuerdo? Esto es lo mejor para mí. Quiero que hagas esto por mí.

No tenía ni idea de si lo que le estaba proponiendo era posible. ¿Quién sabía qué pruebas aguardaban en las ciénagas y en los bosques y en esa maldita Casa de las Lenguas? Pero lo único que podía hacer era intentarlo. Si para desviar la atención de mi hijo tenía que confesar que era el culpable de todo, lo haría. Sencillamente, no había otra opción. Ninguna.

—Necesito que confíes en mí —dije mientras me enjugaba las lágrimas—. Que confíes en mí como nunca. Por muy difíciles que se pongan las cosas. No has hecho nada. No digas nada. Te protegeremos con abogados y nunca dirás ni una palabra. No hay ser humano en la tierra que pueda pensar que…

Nos miramos con fijeza. Me había quedado sin cosas aceptables que decir. No tenía nada más.

Lo atraje hacia mí para abrazarlo, lo estreché con fuerza y le susurré al oído:

—Júrame que no dirás nada. Nunca. Es el regalo que me harás.

—Lo siento mucho, papá. Perdóname.

Entonces se derrumbó, lloró sobre mi hombro. Sollozó. Lo abracé aún más fuerte.

—Te quiero, Wesley. No existe ningún diccionario con palabras suficientes para describir cuánto te quiero. —Qué deficientes eran las frases que me brotaban de la boca, eran como el goteo de un grifo intentando llenar los océanos. Mi única esperanza era que

Wesley sintiera la fuerza que había tras ellas—. Échate aquí, en el sofá —dije cuando al fin me aparté de él—. Sé que no podrás dormir, pero tú quédate aquí hasta que alguien venga por ti, ¿vale? Vamos a pasar un par de días muy difíciles hasta que todo se resuelva. Pero tu parte es fácil. No sabes nada, no dices nada. Solo eso. ¿Trato hecho?

Asintió con la cabeza, todavía llorando. Subió las piernas al sofá y se tumbó.

—Todo terminará solucionándose de alguna manera. Te quiero.

—Yo también te quiero, papá.

Me sentí como si mi corazón fuera un lamentable pedazo de tejido necrótico, pero lo dejé allí. Le di la espalda. Crucé la casa en dirección a la cocina. Cogí el teléfono fijo. Llamé a emergencias. Esperé a que me contestaran. Le di nuestra dirección al hombre que respondió.

—Hay algo terrible en nuestro cobertizo —le dije.

Luego colgué y salí por la puerta trasera.

5

Llovía a mares.

Una oscuridad húmeda lo impregnaba todo.

Abrí la puerta del lado del copiloto de la camioneta y vi a mi padre allí sentado, con los restos de la bolsa de la compra todavía colgando alrededor del cuello. Lo agarré por la camisa y lo saqué del vehículo a la fuerza. No se resistió. Sin soltarlo, lo obligué a caminar a mi lado, bajo la lluvia, por el lago poco profundo de nuestro patio en dirección a la sombra amenazante del cobertizo trasero. Se me habían agotado los suministros de emociones y angustia. Ese era mi padre, el hombre que me había criado. Siempre me había querido, había cuidado de nuestra familia con mucho trabajo y sacrificio.

Pero en esos momentos no sentía nada por él. Solo por Wesley. Por Andrea. Por mis otros hijos, por mi madre, por el sufrimiento interminable que se había abatido sobre nosotros. Tapón había utilizado expresiones como «la Reticencia» y «el Despertar». Pues ahora tocaba «el Ajuste de Cuentas».

Llegamos a las tres puertas enrollables de la vieja y desvencijada

construcción que contenía al menos mil bártulos de una granja centenaria, desde piezas de tractor hasta aros de baloncesto. Elegí la puerta adecuada, tiré de ella hacia arriba y la abrí mientras, con la otra mano, continuaba agarrando el algodón empapado de la camisa de mi padre. Lo hice entrar a empujones, no a lo bruto, sino con la fuerza justa para hacerle saber que ahora yo estaba al mando.

Se tambaleó un poco y luego se quedó quieto, mirando el suelo de madera con la vergüenza de todas sus décadas. No daba crédito a lo diferente que me parecía. Era incapaz de entender que ese hombre fuera el mismo que me había criado.

—Sé lo que hay en la caja fuerte —dije.

Había un mazo sujeto a la pared, con la pesada cabeza de metal encajada entre dos clavos y el mango de madera colgando hacia el suelo. Lo cogí, lo levanté con las dos manos. No quería darle a mi padre la satisfacción de oírme pedirle la combinación del candado.

Me acerqué a la caja fuerte, alcé el mazo en el aire y después lo hice descender con todas mis fuerzas. La sólida cabeza de hierro restalló contra la cerradura. La vibración me hizo daño en los brazos; el esfuerzo apenas hizo mella en la cerradura. Volví a levantar el mazo, lo bajé con fuerza. Otra vez. Una vez más.

El candado saltó en pedazos.

Dejé caer el mazo al suelo y me arrodillé ante la puerta de la caja fuerte, que se había entornado. La abrí del todo tirando hacia mi izquierda y escudriñé el interior. Solo había un objeto. Un tarro de cristal. Lleno de líquido ambarino. Con una masa carnosa y alargada flotando dentro. Metí la mano en la caja y lo saqué. Había una etiqueta desgastada, amarillenta y llena de polvo pegada al cristal, con un nombre escrito con tinta descolorida, las letras apenas legibles.

TAPÓN GASKINS.

Aunque estaba a varios años luz de entender el porqué, ya no me cabía ninguna duda respecto al qué. Mi padre era el Carabolsa que tantas veces había acompañado a Tapón hacía años. Había sido él quien me había drogado, quien me había arrastrado hasta el bosque para permitir que Tapón atormentara a su hijo menor y se burlara de él. O quizá lo hubiera hecho él mismo, no sé. Tal vez fuera él el Carabolsa de la Mina que no parecía tener muchas luces;

a lo mejor actuaba así para asegurarse de que no averiguaba su identidad. También había estado en la Casa de las Lenguas cuando yo era un chaval, lo tenía clarísimo. A saber qué más había hecho… Pero los detalles no importaban. Había sido cómplice en todo lo que definía los horrores de mi vida.

Me acerqué a él. Le puse el frasco de cristal y su asqueroso contenido delante, lo sacudí. Entonces pronuncié las únicas palabras capaces de transmitir el torbellino de pensamientos que me sacudía:

—¿Por qué?

Por primera vez desde hacía horas, mi padre me miró a los ojos.

—Para protegerte.

Me costó un esfuerzo monumental no coger impulso y estamparle el frasco en la cara. Pero decidí dejar caer a un costado la mano con la que lo sujetaba y esperar. Esperar a que se explicara.

Cuando lo hizo, los ojos se le llenaron de un dolor sincero.

—El Despertar se remonta a hace doscientos años, hijo. No puedo controlarlo. Teníamos un pacto con los Gaskins, un pacto que funcionó durante generaciones hasta la noche en que Andrea y tú atacasteis a Tapón. Esa noche le corté la lengua y la traje aquí con la esperanza de encontrar alguna forma de romper la cadena. Pero lo único que conseguí fue que Dicky se enfadara más, que tuviera más sed de venganza. —Mis respiraciones eran breves y rápidas, tenía el pecho agitado. Mi padre siguió hablando, arrastrado por un desbordante torrente de confesiones—: Nos echaron una maldición, David, nos maldijeron hace tanto tiempo que nadie recuerda cuándo empezó. Nuestras dos familias se ayudaron mutuamente a llevar esa carga hasta que mi padre lo estropeó todo, rompió la cadena. No me dieron más opción que enmendar sus errores, cumplir la penitencia. Tuve que hacerte esas cosas para que no mataran a toda nuestra familia, y años después tenía que dejar que Dicky le pasara la maldición a nuestra familia para que las cosas volvieran a la normalidad, para recuperar el equilibrio. ¡No tenía elección, hijo! Solo quería hacer lo que a la larga sería mejor para mis hijos.

Temblando, respondí:

—¿Y Wesley? ¿Qué pasa con él? ¿Por qué has dejado que le hicieran esas cosas? ¿Cómo has sido capaz de quedarte de brazos cruzados viendo cómo le lavaban el cerebro a Wesley para que…

masacrara a gente inocente? ¿Cómo? —grité.

La rabia casi me incapacitaba; tenía que hacer un esfuerzo enorme solo por mantenerme de pie.

La expresión de mi padre se endureció.

—Porque mi hijo eres tú. No él.

Y entonces ya no pude más. Me aparté de él y me desplomé en el suelo, con la cabeza sujeta entre las manos. A lo largo de la noche, se me había ido endurecido el corazón hasta convertirse en una esquirla quebradiza de dolor, y en ese instante se hizo añicos, se fragmentó en pedazos irregulares, afilados y cortantes. Mi padre estaba loco. Mi padre había perdido la cabeza, si es que alguna vez le había funcionado. Sus palabras no tenían el menor sentido y, por lo tanto, todo lo que había sucedido —los horrores de mi infancia, los horrores de los últimos días— había sido en vano. No era más que un rastro de locura y sangre.

Lloré por él, por mí, por Wesley, por mi familia.

Oí el ruido de un cristal roto a mi espalda. En realidad, apenas fui consciente de él. Era incapaz de levantarme, era incapaz de mirar. Pero después oí un gorgoteo ahogado.

Cuando me di la vuelta, ya sabía lo que iba a ver.

Mi padre se había cortado la garganta con un trozo de cristal del tarro.

Ahora yacía de espaldas, la sangre manaba a borbotones mientras convulsionaba y tosía. Me arrastré hasta él y, aunque sabía que no podía hacer nada, le puse una mano en la herida, intenté detener el flujo.

Me miró a los ojos y consiguió decir unas últimas palabras estranguladas:

—Ahora… se ha roto… para siempre.

La mano que le había puesto en el cuello se había desplazado sin que yo me diera cuenta. Le estaba apretando la garganta, intentando machacar todo lo que hubiera en aquel frágil pasadizo de carne. Habría muerto de todos modos, pero estoy casi seguro de que aceleré el proceso.

Se le cerraron los ojos, se le escapó la vida en un último suspiro. Me aparté, rodé hasta quedar tumbado de costado sin dejar de mirar el cadáver de mi padre. El peso de lo que sabía y de lo que no entendía y no llegaría a entender jamás amenazaba con aplastarme

para siempre, era como si el aire del cobertizo se hubiera solidificado hasta formar una materia ígnea de masa infinita. Cerré los ojos, capaz de seguir viviendo con un solo propósito. Andrea. Mis hijos. Salvar a Wesley.

A lo lejos, oí sirenas.

CAPÍTULO 28

Junio de 1990

Hacía un año que Tapón Gaskins, liberado del peso de su lengua, había entrado en la cárcel. Aparte de prestar declaración en privado, no hice nada por seguir los reportajes periodísticos, ni el juicio ni nada relacionado con la peor persona que había conocido en mi vida. Mi madre nunca volvió a pronunciar su nombre y mi padre cambió de formas que solo logro percibir mirando hacia atrás a través de la lente de las décadas pasadas. No volvió a ser el mismo, pero tampoco tengo un recuerdo claro de cómo era. Es algo que apenas tiene sentido, así que explica a mi padre a la perfección.

Andrea y su madre se mudaban a Columbia, que estaba a solo una hora en coche, pero mi corazón me decía que era un trayecto que ni ella ni yo haríamos muy a menudo. Y eso dolía. Estábamos sentados a la barra de la Tienda de Rexall, despidiéndonos y tomándonos un último café juntos. Tenían previsto marcharse a la mañana siguiente.

—¿Vas a echarme de menos? —le pregunté.

Bebió un sorbo cauteloso.

—Claro que sí. Al menos una vez a la semana.

—Yo voy a echarte de menos una vez al día. Mínimo.

—Ay, qué tierno.

—Sí. Muy tierno. Así soy yo.

Puso los ojos en blanco.

—Te doy seis meses. Dentro de seis meses estarás sentado en el trono leyendo la programación de la tele y pensarás… «¿Cómo narices se llamaba esa chica? ¿Angie? ¿Angela? ¿Antílope? Algo así. ¡Anda, mira, esta noche vuelven a echar *El sheriff chiflado*!». Sí, eso es lo que va a pasar.

—Supongo que tienes razón, qué se le va a hacer.

Dejó la taza en la barra y se acercó a mí; se puso seria tan de repente que no supe muy bien qué hacer.

—Siempre te querré y siempre te recordaré, David. Siempre.

—Lo mismo digo —afirmé con la voz rota—. Siempre.

Me abrazó y yo le devolví el abrazo.

Cuando nos separamos, cogió de nuevo el café y bebió un sorbo.

—Si no hubiera sido por Tapón, estoy segura de que habríamos terminado casándonos algún día.

—¿En serio?

Tantos años de amistad y jamás dejaba de sorprenderme con esas conversaciones.

—Sí. Creo que por su culpa nunca podremos ser más que mejores amigos. Es como si hubiera creado entre nosotros un vínculo que no encaja del todo con el rollo tortolitos. Solo podemos ser amigos. Mejores amigos. Siempre tendremos la oscuridad de Tapón enterrada en nuestro interior, y esos no son los cimientos sobre los que se construye el amor.

—Ah. —Me di cuenta de que estaba de acuerdo con ella, aunque hasta entonces nunca había llegado a desarrollar por completo la idea—. Bueno, entonces ahí tenemos una razón más por la que odio a ese hijo de puta, como diría el Abuelo.

Le gustaron mis palabras; me dedicó una sonrisa enorme, genuina.

—Quién sabe. A lo mejor algún día, cuando seamos dos vejestorios, acabamos en la misma residencia. Entonces me casaré contigo.

—Seguirás estando buena. Y yo también. Seremos los octogenarios más sexis que se hayan enrollado en una silla de ruedas.

—A lo mejor tenemos bebés ancianos.

—No sé muy bien qué quiere decir eso.

—Yo tampoco. —Se echó a reír, y eso me hizo reír.

—Lo que está claro es que hemos pasado buenos ratos —dije—. Con un poco de suerte, nos olvidaremos de los malos. De Tapón y de los tíos con bolsas en la cabeza.

—No creo. Pero todo mejorará. Seguro.

Me cogió las manos entre las suyas. Pasó el tiempo.

—Llevo semanas temiendo este momento —admití—. En serio. ¿Cómo voy a decirte adiós? Duele muchísimo.

Ella asintió.

—Sí, es verdad.

Nos quedamos un rato callados, bebiendo sorbos de café para pasar el tiempo. Era una sensación extraña. No quería que terminara, pero a la vez estaba deseando que se acabase.

—Mira, haremos lo siguiente —decidió Andrea al final—: cuando el reloj marque la hora en punto, me levantaré y me iré sin más. No nos diremos adiós.

—Eh…, vale. Me parece una idea perfecta.

—Genial.

Nos quedaban veinte minutos más, entonces. Hablamos sin parar, rememorando cualquier cosa que no tuviera que ver con la oscura época asediada por Tapón Gaskins y los Carabolsa, que ahora me parece el nombre de un grupo malo de los sesenta. Me alegro de que evitáramos el tema, aunque, por supuesto, era imposible que supiéramos que todo ese terror volvería algún día.

Cuando faltaban cinco minutos para que llegara la hora, Andrea dijo:

—¿Dónde está Antony, David?

Nuestro viejo entretenimiento. Llevábamos un tiempo sin poder jugar. Me llevé los dedos a las sienes, cerré los ojos y apreté los labios unos segundos.

—No se me ocurre nada. Puede que por fin haya estirado la pata. ¿Y a ti?

—Sé muy bien dónde está.

—¿Ah, sí? ¿Dónde está Antony?

—Está sentado en un sillón, viendo la tele, bebiendo cerveza. Odiándose por haber desperdiciado su única oportunidad con la mujer más guapa y buena del mundo. Me basta con eso, con que tenga que vivir con ese pesar.

—Bueno, también ha perdido a la mejor hija de la historia —añadí—. No te olvides de esa parte. Si yo fuera tu padre, no me habría ido jamás.

Volvió a reírse.

—Aunque parezca imposible, te ha quedado perturbador y tierno al mismo tiempo.

—Es mi especialidad.

En algún lugar del exterior, un reloj marcó la hora, el más débil y triste de los sonidos.

—Ya nos veremos —se despidió Andrea al bajarse del taburete.

—Sí, ya nos veremos.

Me dio un beso en la mejilla y se fue, la campanilla de la puerta tintineó mientras ella desaparecía de mi vida.

EPÍLOGO

Septiembre de 2017
Visitantes

1

Había muchas pruebas contra mí. Los periódicos y las televisiones locales ya habían declarado mi culpabilidad, me habían tachado de monstruo basándose en las débiles y escasas filtraciones del departamento de policía. Yo, por mi parte, me negaba a hablar y esperaba pacientemente a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Hasta que oyera aunque solo fuera un susurro en contra de mi hijo, me sentía a salvo actuando así. Y por ahora nadie había dicho nada.

El tiempo lo diría. A fin de cuentas, me habían encontrado cubierto de sangre, al lado de mi padre muerto a causa de una raja de casi veinte centímetros en la garganta. Habían descubierto la Casa de las Lenguas esa misma noche y era imposible ocultar que yo había estado allí. La ciencia forense es lo más puñetero del mundo. Eso por no hablar de que la camioneta de Dicky estaba aparcada en el jardín delantero de mis padres.

El tiempo lo diría.

Mi mejor defensa era mantener la boca cerrada. Echaba de menos a mis hijos más allá de lo que podía describir. Me dolían todos y cada uno de los días, todas y cada una de las horas. Pero había salvado al mayor y eso hacía que me mantuviera firme.

¿Me creía las locuras que decían mi padre y los Gaskins, sus delirios sobre maldiciones y curas, pactos y persecuciones? No. Ni por asomo. Pero el Despertar había funcionado y mi hijo parecía haber recuperado toda la normalidad que podía recuperarse dadas

las circunstancias, además de estar yendo al psicólogo dos veces por semana. Los niños se habían trasladado a centros educativos de Columbia, a solo cuarenta y cinco minutos en coche de mi lugar de encarcelamiento y cerca también de su afligida abuela. Aunque no se lo había pedido, Andrea estaba cuidando de mis cuatro hijos como si fueran suyos.

La había querido en mi juventud.

Y la quiero ahora.

2

Día de visitas en la cárcel.

Estaba sentado en una silla de plástico duro, las peores sillas, esas que hacen que tengas la sensación de que te las estás clavando, agarrotado por el dolor. Ante mí había un pequeño escritorio con una pared acristalada y un teléfono antiguo colgado a un lado. Andrea estaba sentada detrás del cristal, con mis cuatro hijos de pie justo a su espalda. Aquella imagen hacía que se me llenaran los ojos de lágrimas cada vez que iban, y nunca intentaba ocultarlo.

Cogí el teléfono, tratando de no pensar en el ejército de gérmenes que debía de tener incrustado en la superficie. Andrea hizo lo mismo.

—¡Hola, chicos! —grité, pues sabía que algo me oían a través del cristal—. ¡Me habéis alegrado el día! Ostras, estáis todos guapísimos.

—Te echamos muchísimo de menos —dijo Andrea, y lo mejor es que me resultó evidente que lo decía con sinceridad.

—Uf, creedme —respondí—. Yo os extraño más. A todos.

—Bueno, ¿qué te cuentas? —me preguntó ella con un brillo en los ojos que habría rivalizado con el del mismísimo Papá Noel.

—No gran cosa, ya sabes. Mucho estar de brazos cruzados. Alguna conversación estimulante con los ladrones de bancos. ¡Esta semana me he leído un libro! *Harry Potter y el no sé qué no sé cuántos*. Uf, qué locura.

—¡Papá, debería darte vergüenza! —gritó Hazel desde el otro lado.

Me reí con ganas. Wesley estaba sonriendo. Mason estaba sonriendo. Logan estaba sonriendo cuando se sentó en el regazo de

Andrea. Incluso Hazel sonreía por debajo del ceño fruncido. No podían ocultar del todo esa expresión, la de odio hacia nuestras circunstancias, la que se preguntaba hasta qué punto era su padre culpable, la que despreciaba la cárcel tanto como que yo estuviera dentro de ella. Pero sí intentaban disimularla, y el afecto que sentían por mí parecía convertirlo en una tarea factible.

No tenía forma de saber cuál era el actual estado mental y emocional de mi hijo mayor, pero Wesley tenía bastante buen aspecto. Antes de que llegaran me había jurado que haría lo posible por no pensar en ello mientras estuvieran allí, así que me contuve.

Charlamos durante una hora. Mis hijos hicieron turnos, peleándose por el auricular aunque la mitad de las veces me hablaban sin él, gritando lo bastante alto como para despertar a los presos muertos que se rumoreaba que habían enterrado en el patio donde hacíamos ejercicio. Hablamos de videojuegos y de cereales para el desayuno, de baloncesto y de baile, de películas y de música, de escándalos de famosos y de qué disfraz tenían pensado ponerse en Halloween. En una señal de que, en efecto, había comenzado el viaje de regreso hacia el Wesley que yo siempre había conocido, mi hijo mayor bromeó diciendo que iba a disfrazarse de preso en mi honor. Debo reconocer que una parte de mí empezaba a pensar que, tal como había hecho yo hacía tres décadas, Wesley había bloqueado en su mente la mayor parte de las cosas que habían sucedido. Eso esperaba. Ya no quedaban Gaskins que pudieran reaparecer en el futuro para refrescarle la memoria.

Por desgracia, nuestro tiempo asignado para hablar, gritar y reír llegó a su fin.

—Volveremos la semana que viene —prometió Andrea, que se besó los dedos y tocó el cristal que nos separaba.

Yo hice lo mismo y luego mis hijos nos imitaron. Era lo más parecido a un abrazo de grupo que podíamos darnos.

—Genial. Os quiero, chicos. Os quiero mucho.

Me emocioné como siempre, sin sentir vergüenza.

Se dieron la vuelta para marcharse, pero, cuando ya estaban a punto de salir —un funcionario les había abierto la puerta—, de pronto Hazel echó a correr otra vez hacia mi ventana y cogió el teléfono antes de que nadie pudiera detenerla. Yo había colgado el mío, pero volví a levantarlo enseguida y me lo llevé al oído.

—¿Papá? —preguntó Hazel.

—¿Sí, cariño?

—Se me había olvidado decírtelo. ¡Fuimos a casa de la abuela y ya sé que no has hecho ninguna de esas cosas que dicen que hiciste! Bueno, ya lo sabía, claro, ¡pero ahora lo sé de verdad! Y todo va a salir a las mil maravillas. ¡Me lo ha prometido!

—Vaya, me alegro mucho, mi niña. Pero, espera, ¿quién te lo ha prometido?

—¡El bisabuelo Fincher! Y él no miente nunca, ¿a que no?

No esperó a que le contestara, se limitó a colgar el teléfono y volver corriendo hacia Andrea y mis otros hijos. La vi marcharse, los vi marcharse a todos, y no dejé de decirles adiós con la mano hasta que la puerta se cerró detrás de ellos.

El abuelo Fincher.

Ja.

Sabía que ese fantasma escurridizo me ayudaría algún día.

JAMES DASHNER nació el 26 de noviembre de 1972 en Georgia, EE.UU. Completó la carrera de Contador en la Brigham Young University, pero al licenciarse, según sus propias palabras, “una fuerza intrínseca” lo llevó a dedicarse a la escritura, logrando, tras varios intentos, la publicación y el éxito de la serie de Jimmy Fincher, con cuatro tomos que atrajeron a miles de lectores. Con ansias de dedicar su vida a la literatura juvenil, siguió escribiendo y actualmente su bibliografía incluye la exitosa saga *The 13th Reality* y este nuevo desafío que tardó en ver la luz, pero tuvo resultados sorprendentes, la trilogía *The maze runner* (2009).

Originalmente, porque estudió para ello, debía ser contador, pero un tiempo después se dio cuenta que las personas no son nada si no siguen sus sueños, así que comenzó a hacer lo que le gusta. Escribir. Uno de los libros que Inspiró *The maze runner* fue «*The hunger games*», pero no por eso el libro es igual; mantiene una firme admiración hacia Suzanne Collins pero su obra ha alcanzado el éxito por méritos propios. El siguiente título de la Trilogía es *The scorch trials* (2010) (*Las pruebas*, 2011). *The maze runner* tiene dos ediciones en español, con diferentes nombres, portadas y editoriales. *Correr o morir* y *El corredor del laberinto*.